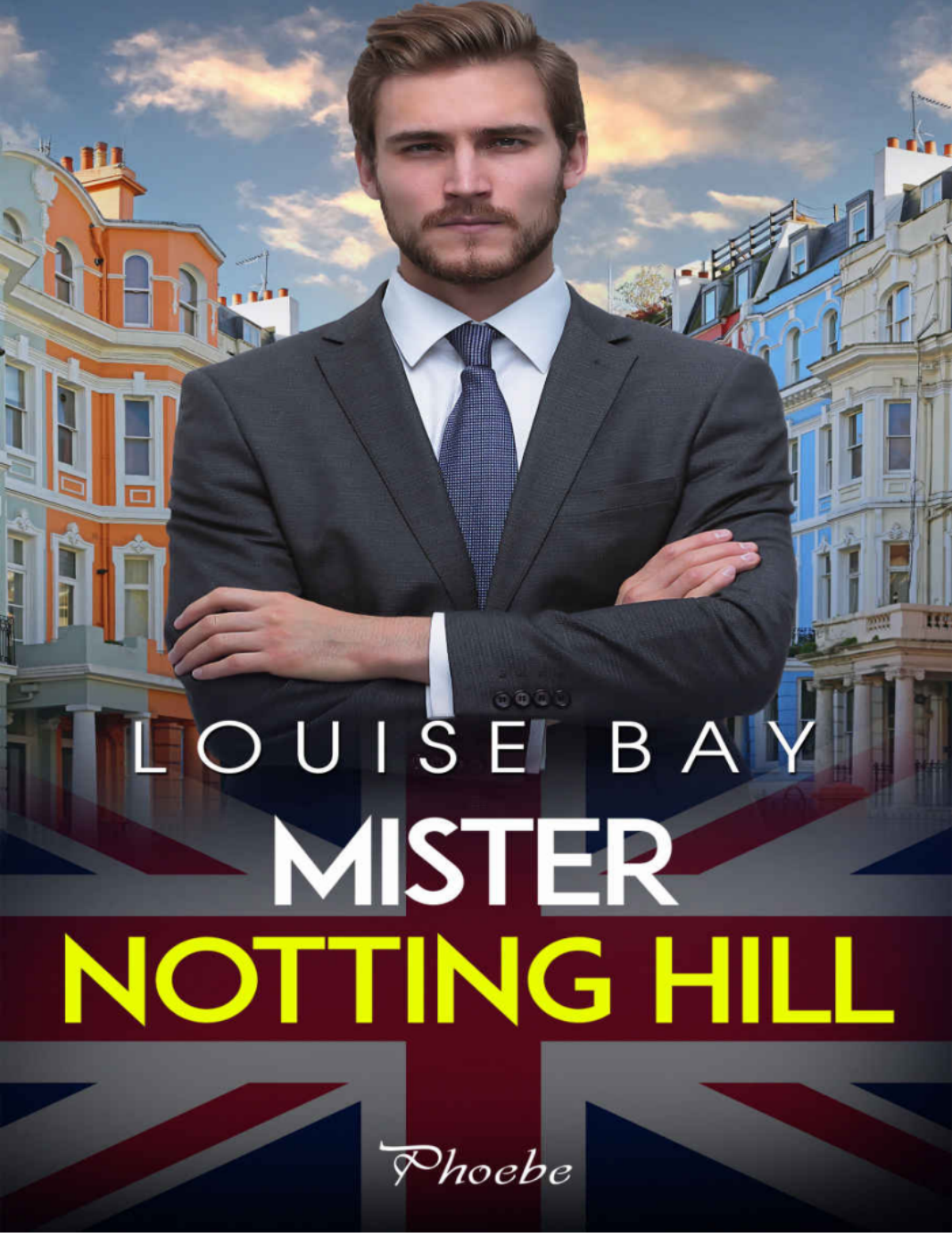

LOUISE BAY
MISTER
NOTTING HILL
Phoebe

LOUISE BAY

MISTER NOTTING HILL

Traducción de María José Losada

Phoebe

Título original: *Mr. Notting Hill*

Primera edición: octubre de 2022

Copyright © 2022 by Louise Bay

© de la traducción: María José Losada Rey, 2022

© de esta edición: 2022, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-19301-33-8
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: depositedhar/Baloncici/Depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
Epílogo
Agradecimientos
Contenido especial

1

PARKER

Solo hay dos cosas mejores que las pasas cubiertas de chocolate: ponerse unos *stilettos* y combinarlos con un precioso —aunque alquilado— vestido de noche rojo y recaudar dinero para una organización benéfica que ayudaba a niños enfermos y a sus familias. Combinar las tres cosas era pura felicidad. Mientras me sacudía los restos de chocolate que me habían dejado las pasas en las palmas de las manos, contemplé el oscuro salón de baile que se extendía ante mí y me permití disfrutar de tres segundos exactos de profunda satisfacción. Después de todo, tenía que revisar los lotes de la subasta una vez más para asegurarme de que todo estuviera en orden. Luego debía examinar la cocina y, por fin, cuando todo estuviera preparado, tenía que cambiarme de ropa.

Una de las grandes puertas del salón de baile crujió al abrirse y apareció mi mejor amiga, Sutton, a la que había obligado a ayudarme.

—Esto es enorme.

—Más gente significa más dinero.

—¿Esta es la mesa donde se exponen los lotes de la subasta? —preguntó. Le había encomendado las tareas de presentar los lotes a medida que llegaran los invitados y de animar a la gente a pujar.

—Sí. Si los artículos son muy caros o no pueden ponerse en la mesa porque es una cita o algo así, hay una foto. Todos los detalles están en el catálogo de la subasta. Hay uno en cada silla, y he guardado un montón de reserva debajo de esa mesa. —Señalé una mesa lateral cubierta con un mantel hasta el suelo y coronada con un arreglo floral algo exagerado. Cuando me habían puesto al frente de organización de la gala, había intentado pensar en todo, incluso en dónde esconder el material de oficina que iba a necesitar. En un evento tan trascendental, los detalles contaban.

—Pondré algunos aquí para que la gente pueda cogerlos. —Separó unos cuantos y los dejó en la esquina de la mesa.

Mi objetivo era recaudar cincuenta mil libras en la subasta de esa noche, más otras cincuenta mil con la venta de entradas. Se me encogió el estómago al pensar en lo que estaba en juego. La profunda satisfacción en la que me había sumergido hacía un minuto se desvaneció para dejar paso a un pozo de terror.

—¿Cómo he permitido que me convencieras para esto? —le

pregunté a Sutton, y lamenté al momento ser uno de los lotes de la subasta y tener que subir al escenario como si fuera una cesta de regalo del *spa*.

—Estaba siendo práctica. Eres guapísima y todos los hombres presentes querrán pujar por ti y llevarte a cenar. Eso significa más dinero para esos niños.

Inspiré hondo. Sutton estaba equivocada y, a la vez, tenía razón. No me cabía duda de que muchos hombres iban a ofrecer dinero por tener una cita conmigo, pero no incitados por el deseo de pasar una noche en mi compañía. No, iban a hacerlo para complacer a mi padre. Como director de uno de los mayores bancos inversores del mundo, mi padre era un titán del mundo financiero desde hacía décadas y ejercía un poder desproporcionado. Para mí, solo era mi padre. Sutton tenía razón: esa noche íbamos a recaudar dinero y no era asunto mío por qué la gente pujaba por los lotes. Lo que importaba era que lo hicieran.

—¿Cuándo vas a cambiarte de ropa? —preguntó Sutton, estudiándome de pies a cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no te gusta mi vestido? —Tenía el pelo arreglado y ya me había maquillado, pero llevaba puesto un vestido camisero de Zara de color limón. Sonreí—. No pienso ponerme el vestido hasta el último momento. Tengo que haber terminado todas mis tareas, si no, seguro que me tiro algo por encima. Hablando de eso, voy a echar un vistazo en la cocina. —Miré el reloj. En cualquier momento iban a llegar los invitados.

—Vale —dijo Sutton—. ¡Buena suerte! —añadió cuando yo ya estaba al otro lado de la estancia.

Subí las escaleras del lateral del escenario y me colé por detrás del telón. Allí dentro todo era un caos. La gente trasladaba cosas de izquierda a derecha y de derecha a izquierda; había alguien encima de una escalera arreglando las conexiones eléctricas; otro probaba el sistema de sonido y lanzaba chillidos agudos e intermitentes. Retrocedí cuando un reportero de una emisora radiofónica se precipitó hacia mí con un micrófono, aunque luego pasó de largo como si yo no existiera.

Llamé la atención de la coordinadora de eventos del hotel, que estaba al otro lado del lugar, y me saludó con un pulgar hacia arriba. Eso solo podía significar que ese caos estaba previsto. Si hubiera tenido que darme malas noticias, como que el grupo musical se había encontrado con un atasco de tráfico o que el chef había colgado el mandil, había tenido la oportunidad y no la había aprovechado. Me hizo sentir victoriosa mientras continuaba andando hacia la siguiente parada: la cocina.

Me abrí paso entre el bullicio y salí al pasillo.

—¡Fuera! —gritaba alguien cuando abrí la puerta. El chef era un poco temperamental, por decirlo suavemente, pero sus creaciones eran increíbles. Así que me acerqué al *maître,* Metual—. ¿Va todo bien?

—Nos hemos quedado sin espacio y los postres se están estropeando porque hace demasiado calor. Estamos trasladándolos a una sala de conferencias vacía. —Unos camareros con bandejas metálicas pasaron zumbando a mi lado.

—Llevaré una bandeja. Tengo que cambiarme, y me pilla de camino.

—Gracias —dijo Metual, dándome una.

Los postres tenían un aspecto tan delicioso que parecía increíble. Toda esa crema, nata montada y avellanas… ¿Iba a darse cuenta alguien si cogía uno?

Mantuve la puerta abierta y seguí la larga fila de camareros que iban a una sala de conferencias.

—Parker —me llamó Paddy, uno de los miembros de mi equipo, acercándose desde la dirección opuesta—. ¿Quieres que se oiga música mientras llega la gente?

—Sí, la lista de reproducción de la que hablamos.

Paddy se llevó las manos a la cabeza como si le hubiera pedido que congregara a una manada de jirafas y salió pitando.

La fila de camareros que llevaban el resto de las bandejas había desaparecido por un pasillo que, por lo que yo sabía, se perdía en las entrañas del hotel. Decidí tomar un atajo por el vestíbulo con la bandeja. O me concentraba en lo que hacía o no iba a sentarme hasta la mitad de la cena. Aceleré el paso para ir a la sala de conferencias.

No quería saludar a nadie antes de ponerme el vestido, así que mantuve la mirada clavada en la bandeja, evitando el contacto visual con cualquiera que pasara por el vestíbulo por si eran invitados a la gala.

Entonces, de golpe, me estrellé contra una pared.

La bandeja se inclinó, se estrelló contra mi pecho y no me dio en la cara por poco, gracias a Dios. No tenía tiempo para volver a maquillarme ni para lavarme el pelo.

Cuando la bandeja cayó al suelo, me quedé con todos los postres que llevaba pegados a mi cuerpo como si fuera un árbol de Navidad decorado con profiteroles de crema y nata.

—Y por esto no me cambio de ropa hasta el último momento…

Levanté la vista y descubrí que no había chocado contra una pared, sino contra un hombre muy alto. Un hombre tan alto que parecía una pared.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándome con unos brillantes ojos azules que parecían llenos de picardía—. Lo siento, no sabía que hubiera alguien ahí abajo.

¿Ahí abajo? Vale, yo solo medía un metro sesenta, pero hablaba de mí como si fuera liliputiense.

—Tranquilo —dije, cogiendo un trozo del pastelillo que se había quedado pegado a mi pecho. Estaba aplastado, pero seguía teniendo un aspecto delicioso. Ya no iba a comérselo nadie, ¿verdad? Y nunca era un mal momento para tomar un tentempié. Podía ayudarme a calmar los nervios. Me llevé el dulce a la boca y le di un mordisco.

—Mmm… —Estaba delicioso. Tragué y le ofrecí un poco al hombre que tenía delante—. ¿Quieres probarlo?

Se rio, y me entraron ganas de untar las arruguitas traviesas de sus ojos con crema y lamerla.

—Por mucho que me apetezca decir que sí, voy a pasar.

Tenía sentido que no comiera dulces. Nadie conseguía un cuerpo como el suyo devorando profiteroles. Era alto y con duros músculos.

—Oye —dijo—. Mira para aquí arriba. —Me señaló sus ojos con dos dedos separados.

Me reí. Debía de estar tratando de activar mi visión de rayos X para ver exactamente cómo era ese pecho a través del esmoquin.

—No tolero más bromas sobre mi altura. Estoy mirando al frente.

Un par de trabajadores del hotel se arremolinaron a nuestro alrededor para limpiar el desorden que nos rodeaba.

—Lo siento mucho —dije. Por el rabillo del ojo vi que mi padre entraba por la puerta del hotel; lo que significaba que yo llegaba tarde.

—¡Tengo que irme! —Me giré y salí pitando del vestíbulo, dejando un rastro de destrucción y a un hombre muy guapo a mi espalda.

2

TRISTAN

Yo no era lo que se llama «un juergas». Me gustaban mi trabajo, mis amigos y las mujeres. No necesariamente en ese orden. Así que intercambiar anécdotas con gente a la que nunca iba a volver a ver no figuraba en los primeros puestos de mi lista, pero no había muchas cosas que no hiciera por Arthur Frazer. Sin él, no me habría labrado una próspera carrera en el mundo de la ciberseguridad. Tal vez, todavía habría estado hackeando el mi6 para divertirme. Si no hubiera sido por Arthur, no habría estado en el vestíbulo de un hotel, luciendo una chaqueta de esmoquin que apenas había usado, a punto de asistir a una cena benéfica. Y tampoco me habría arrollado un duendecillo amante de los profiteroles. Un hermoso duendecillo con labios rojos hechos para besar. Ojalá no se hubiera precipitado sobre mí como una Cenicienta cubierta de crema y nata montada. Llevaba toda la semana encerrado con los ordenadores y solo había respirado un poco de aire fresco cuando había abierto una ventana. Desde luego, no había tenido la oportunidad de poner en marcha mis músculos de ligar, así que iba a estar pendiente de ella. Tal vez fuera una invitada a la cena o, quizá, una camarera. Eso iba a ser mejor si quería concentrarme en la velada.

Me acerqué a la mesa, que se encontraba justo delante del todo, y vi mi tarjeta de identificación junto a la de mi mentor. Era consciente de que suponía un gran honor estar sentado junto a Arthur. De hecho, todos los presentes debían de estar preguntándose qué había hecho para merecerlo. Pero también significaba que iba a tener que resistirme a mirar la pantalla del teléfono durante toda la noche. Iba a ser el centro de atención, y no quería parecer maleducado. Dado mi trabajo, en el que en cualquier momento podía ocurrir un desastre, desconectar aunque solo fuera un par de horas me provocaba urticaria.

No conocía a ninguno de los presentes, salvo a Arthur, pero eso no importaba. Solo debía disfrutar de la cena, hacer una generosa donación y regresar a casa.

Escudriñé el salón, que se llenaba poco a poco de gente. Había muchas pancartas verticales equidistantes del perímetro y a su alrededor, cada una con una imagen diferente de un bebé o un niño en una cama de hospital. Jóvenes pacientes que sonreían, sin que

parecieran molestarles los tubos y las máquinas que los rodeaban. El nombre de la organización benéfica figuraba en la parte inferior de cada pancarta:

«Fundación Sunrise para niños con defectos cardíacos congénitos».

Se me revolvió el estómago. ¡Joder! ¿Por qué no me había informado de a qué estaban destinadas las donaciones del evento? Me había llegado una invitación de Arthur y la había aceptado sin pensármelo dos veces. Si lo hubiera sabido…

No se trataba de que recaudar dinero para niños con defectos cardíacos congénitos no fuera una buena causa: lo era; lo sabía de primera mano. Más bien, no me agradaba la idea de pasarme toda la noche asaltado por los recuerdos de mi hermana. Y, si lo hubiera sabido, me habría inventado una excusa, habría enviado un generoso cheque y habría evitado estar presente en esa sala llena de fotos de niños felices y curados.

Arthur llegó seguido de una hilera de gente que quería acaparar unos segundos de su tiempo y su atención. Me saludó con un apretón de manos y me dio las gracias por estar allí; no profundizamos más. Se sucedieron las interrupciones a medida que la gente se acercaba a él para presentarse, decirle que le habían enviado una invitación o un correo, preguntarle si podían hablar de un posible negocio o invitarlo a un almuerzo. Era como sentarse al lado del papa o algo así. Todo el mundo quería su bendición o su consejo.

Cuando comenzaron a servir la comida, las interrupciones disminuyeron, pero no cesaron.

—Dime, Tristan, ¿cómo te va todo? —preguntó Arthur en uno de los escasos momentos de tranquilidad.

—Bien. Estoy muy ocupado, pero bien.

—Te agradezco que hayas encontrado tiempo para venir esta noche. La cena la ha organizado mi hija. Le apasiona esta causa. —Su suspiro escondía algo.

—Es una causa excelente. Me alegro de estar aquí.

—Si Parker está involucrada en algo, siempre será una causa excelente. Suele meterse de cabeza en lo que le importa. —Tomó un sorbo de vino—. Es muy bondadosa y generosa. Pero esa forma de ser suya puede provocar que algunas personas se aprovechen de ella.

Antes de que pudiera preguntarle algo más, nos interrumpió un hombre que me resultaba familiar: un miembro del Gobierno, si no me equivocaba.

El móvil vibró en mi bolsillo. Fueron tres zumbidos, lo que significaba que se trataba de algo de cierta importancia.

Desaparecí sin que me vieran Arthur o el ministro. Mientras iba hacia la parte trasera de la sala, escudriñé las mesas en busca de cierto

duendecillo que había quedado cubierto de crema y nata. No estaba a la vista.

Los tres zumbidos resultaron ser una falsa alarma, pero, como estaba en el vestíbulo, aproveché para desplazarme por las notificaciones recibidas y comprobar que todo lo demás estaba bajo control.

Cuando volví a entrar en el salón de baile, había comenzado el espectáculo. La presentadora había subido al escenario con una mujer que me resultaba bastante familiar.

El duendecillo de los labios rojos.

Ya no estaba cubierta de profiteroles, y su aspecto me parecía aún más delicioso. Llevaba un vestido rojo fuego que se ceñía a su diminuta cintura y combinaba perfectamente con sus labios. Aunque aquella elegante melena negra y su diminuta estatura no se ajustaban a mi tipo habitual de mujeres, no había duda de que era guapísima. La miré mientras se ponía una mano en la cadera y forzaba una sonrisa.

—Mil quinientos —dijo la persona que presentaba la subasta—. ¿He oído mil seiscientos?

Varias palas de subasta se lanzaron al aire, y no pude evitar fijarme en que la mayoría de los implicados no miraban al escenario ni a la subastadora. Miraban a Arthur. ¿Ese lote era suyo o algo así?

Debía de resultar incómodo tener tantos ojos encima todo el rato. Me había hecho un nombre en ciertos círculos; al fin y al cabo, era el mejor en lo que hacía cuando se trataba de proteger la presencia *online* de las empresas más importantes y de los individuos con un patrimonio muy elevado. Pero la gente no conocía mi cara. ¡Gracias a Dios!

—¿Está pujando, señor? —preguntó una joven detrás de una mesa de caballete junto a la puerta.

—¿Qué se subasta? —pregunté.

—Una cita con la hermosa joven del escenario —respondió.

Entrecerré los ojos. ¿Profiterol de Crema era el objeto de subasta?

—¿Puede darme una paleta?

Me dio lo que parecía una pala de *ping-pong* y me acerqué al escenario mientras la puja por una cita con Profiterol de Crema iba subiendo en incrementos de cien libras. Las ofertas empezaron a disminuir cuando se alcanzaron las dos mil libras.

—Veinticinco mil —bramé, levantando la pala.

Los murmullos resonaron en todos los rincones de la sala y sentí que mil pares de ojos cambiaban de objetivo y pasaban de Arthur a mí. Profiterol de Crema entrecerró los ojos, tratando de ver con quién iba a tener que ir a cenar, pero las luces del escenario la iluminaban directamente, así que no podía saber que se trataba del hombre al que había atropellado un rato antes.

Me volví y le di mi nombre a la joven del portapapeles, que se había acercado a tomar mis datos.

—Interesante… —dijo Arthur cuando me senté—. Si hubieras querido salir con mi hija, podrías haberlo conseguido gratis.

El corazón me dio un vuelco. ¿Profiterol de Crema era la hija de Arthur?

—No tenía ni idea de que fuera tu hija, Arthur. Discúlpame. Por supuesto, no saldré con ella. Esta es una causa maravillosa, y el objetivo era hacer una donación, no conseguir una cita. —Eso explicaba por qué la atención de todos estaba centrada en Arthur durante la puja. Todo el mundo quería impresionarle.

—Espero que no te eches atrás. Ya es hora de que Parker haga algo para disfrutar de la vida en lugar de intentar salvar el mundo. Será bueno para ella. —Se volvió hacia mí y me dio una palmadita en el hombro—. Y para ti también, creo. Además, mejor contigo que con alguno de los ancianos de la sala. Espero que os divirtáis.

—La trataré como si fuera de cristal, Arthur. Tienes mi palabra.

Cenar con la hija de Arthur no era tan malo. Aunque habría sido mejor si no me hubiera sentido tan atraído por ella. Solo debía mantener mis instintos bajo control y asegurarme de que las cosas terminaran cuando la cena llegara a los postres. No iba a haber ningún problema…

Mientras no acabara cubierta de profiteroles de crema y nata me tentara a lamerla, no iba a pasar nada.

3

PARKER

¿Veinticinco mil libras? ¿Por una cita conmigo? Me quedé un poco estupefacta ante la cifra y frustrada por no poder distinguir quién había hecho la oferta. Las luces eran tan deslumbrantes que no había podido ver al hombre.

Sutton se apresuró a acercarse a mí mientras ayudaba a recoger entre bastidores.

—¿Ves? Tenía razón: el tío más guapo de la sala ha pujado por ti.

—¿En serio? —Era agradable que un guaperas hubiera hecho esa puja. Podía ser divertido acudir a una cita en esas condiciones, sin que tuviera nada que ver con la atracción o la posibilidad de que surgiera algo más. Además, todo aquello era por Sunrise.

—Lo sé, y reconozco que me encaramaría a él como si fuera un árbol, ¿eso cuenta?

Le di un codazo.

—Tal vez deberías tener tú la cita con él.

—Hablando del rey de Roma. —Me devolvió el codazo y me hizo un gesto para que mirara hacia la puerta, donde estaba el compacto muro de músculos con el que me había chocado un rato antes. Volví a mirar a Sutton—. ¿Ha sido él? —Quizá acabar cubierta de profiteroles de crema justo antes de una de las noches más importantes de mi vida no había estado tan mal.

Nos miramos a los ojos mientras él se acercaba a mí; las arruguitas hacia sus sienes me parecieron tan sensuales que noté un vuelco en el estómago.

—¡Parker! —gritó mi padre justo en ese momento—, quiero que conozcas a tu cita para cenar. Te presento a mi buen amigo Tristan Dubrow.

Mi corazón, que hasta ese momento lo había notado como si estuviera unido a cien globos de helio, aterrizó de golpe. Por supuesto… El buenorro conocía a mi padre y, sin duda, estaba tratando de impresionarle con aquella oferta tan alta.

Sonreí.

—Me alegro de que nos presenten.

—Me alegro de conocerte. —Cogió mi mano, haciéndome muy consciente de lo pequeña que era la mía en comparación con la suya. Podía aplastarme los huesos hasta convertirlos en papilla si apretaba

con fuerza—. Soy Tristan, y tengo muchas ganas de cenar contigo.

Suspiré. Había ganado la puja y había impresionado a mi padre. Sin embargo, había que ponerle freno; aquello no iba a ir a más. Llevaba tres años soltera por una razón muy clara; ya estaba harta de chicos más interesados en salir con la hija de Arthur Frazer, y todo lo que eso conllevaba, que conmigo.

—Oh, en realidad no hay necesidad de seguir adelante con esto. Tienen tus datos bancarios, ¿verdad?

—Por supuesto que hay necesidad —intervino mi padre—. Este hombre ha pagado veinticinco mil libras por el privilegio de pasar una noche contigo. Más vale que hagas que merezca la pena.

Tristan se aclaró la garganta.

—Papá… —murmuré en un tono que me avergonzaba, y que no había sufrido desde que era adolescente—. Estás consiguiendo que parezca una prostituta. En el catálogo de la subasta no se mencionaba nada de que yo tuviera que hacer pasar un buen rato a mi cita.

—Por Dios, Parker. No he querido decir eso. Pero le he dado a Tristan instrucciones estrictas para que hagáis algo divertido.

Puse los ojos en blanco. Mi padre era lo peor.

—Ya vale, papá.

Gracias a Dios, lo interrumpió alguien antes de que pudiera decir algo aún más inapropiado.

Se dejó llevar en silencio de nuevo hacia el salón de baile.

—Así que… —dije, echando la cabeza hacia atrás para buscar la mirada de Tristan—. Cenaremos. Por favor, que sea en un lugar donde podamos estar sentados; así no terminaremos con dolor de cuello ninguno de los dos.

Se rio.

—¿Tus citas te llevan a menudo a restaurantes sin sillas?

—Hasta ahora solo he ido a mercados rehabilitados y reconvertidos.

—Creo que podremos ir a un sitio mejor. Dame tu teléfono.

Se lo di y tecleó algunos números. Mientras estaba en ello, sonó una notificación en mi móvil.

—Gillian quiere saber si vas a ir a pilates mañana —dijo.

—Oye, no leas mis mensajes.

Se rio.

—No le dejes tu móvil a un extraño.

—¡Me lo has pedido tú! —¿Quién era ese tipo?

—Ah, ¿y qué es esto? —dijo, pasando el pulgar por la pantalla—. Oblix Holdings acaba de cargar sesenta y siete libras en tu cuenta.

Gemí.

—Otra vez no. —Le arrebaté el teléfono—. ¿Sesenta y siete? Es peor que la última vez. —Abrí el mensaje y, en efecto, la cuenta

bancaria del evento había recibido otro cargo de una empresa de la que nunca había oído hablar.

—¿Estás bien? —preguntó—. Te comportas si tuvieras que ir a una cita con un extraño por dinero.

Esbozó una sonrisa de medio lado curvando una comisura de la boca, y volvieron a aparecer sus casi irresistibles líneas de expresión.

—Ya lo resolveré. No paran de llegarme cargos a esa cuenta y no sé por qué.

—¿No los has autorizado? —Me arrebató el teléfono—. ¿Has hablado con el banco?

—¡Sí! —Intenté recuperar mi teléfono, pero lo sostuvo tan arriba que no podía alcanzarlo.

—¿Cuántas veces te ha pasado? —Su voz había adquirido una nota más dominante y seria.

Intenté ignorar el cosquilleo que me hizo sentir entre las piernas.

—No es de tu incumbencia. Devuélveme el teléfono, por favor. Es asunto mío, no tuyo.

Me lanzó el teléfono y lo cogí en el aire.

—Podrías hacer que fuera mi asunto mío —comentó—. Después de todo, es a lo que me dedico.

¿Por qué siempre había tipos que se creían que sabían más que yo?

—Gracias. Pero lo tengo controlado. —No lo tenía controlado, y tampoco tenía mucha fe en que mi banco lo tuviera controlado, pero mejor pasar a que un perfecto desconocido se pusiera a hacerme preguntas que no quería responder.

—Llámame si quieres que te ayude. Si no, mándame un mensaje con tu dirección y te recogeré el sábado a las siete. —Se dio la vuelta y fue a la salida.

—¡Espera! —grité—. Yo te llevo a cenar a ti y no al revés. No puedo ir el sábado.

—Claro que sí —alegó con suficiencia mientras seguía avanzando sin darse la vuelta—. He visto tu calendario. No tienes ni un solo sábado por la noche ocupado de aquí a Navidad.

¿Cómo podía un hombre ser tan irritante y conseguir, al mismo tiempo, que la lujuria se acumulara entre mis muslos?

Me giré y me tropecé con Sutton.

—¿Te lo puedes creer? —Mi indignación era completamente falsa. No muchos hombres me hablaban como lo había hecho Tristan. Que Arthur Frazer fuera mi padre evitaba esas cosas. Todos los hombres con los que había salido me habían pedido una cita porque era su hija o se habían enterado poco después de que empezáramos a salir y habían seguido llamándome porque era su hija. En cualquier caso, eso significaba que yo había dictado los términos de todas las relaciones románticas que había tenido. Mis novios nunca me habían llevado la

contraria en nada.

Tal vez mi padre no tuviera corona, pero era un rey, y a mí me trataban como una princesa. En teoría, era genial, aunque no resultaba tan bueno cuando se trataba de saber si mis novios me querían por mí o por los ventajosos contactos de mi padre, que nuestra relación podía proporcionarles. La historia me decía que la riqueza y el poder de mi padre atraían a la peor clase de hombres, como hormigas que siguen el olor del azúcar.

A pesar de que Tristan había pujado por mí para impresionar a mi padre, no parecía exactamente como los demás. Aunque no me cabía duda de que iba a demostrar que estaba equivocada.

—Está buenísimo. Y tienes que pasar la noche con él. Además, ha donado veinticinco mil libras a una obra benéfica. Podrías haber sido un poco más amable con él.

Sutton tenía razón. Debía haber sido más amable con él, había sido un donante importante esa noche. Lo que me recordaba que tenía que comprobar que hubiéramos recibido su dinero. No quería que cambiara de opinión y se echara atrás.

—Supongo que sí. Pero si quiere salir conmigo por quién es mi padre, algo que resulta muy evidente, no estoy segura de que meterse en mis asuntos sea la mejor manera de hacerlo.

—Tal vez solo está siendo él mismo, no como todos esos lameculos y estafadores con los que has salido antes. Tal vez sea diferente. Tal vez sea el tipo con el que termines casándote.

Aggg… Ojalá Sutton dejara de hablar de matrimonio.

—No seas ridícula. Te he dicho que no voy a casarme solo para tener acceso a mi fondo fiduciario. —Hubo un tiempo en el que pensé que casarme con el hombre de mis sueños iba a formar parte de mi vida, y no para tener acceso a mi fondo fiduciario. Soñaba con hacerlo porque amara al hombre que me lo pidiera… Pero ese barco había zarpado ya.

—No seas terca. Casarte es una forma fácil de conseguir el dinero para el programa de padres y cuidadores que quieres crear.

Suspiré. Las veinticinco mil libras que había donado Tristan eran mucho dinero, pero no eran suficientes.

Esa noche Sunrise, la fundación benéfica por la que tanto había trabajado en los tres últimos años, iba a recaudar cien mil libras más. Era una cantidad importante, sí, pero no era nada comparado con los veinticinco millones que podía donar yo misma si echaba mano de mi fondo fiduciario.

—Es mejor que convenza a mi padre para que cambie las reglas del fideicomiso que tener que casarme. No voy a renunciar a mi apellido por nadie. —Había aprendido la lección. No iba a cometer ese error de nuevo.

—No tienes que renunciar a tu apellido solo por casarte. No estamos en los años cincuenta. Pero ese no es el tema que nos ocupa. Quieres poder gestionar esos veinticinco millones y llevas tres años intentando convencer a tu padre de que cambie las reglas de tu fideicomiso. Si fuera a hacerlo, ya lo habría hecho. Vas a tener que aceptar que, si quieres tener acceso a tu dinero, vas a tener que casarte. No hay otra manera.

—Entonces, ¿crees que debería casarme con cualquiera al que abordara en la calle?

Se encogió de hombros como si ir al altar con un perfecto desconocido fuera factible.

—Obviamente, tendrías que firmar un acuerdo antes de la ceremonia.

—¡Sutton!

—Es una forma de salirte con la tuya. Si, como dices, el guapo McMacizo está tratando de impresionar a tu padre, ¿qué mejor manera de hacerlo que casarse con su hija? El único problema es…

Un nudo me atenazó el estómago al pensar que podía existir un serio obstáculo a su descabellado plan. Aunque tampoco era que estuviera considerando casarme con Tristan.

—¿Cuál?

—Quedáis raros juntos. Te saca unos treinta centímetros.

—No exageres. Mide uno ochenta como máximo. Así que no te pases.

No habría debido, pero la idea me hizo temblar. Estaba segura de que podía levantarme con una de esas manos enormes. Y no estaba segura de que protestara si lo intentaba.

4

PARKER

Había sido un mes largo. Había pasado muchísimas horas trabajando para preparar la gala de Sunrise y me habían pasado factura, pero, gracias a Dios, todo había terminado. Habíamos superado con creces nuestro objetivo de cien mil libras, ¡habíamos recaudado veinte mil libras más! Así que pensaba aprovechar al máximo la noche libre del viernes.

Me paseé por mi piso, con mi pijama favorito —que estaba estampado con figuras de vaquitas— y una mascarilla recién aplicada que prometía un brillo juvenil en la piel. Habría apostado cualquier cosa a que Tristan tenía un montón de chicas jóvenes y lozanas a su disposición que no necesitaban aplicarse nada en la cara. No estaba compitiendo con nadie, pero, al mismo tiempo, no quería que la noche del sábado fuera un horror. Quizá hubiera pujado por mí para impresionar a mi padre, pero yo pensaba engatusarlo, aunque no fuera para que se casara conmigo, como había sugerido Sutton, sino para que se lo pasara bien. Iba a darse cuenta de que era digna de una cita, independientemente de quién fuera mi padre.

Acababa de servirme un té de jengibre y cúrcuma especialmente preparado para mí, que me prometía el sistema inmunológico de un niño pequeño, y todo lo que necesitaba era ver un par de episodios de *Cheers* en Netflix para que mi vida cambiara de marcha hacia lo sublime. Aunque, a lo mejor, para alcanzar el verdadero nirvana iba a tener que consumir todas las pasas cubiertas de chocolate que me había servido en un cuenco, que equilibré de forma precaria en el brazo del sofá.

Justo cuando cogía el mando a distancia, llamaron a la puerta. Nadie se presentaba en mi casa sin más, a no ser que se tratara de una emergencia. Corrí hacia la entrada y abrí de golpe para encontrarme nada menos que con Tristan, cuya cabeza quedaba bastante más arriba que la mía.

Me pasó el dedo por la cara.

—Prefiero la crema.

Aparté aquel dedo para que no me molestara.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has burlado la seguridad de recepción?

—La seguridad en este edificio es infumable —comentó—. He

entrado usando un llavero que compré en Amazon. Imagínate…

¿Por qué estaba allí? Esperaba que no estuviera tratando de adelantar la cita. ¿Quién iba a imaginar que iba a pillarme con un pijama tan friki y una mascarilla en la cara?

—Gracias por tus comentarios.

Empecé a cerrar la puerta, pero él la detuvo con la mano. Esas manos grandes y fuertes que parecían tener la capacidad de aplastar mis huesos hasta convertirlos en un fino polvo. No pude pensar hasta más tarde por qué eso me resultaba tan atractivo.

—Oye, quería hacerte algunas preguntas sobre ese cargo no autorizado que me comentaste.

—Espera un momento. Primero tienes que decirme cómo has averiguado dónde vivo. Luego tienes que explicar qué demonios estás haciendo aquí. Y después tienes que irte. En ese orden.

—Ya te lo he dicho. Se trata de los cobros realizados a la organización benéfica. Creo que he recordado mal el nombre; no aparece nada cuando hago la búsqueda.

¿Había empezado a salir vodka frío por el grifo? ¿Estaba borracha en el sofá y tenía una pesadilla?

Tenía que haber una explicación para esa conversación tan surrealista.

—¿Qué buscas y por qué?

—Esos cargos fraudulentos en tu cuenta; porque es mi trabajo —dijo—. Más o menos.

Todo empezaba a tener sentido. Tristan era un títere de mi padre. Era él quien debía de haber arreglado que Tristan pujara por mí en la subasta para luego contratarlo como una especie de guardia de seguridad.

—¿Te ha enviado mi padre?

Me miró como si acabara de decirle que me gustaba cruzar por Regent's Street en elefante para ir a trabajar.

—¿Tu padre? ¿Qué tiene que ver él con todo esto? Me he pasado por la notificación que apareció en tu teléfono. No quería llamarte ni enviarte un mensaje porque no sabemos a qué nos estamos enfrentando. Si he recordado bien su nombre, la empresa que hizo el cargo a tu cuenta ha ocultado bien sus huellas. No quiero que sepan que estamos detrás de ellos.

—Vale —acepté lentamente, aunque mucho de lo que Tristan acababa de decir no sonaba nada bien—. Así que ¿estás tratando de ayudarme?

Abrió mucho los ojos y asintió como si yo acabara de llegar del planeta Estúpider.

—¿Cómo has averiguado mi dirección?

—Soy experto en ciberseguridad. Si no pudiera averiguar tu

dirección gracias a tu huella electrónica, que, por cierto, está en todas partes, no podría llamarme experto.

—Así que cuando has dicho que te involucrabas en el asunto de mi banco porque es lo que haces, estabas hablando de forma literal.

—Por supuesto. ¿Qué habías pensado?

Decidí no responder a eso.

—Me estás asustando un poco —dije en su lugar. Tristan no había intentado cruzar el umbral del apartamento, pero no era normal que un desconocido se presentara sin avisar y me dijera que había encontrado mi dirección en Internet.

—Quizá tengas razones para ello. La gente que hace estos cobros fraudulentos desde cuentas bancarias puede estar vinculada a la mafia rusa e incluso al isis.

—Me refiero a ti, Tristan. Me estás asustando.

—Mira quién habla… —Me estudió de arriba abajo—. Con esa cara… Y las vacas.

—Pero no me he presentado en tu puerta, no te he invitado ni te he dado mi dirección.

—Ah…, ya entiendo lo que quieres decir. Solo te estoy haciendo un favor; normalmente no me involucro en cosas como esta. Llama a tu padre. Él responderá por mí.

Cogí el móvil de la consola que había en el vestíbulo y llamé a mi padre. Tristan esperó pacientemente, con la vista clavada en su teléfono, mientras yo le contaba a mi padre que ese hombre quería ayudarme con los cargos misteriosos. Solo después de que me asegurara que le habría confiado mi vida a Tristan —y cuando eso no me satisfizo, todo su dinero— me tranquilicé.

—Será mejor que entres.

—De acuerdo —dijo.

—Dame un minuto para cambiarme y lavarme la cara.

—No te molestes. Solo te haré un par de preguntas y me marcharé. —Cruzó el umbral, pero no me siguió mientras iba al salón. Me giré y esperé a que levantara la vista de la pantalla.

Iba a tener que enfrentarme a un tío con pinta de empotrador con un pijama de vaquitas y una mascarilla facial. Sabiendo que no era un acosador raro, me habría gustado impresionarlo en la cita del día siguiente. Pero ese barco había zarpado… y la vaca había mugido.

—¿Puedo ver el nombre de la cuenta para asegurarme de que lo he puesto bien? —me preguntó. Abrí la aplicación bancaria en el teléfono y le mostré los datos—. ¿Y cuántos han pasado?

—Empezó hace un mes. Solo unas libras aquí y allá. Pero las cantidades aumentan cada vez más.

Tristan asintió, lo que hizo aparecer una pequeña arruga en el puente de su nariz. ¿Qué les pasaba a las arrugas de ese hombre, que

hacían que el corazón me diera un vuelco?

—Esta empresa está bien protegida. La mayoría de los cargos fraudulentos provienen de empresas que cierran al cabo de una semana. Puedes entrar en ellas y averiguar quiénes son como si hubieran dejado un felpudo de bienvenida delante de una puerta abierta. Pero quien está operando en tu cuenta parece un poco más sofisticado.

—¿Puedes detenerlo?

Asintió.

—Claro.

—¡Genial! Hazlo y el problema estará resuelto.

—Sí, puedo instalar un programa en tu cuenta para bloquear a esta empresa y que no le abonen los cargos que recibas de ella. El banco tiene el mismo *software,* así que no sé muy bien por qué no lo han activado. Pero ya lo hago yo.

—Gracias. Es muy amable de tu parte. Te lo agradezco en el…

—Por supuesto. Eres la hija de Arthur.

Traté de ocultar mi irritación.

—Bueno, pues la hija de Arthur te lo agradece.

Frunció el ceño antes de mirarme con profunda confusión, pero no me pidió aclaraciones.

—Bien, ya está hecho. Pero estate atenta a los cargos de entidades que no conozcas. Si están yendo a por ti específicamente, volverán a aparecer. —Levantó la vista y nos miramos a los ojos, y gemí para mis adentros porque llevaba una máscara facial que me hacía parecer el experimento científico de un asesino en serie—. Nos vemos mañana por la noche. —Se giró y abrió la puerta principal. Manos grandes y un bonito trasero. La cita podía ser divertida.

—De acuerdo… —dije, pero él estaba casi en los ascensores y no pudo oírme. Obviamente, no necesitaba pedirme la dirección. ¿Qué más sabía de mí que yo no le había dicho? Iba a tener que esperar hasta el día siguiente para averiguarlo.

5

PARKER

Me resultaba raro tener una cita un sábado por la noche. Que fuera una cita con un hombre atractivo que me hacía temblar las piernas cuando nos mirábamos, con o sin mascarilla facial, era algo inaudito. No mucha gente tenía la capacidad de conmocionarme, y me parecía embriagador. Le había dicho a Tristan que tenía que trabajar y que iba a acudir a la cita directamente desde la oficina. Así no tenía que volver a verlo en la puerta de mi apartamento; estaba segura de que, si no hubiera llevado puesto el pijama «matalujuria» y la mascarilla facial, lo habría hecho entrar y habría saltado sobre él.

Me sorprendió un poco que me enviara un mensaje con la dirección de un restaurante situado a trescientos metros de donde yo vivía. Los hombres que trataban de impresionarme por ser la hija de Arthur Frazer solían elegir un sitio elegante y caro en el centro de la ciudad. Uno incluso me había llevado a París en su *jet* privado. Al parecer, Tristan Dubrow tenía gustos más normales. Y eso significaba que íbamos a ir a mi restaurante italiano favorito.

Sabía lo que iba a pedir antes de sentarme.

También quería decir que no necesitaba arreglarme mucho. Mis vaqueros preferidos y una blusa roja con un volante en el cuello transmitían el mensaje de que me había esforzado un poco, pero no demasiado. Mi única concesión fue ponerme unos zapatos de tacón. Estaba decidida a reducir la diferencia de altura entre Tristan y yo aunque fuéramos a estar sentados.

Vi a Tristan a través del cristal cubierto de pegatinas de la puerta del restaurante. Me pareció enorme sentado en la diminuta mesa para dos en la esquina frente a la cocina; enorme, e innegablemente guapo. Llevaba una camisa azul que le tiraba un poco en los brazos y me fijé en su pelo, despeinado y con mechones más claros en las puntas, como si se aferraran a un verano memorable. Una barba incipiente le cubría la mandíbula y, por un segundo, quise saber cómo podía ser sentirla entre mis muslos.

Si hubiera sido una cita de verdad, habría estado deseando que llegara esa parte de la noche.

Empujé la puerta y nuestras miradas se encontraron.

Saludé a Antonio, que estaba en su lugar habitual tras la caja registradora, y ocupé la silla que me aguardaba frente a mi apuesto

acompañante.

—Interesante elección de restaurante —comenté.

—Estás preciosa. —El comentario salió del fondo de su garganta, crudo y gutural, una respuesta primaria.

Sonreí.

—Me gusta tu camisa.

Me miró como si no me hubiera oído y yo aparté la vista, un poco inquieta por la intensidad de sus ojos.

—¿Pedimos la carta? —sugerí.

Tristan se aclaró la garganta como si le costara mucho trabajo tener que volver a la realidad.

—Ya he pedido.

Fruncí el ceño como un niño pequeño al que le acaban de quitar la pelota. Me gustaban los raviolis de cangrejo y el pollo a la parmesana. Y me había hecho la ilusión…

—¿Quieres un poco de vino? —inquirió.

—¿Me lo estás preguntando? —repuse—. Vaya cambio. —Nunca se me había dado particularmente bien ocultar lo que estaba pensando.

—Confía en mí. —Hizo un gesto a una de las camareras para que se acercara y pidió una botella de Franciacorta.

—¿No te gusta el *prosecco*? —pregunté, preguntándome si trataba de impresionarme.

—No demasiado. Bebo cerveza, sobre todo. Pero una cena con una mujer hermosa merece algo más. Aun así, prefiero beber pis de vaca antes que *prosecco*.

—Pues ya tenemos algo en común.

Asintió como si no le hubiera dicho nada que no supiera.

—Me lo imaginaba.

—Sabes que esto no es una cita, ¿verdad? Es decir, no tienes que impresionarme.

—He pagado veinticinco mil libras por esta noche. Si no es una cita de verdad, quiero que me devuelvan el dinero. —La forma en que curvó la boca un poco me dijo que no quería recuperar nada.

—¿Y por qué has elegido este lugar? ¿Vives por aquí?

—Vivo en Notting Hill, pero he supuesto que este lugar era familiar para ti, y su reputación lo precede. He supuesto también que habrás estado aquí antes y lo habrás disfrutado. ¿Me equivoco?

Negué con la cabeza. No podía discutir su lógica.

—Me encanta este lugar. —A decir verdad, el hilo de pensamientos que había llevado a Tristan a elegirlo me impresionaba más que subir a un *jet* privado rumbo a París. Cualquiera podía hacer que un asistente se encargara de reservar mesa y que organizara el plan de vuelo. Tristan, sin embargo, había meditado a fondo qué podía gustarme más.

Pero no pensaba dejarme engatusar con eso. Como todos los demás, Tristan intentaba impresionar a mi padre, no a mí. O bien estaba interesado en fomentar su relación comercial con él o en hacerse con parte del dinero de Arthur Frazer. Lo mejor era averiguar ya cuál de las dos cosas le interesaba más.

—Cuéntame cómo conociste a mi padre.

Se encogió de hombros como si no hubiera mucho que contar.

—Me dio mi primera oportunidad. Supongo que vio potencial en mí. Empecé a encargarme de la seguridad cibernética de su banco y luego…, resumiendo, me ayudó a iniciar mi carrera.

Al parecer, le debía mucho a mi padre. Aunque no podía ignorar el pellizco en mi corazón que me decía que habría preferido que no conociera a mi padre, admiré la falta de ego que mostraba. La mayoría de los hombres no atribuían su éxito a otra persona. Algunos podían llegar a reconocer que habían tenido suerte. Tal vez. Pero ¿decir que debía su carrera a mi padre? Había algo muy sexy en un hombre que reconocía a quién atribuir ciertos méritos.

Llegaron los entrantes y nos pusieron delante un plato de raviolis de cangrejo a cada uno.

Levanté la vista hacia él.

—Antonio me dijo que era tu plato tu favorito —explicó como si pudiera leerme los pensamientos—. Y tienen una pinta estupenda. —Cogió el tenedor, pero esperó a que yo cogiera el mío con timidez. No lograba decidir si que Tristan hubiera descubierto mis preferencias era espeluznante o increíblemente considerado. Lo único que sabía era que estaba sentada en mi restaurante favorito, comiendo mi plato favorito. Como había dicho Sutton, solo tenía que dejarme llevar.

—Está delicioso. Debe de ser el toque del limón —dijo después de probar el primer ravioli.

La forma en que había dicho «delicioso» resonó en mi cerebro y me hizo estremecer como si estuviera comiéndome a mí y no los raviolis.

—Me sorprende que te guste este tipo de lugar —dije.

—Buena comida, buen vino, buena compañía… Sí, ¿por qué iba a gustarme?

Sonreí, y él me miró con los ojos entornados. Se llevó a la boca otro ravioli y por una fracción de segundo me pregunté qué habría sentido si él posara los labios en mi cuello. Qué habría sentido si me abrazara y me estrechara contra su cuerpo. Debía controlar mi imaginación. Recordar la razón por la que estábamos allí.

—Pensaba que, después de pujar con veinticinco mil libras, serías un poco más ostentoso.

Se rio.

—Ahora estoy arruinado. Ya no me queda nada en la cuenta bancaria. Deberías agradecer que no hayamos acabado en un banco

del parque comiendo *fish & chips* o algo así.

—Me gustan las *fish & chips*.

—A mí también.

Como no era capaz de calibrar su sinceridad, me sentí un poco mal.

—¿Lo dices en serio? Tu donación te ha dejado…

Se rio como si yo fuera Ricky Gervais.

—No te preocupes. Sigo teniendo liquidez. Solo que no… —Hizo una pausa mientras buscaba las palabras adecuadas—. Me gusta ser ostentoso en las circunstancias adecuadas, pero no todos los días. De todos modos, eres hija de Arthur Frazer, no creo que haya un sitio donde pueda impresionarte. Quería hacer algo que disfrutaras. ¿Me he equivocado?

No podía imaginar nada más adecuado para esa noche. Si hubiera sido una cita de verdad, él habría sido perfecto.

Una vez retiraron los entrantes, no debió sorprenderme que el camarero me pusiera en su lugar un plato de pollo a la parmesana. Tristan había pedido lo mismo.

—¿Te lo ha dicho Antonio? —pregunté, mirando mi plato.

Tristan asintió.

—Tiene muy buena pinta.

—¿Qué hace un experto en ciberseguridad? ¿Se asegura de que la gente cambie las contraseñas y cosas por el estilo?

Tristan se rio, se metió un bocado de pollo en la boca y asintió.

—Es justo eso —dijo después de tragar—. Me aseguro de que todos mis clientes cambien regularmente sus contraseñas.

Estaba siendo sarcástico, pero lo cierto era que esperaba que se explayara.

—Entonces, ¿quiénes son tus clientes? ¿Empresas? ¿O gente como mi padre?

—Todos. Cualquiera que entienda la importancia de la ciberseguridad en la vida actual.

¿Por qué no era un tipo normal y presumía de lo importante y exitoso que era?

—Y ¿la ciberseguridad consiste en…?

—Mantener los datos a salvo.

—¿Los datos de los ordenadores? —insistí.

—Sí.

—¿Los datos de los móviles?

—Sí. Hoy en día la mayoría de los datos se almacenan digitalmente. Así que hablamos de todos los datos.

—Esos son muchos datos —alegué con un suspiro.

Sus ojos chispearon, traviesos, y sonrió.

—Has empezado tú.

—Estoy tratando de conocerte —solté. Tan pronto como lo dije, deseé no haberlo hecho. Estaba tratando de conocerlo, pero ¿para qué? Solo teníamos que disfrutar de la cena y luego volver a nuestras respectivas vidas, pero Tristan me atraía. Me interesaba demasiado.

—Estás tratando de entender lo que hago. Pero así no me conocerás a mí.

—No recuerdo en qué película es, pero en ella hay una escena en la que una mujer le dice a su novio o a su ex o algo así, que no importa quién crees que eres, lo que cuenta es lo que haces.

—Rachel se lo dice a Bruce en *Batman Begins:* «No es quién eres en tu interior: se nos conoce por nuestros actos». El mejor de los tres Batman de Nolan en mi opinión. A la gente le encantó *El caballero oscuro,* pero creo que está sobrevalorada.

No iba a decírselo, pero me encantaba *Batman Begins* y me encantaba que pudiera citarla.

—Vale, friki de Gotham, acabas de contradecirte. Has dicho que lo que haces te define, ¿no es así?

—Pero Rachel no está hablando del trabajo de Bruce, está hablando de sus acciones. Además, estamos presuponiendo que Rachel tiene razón y que solo importan las acciones. Y yo no he dicho que estuviera de acuerdo con ella.

No pude evitar sonreír. Tenía razón. Era guapo e inteligente, pero no de forma ostentosa. Exudaba confianza sin ser engreído. Era un cambio que agradecía.

—¿Estás de acuerdo con ella?

Hizo una mueca.

—Sí y no. Sí en el contexto de que Bruce parece ser un *playboy* indulgente con el corazón del gran chico que solía ser. Pero, en general, creo que algunas de nuestras acciones pueden ser un error, y nadie quiere que lo juzguen en su peor día. Así que, en ese sentido, lo que hacemos no siempre es representativo de lo que somos.

Me gustó que me escuchara. Y que fuera interesante escucharlo. Si juzgaba a Tristan por sus acciones, había hecho una generosa donación a Sunrise y se había mostrado muy considerado al elegir ese restaurante y al pedir por mí. ¿Debía creer, por tanto, que era un hombre generoso y atento? ¿Lo había hecho todo para aparentar, o sus acciones eran un auténtico reflejo de su personalidad?

—Dime por qué has acabado pujando tanto por esta cena. ¿Qué es lo que necesitas de mi padre?

Entrecerró los ojos.

—¿Qué necesito de tu padre? ¿Crees que voy detrás de algo?

—Es lo que pasa con la mayoría de los hombres.

Asintió despacio.

—Supongo que sí. —Hizo una pausa; no parecía tener prisa por

continuar—. Haría cualquier cosa por Arthur. No sabía que eras su hija cuando pujé. Salí para atender una llamada y, cuando volví, la hermosa mujer que se había tropezado conmigo ese mismo día estaba en el escenario. Sin profiteroles de crema y con un vestido impresionante.

El calor envolvió mi cuerpo como si me hubiera bajado de un avión en Dubái. ¿No sabía quién era? Un chisporroteo de excitación me hizo sentir mariposas en el estómago. ¿El hombre sexy que tenía enfrente había querido tener una cita conmigo sin conocer mi apellido, o la reputación o riqueza y llevaba aparejadas?

—¿Crees que todos los que pujaron trataban de impresionar a tu padre? —preguntó.

—Impresionarle. Utilizarme. Elige el veneno.

—Vaya —comentó Tristan, desplegando una sonrisa—. ¿Cómo te has vuelto tan… cínica?

—Soy realista. Son humanos y, por lo tanto, se centran en sus propios intereses.

Negó con la cabeza.

—No creo eso de la especie humana, y tampoco creo que lo hagas tú.

—¿De verdad vas a quedarte ahí sentado y a decirme lo que debo creer? Es cierto. Estamos programados para ser egoístas y satisfacer nuestras propias necesidades.

—Voy a quedarme aquí sentado y a decirte lo que no debes creer. Trabajas para una fundación benéfica que recauda dinero para ayudar a la gente. A otras personas. Y no eres la única: tienes compañeros de trabajo, donantes, simpatizantes. Si tu teoría fuera cierta, las organizaciones benéficas no existirían. La gente no sería cooperativa. No digo que no intentemos satisfacer nuestras necesidades básicas, por supuesto que lo hacemos, pero algunos tratamos de hacer más que eso. Algunos no tenemos otra intención que hacer una donación para una buena causa y pasar la noche con una mujer hermosa.

No podía tener razón y ser encantador. Eso era ir un paso demasiado lejos.

—Siempre habrá excepciones a toda regla.

Era la mejor respuesta que tenía. Me había quedado sin argumentos y su sonrisa me estaba alterando. En especial cuando estaba señalando lo equivocada que estaba. Una vocecita dentro de mi cabeza me sugirió que tal vez él era la excepción a la regla. Tenía que encontrar el botón para silenciar esa voz. Había una buena razón por la que no había tenido ninguna cita desde que había roto mi compromiso. Las excepciones eran raras, y no iba a enamorarme de otro hombre que fingiera ser alguien que no era.

Una camarera que no había visto antes retiró los platos y volvió

con los cubiertos para el postre. Tristan esperó a que se fuera antes de responder.

—Tal vez, pero creo que solo un hombre excepcional no habría querido estar sentado frente a ti esta noche. Por suerte para mí, de todos los que había en ese evento, soy yo el que disfruto de ese privilegio.

—¿Y dices que no tienes interés en impresionar a mi padre? —Si ese era el caso, la idea de Sutton de intentar conseguir que Tristan se casara conmigo empezaba a hacer aguas; él no tenía motivación alguna.

—Si tratara de impresionar a Arthur, salir con su hija no sería lo primero que intentaría.

—Entonces, ¿no tienes interés en casarte conmigo?

—¿Te estás declarando? ¿En una primera cita? Debo de haberte impresionado bastante.

Era demasiado mono, y ya casi podía escuchar las sirenas que anunciaban peligro en mi cabeza.

Me encogí de hombros como si acabara de decirle que había planeado dividir la cuenta.

—Sí. Es decir, si hubieras querido impresionar a mi padre, habría sido la solución a todos nuestros problemas. Pero dado que no es así, supongo que eso ha dado al traste con mi idea.

Se rio y el sonido reverberó en cada centímetro de mi piel.

—No suelo decir que sí a las propuestas de matrimonio en la primera cita. Pero, como has dicho, siempre hay una excepción a la regla.

6

TRISTAN

Parker era mejor compañía de lo que esperaba. No porque hubiera esperado que la noche iba a ir mal, sino porque nunca me hacía expectativas cuando se trataba de una cita. Con demasiada frecuencia pensaba que todo iba a ir bien, y había acabado muy decepcionado: o bien no teníamos nada en común o me encontraba llevando el peso de la conversación. Así que me había dado por vencido. Había tenido bastantes citas, pero habían pasado a un segundo plano respecto al resto de mi vida. Después de esa noche, iba a tener que reevaluar mis prioridades.

Parker era más guapa de lo que recordaba. Con aquella melena casi negra y los labios rojo rubí se alejaba mucho de mi tipo habitual, pero había algo en ella que hacía que no pudiera dejar de mirarla.

Me resultaba sexy no solo por su aspecto, sino también por su forma de ser.

—Estoy intrigado —dije—. Explícame por qué casarnos sería la solución a todos nuestros problemas.

—Si fueras el yerno de mi padre, tendrías todo lo que necesitas de él.

—Pero no necesito nada de él.

—Cierto, pero no lo sabía hasta este momento.

—Vale, ¿y por qué sería la solución para ti? No me digas que solo me quieres por mi cuerpo.

Sonrió, y el rubor de sus mejillas me dijo que mi cuerpo le parecía muy bien.

—La fundación benéfica que presido siempre anda escasa de dinero, y me gustaría donar mi fondo fiduciario para apoyar no solo a los niños con defectos cardíacos, sino también a sus familias. La tensión que supone este tipo de enfermedad para una familia es inimaginable.

Podía imaginarlo de sobra.

—Quiero ofrecer apoyo a toda la familia: alojamiento cercano al hospital si lo necesitan, asesoramiento psicológico a los padres y hermanos, apoyo académico si fuera necesario. Ese tipo de cosas.

Asentí, tratando de bloquear los recuerdos de cómo era mi familia antes de la muerte de mi hermana. Si miraba hacia atrás, no me extrañaba que mis padres se hubieran separado. Después de los

constantes relevos en el hospital, rara vez permanecían los dos bajo el mismo techo. La presión de tener que tomar decisiones de vida o muerte con regularidad, el limbo en el que vivíamos todos… Era una situación imposible. Yo me había enterrado en mi ordenador, lamentando la pérdida de mi familia mucho antes de que mi hermana muriera y mis padres se divorciaran.

—Podría hacer todo eso si tuviera acceso a mi fondo fiduciario. Pero las estúpidas reglas dicen que para poder manejarlo tengo que tener veinticinco años y estar casada.

Fruncí el ceño. No se le echaba mucho más, pero parecía tener más de veinticinco años.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho, así que no hay problema ahí. El problema está en que estoy soltera, y soy feliz así. Nunca he sido la clase de chica que sueña con el día de su boda. Mi trabajo es mi vida. No tengo tiempo para nada más. Así que los veinticinco millones que recibiría si paso por el altar me dan igual.

—Eso es mucho dinero. Y un gran incentivo para casarse.

—Lo es, pero no lo quiero para mí. Solo sé que podría hacer mucho bien si pudiera tenerlo en mis manos. —Se encogió de hombros—. De todos modos, no iba en serio lo de casarme. Una amiga me sugirió que se lo pidiera a quien ganara la cita, porque si estaba tratando de impresionar a mi padre, podría estar dispuesto a hacerlo.

Nos interrumpió Antonio con el postre.

—Espero que sea lo que esperabas —comentó Antonio, mirándome. Arrugó la nariz con asco ante lo que había pedido.

—Gracias —dije.

—¿Bombones y profiteroles de crema? —exclamó Parker, con los ojos brillantes por la sorpresa.

—¿Podría ser otra cosa? —Si no hubiera sido por los profiteroles, nunca habría pujado por ella. No habríamos estado sentados frente a frente en ese momento, una posibilidad que me resultaba más desagradable a cada minuto que pasaba. Di gracias a Dios por los profiteroles de crema.

—Espera, ¿son pasas cubiertas de chocolate? ¿Cómo sabes que son mis favoritas? —Me miró con el asombro reflejado en sus ojos verde mar, como si acabara de sacar un conejo de la chistera.

—Presto atención a los detalles —dije.

—¿Tienes cámaras en mi casa? ¿Fue esa la razón por la que viniste ayer a mi piso? —Sonreía, pero quería una respuesta.

—Como he dicho, presto atención. Anoche era obvio que estabas disfrutando de tiempo para ti, con el pijama y la mascarilla…

Gimió.

—No me lo recuerdes.

—Tenías un cuenco de pasas cubiertas de chocolate junto al sofá, así que supuse que te gustaban. Y también sé que te gustan los profiteroles de crema. Por cierto, te favorecen mucho.

Sonrió tanto que lo sentí en lo más profundo de mis entrañas.

—¿Quieres que me pegue uno a la blusa?

Me reí.

—Me vale con verte comer uno. —La forma en que había dado un mordisco al pastelito cuando la bandeja cayó sobre ella me había parecido adorable y sexy a la vez, pero, al parecer, era adorablemente sexy por defecto: con o sin profiteroles de crema.

—Así que prestas atención a los detalles, ¿eh?

—Más que la mayoría de la gente, creo. La observación a menudo proporciona más información, y sin duda más precisa, que hacer preguntas.

Asintió despacio, como si estuviera un poco insegura de qué otra cosa podía haberme mostrado.

Se llevó el profiterol a la boca y le dio un buen mordisco. Sin darse cuenta, se le pegó un poco de crema en la nariz. Me decepcionó un poco que se la limpiara con el dorso de la mano; me habría gustado ver cómo intentaba quitársela con la lengua.

—Los dos sabemos que no necesito impresionar a tu padre, pero, solo por pasar el rato, cuéntame más sobre ese matrimonio de conveniencia que ibas a proponerme.

Me gustaba verla hablar, y lo que contaba me decía mucho sobre quién era. Era como si lo pusiera todo sobre una alfombra roja para invitarme a entrar y a aprender más.

—¿Por pasar el rato?

—Como he dicho, le debo a tu padre toda mi carrera. No voy a engañarlo por veinticinco millones de libras.

—Ese dinero no es suyo —espetó.

Tal vez ese dinero no fuera de Arthur, pero no iba a mentirle para casarme con su hija. De ninguna manera.

—Sígueme la corriente —insistí; quería escuchar cómo tenía previsto llevar a cabo esa pantomima—. Dime lo que estabas pensando.

Me sostuvo la mirada mientras se llevaba otro profiterol a la boca, lo mordía, masticaba y tragaba.

Sexy. Todo lo que hacía era sexy.

—Las reglas del fideicomiso dicen que tengo que estar casada durante noventa días para poder disponer de los fondos, por lo que no puedo casarme con alguien un fin de semana y ya está. Tengo que convencer a mi padre y al otro fideicomisario de que mi matrimonio es real. Ese es mi plan.

—¿Con un acuerdo prenupcial?

—Claro, solo así es ejecutable en el Reino Unido. Se negocian antes y se firman después.

Asentí.

—De acuerdo. Así que tienes que encontrar a alguien en quien puedas confiar, o podría reclamarte la mitad de tu fondo fiduciario para firmar los papeles después de la boda.

Ella suspiró.

—Sí, claro. Espero que, si están tratando de impresionar a mi padre, jueguen según las reglas.

—Pero puede ser que no necesiten impresionarlo si tienen la mitad de tu fondo fiduciario en la cartera. —Había algunas personas sin escrúpulos que habrían dicho cualquier cosa que Parker quisiera oír si eso significaba tener en sus manos esa cantidad de dinero.

Hundió los hombros.

—Sí. Tienes razón. Necesito a alguien en quien pueda confiar.

—Vale, ¿y qué más? ¿Sería una gran boda? ¿Compraréis una casa juntos? ¿Un perro? —me interesé, verdaderamente intrigado por su plan.

—Tendríamos que celebrar la boda. Tiene que parecer legal durante al menos noventa días. Pero no tiene sentido comprar una casa para tres meses. ¿Tal vez podría mudarse conmigo? —Negó con la cabeza—. Tampoco es que importe. No tengo a nadie en mente ahora que sé que no te interesa.

No me interesaba, pero tampoco tenía reparos en casarme con alguien que necesitara acceder a su fondo fiduciario. No creía en la santidad del matrimonio ni nada por el estilo. Pero Arthur me gustaba, y lo respetaba demasiado como para mentirle.

—¿Y el sexo? —pregunté. Me recosté en mi silla y disfruté del rubor que subía por sus mejillas.

—El sexo no entra en el trato.

—Y yo pensando en algo que podría hacerme cambiar de opinión…

Cogió una pasa cubierta de chocolate y me la lanzó.

—No, no es cierto,

Me reí.

—Tienes razón. ¿Y no le dirías a nadie que todo es falso?

Hizo una mueca.

—No podría hacerlo. No puedo arriesgarme a que mi padre se entere. —Hizo una pausa—. Tú lo sabrías. Y mi mejor amiga. Pero, salvo vosotros, lo mantendría en secreto.

Me gustaba la idea de que tuviéramos un secreto.

—Supongo que eso significa que no habrá una segunda cita —solté —. Dado que he rechazado tu propuesta de matrimonio.

Se rio.

—Supongo que no. A menos que me den un anillo al final de una primera cita, nunca digo que sí a la segunda.

Era una pena. Parker se había convertido en la primera mujer en mucho tiempo que me había intrigado de verdad. Tal vez fuera el pijama con vacas estampadas; tal vez fuera la propuesta de matrimonio. Tal vez fueran sus ojos verde mar y aquel ceño casi permanentemente fruncido. Fuera lo que fuese, me habría gustado volver a verla. Y si no hubiera sido la hija de Arthur, me habría casado con ella.

7

TRISTAN

Rara vez tenía que ir a las oficinas de mis clientes. Rendía más cuando trabajaba en casa, y me gustaba el anonimato que me proporcionaba hacer las tareas por correo y por teléfono. Intentaba evitar las videollamadas en la medida de lo posible por la misma razón.

Admitía para mis adentros que mi presencia en las oficinas de Arthur tenía más que ver con la noche del sábado que con la ciberseguridad del banco. Aunque no lo hubiera hecho a propósito, Parker me había puesto en una situación difícil. Al hablarme de su plan para hacerse con el control del fondo fiduciario, le estaba ocultando algo a Arthur. Y si se lo contaba, habría traicionado la confianza de Parker. Era un callejón sin salida. Estaba entre la espada y la pared. Y empezaba a oír el crujido de mis huesos al quedar atrapado entre los dos.

Su asistente me hizo pasar al despacho. Arthur tenía un ordenador de sobremesa conectado a la red del banco y un portátil totalmente independiente. Ese era un momento tan bueno como cualquier otro para hacer las comprobaciones habituales y asegurarme de que todo estaba en orden. Comprobaciones que, por lo general, hacía a distancia y de forma automática.

Pero ese día había decidido hacerlas manualmente y en persona.

Me senté en la silla de Arthur y encendí su portátil. Me llamó la atención el marco de fotos plateado al lado del escritorio. Parker sonreía en la imagen. Parecía estar de vacaciones, resplandeciente bajo los rayos del sol, con una melena algo más ondulada que en la actualidad. Me pareció muy guapa.

—¡Tristan! Maureen me ha dicho que estabas aquí. —Arthur entró en su despacho.

Me levanté de la silla.

—Pensaba que estabas reunido, Arthur. Estaba cerca y se me ocurrió pasarme y hacer las comprobaciones habituales en persona. A veces es útil revisarlo todo *in situ*.

Me indicó que volviera a sentarme mientras ocupaba una de las sillas frente a su propio escritorio.

—Sigue. La reunión ha sido inesperadamente corta, lo que no ocurre muy a menudo.

—¿Vas a mirarme mientras trabajo?

—No, vas a trabajar mientras te hago preguntas sobre la cita con mi hija.

Suspiré para mis adentros. Nos adentrábamos en territorio peligroso. Pero por eso estaba allí, ¿no? Quería encontrar la manera de contarle lo que sabía sin mencionar lo que Parker planeaba hacer para conseguir el fondo fiduciario.

—Tuvimos una velada encantadora. Es irresistible —comenté con los dedos en el teclado; quería terminar las comprobaciones para que al menos eso no fuera mentira.

—Entonces, ¿quedaréis de nuevo? Hace tiempo que Parker no tiene novio. Necesita algo o a alguien que la distraiga para no trabajar cada minuto del día en esa fundación benéfica.

¿Novio?

—Debes de estar muy orgulloso de que le apasione algo que es tan importante.

Arthur soltó el aire y se agarró a los brazos de la silla.

—Por supuesto, estoy orgulloso. Muchos hijos de mis colegas se pasan la vida de fiesta en fiesta, gastando sus fondos fiduciarios en ropa de diseño sin el menor sentido de la responsabilidad. Parker nunca ha sido así. Sin embargo, me gustaría que… Desearía que fuera más equilibrada. Necesita divertirse más.

Hice una pausa y miré a Arthur, preguntándome si quería que le dijera lo que pensaba o si solo quería que lo escuchara. No era fácil leer su mente.

—Sin duda, tus padres pensaban lo mismo de ti. Nadie llega a tener éxito si no tiene motivación y una mentalidad únicas.

Arthur asintió.

—Estoy de acuerdo. Pero en algún momento del camino me las arreglé para encontrar una mujer increíble con la que casarme y formamos una familia. Quiero eso para Parker.

Según la conversación que habíamos mantenido el sábado, un matrimonio de verdad y una familia ni siquiera estaban en el radar de Parker. Era una de las razones por las que me gustaba su idea de un matrimonio falso. Si su padre hubiera sido otro hombre y no Arthur, habría podido decir que sí. No parecía que ella le diera ningún valor a estar casada.

—Tal vez no quiere eso para sí misma.

—Si simplemente no quisiera casarse, no pasaría nada. No me importaría. Pero la cuestión es que se ha rendido. Ha dejado de confiar en la gente. —Había una tristeza en sus ojos que no había visto antes—. Cuando llegó el momento de establecer su fondo fiduciario, quise asegurarme de que la idea de compartir su vida con alguien seguía siendo una posibilidad. Casarse es uno de los requisitos para

acceder a su fideicomiso.

Me miró.

No podía fingir que no lo sabía.

—Lo mencionó.

Arthur me sostuvo la mirada.

—¿Cómo salió el tema?

Estaba en la cuerda floja. Conocía a Arthur desde hacía mucho tiempo, y le debía más de lo que cualquiera habría podido imaginar o pagar, pero Parker no había hecho nada para merecer mi traición.

—Mencionó que casarse era uno de los requisitos para conseguir su fondo fiduciario.

Esperaba que Arthur se enfadara, pero lo que vi en su cara fue alegría.

—Es un tema curioso para una primera cita…, a menos que… —Se rio—. ¿Se ha declarado?

Inspiré con fuerza. Ante una pregunta directa, no iba a mentir.

—Dijo algo al respecto.

—Mi niña… Es inteligente, ¿sabes? —Negó con la cabeza—. Quiere ese dinero para Sunrise. ¿Me equivoco?

No respondí, pero mi silencio fue una respuesta en sí misma.

—Espero que hayas dicho que sí —continuó Arthur, lo que me desconcertó un poco. Estaba claro que se le escapaba algo. O se me escapaba a mí.

—No te preocupes. No voy a fingir un matrimonio con tu hija y mentirte al respecto.

Hizo una pausa.

—No sería falso —dijo finalmente—. Si lo fuera, no cumpliría los requisitos. Y no me mentirías al respecto porque ahora lo sé.

Aparté la silla de su escritorio.

—¿Estás sugiriendo que me case con Parker para que tenga acceso a su fondo fiduciario?

—¿Por qué no? —preguntó. No era la reacción que esperaba. Había asumido que iba a enfurecerse porque Parker intentaba engañarlo—. Incluso una boda falsa requeriría que Parker depositara su confianza en ti hasta cierto punto. Eres un buen tipo. Podrías demostrarle que no todos los hombres son… —Se interrumpió para no seguir adelante y cambió de táctica—. Se vería obligada a ver la vida desde una perspectiva ligeramente diferente. Tendríais que pasar tiempo juntos, venir a casa a cenar los domingos. Y, por supuesto, tendríais que vivir juntos después de casaros. Tal vez incluso después de estar comprometidos. De hecho, cuanto más lo pienso, más me parece una excelente idea. Podría ser bueno para ti también, Tristan. Llevo años pensando que tal vez necesitas un poco de equilibrio en tu vida. Trabajas demasiado.

—Tengo una vida muy equilibrada, pero te agradezco que te preocupes por mí.

—Al menos sabría que está con alguien en quien se puede confiar —continuó como si no me hubiera escuchado—. Hay mucho sinvergüenza suelto. Y no solo en la banca.

Eso era cierto.

—Tal vez podrías hablar con ella. Es poco probable que yo sea la última persona a la que se lo pida. Se trata de mucho dinero y, como dices, le apasiona lo que hace. No la conozco mucho, pero no creo que renuncie a encontrar un falso marido porque yo le haya dicho que no.

Asintió, pero no estaba escuchando.

—Piénsalo, Tristan. Tendrías mi bendición —insistió—. De hecho, me harías un favor.

El rechazo a engañar a Arthur había sido mi principal objeción a un matrimonio falso. Pero si él era plenamente consciente de lo que ocurría y le parecía bien, ¿dónde estaba el problema? Podía ayudar a Parker, a Arthur y a una causa muy digna. ¿No era del género bobo decir que no?

—Lo único que te pido —continuó Arthur— es que no le digas a Parker que lo sé. Si se entera de que estoy de acuerdo con un matrimonio falso, no se esforzará, y la razón por la que puse ese requisito en el fideicomiso habrá sido inútil.

¿Así que quería que le mintiera a Parker? No me gustaba la idea, pero, al mismo tiempo, sus motivos no eran malos. Siempre decía que habría hecho cualquier cosa por Arthur; había llegado el momento de averiguar si eso era cierto. ¿Estaba dispuesto a casarme con su hija?

8

PARKER

No pude evitar ponerme el pijama de vaquitas, pero no me atrevía a aplicarme otra mascarilla. No esperaba compañía, pero tampoco la había esperado cuando Tristan se había dejado caer el otro día. Me había pillado con la guardia baja. No quería que me pasara de nuevo…

Eché unas pasas cubiertas de chocolate en un cuenco, cogí el té y fui al salón. Ni siquiera tuve tiempo de darle un sorbo a mi bebida antes de que alguien llamara a la puerta. Aunque una parte de mí había intuido la interrupción, pegué un brinco. ¿Por qué habría vuelto? Miré mi vestimenta. ¿Tenía tiempo para cambiarme? A la mierda. Ya me había visto antes ese pijama.

Y, de todas formas, ¿qué probabilidades había de que fuera él?

Abrí la puerta y me encontré con el imponente Tristan Dubrow de pie en el descansillo. Incluso con la cabeza agachada, mirando la pantalla de su teléfono, seguía estando guapísimo. ¿Por qué no podía conseguir que un tipo así se casara conmigo? Sutton tenía razón, necesitaba el dinero del fondo fiduciario. Si ello requería llevar a cabo algún subterfugio, que así fuera. Iba a casarme con alguien ese año aunque fuera lo último que hiciera.

—Alguien está pasando cargos a tu cuenta otra vez. —Levantó la vista del móvil y se acercó a mí. Fue como si me hubiera empujado con la intensidad de su mirada. Di un paso atrás sin pensarlo dos veces.

—Entra —invité para ocultar la reacción visceral que había tenido mi cuerpo ante una simple mirada suya.

De nuevo, se coló dentro y se detuvo en el pasillo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté—. ¿Has husmeado en mi cuenta?

Arqueó las cejas.

—Claro. ¿Cómo crees que he bloqueado si no a la empresa que te pasaba los cobros?

No debí haber preguntado.

—Me gusta que te sientas tan cómodo hackeando mi cuenta bancaria, pero Dios no quiera que te cases conmigo para que una organización benéfica reciba veinticinco millones. —Sonaba cabreada y no tenía ningún derecho a estarlo. Tristan no tenía ninguna obligación conmigo. Habíamos pasado unas tres horas juntos en total.

¿Por qué iba a aceptar casarse conmigo? Debíamos empezar de nuevo —. ¿Quieres un té de jengibre? —pregunté.

—Claro.

No esperaba que dijera que sí. Fui a la cocina y me puse a prepararle una taza.

—¿Cuánto se han llevado? —pregunté.

—Parece que sigue el mismo patrón que la última vez, cada día una pequeña cifra. Hoy te han cargado tres setenta y cinco. —Apretó los labios como si estuviera descifrando el crucigrama del día.

—¿Trescientas setenta y cinco libras?

Negó con la cabeza.

—Tres libras con setenta y cinco.

—¿Puedes bloquearlos?

—Hecho. —Se guardó el móvil en el bolsillo trasero y cogió la taza que le tendía.

—Tu piso es pequeño —comentó, observando mi apartamento.

—Gracias. —Atravesé el pasillo hasta el salón y me acomodé en el sofá, junto al cuenco de pasas.

Tristan me siguió.

—Oye, no estoy diciendo que sea malo. Solo esperaba algo más…

—¿Más ostentoso? —Terminé la frase por él—. Dirijo una fundación benéfica. Mi salario no me permite ser ostentosa.

—Pensaba que Arthur…

—Puedo mantenerme a mí misma. —Cogí una pasa y me la metí en la boca—. Siempre he trabajado. Siempre me he pagado mis gastos. Arthur es Arthur. Yo soy yo.

Me sostuvo la mirada dos segundos más.

—Estás tratando de demostrar algo. —No era una pregunta, solo pensaba en voz alta.

—Estoy intentando comer unas pasas y beber un té en paz. Pero cierta persona sigue entrometiéndose en el tiempo que reservo para mí misma.

Curvó las comisuras de los labios.

—¿Quién querría robar el dinero de una organización benéfica?

—¿Unos ladrones? —repuse.

Arqueó las cejas.

—Pero ¿por qué tienen como objetivo Sunrise? Saben que los han pillado, pero han vuelto a por más.

—¿No es esa la manera de actuar de los… *bots*?

—Eso pensaba yo. Suele ser así. Pero si un *bot* es detectado, no vuelven a ir por esa cuenta. Al menos, tardan un tiempo. La ponen al final de la lista.

—Tal vez saben que lo hemos descubierto, por lo que están yendo por nosotros asumiendo que no nos fijaremos. Tú mismo dijiste que

parecían sofisticados.

—Mi instinto me dice que se trata de algo personal. Les interesa Sunrise. ¿Has hecho algún enemigo?

¿Enemigos?

¿Yo?

—No somos un grupo infiltrado de la cia. Somos una fundación benéfica para niños enfermos.

—Es que es muy extraño. Piénsalo bien. Y asegúrate de mantener las puertas cerradas.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Por qué dices eso?

—Es una mera precaución hasta que averigüe lo que está pasando. —Me miró con los ojos entrecerrados—. ¿Qué pasa? —preguntó—. Es como si acabara de decirte que no puedes volver a comer pasas cubiertas de chocolate.

Recordé lo que había ocurrido cuando había llegado a casa esa tarde.

—Es que cuando he llegado hoy del trabajo, la segunda cerradura de la puerta no estaba echada. Y siempre me aseguro de que dejo el piso cerrado con llave cuando salgo. Me ha extrañado un poco, pero luego, cuando he entrado, todo estaba bien y me he olvidado de ello por completo. Tal vez se me ha pasado cerrar las dos… ¿Crees que estoy volviéndome un poco paranoica?

Los ojos de Tristan se oscurecieron y se puso en pie.

—Vamos. Recoge algunas cosas y vámonos. No existen las paranoias.

—¿Qué? Estoy en pijama. No voy a ninguna parte.

Me deslizó la mano por debajo del codo y me levantó del sofá.

—Haz la maleta o la haré yo por ti.

Me encogí de hombros.

—Ahora eres tú el paranoico. Lo más seguro es que me haya olvidado de cerrarla.

—Si lo creyeras, no me lo habrías mencionado. Ni siquiera te habrías acordado.

Actuaba como mi padre. Siempre intentaba convencerme de que tomara más precauciones. Más de una vez me había animado a desplazarme por la ciudad con chófer, o a utilizar un guardaespaldas cada vez que saliera del apartamento. Era un sinsentido; nunca había accedido a nada de eso.

—No soy nada tuyo —alegué—. No puedes obligarme a hacer la maleta.

—No —dijo—, no puedo. Pero si no la haces tú, la haré yo. Y si la hago yo, es probable que coja la ropa interior del día equivocado o me olvidaré de tu… pijama de ovejas. Haz la maleta y lo discutiremos por

el camino.

¿Ropa interior diferente para cada día de la semana? ¿De verdad parecía la típica mujer que tiene asignado un conjunto de ropa interior a los días de la semana? Bajé la vista, pero solo encontré las caras felices de la docena de vacas que me miraban.

—¿De camino a dónde?

Antes de darme cuenta, estábamos en mi habitación. Sin decir una palabra, había quitado la maleta de encima de mi armario y se había concentrado por completo en su móvil mientras yo la llenaba. Tenía que cambiarme de ropa, así que cogí unos vaqueros y mi sudadera favorita de Snoopy y me metí en el baño.

Tristan me miró y se rio.

—*¿«El amor es un perrito caliente»?* ¿En serio? El sábado por la noche le pediste a un completo desconocido que se casara contigo para conseguir dinero. No puedes decirme que te gustan los cachorros y las pasas cubiertas de chocolate.

—Adoro a Snoopy. No necesito nada más.

—No es así. También necesitas una alianza en el dedo para poder echar mano de tu fondo fiduciario. —Sin esperar mi respuesta, bajó la tapa de mi maleta, cerró la cremallera y la levantó de la cama como si no hubiera metido la mitad de mis pertenencias allí dentro. Fue a la puerta y yo corrí tras él.

—Espera, no estoy preparada. Tengo que desenchufar la televisión y asegurarme de que el horno está apagado. Además, debo regar las plantas y…

—No tienes plantas.

—Estoy siendo metafórica. No puedes llevarme en volandas sin más. Es como si me secuestraras.

—Bueno, pues riega tus plantas metafóricas y salgamos de aquí.

Apagué el televisor con rapidez, cogí el teléfono, la *tablet* y el bolso antes de echar un vistazo a mi casa. Iba a regresar al día siguiente, ¿verdad?

Bajamos en el ascensor hasta el vestíbulo, uno al lado del otro, en silencio. Quería interrogarlo. Si alguien quería llevarse algo de mi piso, tenía oportunidad de hacerlo mientras yo estaba fuera todo el día. Si hubieran querido algo de mí, habrían esperado a que estuviera en casa. ¿Por qué estaba tan seguro de que yo corría peligro?

—Confía en mí —dijo Tristan.

—No he dicho nada.

Me miró y sonrió.

—No hace falta que lo hagas. La forma en la que te pones el pelo detrás de la oreja izquierda me dice que no dejas de darle vueltas en la cabeza. —Bajé la mano de inmediato—. Si estoy siendo paranoico, pues genial. Te quedas a dormir en mi casa y vuelves a la tuya cuando

sepa lo que pasa. Si no estoy siendo paranoico, todavía mejor: estarás a salvo.

—¿Noche de pijamas? ¿En tu casa? Ni de coña; me voy a un hotel.

Salimos de los ascensores y fuimos al exterior.

—No. Quiero que estés donde pueda verte.

Ese tipo era exasperante. Al mismo tiempo, había algo reconfortante en la sensación de que alguien se preocupara por mí. Eso si sus intenciones eran genuinas…

—Espero que tengas pasas cubiertas de chocolate en tu casa.

Tristan había aparcado fuera. Me abrió la puerta del coche.

—Eso puede apañarse.

Me senté en el asiento del copiloto y esperé mientras Tristan guardaba mis pertenencias en el maletero y se subía al asiento del conductor, dispuesto a llevarme a casa de un desconocido muy sexy y casi perfecto para pasar la noche.

Estar en casa de Tristan me hacía sentir como una adolescente que no tenía las cosas claras. Mientras mi piso era un batiburrillo de chucherías, regalos de Navidad y recuerdos de vacaciones, la casa de Tristan parecía la de un adulto. Todo era gris oscuro, azul petróleo y verde bosque; habitaciones con paneles de madera; muebles modernos de mediados del siglo pasado cuidadosamente seleccionados, y algunas obras de arte que parecían especialmente elegidas para ese espacio.

—Bonito lugar. —Abrí un cajón de la cocina y miré el interior. La cubertería estaba ordenada en una bandeja de roble. Abrí otro y encontré paños de cocina planchados.

Todo era perfecto.

Levanté la vista y me lo encontré observándome.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó.

El calor me recorrió todo el cuerpo porque al mirarlo…, sí. Sí, me gustaba lo que veía. Tanto que resultaba casi un poco embarazoso. Su pelo rubio oscuro, que parecía despeinado a propósito; sus hombros, casi tan anchos como mi altura total. Incluso las arruguitas de sus ojos eran sexis de una manera imposible. Los hombres no debían ser tan sexis como Tristan. No era justo.

—Supongo —repuse, tratando de parecer indiferente.

—Estás acostumbrada a lugares bonitos —respondió—. Pero no vives en uno.

—¿Qué dices? Vivo en Maida Vale.

—Maida Vale es una zona preciosa, pero es como si intentaras de forma deliberada que tu piso no sea bonito.

—No todos tenemos el dinero suficiente para tener una lujosa villa victoriana o para vivir en Notting Hill.

—No. Pero tú sí. No tengo ninguna duda de que, si quisieras vivir

en un lugar más agradable, Arthur te ayudaría. Creo que te gusta torturarte. Solo que aún no he descubierto por qué.

No tenía ganas de torturarme, pero no necesitaba una casa elegante para demostrar nada. Como había dicho Tristan, había vivido en una casa elegante mientras crecía, y eso no definía quién era yo.

—La gente tiende a olvidar que es mi padre quien tiene dinero, no yo.

Se encogió de hombros como si no importara lo que yo dijera y fuera a formarse su propia opinión.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté.

—Treinta y cuatro —repuso.

—Pues tienes un hogar increíble. La ciberseguridad debe de haberse portado muy bien contigo. —Las casas como esa no eran baratas en Notting Hill. Sin duda, había pagado más de cinco millones de libras por ella. Pero una casa bonita en una buena zona no siempre significaba que alguien fuera rico. Solo que sus deudas eran más grandes.

—No tengo ninguna queja.

—No me esperaba que vivieras en un sitio así.

—Parece que estamos llegando al punto en el que no soy lo que esperabas. ¿Imaginabas pieles de tigre y lamé dorado, o tal vez pensabas que estaríamos sentados en *packs* de cajas de leche y usaríamos antorchas por la noche para leer cómics en un saco de dormir?

—Es como si pudieras leerme la mente. —Estaba bromeando, pero, al mismo tiempo, no. Había momentos en los que parecía que Tristan se había metido dentro de mi cabeza y había acampado ahí. No lo conocía el tiempo suficiente como para que me tuviera tan calada.

Sonó un golpe en la puerta, y pequé un brinco.

—Pasas cubiertas de chocolate —dijo a modo de explicación.

—¿Has hecho que las traiga alguien?

—Si Uber Eats cuenta…

Ah…, por supuesto.

—Y té de jengibre —añadió cuando volvió al salón con una bolsa del repartidor.

—Muy considerado por tu parte. —Tenía razón, prestaba atención a los detalles. A mí.

Apartó la mirada como si se sintiera avergonzado.

—¿Quieres tomar una taza?

Negué con la cabeza.

—Aunque no me importaría ponerme el pijama.

Asintió y cogió mi maleta.

—Sígueme. —Subió las escaleras de dos en dos antes de detenerse en la segunda puerta del rellano de la galería—. Tienes un *body* de

lamé dorado en el armario. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Podría pagar otras veinticinco mil libras por vértelo puesto.

—Largo de aquí.

—¿No necesitas mi ayuda para cambiarte?

Lo empujé al otro lado de la puerta.

—Ve a prepararme un té.

Se fue y me dejé caer en una cama cubierta con suaves sábanas de lino blanco. Me rodeaban muebles antiguos con un toque fresco: una vieja silla de dormitorio de madera de caoba con un cojín en tonos verde botella y naranja combinados; una lámpara de cristal y cobre. Era moderno pero acorde con la casa. Ver el interior del mundo de Tristan hacía que se cuadriplicara su atractivo, si eso era posible. No me extrañaba que no quisiera casarse conmigo. Alguien así se merecía una esposa de verdad, no un acuerdo falso con el único fin de acceder a una importante suma de dinero.

Cuando conseguí abandonar la comodidad de la cama, me cambié y bajé las escaleras.

—Tienes ahí el té —dijo, levantando la vista del móvil; estaba sentado en uno de los dos bancos de diseño actual a juego con la mesa de comedor—. He llegado a pensar que te habías perdido ahí arriba.

—Tu casa es… es preciosa. Pero también es cómoda.

Asintió.

—Bien. Pero no le menciones a nadie dónde está. —Siguió observándome mientras me acomodaba en el banco de enfrente—. No se lo digas a nadie hasta que averigüemos qué está pasando.

—Necesito comentarlo en el trabajo, obviamente….

Antes de que terminara la frase, estaba negando con la cabeza.

—A nadie. Por favor. Solo hasta que esto esté más claro. —Permaneció en silencio, tecleando en el teléfono durante unos minutos. Puso una mueca que hizo que volvieran a aparecer esas sensuales arruguitas junto a sus ojos—. Solo quiero averiguar quién está sacando dinero de tu cuenta y si alguien entró ayer en tu piso. Aunque no tiene por qué ser un profesional si yo pude hacerlo con una llave maestra de Amazon.

Me estremecí al pensarlo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien. Aunque sin duda has hecho un buen trabajo asustándome, lo más probable es que haya dejado la puerta sin cerrar.

—Pero sabes que no lo hiciste.

No estaba segura al cien por cien.

Aparté la mirada y mis ojos se posaron en el frutero que había en el centro de la mesa.

—¿Puedo tomar un plátano? —Comer por estrés siempre era una solución.

—Claro. —También puso un cuenco de pasas delante de mí.

—Eres un magnífico compañero de piso —dije—. Y una buena cita. Es una pena que no quieras casarte conmigo.

Se rio y levantó la vista de la pantalla del móvil para mirarme.

Alterné bocados de plátano y pasas cubiertas de chocolate mientras Tristan tecleaba en su pantalla. Era extraño estar en casa de un casi desconocido a punto de pasar la noche. Pero mi padre me había dicho que podía confiar en Tristan. Si me pedía que me quedara con él, debía hacerle caso.

—Necesito que me hagas un favor —me pidió Tristan cuando estaba tomando el último trozo de plátano.

—De acuerdo —respondí.

—¿Puedes faltar mañana al trabajo, o al menos trabajar desde aquí?

—Venga ya… Estás exagerando.

—Solo te pido un día. Me dará algo de tiempo. Tengo muchas cosas en la cabeza en este momento y necesito averiguar qué está pasando.

Un día no era una gran complicación. De todos modos, ya había pensado en trabajar desde casa al día siguiente. Quería revisar la lista de personas que habían hecho donaciones en la cena y en la subasta.

—Con una condición. Tengo que preparar la cena en tu fantástica cocina.

—Será una doble victoria para mí.

9

TRISTAN

Había quedado con Dexter un poco antes que con el resto de los chicos. Y le había dicho que llevara unos cuantos anillos de compromiso. Se acercó a mí con un poco de pánico en los ojos. Cerró la puerta de la sala privada que siempre utilizábamos y se sentó para quedarse mirándome como si yo fuera una obra de arte expuesta en un museo.

—Si alguien fuera a practicar artes oscuras, este sería un lugar perfecto —dije.

Siempre me burlaba de Dexter por haber elegido ese lugar; paredes de color rojo intenso y techo dorado como el sol. Resultaba extravagante y un poco oscuro, y se adaptaba a la perfección a Dexter.

—¿Va todo bien? —preguntó Dexter.

—Claro.

Sacó una caja de terciopelo del bolsillo y la puso encima de la mesa.

—He traído lo que me pediste.

Inspiré.

—Gracias. —Si iba a casarme con Parker, necesitaba un anillo, ¿no? Fuera una boda falsa o no, la gente esperaba ver un anillo de compromiso.

—¿Quieres decirme qué está pasando?

—Bueno —dije, deslizando las manos por los vaqueros—. Estoy pensando en declararme.

—Joder, Tristan. ¿A quién? Ni siquiera te he oído hablar de nadie, ¿y de repente te casas con ella?

Antes de que pudiera responder, Joshua asomó la cabeza por la puerta.

—Habéis llegado temprano. Pensaba que esperaría solo. —Sus ojos se dirigieron a la caja de terciopelo que había sobre la mesa—. ¿Qué está pasando?

—Tristan va a declararse —dijo Dexter mientras Joshua se sentaba.

Suspiré. Todavía no había decidido nada en firme. Pero a partir de ese momento iba a convertirme en el objetivo de las brujas de Eastwick; no me cabía duda que iban a decir lo que pensaban, y yo quería tomar una decisión meditada. Por mucho que los quisiera, mis amigos no iban a entenderlo.

—Claro, claro… —dijo Joshua, que claramente no se había creído una palabra de lo que había dicho Dexter.

—Me lo estoy pensando. Pensé que ver el anillo podría… —Había creído que iba a poder mantener el tema entre Dexter y yo. Que, si veía algunos anillos, iba a recuperar la sensatez y a darme cuenta de que no debía seguir adelante con el plan de Parker; o que la cosa no era para tanto y podía hacerlo para ayudar a Parker, complacer a Arthur y marcar una verdadera diferencia en la vida de muchas personas.

—¿Has pensado que viendo los anillos te decidirías? —preguntó Joshua—. Dios, creo que debería tratarse de cómo te sientes, no de cómo es el anillo.

—Son unos anillos preciosos, pero estoy de acuerdo con Joshua. No deberías decidir si te declaras mirando las alianzas.

Ojalá hubiera llevado los auriculares. O no hubiera ido. Iba a ser como si me picotearan hasta la muerte un par de estorninos chiflados. Empujé la caja hacia Dexter.

—Vamos a olvidarnos de esto. Olvida que te lo he pedido. Quería pensarlo un poco más antes de contárselo a todo el grupo. —Le lancé una mirada a Joshua.

—Iré a buscar un poco de vino para todos, así podréis hablar. —Joshua empujó la silla y se puso de pie—. Luego volveré y podrás repetirlo para mí. ¿Qué te parece?

—Asegúrate de pedir uno que sea bueno, no vayas a lo barato —dijo Dexter mientras Joshua se acercaba a la puerta. Se volvió hacia mí—. Si he dicho algo que no debía, lo siento.

—De todas formas, ibais a enteraros muy pronto. —Iba a invitarlos a todos a la ceremonia, aunque no fuera real.

—Dime, ¿quién es la mujer para la que estás eligiendo un anillo?

Cogí la caja de terciopelo y la abrí. Debía de haber veinte anillos allí dentro, pero me atrajo uno mucho más que los demás. Un pequeño anillo con una esmeralda del mismo color que los ojos de Parker.

—Es bonito, ¿verdad? —Levanté la vista.

—Sí. No es lo más tradicional, pero me encantan las esmeraldas. Y esta es de la mejor calidad que se puede conseguir. Los diamantes que la acompañan a ambos lados son idénticos. Sin embargo, no es el más caro de los que he traído, aunque no por eso deja de ser precioso.

—Ella no querría nada ostentoso —respondí. Saqué el anillo de la caja y lo miré más de cerca. Era pequeño y un poco estrafalario, pero muy bonito. Se parecía mucho a Parker.

—¿Vas a decirme quién es?

—No es lo que piensas. Estoy considerando hacerle un favor a una amiga.

Joshua volvió a asomar la cabeza por la puerta.

—Pasa. Puedes escucharlo tú también. Serás la segunda persona que me diga que estoy siendo idiota.

Mientras Joshua nos servía el vino, comencé a contarles todo lo referido a la subasta, la cita y la propuesta de Parker.

—Pero ¿te gusta? ¿Al menos quieres tirártela? —preguntó Joshua —. La situación podría complicarse.

Si no fuera la hija de Arthur, mi respuesta habría sido un sí rotundo. Pero no podía desvincularla del hombre al que le debía tanto.

—No se complicará. Arthur significa demasiado para mí.

—¿Y le parece bien? —preguntó Dexter.

—Le parece genial. Me ha animado a hacerlo.

—¿Y solo serán noventa días?

—Sí, podemos separarnos después, aunque creo que el divorcio tardará un año… No podemos conseguir la anulación o el asunto no funcionará.

—¿Te parece bien? —insistió Joshua.

—Estoy tratando de pensar una razón por la que no saldría bien. Vosotros lo sabríais. Arthur lo sabe. Tendría que pensar algo para mis padres, pero es factible. No se convertirá en un lío enorme si no dejamos que sea un lío enorme, ¿verdad?

—Supongo —dijo Dexter—. Solo sé que cuando me casé con Hollie me pareció especial.

—Pero no tiene por qué ser así, ¿verdad? —indagué. Que fuera de una manera para Dexter no significaba que tuviera que ser así para mí.

—Ninguna regla dice que tengas que casarte con por amor — aseguró Joshua.

—Exactamente, y tampoco va a ser para siempre. En el peor de los casos, se acabará dentro de un año. No tenemos que vivir juntos después de que pasen noventa días.

—¿Tenéis que convivir?

—Las condiciones del fideicomiso establecen que tiene que ser un matrimonio propiamente dicho. Si no vivimos juntos, ¿cómo podría considerarse un matrimonio? De todos modos, mientras la entretenga con plátanos y pasas cubiertas de chocolate, creo que estará bien. — Sonreí ante esa afición de Parker rayana en la obsesión por los picoteos. Se me ocurrían cosas mucho peores.

—¿Pasas cubiertas de chocolate?

—Da igual. El asunto es que no será difícil vivir con ella. Se ha quedado en casa conmigo los dos últimos días y…

—¿Está viviendo contigo? ¿Por qué? ¿Te estás acostando con ella? —preguntó Dexter.

—No. El sexo no entra en el acuerdo. Pero ella necesitaba un lugar

para quedarse y…, no es para tanto.

Dexter y Joshua intercambiaron una mirada. Estaba claro que no aprobaban del todo mis planes. Los entendía. Los dos estaban con mujeres con las que querían pasar el resto de sus vidas. Mi relación con Parker no iba a ser ese tipo de matrimonio; le estaba haciendo un favor. Un favor que conllevaba el potencial de mantener unidas a unas familias que de otra manera podían desmoronarse. El amor puede ser una buena razón para casarse, pero nunca había oído hablar de ninguna mejor que la que nos iba a llevar a Parker y a mí a casarnos.

Veinticinco millones de libras.

10

TRISTAN

No pude borrar la sonrisa de mi cara mientras giraba la llave en la cerradura y abría la puerta.

—Hola, cariño, ya estoy en casa —dije.

Era el tercer día que pasaba Parker en casa, y tenía pensado decirle esa misma noche que estaba de acuerdo con sus planes para casarnos. Aunque no estaba seguro de cómo hacerlo. Obviamente, no le había propuesto matrimonio a nadie en mi vida. Por lo general, no me resultaba difícil pedir lo que quería, y sin duda quería casarme con Parker. Porque, aunque fuera un matrimonio falso, ella me gustaba. La encontraba atractiva. Y si no fuera la hija de Arthur, seguramente ya habría intentado seducirla. Aunque eso complicaba las cosas.

—Hola, estoy en la cocina. —Por supuesto que estaba allí. Le encantaba ese espacio. De hecho, cuando llegara el momento de que se marchara, no estaba seguro de si iba a poder alejarla de ahí.

—Espero tener la cena en la mesa.

Dejé la bolsa y fui a la cocina, siguiendo el olor de la comida casera. Casarme con Parker era, además, una idea magnífica por sus habilidades culinarias.

Se incorporó cuando entré y se puso de puntillas, con las manos en la espalda, sonriéndome como si fuera mi cumpleaños.

—He estado cocinando otra vez. Esta cocina es mi hogar espiritual. Puede que no me vaya nunca.

Levanté la vista. Las luces estaban apagadas y la mesa estaba preparada para dos.

—¡Qué acogedor!

—¿Verdad? —dijo ella—. ¿Sabías que tenías velas en esos cajones tan ordenados?

—Pues no —confesé mientras seleccionaba una botella en la nevera de vinos—. Pero crean un buen ambiente.

Saqué dos copas del armario y descorché el vino. Y entonces me fijé en lo que llevaba Parker.

Una falda roja muy corta, con pintalabios a juego, y algo que se parecía mucho a una de las almidonadas camisas blancas que yo usaba con los trajes.

Lo que fuera que estuviese encima del fogón parecía un buen plato principal. Tuve ganas de acercarme a ella, rodearle cintura con las

manos y enterrar la cara en su cuello. Quise separarle las piernas de par en par y deslizar la mano por debajo de su falda para arrancarle la ropa interior.

Tenía que controlarme.

No era un adolescente salido.

Por lo general, me encantaba agasajar y halagar a las mujeres. Un buen coqueteo hacía que una mujer se sintiera sexy, y esa confianza era como la hierba gatera. No me resultaba natural contenerme con Parker, pero me había resistido hasta el momento. Sin embargo, había algo en ella que me atraía, que me hacía querer escuchar todo lo que tuviera que decir, que conseguía que quisiera ver cómo se colocaba el pelo detrás de la oreja, que lograba que me gustara disfrutar del rubor que le subía por las mejillas cuando yo hacía el más inocente de los comentarios.

Siempre había visto el coqueteo como la mejor forma de crear una conexión, pero tal vez había estado poniendo una barrera entre ambos desde que la había conocido. Aunque no podía entender por qué lo había hecho.

—Me gusta tu ropa —dije, dejándome llevar de forma peligrosa por la coquetería.

Se giró frente a la vitrocerámica y me sonrió.

—¿No te importa que la haya cogido? —Tiró del cuello rígido de la camisa—. Estaba colgada en mi armario.

Pude ver un trozo de su sujetador de encaje blanco por el escote, donde no había abrochado los botones. Mi erección creció en los pantalones.

Joder… Es la hija de Arthur, no seas asqueroso…

—No tienes que fingir que no has estado fisgoneando —me burlé. Sabía que no lo había hecho. Tenía un sistema de seguridad en casa que me comunicaba cuándo se había accedido a cada estancia.

—¿De qué estás hablando? Por supuesto que no he fisgoneado. Vale, puede que haya sido solo porque he imaginado que este lugar está lleno de cámaras ocultas. Eres un paranoico, Tristan.

Me reí.

—Tal vez. Más vale prevenir que curar. Hablando de eso, me he dado cuenta de que no han llegado más cobros no autorizados a tu cuenta en los dos últimos días.

—No. Tal vez se han puesto a estafar a otra persona. ¿Significa eso que puedo volver a mi piso?

No había conseguido encontrar detalles sobre ninguna de las empresas que habían estado sisando fondos de la cuenta bancaria de la fundación benéfica, nada concreto que señalar y por lo que decir: *«Ves, eso me incomoda»*. Solo tenía la intuición visceral de que debía responder que no. Que debía decir lo que fuera para mantenerla ahí, a

salvo conmigo.

—Hablaremos de ello durante la cena.

Con suerte se distraería con la esmeralda que tenía guardada en el bolsillo y no iba a volver a mencionarlo—. ¿Qué has hecho?

—Comida para hombres de pelo en pecho —dijo ella con alegría—. Buey *bourguignon*.

Mi estómago rugió.

—Huele bien. Eres una gran cocinera.

A mí se me daba fatal a menos que me dedicara a ello todo el día, e incluso entonces tenía que seguir la receta con cuidado. Cocinar para mí, al final, suponía sacrificar el tiempo que tenía libre fuera de la jornada laboral. Por eso comía mucho fuera.

—Gracias. Me gusta hacerlo.

—Pues no es mi punto fuerte.

—¿Por qué cuando lo dices así no puedo evitar pensar en mis puntos débiles? Como, por ejemplo, que no me gusta ordenar.

—¿De verdad? Nunca lo habría imaginado. —Su piso estaba lleno de cosas como si fuera un museo y ella, una acaparadora—. Al menos eres pequeña, así que no necesitas mucho espacio, y queda poco entre todos esos trastos.

—Oye. Esos trastos son míos. —Me sonrió—. Todos significan algo para mí. —Miró a su alrededor—. ¿Puedes pasarme los platos?

Le di los cuencos blancos que la diseñadora de interiores había elegido por mí.

—Tienes una vajilla muy bonita —comentó mientras servía el guiso.

—No puedo atribuirme el mérito —confesé—. Los eligió la decoradora.

Se volvió hacia mí.

—Supongo que tiene sentido que no hayas elegido todo lo que tienes. Estás ocupado, y estoy segura de que no es lo primero en tu lista de prioridades, pero todo es muy tuyo. Te queda perfecto.

—Lo tomaré como un cumplido.

¿En serio?

Me gustaba que para ella fuera importante que las cosas de las que se rodeaba la gente reflejaran quiénes eran. Esperaba que pensara lo mismo del anillo que había elegido. Era como yo la veía: sencillamente hermosa. Me habría gustado que fuera como ella se veía a sí misma.

Terminamos de servir la cena, y adoptamos las ya casi familiares posiciones en la mesa del comedor.

—Me parece un ambiente muy agradable —comentó ella—. A menos que quieras que encienda la luz.

La luz de las velas era romántica. Perfecta para una propuesta,

aunque fuera falsa.

—He estado pensando en lo que dijiste el otro día sobre el fondo fiduciario —solté—. Y que quieres tener acceso a él para poder destinar ese dinero a Sunrise.

Sus ojos se iluminaron, y fue como la luz del sol a través de una vidriera.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea? He hablado con varios abogados, pero siempre me dicen lo mismo: las normas no pueden cambiarse.

—Creo que deberíamos casarnos.

El tenedor, que estaba a medio camino entre el plato y su boca, se quedó parado en el aire, y ella me miró como si no estuviera segura de haberme oído bien.

—Ya sabes —continué—, para que puedas acceder al fondo. —En mi cabeza, era consciente de que ella sabía que esa no era una auténtica propuesta. Pero quería estar bien seguro.

Salió de su estupefacción como un disco rayado que alguien hubiera liberado, y sonrió.

—¿De verdad? ¿Tristan? ¿Estás dispuesto a estar casado conmigo durante noventa días?

El calor ardió en el fondo de mi estómago al verla tan feliz.

—Claro. No es para tanto, ¿verdad?

—¿Y qué pasa con eso de que no quieres irritar a Arthur?

Me encogí de hombros.

—Como has dicho tú misma, ¿cómo va a molestarle que sea su yerno? —Para distraerla de cualquier posible escollo, saqué la caja con el anillo del bolsillo y la deslicé sobre la mesa hacia ella—. He pensado que, si llevamos a cabo esto, vas a necesitar un anillo.

—¿Hasta tienes un anillo? —Abrió mucho los ojos. Me pareció que se quedaba momentáneamente hipnotizada por la caja—. Podría habérmelo comprado yo.

—Creo que es una tarea que normalmente hace el novio.

Inspiró hondo y negó con la cabeza.

—No puedo creerlo. Todo ese dinero…, piensa en todas las cosas que vamos a poder hacer, Tristan. Va a ser increíble para todas esas familias.

Ni siquiera había hecho un ademán para ver el anillo y sentí una punzada de pena al pensar que no era algo importante para ella. Por supuesto, estaba centrada en lo que podía conseguir con ese dinero. Después de todo, esa era la razón por la que nos casábamos.

—Eso espero —dije.

—Te garantizo que lo será. Voy a poder hacer mucho bien. —Miró la caja—. Sé que no es de verdad y todo eso, pero ¿puedo ver el anillo?

Se aflojó la tensión que me oprimía el pecho.

—Por supuesto. Lo he comprado para ti.

Sonrió, y abrí la caja para que la viera.

Apoyó la palma de la mano en la mejilla y suspiró.

—Es precioso, Tristan. Precioso, de verdad. Y… —Me miró—. Si tuviera que elegir un anillo de compromiso, elegiría exactamente este. Es… es perfecto. Es el anillo que yo usaría.

¡Sí! Lo sabía.

—Pruébatelo —dije.

—Supongo que debo. Al menos, para ver si es mi talla.

Cogió el anillo con timidez y se lo puso. Era una propuesta falsa —los dos lo sabíamos—, pero aquel momento tuvo una gravedad inesperada que me tomó por sorpresa. Estuviéramos o no enamorados, la mujer que tenía enfrente iba a ser mi esposa.

—Te queda muy bien —constaté.

Un profundo tono rojo le tiñó las mejillas.

—Supongo que deberíamos empezar a discutir la logística —dijo; se quitó el anillo del dedo y volvió a guardarlo en la caja.

Fruncí el ceño.

—Deberías dejártelo en el dedo. Ahora estamos comprometidos.

Las comisuras de su boca se curvaron como si no estuviera segura de si estaba bromeando, pero se puso el anillo de nuevo.

—En lo que a mí respecta, cuanto antes firmemos esos papeles, mejor.

—¿Piensas que deberíamos fugarnos? —pregunté, devolviendo la atención al guiso.

Suspiró.

—Ojalá. Pero no podemos. Mi madre y mi padre se fugaron y eso causó una conmoción en la familia. Mi abuela no se relacionó con mi madre durante años después de la boda. Mi madre me hizo prometer que nunca haría algo así.

—De acuerdo. Nada de fugas. Pero podemos decidir que no queremos una gran boda, ¿verdad? Tus padres no pueden oponerse a eso.

—Por supuesto. Y estoy de acuerdo en que a cuanta menos gente mienta, mejor.

—Voy a tener que decidir qué hacer con mis padres. No creo que sean comprensivos con nuestra treta, lo que significa que voy a tener que mentirles. No me hace demasiada gracia, pero no veo otra manera.

—De acuerdo —repuso—. Eso tiene sentido. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Las personas clave a las que tenemos que convencer son mis padres y el otro administrador del fideicomiso. Así que tiene que parecer una boda de verdad.

—Va a ser una boda de verdad —aseveré—. Lo que significa que

vas a tener que mudarte aquí. Bueno, dado que ya estás aquí, y que vamos a casarnos lo antes posible, podrías quedarte.

Enderezó la espalda y frunció el ceño.

—¿Por qué das por supuesto que vamos a mudarnos a tu casa? Quizá quiera que vivamos los dos…

La miré con intensidad antes de hablar.

—No hace falta que te diga por qué vamos a vivir en esta casa. Es diez veces más grande y no parece un museo de recuerdos de vacaciones. Si crees que voy a meterme en tu piso, me devuelves el anillo.

Puso los ojos en blanco, y luché para no sonreír ante su falsa indignación.

Era imposible que hubiera pensado que iba a aceptar mudarme a su casa.

—Supongo que sí. Va a ser extraño ser una okupa en la casa de otra persona durante meses. Voy a acostumbrarme demasiado a tu cocina. —Miró el lugar con nostalgia—. Quizá tengamos que acordar derechos de visita cuando todo esto termine.

—¿Derechos de visita a mi cocina? —Me reí.

—Es una cocina única.

No podía discutirlo. Y si ella podía cocinar comidas como esa allí, era bienvenida cuando quisiera.

11

PARKER

Muchas mujeres habrían estado extasiadas ante la idea de casarse con Tristan Dubrow. Por mi parte, lo estaba ante la idea de que por fin iba a poder echar mano al fondo fiduciario. Sin embargo, cuando a Sutton y a mí se nos había ocurrido la idea de fingir un matrimonio, no había pensado en a cuánta gente iba a tener que mentir.

—¿Estás bien? —preguntó Tristan. Cerró el coche y se volvió hacia mí mientras yo miraba con intensidad la casa de mis padres.

—Espero que nos crean.

Cogió mi mano entre las suyas y me guio hacia la puerta.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Me quedé mirando nuestras manos unidas y a Tristan. Conocía a ese hombre desde hacía poco más de una semana, y allí estaba, a punto de anunciar a mis padres que íbamos a pasar por el altar. Tampoco ayudaba que pareciera tan relajado al respecto, aunque Tristan parecía tomarse todo con calma. No parecía importarle que me hubiera hecho cargo de su cocina ni de que hubiera reorganizado sus armarios para que encontrara a mano todo lo que necesitaba para cocinar. Había hecho espacio para mí en la consola del pasillo, donde estaba su correo sin abrir. Y también había comprado flores frescas para la mesa del comedor.

Él no se había quejado ni una sola vez.

—¿Sabes que eres un magnífico prometido falso? —comenté.

Me apretó la mano y me sentí reconfortada de una manera extraña mientras levantaba la gigantesca aldaba de la puerta de mis padres. Los había llamado la noche después de que Tristan me propusiera matrimonio, con él a mi lado. Habían insistido en que fuéramos a cenar al día siguiente. Así que allí estábamos.

—Tú tampoco estás mal.

—Ojalá nos hubiéramos fugado —añadí—. ¿Crees que lo conseguiremos?

—Por supuesto. —Sonaba muy seguro de sí mismo. Una vez más, Tristan mostraba una confianza que me reconfortaba.

Mi madre abrió la puerta de golpe.

—Parker, mi niña… —¿Parecía emocionada?—. Pensaba que nunca llegaría a ver este día. —Me abrazó con fuerza y luego casi me tiró a un lado cuando vio a Tristan.

—Tú debes de ser mi futuro yerno. —Tristan le tendió la mano, pero ella lo ignoró por completo y le dio un abrazo—. Me alegro mucho de que vayas a formar parte de la familia.

Hora y media después de que aquel abrazo se alargara de una forma incómoda para todos, lo soltó y lo empujó para que entrara.

—Ven al jardín. Beberemos algo antes de la cena y así podré enseñarte un par de cosas.

—Me parece genial —dijo Tristan, cogiéndome de la mano. Gracias a Dios, él parecía más hábil que yo para actuar como una pareja de novios recién comprometidos.

Me dio un vuelco el corazón cuando atravesamos la casa hasta la parte de atrás y el jardín apareció ante nuestra vista. Había varias mesas dispuestas alrededor del lugar, cada una de ellas cubierta con diferentes arreglos florales. ¿Qué había estado haciendo mi madre?

—Se me ocurrió que, ya que estáis aquí, podíamos matar dos pájaros de un tiro —explicó, adelantándose a mi pregunta de qué demonios estaba pasando. Se volvió hacia nosotros y sonrió—. Lauren ha venido a ayudar. —Hice todo lo posible por no poner los ojos en blanco.

Lauren era la mejor amiga de mi madre y la más extraordinaria organizadora de fiestas entre la *jet set* de Londres. Lauren no conocía la frase «Menos es más», y pensaba que una fiesta no era una fiesta si no se contaba al menos con doscientos cincuenta invitados, la actuación de Ed Sheeran y langosta de entrante.

Que Lauren estuviera allí era un desastre de proporciones épicas.

—¡Parker! —gritó Lauren, sosteniendo mi cara entre sus manos—. Nunca creí que llegaría el día de planear tu boda. Vamos a hacer todo lo posible, ¿verdad, Michele? Tengo que avisarte de que, después de tantos años, tu boda va a ser el evento de la década. Estamos hablando de una ceremonia de la que hablará todo el mundo. —Señaló al cielo como si fuera Dios a quien trataba de convencer—. Pero vamos a empezar por la fiesta de compromiso. Será una cuestión íntima. Dependiendo de la lista de invitados de Tristan pensamos que… ¡Tristan! —chilló Lauren, cuando se dio cuenta de que ni siquiera había saludado a mi prometido—. Tristan, querido mío… —Le agarró la cara y lo besó en la mejilla.

Tristan no estaba preparado para las mujeres de mi familia. Quizá Lauren no fuera pariente de sangre, pero estaba presente en todas las ocasiones familiares importantes: comidas de domingo, cenas de viernes, bodas, funerales, graduaciones y Navidades. Y era ella quien había organizado la mayoría de ellas.

—Así que —continuó Lauren—, como iba diciendo, Michele y yo hemos estado hablando y hemos empezado a elaborar la lista de invitados para la fiesta de compromiso. Dependiendo del tamaño de tu

lista, Tristan, estábamos pensando en unas quinientas personas. Tal vez pueda ser en el salón de baile del Dorchester o en…

—Lauren, encantado de conocerte —la interrumpió Tristan—. Cuando hablas de quinientas personas, ¿te refieres al número de invitados?

—Sí, querido. Más o menos los mismos que en la boda.

—No —intervine—. Tristan y yo queremos una boda íntima. Muy pequeña. Minúscula, de hecho.

—He tenido que convencerla para no fugarnos —dijo él.

Mi madre y Lauren jadearon al unísono.

—No vas a fugarte, Parker —advirtió mi madre en el mismo tono que utilizaba cuando tenía dieciséis años y le decía que quería ir a Ibiza—. Vamos a celebrar una fiesta de compromiso. Y luego vas a tener una boda como Dios manda, como siempre he soñado para ti.

Quizá una gran boda de cuento de hadas hubiera sido siempre el sueño de mi madre, pero yo no había imaginado nunca tal cosa. No era rica, y mi boda debía reflejarlo.

—Mamá, Tristan y yo queremos algo pequeño. Quizá podríamos hacer algo aquí —propuse, esperando que la idea de celebrar la boda en el jardín de su casa la distrajera y olvidara aquello de meter a quinientos invitados en un salón de baile de Park Lane.

—¿Aquí? —se extrañó ella—. ¿En el jardín?

—Déjame pensar… —dijo Lauren—. Déjame pensar… Sí. Podemos poner una carpa en la pista de tenis. Allí podríamos celebrar la cena. Luego podemos organizar el cóctel más cerca de la casa… ¡Sí! Podemos poner unas cuantas pérgolas cubriendo el césped para que la gente pueda refugiarse si llueve. Eso nos da la oportunidad de tener algo que decorar con flores. Ya lo estoy viendo…

Justo antes de que Lauren empezara a decirme qué flores creía que eran las mejores, mi padre se unió a nosotros.

—Felicidades a la feliz pareja —dijo mientras se acercaba con una botella de champán—. Brindemos por ella.

Solo entonces me fijé mejor en lo que habían instalado en el jardín. Había diez mesas redondas dispuestas alrededor del césped, todas ellas decoradas de forma diferente, con flores y sillas y, por lo que podía ver desde allí, vajilla. Habían querido dar ya el pistoletazo de salida a la planificación de la boda. Me estremecí. Me alegraba que mi madre y Lauren estuvieran tan contentas por mí, pero me sentía mal porque no iba a ser una boda de verdad. A esas alturas del año siguiente, iba a estar divorciada.

Mi padre nos sirvió a todos unas copas y levantó la suya.

—Por mi querida hija y por tu prometido. Parker, eres una de las personas más dulces, amables y generosas del planeta, y estoy muy orgulloso de ti. Me siento feliz y aliviado de que por fin hayas

encontrado a un hombre que te antepondrá a todo, aunque tú no lo hagas. Tristan, eres un hombre centrado e inteligente y, por encima de todo, un hombre de honor. Bienvenido a la familia.

Rodeé la cintura de mi padre con un brazo y me apoyé en él. Nunca había tenido ninguna duda de que mi padre me quería. Solo esperaba que me perdonara cuando Tristan y yo nos divorciáramos tan rápido como habíamos decidido casarnos.

—Ahora que cada uno tiene su copa… —dijo Lauren mientras atravesaba el césped hacia las mesas preparadas. Nos hizo un gesto para que la siguiéramos—. Si vamos a celebrar la fiesta de compromiso aquí mismo, es un buen momento para decidir la decoración de las mesas y los montajes. He dispuesto algunas opciones para que podáis haceros una idea de lo que os gusta.

Suspiré, y Tristan me apretó la mano. Fingir se le daba mejor que a mí.

—Buena idea —dijo; siguió a Lauren y me llevó con él.

—Las rosas *baby pink* son una opción muy popular, pero… —Levantó la mano—. Sé que esa no es la mejor para ti, así que también tengo otros diseños con un aspecto más ecléctico. Mira este —dijo Lauren, guiándonos hacia la mesa que había colocado debajo del sauce donde solía practicar las paradas—. Son flores y hierbas secas. Es una composición novedosa. No es algo que atraiga a todo el mundo, pero he pensado que podría gustarte.

Asentí, tratando de mostrarme entusiasta.

—Me gusta.

—A mí no —intervino Tristan—. No me gusta demasiado la idea de rodear a la gente con flores muertas en nuestra boda.

Lauren soltó una carcajada tonta que significaba *«No estoy de acuerdo»* y nos llevó a la mesa de al lado.

—Puede que opines lo mismo de esta. —Nos condujo a la mesa colocada frente a la casita de verano—. Son flores de papel y esculturas de papel maché. Todo el material es reciclable. —Parecía el resultado de la clase de arte de un jardín de infancia.

—Muy colorido —traté de sonar positiva. Lauren pretendía que eligiéramos las flores y los centros de mesa cuando ni siquiera habíamos decidido el número de invitados.

—Dejando a un lado las mesas más tradicionales, esta es mi favorita. —Señaló con la mano la siguiente mesa decorada, como si fuera la *prima ballerina* del Royal Ballet.

Tenía que reconocer que esa mesa era increíble. En lugar de las habituales rosas y otras especies más pálidas, la mesa estaba cubierta de brillantes flores azules y moradas.

—Es un poco más informal que el aspecto tradicional. El musgo, junto con la verbena y el aciano, recuerdan a los prados en verano.

—Me gusta —comentó Tristan.

Lo miré y me pareció entusiasmado de verdad.

—Te pega mucho —dijo; se agachó y me dio un beso en la frente. Si no hubiera sabido que se trataba de una actuación, habría caído rendida ante la forma en que me miraba.

—Bueno, no tenemos que decidirlo ahora —dije bruscamente—. Ni siquiera sabemos si queremos una comida sentados o un bufé…

—Estas mesas son para la fiesta de compromiso, pero, por supuesto, tendréis una comida formal en las dos —me interrumpió Lauren—. La gente lleva mucho tiempo esperando este momento, Parker. Todos querrán celebrarlo contigo.

—¿No estarás sugiriendo que pongamos una carpa en las pistas de tenis solo para la fiesta de compromiso? —Me volví hacia mi madre en busca de apoyo y luego miré a mi padre. Debía haberlo sabido. Él no iba a llevarle la contraria a mi madre en este tipo de cosas. Y si a mi madre le encantaba organizar fiestas, mucho más cuando su hija se casaba. Maldita Sutton, si no fuera por ella, ni siquiera le habría sugerido lo de la boda a Tristan y no habríamos estado en el jardín de mis padres planeando una boda que podía rivalizar con la de los príncipes Guillermo y Catalina.

—¿Qué tal si llegamos a un acuerdo? —sugirió Tristan—. O bien una pequeña e íntima fiesta de compromiso con una cena sentados y luego una boda grande e informal, con solo bebidas y canapés, o una gran fiesta de compromiso con una boda muy pequeña…

—¿Y qué tal si no hay fiesta de compromiso y celebramos una boda muy pequeña en el registro civil? —repliqué.

—En absoluto —intervino mi madre—. Piensa en los negocios de tu padre. Solo con los principales socios del banco y algunos de sus principales clientes, suman entre ochenta y cien personas.

—Esto no es un evento de negocios. Es mi boda —me quejé.

—Estoy de acuerdo —convino mi padre—. Podemos hacer que esa cifra baje considerablemente.

—¿A cuántas personas quieres invitar? —le preguntó mi madre a Tristan.

—A doce —respondió Tristan.

Mi madre echó una mirada a mi padre, que asintió.

—¿Solo doce? —preguntó Lauren—. Pero si solo la familia, los amigos y los socios de negocios…

—Doce personas en total tanto en la fiesta de compromiso como en la boda.

Lauren suspiró.

—Bueno, eso deja más espacio. Tal vez podamos reducir un poco el tamaño…

—Podríamos ser doce también —sugerí—. Así estaríamos

igualados.

Mi padre se echó a reír.

—Buena suerte con esa misión.

—De cualquier forma, no queremos hacer el ridículo —solté. Ya iba a ser bastante embarazoso anunciar a todo el mundo que nos estábamos divorciando.

—Sé que no te gusta ser el centro de atención —apuntó Lauren—. Pero es el día de tu boda.

El silencio cayó sobre el grupo como una nube gris en un cielo de verano.

—¡Ya lo tengo! —Lauren chasqueó los dedos en el aire como si acabara de hacer magia—. La fiesta de compromiso se celebrará aquí, en la casa. Nos ocuparemos de todo. Lámparas de araña al aire libre, música en directo, esculturas de hielo, flores por todas partes. —Eso no parecía la pequeña e íntima reunión que había esperado—. Lo llamaremos «fiesta para celebrar tu matrimonio». No será una fiesta de compromiso ni una boda. Solo una fiesta. Pero será grande, divertida e informal. Y luego tendrás una pequeña boda con las veinte o tal vez cincuenta personas más cercanas a vosotros.

Tristan me apretó la mano.

—¿Qué te parece? —me preguntó en voz baja, aunque mis padres y Lauren podían oírlo. Agradecí que fuera una decisión de los dos por primera vez desde que habíamos cruzado la puerta de mis padres.

—¿Y a ti? —No era solo no quisiera convertir en un gran evento casarme con un hombre para el que iba a ser una extraña una vez nos divorciáramos, sino también que no quería hacer pasar a Tristan por eso. Nuestra relación era fingida, y Tristan parecía un buen tipo. Prefería restarle importancia a todo ese asunto.

—Me parece un buen acuerdo —dijo—. Me gusta la idea de que la boda sea más íntima.

—De acuerdo —concluí, asintiendo—. Vale —dije a Lauren—. Celebraremos una gran fiesta. Y una boda íntima, que tendrá un tope de veinticinco asistentes, incluyendo a todos los que estamos aquí.

Lauren abrió la boca para hablar y mi padre la interrumpió.

—Perfecto, me alegro de que se haya solucionado el asunto. ¿Tomamos otra copa de champán? No todos los días gano un yerno.

—Sí —convino Lauren—. Otra copa de champán ayudará a relajar a todo el mundo. He pensado que podríamos hacer un par de fotos para incorporarlas a las cajas de las invitaciones.

—¿Fotos? ¿Cajas de invitaciones? —Debimos fugarnos.

—Fotos de la feliz pareja. No tenemos que usarlas, pero serán un bonito recuerdo sentimental. He preparado una cámara junto a los sauces, ya sabes que soy fotógrafa aficionada desde que hice esa clase nocturna con el Woman Institute. Estoy segura de que sabré captar el

amor que sentís con el objetivo de mi cámara.

Me costó muchísimo no gemir. ¿Fotos? ¿De verdad? Me sentía fatal por mentir con tanta contundencia a las tres personas que tenía delante. No estaba segura de cómo iba a poder posar con Tristan y conseguir que todos creyeran que estábamos enamorados.

—Estábamos pensando en hacer algo más profesional.

Lauren frunció el ceño.

—Oh, no hace falta que te molestes. Esta tarde, la luz es preciosa aquí y podemos hacerlas en blanco y negro; aunque no quedarán tan bien como las de un profesional, me he vuelto muy buena. Ya sé que no está bien que yo lo diga.

—Suena divertido —dijo Tristan a mi lado.

Era imposible que lo dijera en serio.

Lauren le brindó una sonrisa y nos acompañó al sauce, con mis padres siguiéndonos.

Mientras Lauren jugueteaba con la cámara, Tristan se agachó hacia mi oreja.

—Deja de estar asustada —me dijo al oído—. No hace falta demasiado para resultar convincentes. Sigue mi ejemplo y todo irá bien. La gente ve lo que quiere ver. —Me rodeó la cintura con un brazo y traté de ignorar el calor de su mano en la cadera. Cuando tiró de mí, tropecé y caí sobre él. Apoyé la mano en su pecho para evitar caerme, y fue como presionar mi palma contra el tronco de un árbol. Supongo que por eso había sentido como si hubiera chocado contra un muro cuando me tropecé con él en el vestíbulo del hotel.

—Oh, qué imagen más preciosa —dijo Lauren—. Mantened esa pose.

Tristan me sonrió.

—¿Sabe que me he tropezado? —Ni Lauren ni mis padres podían oírnos; estaban a unos metros de distancia y charlando entre ellos.

—Eres adorable —dijo, y me rodeó la cintura con su otra mano para que me equilibrara apretada contra ese cuerpo tan duro.

—Estás duro. —Le clavé el dedo en el pecho.

Levanté la vista hacia él y vi que se estaba riendo.

—Eso no es un problema todavía, pero la tarde va a ser larga.

Puse los ojos en blanco y esperé que eso desviara su atención del rubor que sentía arder en mis mejillas.

—No quería decir…, ya sabes a qué me refería.

—Te encuentro adorable cuando te sonrojas.

—Yo no me sonrojo —afirmé.

—Oh, no estoy de acuerdo. Te sonrojas, y mucho. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

¿Una de las cosas…?

Antes de que tuviera la oportunidad de responder, Lauren se

acercó y empezó a mangonearnos.

—Hacéis una magnífica pareja. —Me levantó el brazo y me colocó la mano sobre el pectoral duro como una roca de Tristan y luego hizo lo mismo con la otra mano—. Ahora, miraos a los ojos.

Tristan sonrió como si supiera que lo que estábamos haciendo era una absoluta locura, pero lo estuviera disfrutando de todos modos, y no pude evitar sonreír también ante su diversión. Las arruguitas que formaba la risa alrededor de sus ojos se mostraban en pleno apogeo y, sin pensarlo, me acerqué y pasé los dedos por ellas para suavizarlas.

—¡Absolutamente ideal! —gritó Lauren desde algún lugar—. Sois la pareja perfecta.

A pesar de que no estábamos juntos, había algo en ese momento que hacía que estar con él fuera absolutamente perfecto. Parecía tan tranquilo, relajado y a gusto que era como si esa actitud se estuviera filtrando en mí y me hiciera creer que podíamos llevar a cabo ese falso matrimonio. Había sido yo quien había iniciado toda la pantomima con una falsa propuesta, pero Tristan había conseguido que sucediera. Era como si estuviera involucrado en aquello tanto como yo, como si fuera la mejor pareja que pudiera tener en ese juego.

12

TRISTAN

Observé la forma en la que Parker jugueteaba con las flores que había colocado en un jarrón que yo no sabía que tenía. El delantal le llegaba más abajo que la cortísima falda negra y, por un instante, me pregunté si fuéramos una pareja de verdad, ¿era ese el momento —justo minutos antes de que llegaran los invitados— en el que me acercaba sigilosamente por detrás, le pasaba la palma de la mano por el interior del muslo, introducía mis dedos entre sus pliegues y la llevaba hasta el borde antes de que sonara el timbre? Así habría pasado el resto de la noche sin saber cuándo iba a llegar por fin al orgasmo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella—. ¿He olvidado algo?

No iba a confesar que estaba preguntándome cuán fácil podía ser llevarla al borde del clímax.

—La mesa está muy bien. ¿Necesitas que te ayude con algo?

—No.

—No hacía falta que te esforzaras tanto, ¿sabes? —Se había pasado la mayor parte del día cocinando mientras yo trabajaba. Me había ofrecido a ayudarla, pero me había dado la impresión de que cocinar era su forma de resolver las cosas. Eso, y comer pasas cubiertas de chocolate—. Podríamos haber llamado a un *catering*. Tal vez te pareces más a Lauren de lo que crees.

—Créeme, si Lauren fuera la anfitriona de esta cena, habría una escultura de hielo en alguna parte y tendríamos al menos cinco platos. He hecho sopa y pollo asado. Nadie va a salir de aquí impresionado.

—Yo lo haré. A mis amigos les dará igual lo que sirvamos, y sus esposas y novias solo querrán husmear en mi casa. Siempre se quejan de que no las invito nunca.

Asintió y se acomodó el pelo detrás de la oreja, algo que traicionó su estado nervioso.

—Al menos con ellos no tenemos que fingir.

—Claro. Y nadie va a preguntarnos sobre la planificación de la boda.

El sábado anterior, en casa de sus padres, había sido la primera vez que había visto a Parker histérica. Su madre y Lauren habían actuado como si fuera su propia boda. No pregunté por qué tenían que involucrarse tanto, ya que me quedó claro que eran las que más tenían

que decir acerca del evento.

No tenía mucho sentido, pero me quedé callado porque no era mi guerra.

—Hablando de eso —gimió Parker—, Lauren me ha llamado hoy para preguntarme si queríamos hacer una degustación de los canapés que se servirán en la fiesta.

—De acuerdo —dije, yendo a por todas—. ¿Quieres que te acompañe?

Negó con la cabeza y se quitó el delantal.

—No. Le dije que nos enviara el menú. Ella aún no lo sabe, pero voy a elegir lo que sea sin probarlo. ¿A alguien le importa de verdad a qué saben los canapés? Es solo un bocado.

Me había leído la mente.

—Si no te importa a qué saben, podrías decirle que valoras su opinión y pedirle que elija por ti.

—Lo que hará de todos modos, a menos que yo decida implicarme a fondo.

—Pues eso… Guarda toda esa energía para dirigir la fundación benéfica y halágala al mismo tiempo.

—Me gustaría, pero hace una semana que no voy al despacho. ¿Puedo volver el lunes?

Por suerte para mí, llamaron a la puerta antes de que pudiera responder.

—Nuestros invitados —dije.

—Tristan, ¿puedo volver a ir a trabajar el lunes? —Me siguió por el pasillo.

No había descubierto nada más sobre los cargos fraudulentos en la cuenta de fundación o el posible allanamiento de su piso. Había entrado en el circuito cerrado de la calle y en las cámaras de la casa de al lado, y nada parecía extraño o fuera de lugar. O bien no había por qué preocuparse porque los cobros y el incidente en su piso eran meras coincidencias, o bien que todo pareciera una serie de coincidencias era motivo de seria preocupación. Alguien podía estar haciendo todo lo posible para que pensáramos que Parker estaba a salvo mientras, entre bastidores, iba minando la fundación benéfica que tanto le había costado crear. En cualquier caso, no podía mantenerla prisionera en mi casa por más tiempo.

—Tristan —dijo cuando llegué a la puerta—. No me ignores. Quiero una respuesta.

—Sí —dije—. Puedes volver a ir a trabajar.

Me sonrió y me subió una corriente de lujuria por la espalda. Esa sonrisa… Ese lápiz de labios rojo… Esa hermosa boca…

—Gracias. ¿Ves? Ha sido nuestro primer encontronazo como pareja comprometida y hemos salido victoriosos. Oh, espera…, los zapatos.

Van a pensar que somos una pareja muy mal avenida. —Se puso los zapatos, negros y brillantes y con un tacón altísimo, y por fin me dio el visto bueno para abrir la puerta principal.

—¡Hola! —dijo Hollie—. Tú debes de ser la prometida de Tristan. —Me ignoró por completo, pasó por delante de mí y rodeó a Parker con los brazos—. Soy Hollie. Y tú también eres bajita. Estos hombres son tan altos… Es una locura. Me dan calambres en el cuello a todas horas.

—Cuando nos tumbamos, quedamos todos a la misma altura —alegó Dexter desde detrás de Hollie—. Suéltala; es británica y no está acostumbrada a tu efervescencia americana. —Hollie renunció a atosigar a Parker, y Dexter se agachó para darle un beso en la mejilla —. Soy Dexter.

—Hola a los dos. Ah, Dexter, es el hombre al que hay que agradecer el anillo. Va a ser difícil que Parker lo suelte cuando llegue el momento.

—Si llega… —musitó Hollie.

—¿Perdón? No te he entendido —intervino Parker.

¿Hollie acababa de decir *«Si llega…»*? ¿No le había contado Dexter que teníamos un acuerdo?

—Ah, nada. No llegué a ver el anillo. —Hollie miró la mano de Parker—. ¿No lo llevas puesto?

Los conduje a la cocina.

—Todos los que estarán presentes esta noche conocen el acuerdo. Parker no necesitaba llevar el anillo. Está entre amigos.

—Por supuesto que sí —contradijo Hollie—. Pero ¿por qué no va a llevar el anillo? Es precioso. Y es tu prometida.

Parker me miró y yo puse los ojos en blanco.

—Ignórala.

—¿Sabes? —comentó Dexter—, vas a ser el tercero de la pandilla en casarte, a pesar de que Gabriel, Joshua y Andrew llevan más tiempo comprometidos.

Llegamos a la cocina y Parker repartió unas copas de champán. Estábamos celebrando algo, después de todo. O más o menos.

—Bueno, siempre han sido un poco lentos —me burlé.

—Al parecer, Hartford y Joshua quieren un local que hay que reservar con dos años de antelación —alegó Dexter.

—Quieres decir que Joshua lo quiere. ¿Por qué no paga a alguno de los que tienen reserva para que le ceda su lugar? —pregunté.

—El tipo de gente que celebra su boda en Claridge's no se vende —respondió Dexter—. Al parecer, ya lo ha intentado. Se casarán en junio, y Londres es agradable en junio —añadió—. No hace demasiado calor. Hay menos posibilidades de que llueva. La gente no ha empezado a marcharse de vacaciones. Junio es ideal. Supongo que por

eso todo el mundo quiere celebrar su boda en ese mes. —Dexter le dio un codazo a Parker—. Si te soy sincero, al mirar atrás me gustaría que nos hubiéramos fugado. Planificar una boda es condenadamente estresante.

Parker gimió.

—Dímelo a mí. Ni siquiera va a ser una boda propiamente dicha y ya me desborda.

Me encogí de hombros.

—Yo estoy dispuesto a fugarme.

Dexter se rio.

—Nunca pensé que escucharía salir de tu boca esas palabras.

—Son circunstancias excepcionales —murmuré.

—Sí —intervino Hollie—. Eres un hombre excepcional para una mujer excepcional. —Se volvió hacia Parker—. Por cierto, estás guapísima. Esa combinación de vestido negro y labios rojos es muy sexy.

—Es americana. No puede evitarlo —le susurré a Parker al oído.

—Oye, Tristan… —dijo Hollie, mirándome con desdén—. Espero de verdad que no estés diciendo que Parker no es preciosa, y sé de sobra que te gusta el pintalabios rojo.

Hollie me había arrinconado, y lo sabía. Por supuesto que Parker era preciosa, pero admitirlo era seguirle el juego a Hollie. Antes de que me diera cuenta, iba a intentar convertir mi falsa relación en algo auténtico. Pero, si lo negaba, era mentira y podía disgustar a Parker, cosa que no quería.

—No voy a decir nada más porque sé que lo usarás en mi contra. —Sonó el timbre—. Salvado por la campana.

Miré a Parker para comprobar que le parecía bien que la dejara a su aire. Asintió, y el tic que demostraba sus nervios —recogerse el pelo detrás de la oreja— había desaparecido.

Volví a salir al pasillo. Sofia, Andrew, Joshua y Hartford estaban en el descansillo.

—Recordad que esto es para presentaros a todos antes de la fiesta de la boda y que no parezca raro que mis amigos no conozcan a mi prometida. Necesitamos que la hayáis visto antes.

Andrew pasó a mi lado sin decir una palabra y Sofia lo siguió.

—Todo irá bien, Tristan. No tienes que explicarnos nada. Vamos a hacer que tu novia se sienta bienvenida al grupo.

Solté un quejido. ¿No habían leído todos el memorándum? Parker y yo no estábamos juntos de verdad. Aquello no era real.

—Tristan, Parker ha estado cocinando. ¿Lo sabías? —dijo Hollie—. Es la segunda vez que traspaso el umbral de tu casa, y la primera vez no contó porque vine para recoger unas herramientas que necesitaba Dexter. Esta vez no solo me has invitado, sino que me vas a dar de

comer y beberé vino. Siempre he sabido que madurarías en cuanto tuvieras una novia formal.

Me pregunté si valía la pena responder. Tenía que distraerlos a todos para que no se centraran en Parker y en mí.

—¿Cómo va el bebé? —pregunté a Sofia.

—Aggg…, odio estar embarazada. Se me hinchan los pies y me ha crecido el culo.

—Estás fantástica —aseguró Andrew, frotando la mano sobre la barriga de Sofia, cada vez más grande—. Hoy me ha hecho fijarme en todos los detalles, y está tan guapa como siempre.

—¿Cuándo darás a luz? —preguntó Parker, entregándole a Andrew una copa de champán y a Sofia una copa de algo sin alcohol que había pedido por Uber Eats después de que le mencionara que estaba embarazada.

—Me quedan cuatro meses y medio. ¿Te lo puedes creer? Hay días que quiero meterme la mano dentro y sacarla ya.

—Pasará enseguida —dijo Parker.

—Eso es lo que me dice todo el mundo —señaló Sofia—. Espero que la boda me distraiga. Solo faltan cinco semanas. Vendréis los dos, ¿verdad?

—No me la perdería por nada del mundo —dije. *¿Cinco semanas?* Parker y yo íbamos a casarnos antes que Andrew y Sofia.

—Antes será la boda de Tristan y Parker —comentó Dexter, como si leyera mis pensamientos. Se rio y se sirvió una copa. No estaba siendo un buen anfitrión. No estaba acostumbrado a que la gente viniera a cenar a mi casa, sino a ir a casa de Beck y Stella o a la de Gabriel y Autumn y encontrarme con todo preparado—. Y eso que dijo que nunca se casaría. Siempre he sabido que eras un fanfarrón, Tristan, y esto solo me lo demuestra.

—Mis circunstancias son ligeramente diferentes —respondí. Esperaba que mis amigos me gastaran alguna broma por casarme con Parker, y no me importaban sus burlas. Solo me preocupaba que a Parker le parecieran mal. Ella no sabía que tomar el pelo era la forma en la que Dexter demostraba su cariño. No necesitaba decirme que me quería para que lo supiera, pero Parker no lo conocía como yo.

—Déjalo en paz —pidió Hartford mientras cogía la copa de champán que Parker le ofrecía, que, al contrario que yo, estaba siendo la anfitriona perfecta.

Era muy amable por parte de Hartford dar la cara por mí y le guiñé un ojo, tratando de comunicarle que no esperaba otra cosa que bromas de Dexter. Agradecía su apoyo, pero no era necesario. Todos mis amigos eran personas increíblemente motivadas y todos habían alcanzado el éxito, y burlarse de mí era su forma de desahogarse. Había sido así desde que éramos adolescentes. No me molestaba en

absoluto. Sabía que no lo decían en serio y, aunque lo hicieran, la mayor parte de lo que decían no era cierto.

—¿Eres la hija de Arthur Frazer? —preguntó Andrew, y tensé la mandíbula. A veces, Andrew podía ser muy insensible.

—Ella es Parker Frazer. Intenta hablar con ella para saber quién es y no pensar en quién es su padre —dije, lanzando a Andrew una mirada de advertencia. Podían meterse conmigo, pero Parker estaba fuera de los límites—. No le hagas caso a Andrew, Parker. Es insensible a las emociones de los demás y está completamente centrado en sí mismo, pero lo aprecio igualmente. Es el equivalente a Lauren por mi parte.

Parker me brindó una pequeña sonrisa y le puse una copa de champán en la mano.

—Sí, soy la hija de Arthur —confirmó.

Andrew asintió.

—Es un buen tipo. Me he cruzado con él unas cuantas veces a lo largo de los años.

—Tienes razón —confirmó Parker—. Es un buen tipo.

—Y parece un hombre razonable. ¿Por qué habrá hecho esa estipulación en el fideicomiso para que debas estar casada para acceder a él? Me parece muy poco razonable.

Y otra cosa: Andrew era terriblemente franco.

—Andrew… —intervine, queriendo distraer su atención.

—No pasa nada —dijo Parker, colocándose el cabello detrás de la oreja—. Es algo que hizo hace tiempo. Tuve un novio que resultó ser un poco gilipollas. Creo que fue su manera de animarme a no darle la espalda a una relación seria.

Era la primera noticia que tenía de eso. Estaba bastante seguro de que le había preguntado por qué Arthur había hecho la estipulación del matrimonio, pero quizá no era así.

—¿Ibas en serio con el gilipollas? —pregunté.

—Sí. Es decir, me propuso matrimonio y yo dije que sí pensando que iba a ser el hombre con el que pasaría el resto de mi vida, así que creo que eso lo califica como algo serio.

En la sala reinaba en ese momento un completo silencio, y todos tenían la mirada clavada en Parker. El corazón me latía con fuerza en el pecho por razones que no podía explicar del todo.

—¿Qué pasó? —intervine.

Miró hacia la cocina como si buscara una excusa para no tener que responder a más preguntas.

—Resulta que iba detrás de mi dinero. O al menos del de mi padre.

¿Qué…?

Sonó el temporizador en la cocina. Parker dejó su copa y fue a ver la comida. Yo la seguí.

—¿Por qué no os sentáis todos a la mesa? —dije por encima del hombro.

Aunque solo estábamos a unos metros de distancia, quería estar más cerca de ella para que supiera que podía apoyarse en mí si se habían abierto viejas heridas.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí —repuso, poniéndose el pelo detrás de la oreja sin mirarme a los ojos—. ¿Puedes pasarme los platos soperos?

—No sabía que habías estado comprometida —comenté mientras dejaba los platos a su lado.

Se encogió de hombros.

—Fue hace mucho tiempo. Lo he superado. —Su voz tenía un tono que me decía que eso no era del todo cierto.

Busqué algunas palabras para llegar mejor a ella. Se merecía a alguien que estuviera con ella porque era divertida, amable y una gran cocinera. No alguien que solo buscara su dinero.

—Evidentemente, era gilipollas.

Asintió y empezó a servir la sopa en los platos soperos.

—Estás mejor sin él.

Volvió a asentir y cogió otro plato.

—Si me das su nombre, puedo hacerle la vida bastante difícil. Incluso imposible.

Se rio.

—Gracias. —Se giró y me apretó el brazo—. Te lo agradezco mucho, pero no hace falta. —Nos miramos a los ojos y compartimos un momento de tanta intimidad que me cogió por sorpresa.

Fue la primera en desviar la vista.

—¿Te importa llevar la sopa?

—Claro que no. Huele genial.

En cierto modo, sentía que conocía a Parker mejor que a la mayoría de la gente, pero acababa de recordar que había muchas cosas sobre ella que no sabía. Sin embargo, cuanto más descubría, más quería saber.

13

PARKER

Llevaba nueve días de noviazgo y estaba a punto de llegar el primer invitado a la fiesta de compromiso.

Ojalá dejara de sudar el tiempo suficiente como para ponerme el vestido… Ojalá mi corazón dejara de latir con fuerza y pudiera tomarme un tiempo… Ojalá pudiera beber un chupito de tequila…

Alguien llamó a la puerta de la que había sido mi habitación en casa de mis padres.

—Saldré dentro de un minuto. —Era mentira. Necesitaba más bien cuarenta y cinco para tener un ataque de pánico, recuperarme, volver a maquillarme, vestirme y bajar las escaleras.

La puerta se abrió un poco.

—¿Estás decente? —preguntó Tristan y yo lancé una oración de agradecimiento a los dioses porque no fueran ni mi madre ni Lauren.

—Depende de si tienes tequila o no.

Se rio con ese sonido profundo que hacía temblar mis huesos, y empujó despacio la puerta con el pie.

—Sí, he pensado que necesitarías un trago para llenarte de coraje. —Levantó una botella y dos vasos de chupito. Tristan tenía un aspecto estupendo; era uno de esos hombres que estaban bien con cualquier cosa que se pusieran, pero, con pajarita y esmoquin, era incluso demasiado atractivo. Su pelo, un poco largo, siempre parecía peinado para una sesión de Gucci, pero yo sabía que ese era su aspecto unos diez minutos después de salir de la ducha, tras haberse secado el pelo con una toalla.

—Entra aquí y cierra la puerta.

Miró a su espalda.

—No hay cerradura.

Abrí el cajón del tocador, saqué el tope de goma que había robado del aula de música del colegio y lo metí por debajo de la puerta.

—Listo —anuncié—. Dame algo de alcohol, como ayer.

Tristan dejó los vasos y sirvió dos chupitos de tequila antes de pasarme uno.

Intenté no mirar sus largos y bronceados dedos cuando los extendió. Tenía unas manos enormes, con algo de vello en el dorso. Sus uñas parecían producto de una manicura regular, aunque no podía imaginarme a Tristan haciéndose la manicura, igual que tampoco

podía imaginarme a mi padre haciéndosela; los dos tenían cosas mucho más importantes de las que preocuparse. Tristan era uno de esos hombres que no se esforzaba con su aspecto personal, pero parecía que pasaba el ochenta por ciento de su tiempo acicalándose.

No era justo.

—Deberíamos brindar por nosotros, la feliz pareja…

Gemí.

—Venga ya, Tristan.

—Tienes que sobreponerte. ¿Qué pasa por contarles a todos tus amigos y tu familia una mentira enorme? —Tristan sonreía como si acabaran de caer veinticinco millones de libras en su regazo.

—No me hace gracia. ¿Estás tratando de hacerme sentir peor?

—Tienes que ver la parte divertida. Toma tu medicación, te sentirás mejor. —Chocó su vaso con el mío y lo vació. No tenía nada que perder en ese momento.

—Nadie se lo va a creer. Hace un mes, ni siquiera te conocía.

—Cuando se sabe, se sabe. —La sonrisa chulesca de Tristan se desplegó en su cara como si no le importara nada.

—¿Cómo puedes estar tan relajado ante lo que se avecina?

—Es una fiesta. La gente que viene te conoce y te quiere. ¿Por qué no dejas de estresarte?

Hundí la cabeza entre las manos. ¿Por qué no debía estresarme?

—Bueno, si dejamos de lado todas las mentiras y engaños, ¿qué hay de las decenas de miles de libras que ha costado montar esta fiesta? —alegué—. Y todo por una mentira.

—Pero la han pagado tus padres. No han aceptado ni una libra de mí.

Bajé las manos y miré a Tristan.

—Espera, ¿qué? ¿Les has ofrecido dinero a mis padres?

—Para la fiesta —se defendió—. También es mi compromiso.

Conocer más profundamente a Tristan los últimos días había sido toda una revelación. En un primer momento, solo me había parecido un *friki* de la informática muy sexy que no tenía ninguna preocupación en el mundo. No tardé en descubrir que era mucho más que eso. Era un hombre atento, tanto con sus amigos como conmigo. Tenía hombros anchos en todo el sentido de la expresión. Y era amable.

—Eres ridículamente amable. Deja de serlo. No ayuda.

—Creo que necesitamos más tequila.

Tal vez otro chupito me ayudara. Tal vez para cuando bajara las escaleras iba a estar borracha como una cuba y no iba a importarme nada.

Sirvió dos chupitos más y se ventiló el suyo al momento.

—Yo estoy a punto de tener un ataque de pánico, ¿cuál es tu excusa para tomar chupitos antes de la fiesta? —Vacié mi vaso

también de golpe.

—Mentir a la gente no es lo que más me gusta hacer en el mundo, Parker. Solo tenemos que mantener la vista en el objetivo final: veinticinco millones para Sunrise. Hablando de eso… —Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una tarjeta de visita—. Le he pedido a Lauren que pusiera una junto a cada cubierto. —Cogí la tarjeta—. He pensado que Sunrise podría conseguir algunas donaciones más.

Miré la tarjeta y le di la vuelta. Había un código QR y una línea que decía:

«Sunrise realiza una importante labor en favor de los niños con defectos cardíacos congénitos. Es una causa importante para Parker y Tristan. Cada donación ayuda».

Se me formó un nudo en la garganta y tragué saliva.

—Es muy amable de tu parte, Tristan. —Era demasiado bueno. ¿Por qué lo había metido en este alocado plan? Era absurdo.

Se encogió de hombros.

—Es una causa muy digna. —Se sentó en la cama de mi infancia—. ¿Vas a bajar en bata? —Señaló con la cabeza la bata de toalla rosa que llevaba puesta. La tenía desde los quince años.

—Tal vez…

—Vas a tener que sonreír un poco o todo el mundo sabrá que te pasa algo.

—Lo sé.

—Entonces, dejando a un lado las mentiras, los engaños y todo el dinero que se han gastado tus padres en esta fiesta, ¿qué más problemas hay?

—¿Aparte de todo eso? —Tomé el resto del chupito y me apoyé en el tocador—. Sabes que todas las personas de esta fiesta van a estar mirándome. Y a ti también.

Tristan se encogió de hombros.

—¿A quién le importa?

—No tendremos ninguna excusa para marcharnos antes de tiempo y no podrás esconderte aquí arriba para evitar a todo el mundo.

Tristan permaneció en silencio durante un rato.

—No era ese era mi plan, pero me da la impresión de que a lo mejor era el tuyo.

—Es que no me gustan las fiestas.

—A mí tampoco.

—Y mi madre me ha dicho que nos ha comprado una tarta, ¿te lo puedes creer?

—¡Qué horror! Qué mala madre, regalándole a su hija recién prometida una tarta. ¿En qué estaría pensando? Deberíamos llamar a la policía y hacer que la arresten.

Él podía pensar que no era para tanto, pero una tarta implicaba

que había que cortarla. Y eso significaba… que iba a tener que decirle a todo el mundo que tenía un virus o algo así.

—Sé que le estás dando vueltas a la cabeza. ¿Qué me estás ocultando? Esto no puede ser solo porque tu madre te haya comprado una tarta.

—Suma dos y dos, Tristan. Vamos a tener que cortarla. Los dos juntos. Y la gente esperará que nos besemos. —Me apoyé en el tocador.

Tristan arqueó las cejas.

—Vale, entonces, nos besaremos. —Se levantó y yo miré hacia otro lado, avergonzada de que tuviéramos que hablar de besos como si estuviéramos hablando de la compra.

—Delante de todo el mundo… —Estaba claro que no había entendido que íbamos a tener que besarnos por primera vez delante de unas cuatrocientas personas.

—Claro. Pero a menos que me digas que vamos a tener que hacerlo desnudos, no estoy muy seguro de dónde está el problema.

—No nos hemos besado nunca. Es probable que nuestras narices se tropiecen o algo así. O peor, me caeré por tener la cabeza echada hacia atrás para que puedas besarme desde ahí arriba.

Tristan se puso de pie y metió las manos en los bolsillos.

—Entiendo. Menos mal que aún estamos a tiempo. Podemos salir corriendo. Podemos fingir que nos hemos olvidado los zapatos o algo así, y dejarlos a todos en paz. No nos echarán de menos.

Gruñí, y Tristan se acercó.

Mi corazón se aceleró como un coche de Fórmula 1. Me desplacé hacia el lado más lejano de mi tocador, pero él se acercó más. Entonces pasó una pierna por encima de las mías, de modo que mis rodillas quedaron atrapadas entre las suyas y deslizó el pulgar por debajo de mi barbilla.

—¿Qué haces? —La voz me salió débil e insegura.

—Imagino que, como nunca nos hemos besado antes, tal vez quieras practicar. —Me quedé sin respiración. Tenía que coger aire o iba a desmayarme.

—Mira, apoyada en el tocador, estás incluso más baja que cuando estás de pie, lo que ya es decir, Profiterol de Crema. Pero lo increíble de los cuerpos humanos es que están hechos para encajar. —Su voz había bajado unas octavas y parecía que estábamos debajo del agua. No podía oírlo bien y no podía moverme—. Puedo agacharme hacia ti… así.

Despacio, fue bajando y me levantó la barbilla para que nuestros rostros quedaran a unos milímetros el uno del otro. Su aliento era cálido y fresco, y no debí desear que me besara tanto como lo hacía. No había nada que deseara más en ese momento. Me sentía tranquila

y calmada —su contacto era como el aceite de lavanda y un baño caliente, el sol y una copa de vino—, pero tenía el control absoluto en todo momento. Me atrapó el labio inferior con la boca y me encerró la cara entre las manos; sus largos dedos se deslizaron por mi pelo mientras me guiaba hasta ponerme de pie. Solo pude relajarme, pues sabía que Tristan estaba al frente de todo. Sabía lo que estaba haciendo. Me limité a recrearme en su contacto y a disfrutar de la firme presión de sus labios, absorbiendo el calor que se extendía desde él hacia mí.

Habría permanecido así durante mil años, pero nos interrumpió una llamada a la puerta.

Tristan se alejó lentamente.

—Sabes muy bien. —Me lanzó una mirada con la que me decía que todo iba a salir bien, y luego se acercó a la puerta, quitó el tope, y la abrió un poco—. Hola, Michele. Se está cambiando. ¿Necesitas algo?

Me levanté y me ajusté la bata como si hubiéramos hecho algo que no debíamos.

—Nada de nada —dijo mi madre desde el pasillo—. Os dejo a solas, tortolitos. Solo quería que supierais que la gente empezará a llegar en menos de diez minutos.

Tristan asintió, cerró la puerta y se volvió hacia mí.

—Debería cambiarme —comenté

Metió las manos en los bolsillos y me miró con los ojos entrecerrados, dedicándome una sonrisa sexy y pícara, como si le hubiera dado algo más que un beso.

—Te dejo para que te arregles.

Justo cuando se iba, se volvió hacia mí.

—La próxima vez que quieras besarme, Parker, no hace falta que estés al borde de un ataque de ansiedad. Solo tienes que pedirlo.

14

TRISTAN

Estaba a punto de entrar en la fiesta de mi compromiso de la mano de mi prometida. Era algo que estaba en uno de los tres primeros puestos de la lista de cosas que nunca pensé que iba a hacer.

Llegamos a lo alto de la escalera y le apreté la mano a Parker como preguntándole si estaba preparada, pero ella no respondió. En su lugar, parecía absorta en la gente que se arremolinaba en direcciones opuestas debajo de nosotros. Estaba casi seguro de que iba a salir corriendo hacia el baño en tres… dos…

—Estás preciosa —susurré, con la esperanza de poner fin a los pensamientos que casi podía ver pasar por su mente. Llegábamos unos minutos tarde a nuestra propia fiesta, sí, pero no había duda alguna de que lo que había dicho era cierto.

—Tú estás fantástico —replicó—. Aunque estoy segura de que ya lo sabías.

—¿En serio? —Vivir con Parker, incluso durante solo una semana y media, significaba que había llegado a conocerla mejor que a cualquier otra mujer con la que hubiera tenido una relación auténtica. Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me gustaba. No solo había resultado ser una cocinera fabulosa, sino que también era sincera y se esforzaba por mejorar la vida de los demás.

Puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sí. Siempre estás fantástico.

—Siempre me dices cosas preciosas. —Si fuera a casarme de verdad, Parker Frazer habría sido la mejor prometida que habría podido encontrar. Siempre me sentía bien cuando ella estaba cerca.

Le apreté la mano.

—No me sueltes. Lo superaremos juntos.

Asintió como si quisiera creerme, pero no estaba seguro.

La noche iba a ser más fácil para mí. Mis amigos estaban allí, y todos sabían lo que estaba pasando en realidad. De acuerdo, tenía que lidiar con mi madre; mi padre estaba de viaje de negocios y no había podido reorganizarse, lo que era una bendición, sin duda. Y mi madre era feliz siempre que yo fuera feliz. Así que la presión que recaía sobre nosotros era para convencer a la familia y a los amigos de Parker de que estábamos enamorados.

—¡Parker! —Lauren salió disparada de la nada para encontrarse

con nosotros al final de las escaleras—. Estás preciosa. Han empezado a llegar los invitados. Rápido, salid al jardín.

—Creo que necesitamos una copa de champán, Lauren. ¿Sabes dónde podemos conseguir una? —Estaba claro que los dos chupitos no habían sido suficientes.

—Sí, sí. Por aquí.

Salimos al patio y el grupo de gente que se encontraba en el césped se volvió hacia nosotros. Un camarero situado a la izquierda sostenía una bandeja llena de copas de champán. Sin soltar la mano de Parker, le di una copa y luego cogí una para mí.

—Recuerda, hacemos esto para conseguir veinticinco millones de libras —dije en voz baja.

Asintió.

—Sí. Y la suerte es que eres un buen tipo, así que no es tan difícil fingir que estoy enamorada de ti.

—¿Un buen tipo?

No me oyó porque alguien la envolvió en un abrazo.

—Me alegro mucho por ti —dijo la mujer—. Nunca pensé que llegaría a ver el día en que te casaras.

Me di cuenta de que la sonrisa que lucía Parker era bastante forzada.

—Katie, te presento a Tristan. Tristan, Katie es amiga mía desde el colegio.

—Parker siempre hacía de novio cuando jugábamos a bodas con el velo de su madre. Nunca quiso ser la novia.

—Convencerla ha sido un trabajo muy duro —bromeé—, pero al final salí victorioso.

—Cuéntame cómo os conocisteis —continuó hablando Katie con una enorme sonrisa—. ¿Fue todo un torbellino de cuento de hadas?

—Gané una cita con ella en una subasta benéfica —dije—. La vi antes de pujar y me pareció preciosa, pero desapareció como Cenicienta antes de medianoche. Quería tener la oportunidad de conquistarla y convencerla para que saliera conmigo. Cuando la vi en el escenario y vi que la gente pujaba por ganar una cena con ella, supe que tenía que echarle una mano al destino.

—Muerooo… —dijo Katie—. Esa es una historia que podréis contar a vuestros nietos.

—Un feliz recuerdo, sí —añadió Parker casi de forma convincente.

—Me alegro muchísimo por ti —continuó Katie—. Después de todo lo que ha pasado, me alegro de que tengas a alguien que te merezca. Podríamos tener una cita doble. ¿Qué os parece quedar para cenar pronto? Tristan, te va a encantar mi marido, Nick.

—Suena bien —comenté. Por suerte, Lauren nos interrumpió antes de que Katie nos obligara en ese mismo momento a mirar si teníamos

alguna fecha libre.

—Katie, querida, tengo que hacer circular a la feliz pareja. No te importa, ¿verdad? —Antes de obtener respuesta, Lauren me llevó a rastras del brazo por el césped para presentarme a más gente que no conocía y que probablemente no iba a volver a ver. Durante la hora siguiente, debimos de abrazar a setenta y cinco mil desconocidos.

Parker me pareció muy incómoda ante las felicitaciones y los buenos deseos de la gente allí reunida, y no era de extrañar, ya que estaba bastante seguro de que Lauren no se había ceñido al número acordado de invitados. Parecía haber unas mil personas alrededor de las mesas. Por suerte para mí, no tenía acceso a mis contactos o todas las personas que había conocido en mi vida habrían estado allí ese día, incluido el obstetra que me trajo al mundo. Las cosas empeoraron cuando Lauren nos guio a nuestros asientos para la cena. Ni Parker ni yo habíamos prestado mucha atención a eso. Desde luego, no esperábamos estar sentados solos —sí, solos los dos— elevados con respecto al resto de los invitados en un extremo de la carpa.

—¿Lo dice en serio? —siseó Parker a mi lado mientras Lauren nos hacía señas para que subiéramos los tres escalones que había hasta nuestra mesa.

—¿No os parece un detalle muy bonito? —preguntó Lauren—. En Estados Unidos es muy común que los novios tengan una mesa aparte y, dado que los padres de Tristan estaban divorciados, he pensado que sería más cómodo que organizar la habitual mesa presidencial.

—Mátame, camión —murmuró Parker en voz baja—. Esto no es la boda —continuó, en voz lo bastante alta como para que Lauren pudiera escucharla—. No necesitamos una mesa solo para los dos.

No tenía sentido quejarse. Estábamos allí y debíamos sacarle el máximo provecho.

—Bonita idea, Lauren —comenté, tratando de ocultar que Parker estaba flipando a mi lado.

—¿Es habitual que este tipo de mesas estén en un escenario? —preguntó Parker.

La sonrisa de Lauren se extendió por toda su cara.

—Eso fue idea mía. He pensado que así todo el mundo podría veros mucho mejor. Y vosotros también veríais mejor a la gente.

Apreté la mano de Parker antes de soltársela para separarle la silla.

—¿Futura esposa?

Lauren retrocedió un par de pasos, como si estuviera disfrutando de un cuadro en una galería; casi saltaba de alegría cuando nos dejó a solas.

—¿Puedes creerlo? —preguntó Parker—. Es como si fuéramos una exposición en un museo. ¿Sabes?, vas a tener que evitar que la mate. Ese será tu trabajo de hoy. Una vez que tenga en mis manos el

cuchillo con el que vamos a cortar la tarta, me quedará muy poco autocontrol. Si no quieres estar casado con una rea que cumpla cadena perpetua por asesinato, tendrás que contenerme.

Me reí, mirando hacia los invitados que llenaban la carpa de punta a punta.

—Son solo un par de horas. No vas a asesinar a nadie. Si tengo que atarte y darte de comer pasas cubiertas de chocolate para evitar un baño de sangre, lo haré.

—Gracias. Tu primer deber como prometido es asegurarte de que no mate a nadie.

—Esperaba que tomar tu virginidad fuera mi primera tarea, pero esto es más importante. —Parker se rio y el calor llenó mi caja torácica al escuchar esa risa.

—Es una pena que tenga que decírtelo, pero ese barco zarpó hace tiempo.

—Qué vergüenza…

Los camareros presentaron el primer plato. No tenía ni idea de lo que estábamos comiendo.

Miré a Parker.

—No me preguntes —dijo, leyéndome la mente—. Lo dejé en manos de Lauren.

—Creo que es pato —tanteé.

Parker se echó a reír.

—Nunca en el mundo dos personas han estado menos interesadas en su fiesta de compromiso.

—La gente dice que es estresante planear una boda —respondí.—. Pero no tengo ni idea de lo que están hablando.

Para cualquiera que nos mirara, parecía que estábamos disfrutando mucho. Por suerte para mí, mi prometida me caía muy bien. Al menos, eso no tenía que fingirlo.

La comida era deliciosa, y los sonidos de las conversaciones y las risas llenaban la carpa. Incluso Parker pareció relajarse. Conseguí hacerla reír al menos tres veces más antes de que termináramos.

—En realidad, creo que estar los dos solos en esta mesa ha sido una gran idea —admitió Parker—. Al menos no hemos tenido que hacer teatro. Ha resultado un bienvenido descanso.

—Todo tiene su parte buena.

—Llega la tarta, mi encantadora pareja. La tarta. ¡Atención todo el mundo! —gritó Lauren—. ¡Atención, vamos a cortar la tarta!

Parker gimió a mi lado.

—He hablado demasiado pronto.

—Vamos —la animé; me puse de pie y la llevé de la mano—. Cuanto antes tengas en tus manos un cuchillo afilado, mejor.

Parker se rio y se le iluminó toda la cara. No pude evitar sonreír.

—¿Soy yo o es raro que se corte la tarta en una fiesta de compromiso?

—Solo tienes que dejarte llevar —dije con una sonrisa—. Nadie más parece pensar que es raro.

Nos colocamos junto a la tarta de dos pisos mientras la gente empezaba a amontonarse a nuestro alrededor.

—Gracias a Dios que todos han aceptado lo de la boda íntima —comentó Parker—. ¿Te imaginas una de celebración de tres días? Mi madre haría que la gente soltara palomas y que el papa enviara un mensaje de felicitación.

—¿Eres católica?

—No. Pero eso no detendría a mi madre si se lo propusiera.

—Estoy más preocupado por Lauren. Vamos a tener que vigilarla. Sé que todo el mundo convino un máximo de veinticinco invitados a la boda, pero no me sorprendería que la lista de asistentes se incrementara de repente.

—Me he adelantado. He insistido en elegir un restaurante con una capacidad máxima para treinta personas.

—Muy lista…

—Gracias. Somos un buen equipo.

Eso era exactamente lo que sentía, que éramos un equipo. Salvo con mis mejores amigos, nunca había disfrutado de eso con nadie. Y menos, con nadie con quien estuviera saliendo, aunque fuera de mentira.

—Por supuesto que sí.

La gente se acercaba a nosotros como un grupo de hienas hambrientas que hubieran avistado a su presa. Parker se comportaba como si estuviera a punto de ser devorada.

—Piensa en el premio. Veinticinco millones —murmuré en voz baja.

Lauren le dio a Arthur un micrófono, y me dio un vuelco el corazón. ¿Qué demonios iba a decir? Él sabía que Parker y yo estábamos fingiendo. Yo sabía que él lo sabía. Esperaba que no estuviera a punto de dejar a nadie en evidencia.

—Señoras y caballeros, gracias a todos por venir esta tarde a celebrar el compromiso de mi querida hija, Parker, y el hombre que pronto se convertirá en mi yerno, Tristan Dubrow. Conozco a Tristan desde hace unos diez años y, durante ese tiempo, a menudo he considerado presentarle a Parker. Me gusta pensar que se me da bien juzgar el carácter de la gente, y supe tan pronto como conocí a Tristan que era un hombre en el que podía confiar. Un hombre que se preocupa por aquellos a los que ama. La lealtad es la base de su personalidad y eso es lo que más admiro de él. Cuando lo invité a la gala benéfica de Parker, confieso que tenía la esperanza en que

saltaran chispas entre él y mi hija.

Me pregunté si el plan de Arthur había sido siempre que yo fuera el ganador de la puja por la cita con Parker. Pero no podía ser así; ni siquiera la había mencionado antes de que comenzara la subasta.

—Pero no me hizo falta. El destino tomó las riendas y, sin que Tristan supiera que Parker era mi hija, pujó para llevarla a cenar.

No era capaz de decidir si el discurso de Arthur era auténtico o si solo estaba tratando de ayudar a que nuestro compromiso resultara más creíble. De cualquier manera, fue convincente.

Podía sentir los ojos de Parker sobre mí y me giré para encontrarme con su mirada, que estaba llena de preguntas. Pero ¿sobre qué? Arthur no estaba diciendo nada que ella no supiera ya.

Arthur terminó el discurso deseándonos una vida de felicidad y se apartó para que pudiéramos cortar la tarta. Al menos nadie nos había pedido que habláramos.

Parker cogió el cuchillo, y puse la mano sobre la suya mientras lo deslizábamos por la tarta. En poco menos de un mes, íbamos a volver a hacerlo con la tarta de boda.

Lauren hizo sonar un tenedor contra una copa de champán y todos siguieron su ejemplo. No pude hacer otra cosa que sonreír ante lo ridículo de la escena. Rodeé la cintura de Parker con el brazo y la acerqué a mí.

—Menos mal que hemos practicado… —El beso en la habitación había sido para relajarla, o eso me dije a mí mismo, pero cuando nuestros labios se tocaron, dejé de engañarme. No tenía ninguna duda: Parker no solo era guapa, inteligente y tenía una adorable adicción a los pijamas con estampados de animales y a las pasas cubiertas de chocolate, sino que también era muy sexy y yo llevaba tiempo queriendo besarla. Había conseguido convencerme de que lo mejor para ella era que ensayáramos, pero ¿a quién quería engañar? Solo había sido una excusa.

Mientras acercaba mi boca a la suya, me detuve una fracción de segundo, disfrutando el momento por si era la última oportunidad que tenía de besarla. Luego lo hice, durante mucho tiempo. Sabía dulce como el verano y olía a especias. Mi combinación favorita.

Hundió las manos en mi pelo y gimió en voz baja, tan baja que nadie más que yo pudo oírla. Estaba disfrutando del beso tanto como yo.

Como si de repente se hubiera dado cuenta de dónde estaba, deslizó la mano sobre mi pecho y me dio un pequeño empujón. Al enderezarme, caí en que no solo nos habíamos besado en público, sino que también habíamos cosechado unos aplausos entusiastas.

Pasé la mano por la cintura de Parker y la atraje hacia mí. Miré a mi grupo de amigos, que sonreían como si en realidad no fuera una

fiesta de compromiso falso y se alegraran mucho por mí. Como si acabara de besar a mi prometida de verdad y de estrecharla contra mi cuerpo. Como si estuvieran encantados de verme por fin enamorado.

Tenía que llamarlos a todos al orden.

15

PARKER

Hasta ese momento, todo había bien. Habíamos superado el discurso de mi padre, habíamos cortado la tarta y nos habíamos besado en público.

Por suerte, Tristan puso un brazo alrededor de mi cintura y compensó mi incapacidad para mantenerme erguida mientras me besaba. Cuando habíamos ensayado en mi habitación, me había apoyado en mi tocador, así que había sobrestimado la capacidad de mis extremidades para funcionar con normalidad cuando Tristan estaba tan cerca. Quizá el corazón siguiera acelerado en mi pecho, pero al menos estaba erguida. Y eso era más de lo que había esperado.

—Estás preciosa —comentó Stella al acercarse a mí. Tristan y yo seguíamos cogidos de la mano, a pesar de que mi tía Maddie solo tenía ojos para Tristan. Lo estaba sermoneando con los secretos de un matrimonio feliz y él, muy sensatamente, no intentaba contribuir mientras ella exponía los tres mil puntos de su plan.

—Gracias, Stella. Sinceramente, me siento bastante incómoda.

Maddie se movió entre Tristan y yo, rompiendo la conexión física que teníamos.

—Bueno, no parecéis incómodos juntos. Se os ve muy bien. Sois la pareja perfecta.

—Tristan se levanta por la mañana con un aspecto estupendo. En cambio, yo soy un imán para las manchas cada vez que me visto.

Beck se acercó por detrás de Stella y le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Cómo te va? —me preguntó.

Solo pude encogerme de hombros.

—Deberías saber que Tristan no haría esto por cualquiera. Eso no quiere decir que no sea un gran tipo, porque lo es. Y sé que la tuya es una excelente fundación benéfica con la que Tristan se siente muy comprometido, pero debes de caerle muy bien para prestarse a esto. Tenías que saberlo.

No sabía qué decir. ¿Beck desaprobaba lo que estábamos haciendo?

—Es muy amable de tu parte.

—Sin embargo, lo apoyas, ¿verdad? —preguntó Stella a su marido.

—Claro —aseguró Beck antes de encogerse de hombros—. En parte

porque es una buena causa y en parte porque… Bueno, espero que los dos tengáis la mente abierta.

Stella se rio, y no supe cuál era el chiste.

—¿Me he perdido algo? —pregunté.

—Es que Beck y yo empezamos nuestra relación fingiendo ser novios —explicó Stella.

—¿Beck y tú? —Los miré. Ambos estaban sonriendo.

—Sí, Stella me hizo fingir que era su novio —explicó Beck.

—Fue un precio muy pequeño por acompañarte a esa boda infernal. —Stella negó con la cabeza como si no pudiera creer lo que estaba a punto de decir—. La boda de mi exnovio con mi ex mejor amiga. —Gimió—. No tengo ni idea de cómo me convenciste.

—Eso suena…, horrible y caótico…, y, oh, caramba…, no quiero ni imaginarlo —dije.

Stella se rio.

—Fue todo eso y más. Pero gracias a eso, acabé con Beck, así que bien está lo que bien acaba. Nunca se sabe cuándo una situación incómoda puede conducir a algo importante.

Mis mejillas se colorearon como si tuviera la cabeza a un palmo de un fuego ardiente. Cuando oí que me llamaban desde el otro lado del jardín, nunca me había alegrado tanto de que me interrumpieran. No iba a ser así entre Tristan y yo. Sí, Tristan era guapísimo y me sentía atraída por él, a fin de cuentas, era humana. No había una sola chica en la fiesta que no sintiera lo mismo.

Aparté la mirada de Stella y Beck, tratando de averiguar quién había dicho mi nombre. La madre de Tristan, Eileen, se acercó a nosotros.

—Hola a los tres —dijo, con una sonrisa tan grande que me dio la impresión de que tenía que dolerle la mandíbula—. ¿Cómo está mi encantadora nuera?

Me dio un vuelco el corazón. Odiaba mentirle a la madre de Tristan, sobre todo, porque parecía muy feliz por nosotros. Me cogió la mano y me la sostuvo entre las suyas.

—No sabes lo feliz que me hace que Tristan te haya encontrado. Es muy afortunado. Y ese trabajo que haces… Tristan me ha contado que piensas poner en marcha un programa para ayudar a las familias… —Negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin decir nada más, Beck le pasó la mano por la espalda—. Es maravilloso —balbució, con la voz temblorosa y débil—. Es algo que habría supuesto una gran diferencia…

Estaba acostumbrada a que la gente se conmoviera por el trabajo que hacía Sunrise. Los niños vulnerables y enfermos que luchaban por su vida derretían los corazones más duros, pero no habíamos hablado de los detalles, y Eileen estaba afectada hasta el punto de que le

saltaban las lágrimas. Y entonces, Beck se apresuró a consolarla; era casi como si esperara que se emocionara. Tal vez siempre había sido así. No por primera vez ese día, me dio la impresión de que había algo que no sabía.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —dijo Stella.

Eileen negó con la cabeza, me soltó las manos y sacó un pañuelo del bolso para secarse los ojos.

—Estoy bien, gracias. —Sonrió—. Este es un día alegre. Mi hijo va a casarse. Vais a tener un futuro maravilloso juntos. —Su voz se quebró al final de la frase. Estaba muy conmovida. Escudriñé la fiesta, buscando a Tristan para avisarlo de que me ayudara a consolar a su madre. Le tendí la mano, pero ella la levantó—. Lo siento. Es un día muy emotivo. Discúlpame… —Y salió corriendo en dirección a los lujosos lavabos que Lauren había dispuesto en el jardín el día anterior.

Me volví hacia Beck y Stella.

—¿Debo ir tras ella?

Beck negó con la cabeza.

—No creo, pero vamos a ver si encontramos a… ¡Oh, aquí está!

Los brazos de Tristan me rodearon la cintura y me atrajeron hacia él como habría hecho un prometido de verdad.

—Tu madre parece muy afectada —dije.

—Se ha conmovido un poco al hablar de la fundación benéfica que dirige Parker —añadió Stella.

Tristan asintió como si no le sorprendiera.

—Se ha ido corriendo al baño. ¿Crees que debo ir a comprobar que está bien? —pregunté.

Tristan me acercó a él.

—Estará bien. Y no querrá que se monte un escándalo. Se sentiría avergonzada.

—Es totalmente comprensible —intervino Beck—. Las grandes ocasiones familiares traen recuerdos.

¿Qué tipo de recuerdos? ¿Estaba la madre de Tristan enfadada por lo de Sunrise, o había habido una fiesta familiar traumática en el pasado de la que nadie me había informado todavía?

Tristan se aclaró la garganta.

—Sin duda. Parece que necesitas una copa, Parker. Y tú también, Stella.

Movió el cuello para localizar a un camarero antes de soltarme y coger dos copas de champán al vuelo cuando uno se acercó con una bandeja llena.

Los ojos de Tristan se arrugaron cuando sonrió. Se agachó y me dio un beso tranquilizador en la coronilla, como si quisiera convencerme de que no tenía que preocuparme por nada. Pero no era yo quien se preocupaba.

Estar con los amigos de Tristan era más relajante de lo que debía, teniendo en cuenta que estaba mintiendo a todos los que quería y me importaban, salvo a Sutton.

Por suerte para mí, después de que me presentaran a Hartford, ella se convirtió en el centro de atención de todos los amigos de Tristan. Estar con el grupo me era agradable, probablemente porque no estaba mintiéndole a ninguno.

Pero el alivio no duró mucho, ya que oí a Lauren gritar mi nombre. Me di la vuelta y la encontré abriéndose paso entre la multitud hacia nosotros.

—Viene a por nosotros otra vez. Escapemos —murmuré, tirando de la mano de Tristan. No estaba muy segura de a dónde iba; solo me dirigí en la dirección opuesta a la voz de Lauren.

—¿A dónde me llevas?

—Qué más da. ¡Al baño! ¡Podemos encerrarnos allí! Estaba empezando a relajarme. Solo Dios sabe lo que Lauren nos tiene reservado ahora. —Forcé una sonrisa para la gente ante la que pasábamos sin pararnos a charlar. Incluso evité a Katie al pasar junto a ella—. Lo siento, Katie. Voy al baño. Tristan debe ayudarme con los botones del vestido. —No me detuve hasta que estuvimos dentro, en el baño familiar. Tiré de Tristan y cerré la puerta con llave.

—Aquí estamos a salvo, creo.

Tristan se reía.

—No tengo ni idea de por qué te ríes. Acabamos de escapar de Lauren Flowers. ¿Sabes lo difícil que es eso? Debería apuntarme al sas o algo así. Está claro que tengo habilidades que desconocía.

—Qué graciosa eres —dijo Tristan, sin dejar de sonreír, y tomó asiento a un lado de la bañera. Ya estábamos allí, ¿qué íbamos a hacer?

—Lo siento, no habría soportado nada más.

—En realidad, me he divertido más de lo que esperaba —confesó él—. Creo que tener una mesa para nosotros solos ha sido una bendición. Nos ha librado de un poco de presión.

—No estoy segura de eso. ¿Has visto a toda esa gente mirándonos? Me parece que los hemos decepcionado porque no hemos recitado ningún soliloquio de Shakespeare, no hemos cantado ni nada.

—Cantar no entra dentro de mis habilidades. Creo que habría quedado la carpa desierta. Lo que más los ha distraído ha sido la comida. No estoy seguro de que necesitaran entretenimiento alguno.

Asentí.

—Sí, la comida estaba muy buena. ¿Le ha gustado a tu madre? ¿Cómo está? ¿Te has puesto al día con ella?

—Está bien. —Se levantó de la bañera y se metió las manos en los bolsillos.

—Parecía bastante alterada.

Hizo una pausa.

—Un familiar murió de una cardiopatía congénita —me explicó finalmente—. A mi madre todavía le afecta mucho… Ya sabes.

—Lo siento. —Le tendí el brazo y se quedó paralizado.

—Bueno, ya está bien. —Sacó las manos de los bolsillos—. Has tenido un tiempo muerto. Creo que deberíamos volver a la fiesta. Lauren debe de haber encontrado otra cosa en la que centrarse.

No conocía demasiado a Tristan, pero me di cuenta de que intentaba cambiar el tema, que habíamos tocado uno del que estaba claro que no quería hablar. Tal vez no era solo su madre la que se conmovía al pensar en la muerte de ese familiar.

Desde luego, no quería que se entristeciera.

—Claro —dije—. Tienes razón. Volvamos. Pero si vemos que Lauren se acerca, ¿me prometes que nos agacharemos o que buscaremos otro escondite?

Negó con la cabeza.

—No me había imaginado nunca mi fiesta de compromiso. Pero, si lo hubiera hecho, no habría sido nada parecida a esta.

—Me lo tomo como un cumplido —me reí, abriendo la puerta del baño.

—Por supuesto, hazlo.

16

PARKER

Pasé el dedo por la pantalla del móvil para volver a leer su mensaje. Era un bonito detalle que Tristan me hubiera enviado un mensaje para avisarme de que había llegado a Nueva York, pero, por otro lado, era extraño que apenas nos conociéramos y que actuáramos como un matrimonio. Volví a meter el teléfono en el bolsillo al ver que Sutton regresaba del baño. Habíamos ido a la Tate Britain para ver la obra de Turner. Siempre lo hacíamos antes de que Sutton se presentara a unos exámenes o de que fuera a una entrevista de trabajo o de que ocurriera cualquier cosa que consiguiera que su estrés llegara al tope. Decía que era como fumar un porro, pero que el colocón de la maría duraba menos y era peor para su cociente intelectual y sus antecedentes penales. Para ser sinceros, yo también necesitaba desestresarme. Tenía que ir a comprar el vestido de novia esa tarde, y mi madre había insistido en que Lauren y ella fueran conmigo.

—Entonces, ¿te echó de su casa mientras está en Nueva York? —preguntó Sutton—. ¿Le preocuparía que descubrieras su mazmorra sexual secreta mientras estaba fuera?

—En realidad, quería que me quedara. Pero yo voy a recoger mi piso, llevaré a un guardamuebles todo lo que no voy a usar durante los próximos meses, y luego lo pondré en alquiler.

—¿En Airbnb?

—Sí, algo así —respondí—. Creo que es la oportunidad perfecta para hacer balance. Tal vez para mirar mi vida de manera diferente.

—Supongo que, cuando vas a casarte con el hombre más sexy del mundo, ha llegado el momento de replantearte el rumbo que ha tomado tu vida. —Sutton se rio para sí misma.

—Las dos sabemos que Tristan y yo no estaremos en contacto el año que viene por estas fechas.

Sutton guardó un silencio inusual en ella.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Dime lo que sea…

—Bueno, sabes que ahora soy médica, ¿verdad? Puedo diagnosticar enfermedades, incluso sin tener que examinar a los pacientes.

—Todavía no eres médica, ¿o sí lo eres?

Se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe todavía. Si consigo plaza en septiembre en uno de

los hospitales londinenses a los que he enviado la solicitud, espero que alguien me lo explique. Pero, tanto si lo soy como si no, pude notar la química que hay entre tú y Tristan a un kilómetro de distancia. Cuando te besó la otra noche en tu fiesta de compromiso, fue como si tu padre hubiera gastado cien mil libras en un espectáculo de fuegos artificiales. Los dos iluminasteis la fiesta.

—No seas absurda —dije—. Ya sabes el trato que tenemos. Solo hacemos lo necesario para poder gestionar mi fondo fiduciario.

—¿Y qué es exactamente lo que estás haciendo con el hombre más sexy del mundo, también conocido como Tristan Dubrow?

Le di un codazo en las costillas y tomé asiento en el largo banco de roble situado frente a uno de mis paisajes favoritos.

—Lo nuestro es puramente platónico. Sabes que las citas no son mi prioridad.

—Pero tampoco estás encerrada en casa, ¿verdad? Vives con ese tipo. Debéis de pasar mucho tiempo juntos.

—Sí, un poco… Pero su casa es bastante grande. No vamos tropezándonos el uno con el otro. —Cuando Tristan no estaba en su despacho, que era la mayor parte del tiempo, solíamos estar en la cocina, comiendo y charlando. Me había dado cuenta de que era mejor cocinar para dos que para uno, así que había estado utilizando las recetas de mi abuela. Tristan era mi conejillo de Indias cuando probaba platos nuevos.

—¿Me estás diciendo de verdad que el beso que os disteis en la fiesta de compromiso fue el primero?

Me sonrojé al recordar mis piernas enhebradas entre las suyas y su cuerpo apretado contra la fina bata, en mi dormitorio.

—Tuvimos una especie de práctica rápida antes de bajar.

—¿Una práctica rápida? Tengo que decirte que nada de ese beso parecía ensayado. ¿Qué hay de la noche de bodas, habéis estado practicándola también? ¿Sabes que la boda no es legal si no os acostáis?

—Nadie va a saber si nos acostamos o no; y a no ser que él o yo nos chivemos, no habrá pruebas. De todos modos, es legal. Ese matrimonio solo podría anularse si alguno de nosotros lo solicitara. Y no lo haremos. —Lo había investigado. No quería que nos tomáramos la molestia de casarnos, y que luego me negaran el fondo fiduciario por un tecnicismo.

—Supongo que es difícil demostrarlo —aceptó Sutton—. Pero puede que se haga alguna vez, así que el caso es refutable.

Me reí, pero, desde la fiesta de compromiso, no podía negar que había imaginado a Tristan desnudo, bajo las sábanas y entre mis muslos.

—¿Por qué no te acuestas con él? Pareces obsesionada.

—Por supuesto que estoy obsesionada —respondió Sutton—. ¿Lo has mirado bien? Es como una pared de músculos coronada por una sonrisa de estrella de cine y un pelo del que no me importaría tirar. Ojalá lo hubiera conocido antes de graduarme. Lo habría arrastrado a las clases de anatomía y lo habría hecho desnudarse. Es magnífico. Dime que lo has visto salir de la ducha en toalla… ¿Tiene tan buen aspecto como creo que tiene?

Por el vello de sus manos, imaginaba que tenía pelo en el pecho, que probablemente era suave y se extendía por sus músculos como la hierba por las montañas de Umbría.

Tampoco era como si hubiera estado pensando en ello.

—Bueno, ¿lo has hecho? —preguntó Sutton.

—No, por supuesto que no. No compartimos habitación ni nada de eso. Tenemos un acuerdo. Cualquier esperanza de que sea algo más es producto de tu vívida imaginación desbocada.

—Si tú lo dices… Pero me da la sensación de que hay algo pendiente entre los dos. Está soltero y sin compromiso, ¿verdad?

El frío me golpeó en el pecho como una bola de nieve. Nunca habíamos hablado de nuestra situación sentimental antes de trazar plan. Había supuesto que no tenía pareja, y jamás había mencionado a una novia.

—Supongo…

—¿Supones? ¿No se lo has preguntado? Si tu padre lo viera en la ciudad cenando con su novia, se daría cuenta de tu plan. Tienes que preguntarle a Tristan, y poner como condición en el acuerdo que no salga con nadie más mientras estéis casados. Al menos hasta que os separéis.

Lo que decía Sutton tenía sentido, pero Tristan me estaba haciendo un favor enorme.

—No estoy en posición de exigir nada. Esto ya es lo bastante incómodo para él, no necesito empeorarlo todo.

Habíamos hablado de que después de casarnos, yo iba a seguir viviendo en la casa. Hasta ese momento, nunca había visto ni rastro de otra mujer. ¿Cuando se firmaran los papeles iba a llevar a otras mujeres a su casa?

Apreté los dientes y giré el móvil en las manos, con ganas de enviarle un mensaje y preguntarle si tenía novia. Pero no era asunto mío. No manteníamos una relación. No tenía derecho a hacerle preguntas ni a exigirle nada.

Tristan y yo teníamos un acuerdo, y eso significaba que por fin iba a tener acceso a mi fondo fiduciario e iba a ayudar a cubrir las necesidades de cientos de familias. Nuestra relación empezaba y terminaba ahí, aunque una pequeña e insistente parte de mí lamentaba que no pudiera haber nada más entre nosotros.

17

PARKER

Nunca me había sentido más ridícula en mi vida. Estaba frente a doce espejos al menos, y mi madre y Lauren se aferraban la una a la otra con una mano y a una caja de pañuelos con la otra.

—Estás muy guapa, cariño —balbució mi madre entre algo que parecían sollozos.

—Es tu vestido —afirmó Lauren, secándose los ojos—. Es perfecto.

¿Cómo iba a decirles que prefería ir desnuda hasta el altar antes que llevar ese vestido de merengue?

—¿Podemos verlo con el velo? —preguntó Lauren a la dependienta, Shayna.

—No voy a llevar velo —anuncié. Solo había accedido a probarme ese ridículo vestido porque pensaba que las dos iban a estar de acuerdo en que era exagerado y horrible.

—No seas tonta, querida. Es tu boda.

—Por eso. Es mi boda, y no quiero llevar velo. Y tampoco quiero usar este vestido. El objetivo de celebrar una boda pequeña en el registro civil es que sea discreta. Y esto… —me pasé las manos por el cuerpo— es muy ostentoso.

Mi madre me miró como si la hubiera abofeteado, y, al instante, me sentí fatal. Ella pensaba que era una boda de verdad y solo estaba tratando de hacer bien las cosas.

Lauren se aclaró la garganta y se puso de pie.

—Si no te gusta este vestido, tenemos que encontrar uno que sí te guste. Hay muchos vestidos preciosos aquí. Es la mejor tienda de novias de Londres. ¿Qué modelo tenías en mente?

—Solo algo… más discreto.

—De acuerdo —convino Lauren al tiempo que le hacía a Shayna una señal con la cabeza para que viniera a ayudarnos—. Nos gustaría algo más discreto. ¿Qué tal un Monique Lhuillier sin cola? ¿O algo que parezca más un traje de noche?

La asistente se puso a mirar entre los expositores, apartando algunos vestidos para encontrar más opciones.

—Voy a cambiarme —dije.

—Encontraremos algo de tu gusto —afirmó Lauren—. No te preocupes.

Gracias a Dios que tenía a Lauren. Si no hubiera estado allí, habría

acabado llevando este vestido con volantes, o, al salir de la tienda, mi madre y yo no nos habríamos vuelto a hablar.

Cerré la puerta del probador y saqué el móvil. Tenía un mensaje de Tristan en el que me preguntaba cómo iba la compra del vestido.

Respondí diciendo que quería pegarme un tiro. Puse el dedo sobre el botón de enviar. Después de la conversación que había mantenido con Sutton, quería saber qué ocultaba Tristan. Era guapo, tenía éxito, y treinta y cuatro años; no podía esperar que fuera célibe. Pero en las últimas semanas no había mencionado a nadie. De hecho, ninguno de los dos lo había hecho. Al menos entre nosotros.

Si me iban a poner en ridículo delante de mis amigos y familiares, tenía derecho a saberlo. Borré el mensaje y escribí otro.

¿Tienes pareja?

Lo borré. Demasiado ambiguo.

¿Estás saliendo con alguien?

Borrado. Demasiado vago.

¿Te acuestas con alguien?

Era conciso, directo, y la respuesta me diría exactamente lo que quería saber.

Pulsé el botón de enviar y metí el teléfono en el bolso. Si me respondía, no iba a hacerlo pronto.

Estaba llevándome los brazos a la espalda, al estilo *origami,* para desabrocharme el vestido, cuando sonó el móvil. Era Tristan.

Ni siquiera con mi prometida.

Una cálida oleada de alivio se arremolinó en mi estómago. Sabía que teníamos un trato, que, para los dos, esa boda tenía como finalidad conseguir mi fondo fiduciario. Salvo que había una parte de mí —el dos, o quizá el tres por ciento— que no podía evitar pensar que lo que había sentido las dos veces que nos habíamos besado en la fiesta de compromiso había sido auténtico. Nunca había notado nada parecido al calor, la química y la conexión que me habían recorrido cuando Tristan tenía las manos en mi pelo y sus labios sobre los míos. Que Sutton hablara de fuegos artificiales era una muestra de su conocida afición por las hipérboles, pero su descripción subestimaba lo que había sentido cuando Tristan me había besado. El tres coma cinco por ciento de mí esperaba que él también hubiera sentido algo así.

No respondí al mensaje. Tristan no mentía. Si decía que no se acostaba con nadie, no se acostaba con nadie.

Justo cuando me había deshecho del vestido, mi teléfono volvió a pitar.

Era Tristan de nuevo.

Desgraciadamente.

El calor me subió por la columna vertebral. *«Desgraciadamente»*… ¿porque no se estaba acostando con nadie? ¿O porque no se estaba

acostando con su prometida?

¿Estaba Tristan Dubrow coqueteando conmigo?

Intenté reprimir una sonrisa, pero, antes de que tuviera la oportunidad de pensar la respuesta, Shayna llamó a la puerta del probador y entró con un montón de vestidos en el brazo y los colocó en la barra del probador.

—Son los modelos más populares entre las novias que prefieren una boda más íntima —explicó. Mi teléfono volvió a pitar. ¿Era Tristan? A pesar de no ser una novia de verdad, empecé a sentir algo de vértigo al pensar que mi prometido me estaba enviando mensajes —. ¿Empezamos con este? —Me mostró un vestido de raso sin tirantes.

Era bonito y mucho más sutil que el último vestido que me había probado. Solo que no estaba segura de que me pegara.

—¿Qué más hay?

El teléfono sonó de nuevo.

—Ahora que tu madre y su amiga no están presentes, ¿qué tal si me dices exactamente lo que estás buscando?

Suspiré, sin saber muy bien cómo expresarlo con palabras.

—No sé. ¿Algo un poco menos nupcial?

Shayna frunció el ceño y luego levantó el dedo.

—Dame un momento. —Se apresuró a salir como si acabara de tener una súbita inspiración. En el momento en que se fue, cogí el móvil.

Había un mensaje de Tristan.

¿Y tú te acuestas con alguien?

Escribí una respuesta.

Ni siquiera con mi prometido. Desgraciadamente.

Y luego la borré. Podía malinterpretar lo que estaba diciendo. Coquetear con Tristan era como jugar con fuego. Y yo no quería quemarme, si no había pasado ya. Pensé otra respuesta.

No, a menos que cuentes las vacas de mi pijama.

Al pulsar el botón de enviar, llegó un segundo mensaje de Tristan.

Suena raro, pero me sentiría traicionado.

Noté un aleteo en el estómago. Sabía exactamente lo que quería decir. Sí, todo el plan era una treta para cobrar mi fondo fiduciario, pero estábamos juntos en ello. Nos cubríamos las espaldas mutuamente. Ni siquiera debí haberle hecho esa pregunta a Tristan; no iba a acostarse con otra persona mientras estaba comprometido conmigo, incluso aunque el compromiso fuera una pantomima. No era de esa clase de hombres. Escribí una respuesta.

Sé lo que quieres decir.

Respondió de inmediato.

Echo de menos tus platos aquí, en Nueva York. Tendrás que darme lecciones de cocina cuando vuelva.

Shayna llamó a la puerta, y sostenía entre sus brazos el primer

vestido que me hacía ilusión probarme desde que había llegado.

Asentí.

—Vamos a probarlo.

Era de seda color crema, con cuello subido y falda *midi*.

Shayna desabrochó la espalda y me lo tendió para que me lo pusiera.

—Le hemos puesto un nombre: «Vestido de novia con falda de patinadora». Te confieso que la mayoría de las novias lo eligen como segundo vestido, el que se ponen cuando empieza el baile, pero creo que puede ser justo lo que estás buscando.

Era sencillo y elegante, y la tela, suave sobre mi piel. No me pareció tan diferente a ponerme un vestido para ir a un cóctel con Sutton.

—Dios, pareces una chica *pin-up* de los años cuarenta. El escote es perfecto para ti y te quedaría genial con una flor detrás de una oreja; ni siquiera tengo que verte. —Terminó de abotonarme y me volvió hacia el espejo.

Solté el aire. Mi aspecto era normal, pero ligeramente mejor.

—Me encanta —dije.

—¿Crees que tu prometido lo aprobará? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Es muy yo. Creo que mientras yo sea feliz, él también lo será. —Y no era mentira.

—Parece que has elegido a un buen hombre —respondió ella.

—No hay quejas hasta el momento. —Me giré ante el espejo y el vestido se levantó.

—Te queda como un guante —alegó Shayna—. No creo que vayan a hacer falta muchos arreglos, si es que hay que hacer alguno.

Dos puntos para ese vestido.

—Nos casamos dentro de diez días, así que, si puedo llevármelo tal cual, mejor.

Shayna soltó una carcajada que parecía medio de pánico y medio de alivio.

—Parece que este es el indicado. Ahora solo tenemos que convencer a las dos señoras que están ahí fuera.

—¿No puedo comprarlo y decirles que está decidido? —pregunté.

—Puedes, pero, según mi experiencia, y llevo mucho tiempo en esto, si sales ahí encantada con tu vestido, entrarán en razón. Y es mucho más fácil eso que soportar un mal rollo por no haberlas dejado participar.

Suspiré. Era un buen consejo, aunque sabía que iba a pasar la siguiente media hora intentando convencerlas de que ese era el vestido adecuado, y era un tiempo que prefería dedicar a intercambiar mensajes con mi prometido.

18

TRISTAN

No creía haber estado nunca tan ansioso por volver a casa después de un viaje a Nueva York. Faltaba una semana para la boda. Parker había comprado el vestido de novia, el local estaba reservado y yo aún no me había probado el traje. No tenía que comprar un traje nuevo para el sábado —tampoco era como si fuera a enseñarles a mis nietos las fotos de la boda—, pero quería que Parker supiera que estaba esforzándome. Si ella había tenido el detalle de elegir un vestido para el extraño día de nuestra boda, yo no podía escaquearme.

Mi teléfono vibró. Era un mensaje de Parker en el que me respondía que sí a la pregunta sobre si había echado el cerrojo de la puerta principal.

«Oye, te has despertado temprano», respondí.

Todavía estoy en la cama.

Me reí. Parker pasaba mucho tiempo en la cama. Decía que podía hacer todo lo que necesitaba en pijama y debajo del edredón. No podía discutírselo.

Llego dentro de un minuto. El taxi está a la vuelta de la esquina.

Estoy en mi piso, respondió ella.

«¿De verdad?», escribí, ligeramente preocupado.

Pensaba que solo iba a pasar una noche allí.

Esperé a que el teléfono me dijera que estaba escribiendo y, de repente, se detuvo.

¿Va todo bien?

Mi mente se puso en el peor de los escenarios. ¿Había habido un robo en su casa? ¿Su ex se había presentado en su trabajo y la había arrastrado a su piso? ¿Había irrumpido en su casa nada más volver y no la dejaba salir? Me sentía un poco ridículo, pero necesitaba que me lo dijera.

Pulsé la pantalla para llamarla, pero no respondió.

Me eché hacia delante para hablar con el taxista.

—Cambio de planes. Vamos a Maida Vale. Recibirá una propina enorme si puede llegar en menos de cinco minutos.

Probablemente solo había ido al baño, se había quedado sin batería o algo así, pero podía ser algo más grave. Todavía no había descubierto quién había estado pasando cargos a la cuenta bancaria de la fundación benéfica, y aunque tenía hackeadas de forma permanente las cámaras de seguridad de su edificio, no había aparecido nada. Tal

vez, quienquiera que hubiese entrado en su casa había estado esperando a que yo saliera del país.

La llamé de nuevo, pero me saltó el buzón de voz. ¡Joder! Comprobé la hora. Las seis y media de la mañana. Su teléfono tenía que estar completamente cargado. ¿Por qué no me había devuelto la llamada? Mi paranoia fue *in crescendo,* me bajó por el pecho y me oprimió el corazón.

Al menos no había tráfico. Saqué dinero de la cartera, preparado para ponérselo en la mano al taxista en cuanto llegáramos.

Los minutos parecieron convertirse en horas. Intenté llamarla una y otra vez hasta que nos detuvimos delante de su edificio. Le di el dinero al conductor y abrí la puerta antes de que el vehículo se detuviera del todo. Si no respondía al timbre, iba a tener que derribar la puerta principal. No llevaba la llave maestra encima.

La suerte quiso que saliera alguien vestido con ropa para correr cuando iba hacia las puertas.

Agarré la hoja, agradecido y furioso al mismo tiempo al comprobar que aquella persona no había esperado a que se cerrara la puerta. La gente no se preocupaba por la seguridad.

No me molesté en esperar al ascensor: opté por subir las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso. Llamé a la puerta de Parker. No había señales de robo; eso era algo, al menos.

—Parker, soy Tristan. Déjame entrar.

Justo cuando iba a gritar de nuevo, oí girar las cerraduras y la puerta se abrió. Vi a Parker; tenía los ojos rojos y estaba en pijama. Cuando me vio, se desplomó.

¡Joder!

Atravesé la puerta y me agaché junto a ella para tomarle el pulso. Su corazón latía con fuerza, y, mientras la examinaba de arriba abajo, preguntándome qué hacer a continuación, movió los párpados.

—Parker —dije.

Me brindó una débil sonrisa.

—Creo que estoy enferma.

La levanté del suelo y fui a su habitación.

—¿Qué tipo de enfermedad? —pregunté. ¿Era grave? ¿Por qué no me había dicho nada? Nos habíamos enviado mensajes todos los días que había estado en Nueva York.

—Tengo mucho frío. ¿Puedes poner la calefacción?

Estaba en medio de algún tipo de delirio o algo así. El calor en aquel lugar era sofocante.

—Parker, esto parece el puto Sahara. —La dejé en la cama y le puse la mano en la frente. Fue como tocar una sartén recién salida del horno.

—Tienes fiebre.

—Solo necesito otra manta —dijo.

Me quité el abrigo y fui a buscarle un vaso de agua. Cuando volví, tenía los ojos cerrados. Su pelo negro y brillante se extendía por la almohada y, a pesar de haber sufrido un desmayo y de tener la temperatura tan alta, seguía estando guapa…

—¿Tienes termómetro?

—Labios —dijo ella, con los ojos aún cerrados—. Tengo labios.

Ciertamente, tenía labios. Podía estar gagá, pero también era adorable.

Tomé asiento junto a su cama y volví a ponerle la mano en la frente. Seguía muy caliente.

—Y tú también. Unos labios muy grandes. —Hizo un sonido como si se relamiera, como haría yo después de tomar una cucharada de *crème brûlée*.

Me reí para mis adentros. ¿Estaba soñando? Hacía treinta segundos estaba despierta.

—Tienes que beber un poco de agua. ¿Puedes incorporarte?

—¿Qué haces aquí? Estás en Estados Unidos. ¿Esto es un sueño? ¿Estoy soñando? Si estoy soñando, ¿puedes besarme de nuevo?

—He vuelto de Nueva York —expliqué.

Se incorporó hasta sentarse, abrió un ojo y volvió a dejarse caer en la cama.

—Hace mucho calor. ¿Puedes abrir una ventana? Hace mucho calor. —Empezó a levantar la camiseta del pijama de vacas, pero se la bajé.

—Espera. Deja que te dé un poco el aire y luego te daré algo para que te hidrates un poco.

—No —gritó—. Vomitaré.

Me puse de pie y abrí un poco la ventana, lo justo para que entrara un poco de aire fresco, y luego la abracé y la incorporé para que se sentara.

—Hueles muy muy muy bien. Yo no; huelo a vómito. Y-tú-no.

Con una sola mano, cogí las almohadas esparcidas por su cama y la apoyé en ellas.

Me situé frente a ella y me eché hacia delante.

—Parker, lo digo en serio, tienes que tomar un pequeño sorbo de agua. ¿Me entiendes?

Con los ojos abiertos, asintió.

—Pero tú tienes que entender que voy a vomitar.

No estaba seguro de si lo decía en serio o si había perdido toda su capacidad mental. En cualquier caso, tenía que conseguir que bebiera algo.

La ayudé a llevarse el vaso a los labios y dio dos sorbos antes de dejarlo.

—Sabe muy bien. —Apoyó la cabeza en la almohada y se llevó las manos al estómago—. Voy a…

Salió corriendo de la cama como si le hubieran prendido fuego y fue derechita al baño. Al ruido del asiento del inodoro lo siguió el sonido de Parker cumpliendo su promesa: abriéndose a arcadas en la taza del inodoro.

¡Joder! Tal vez no debí haberle dicho que bebiera. Pero tenía que estar hidratada. Le envié un mensaje a Gabriel. Él debía de saber el número de algún médico que hiciera visitas a domicilio. Tal vez habría que ponerle una vía.

Me quedé al lado de la puerta del baño mientras llamaba al médico que Gabriel me había recomendado.

—Parker, voy a entrar —advertí al abrir.

Estaba a cuatro patas en el suelo del aseo, y gimió una respuesta incomprensible. La levanté y la llevé a la cama, y volví al baño a por un par de paños para la cara, que mojé en agua fría.

—Tristan —gimió Parker cuando me acerqué a la cama—. Tienes que irte de aquí.

Me reí.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Seguro que es algo contagioso —dijo; le limpié la cara primero con un paño y luego con el otro.

—Bueno, a menos que sea el ébola, puedes devolverme el favor cuando esté retorciéndome en el suelo, cubierto de vómito.

Hundió los hombros.

—Debería sentirme avergonzada, pero estoy demasiado agotada para que me importe. Me alegro de que estés aquí.

No tenía ninguna razón para sentirse avergonzada. Estaba enferma. Era algo que nos pasaba a todos. Y seguía siendo muy guapa, con o sin vómito.

—He llamado al médico. Llegará enseguida. Mientras, descansa. —Le acaricié la frente y ella cerró los ojos con un parpadeo perezoso.

—¿Puedo ofrecerte algo? —pregunté.

—¿Incluye un cuerpo nuevo?

—No necesitas otro cuerpo. Curaremos el que tienes y quedarás como nueva.

Me dedicó una pequeña sonrisa; temblaba, y estaba blanca como el papel. Ay, diosito, esperaba que el médico llegara pronto.

—Déjame abrir la ventana. —Me acerqué a la ventana del dormitorio, bajé el termostato de la calefacción del pasillo y abrí un par de ventanas más para que circulara el aire. ¿Cuánto tiempo llevaba así?

—¿Has tomado paracetamol? —pregunté.

—No puedo retener nada.

Tomé su mano entre las mías mientras se recostaba en las almohadas.

—*Sushi*… —dijo finalmente.

Estaba bastante seguro de que un trozo de pescado crudo era lo último que necesitaba.

—Tal vez más tarde.

—No —gimió, y levantó las piernas como si yo fuera un cubo de babas que estuviera tratando de evitar.

—Ya veremos si el médico piensa que tomar *sushi* es una buena idea.

Antes de que pudiera seguir hablando del *sushi,* sonó el timbre. Le abrí al médico.

—Está aquí —dije, y lo conduje al dormitorio—. He llegado hace una hora, más o menos, y se ha desmayado. He conseguido que beba un poco de agua, pero la ha vomitado al instante.

—¿Es su novio? —preguntó.

—Prometido —respondí sin pensarlo.

Se dispuso a tomarle la temperatura, el pulso y la presión arterial.

—¿Desde cuándo se siente así? —le preguntó.

—Desde hace horas —respondió ella—. Después del *sushi*.

—¿Ha comido *sushi*? —preguntó él, y ella asintió—. ¿La noche pasada?

Oh…, había estado tratando de explicarme que era una intoxicación alimentaria.

—Muy tarde. Me lo entregaron sobre las once.

—El *sushi* en mal estado es más común de lo que crees —comentó el médico—. Si de mí dependiera, no permitiría a nadie servir pescado crudo para llevar. Es demasiado fácil que se ponga malo. —Sacó del maletín un aparato de goteo telescópico y le puso una vía—. Está deshidratada. También voy a suministrarle antibióticos. Si dentro de doce horas sigue vomitando o ve sangre en las heces, tendrá que ir al hospital. —El médico me miró y yo asentí.

¿Sushi? ¿Quién comía pescado crudo en mal estado? Tenía que ser fácil detectarlo con el olfato. Mientras el médico preparaba las cosas, fui a la cocina para ver si había restos de la comida. Abrí la puerta de la nevera y me encontré una bandeja de *sushi* a medio comer. La saqué, la puse sobre la mesa y quité la tapa.

Di un paso atrás. Apestaba. Pero no a pescado. Olía más bien a productos químicos. No era el tipo de productos químicos de una caja de plástico, sino de cosas que se encuentran debajo del fregadero. Eso no podía ser bueno. Saqué el teléfono y envié un mensaje a un contacto que trabajaba en un laboratorio. Me debía un favor.

Voy a enviar algo de sushi *al laboratorio. Creo que ha sido manipulado. Por favor, analízalo.*

¿Qué le pedía que encontrara? Veneno, supuse. Había muchas

posibilidades de que la intoxicación fuera provocada por comida corriente, pero, si añadía a la ecuación los extraños cargos bancarios y la sospecha de allanamiento, no podía dejar de pensar que estaba ocurriendo algo más siniestro. ¿Era una idiotez no haber llamado antes a la policía? ¿Debían intervenir?

Encontré una bolsa de comida, metí los restos de *sushi* en ella y llamé a un mensajero. Cuanto antes llegara al laboratorio, antes íbamos a saberlo.

La intravenosa tardó unos treinta minutos en terminar. Cuando el médico lo recogió todo, me siguió hasta el pasillo.

—Creo que estará mejor ahora que la hemos hidratado, pero, si empeora, o no está mejor por la tarde, tiene que llevarla a urgencias.

—Digamos que no es una intoxicación alimentaria. Si accidentalmente hubiera ingerido una sustancia peligrosa, ¿los síntomas serían los mismos?

Frunció el ceño.

—Probablemente. Pero no hay motivos para que no sea una intoxicación alimentaria. A menos que tenga algún tipo de conexión extraña con la mafia rusa.

—Lo sé. Pero está diciendo que así es cómo se sentiría si fuera algo más grave que una intoxicación alimentaria, ¿no?

—Dependería del veneno, pero siempre que estuviera destinado a matarla, entonces, sí, es probable que los síntomas fueran similares.

—Gracias, doctor.

—Cuando se oyen cascos, se debe suponer que son caballos, no cebras.

No estaba muy seguro de lo que quería decir, pero asentí de todos modos.

—Como he dicho —continuó—, si empieza a vomitar sangre, ve sangre en sus heces, pierde el conocimiento o si sigue estando mal dentro de ocho o doce horas, llévela a urgencias. Pero con el goteo y los antibióticos, debería empezar a sentirse mejor dentro de una hora más o menos.

—Entendido —dije. Con suerte, para entonces iba a tener los resultados del laboratorio y Parker iba a sentirse mucho mejor.

Lo acompañé a la salida, y cerré y aseguré la puerta antes de volver a la habitación de Parker.

—¿Quieres algo? —Parecía más animada y estaba sentada; no gemía ni mencionaba mis labios.

—¿Un poco de lejía para cerebros?

Fruncí el ceño. Lo que estaba describiendo no sonaba saludable.

—¿Blanqueador de cerebros?

—Sí, para poder usarlo contigo y borrar mis divagaciones y las imágenes de mí aferrándome a la taza del baño.

Me reí. Parker había vuelto.

—Ajá, tengo un botón para borrar la memoria. Acabo de pulsarlo y no recuerdo nada antes de que llegara el doctor.

—Gracias a Dios —dijo ella—. Me preocupaba sentir tanta vergüenza que no pudiera volver a mirarte.

¿Por qué iba a estar avergonzada? Estaba enferma. Sonreí.

—Ahora en serio, ¿quieres algo?

Negó con la cabeza.

—Solo estoy muy cansada.

Levanté el edredón y le aparté el pelo de los ojos.

—Deberías dormir. —¿Cómo se las arreglaba para seguir estando tan guapa sintiéndose tan mal?

—Eres un hombre muy amable, Tristan. Gracias.

—No te olvides de mis grandes labios.

Abrió los ojos de par en par y luego los cerró de nuevo, como si estar tan conmocionada le hubiera consumido demasiada energía.

—Me prometiste no recordar nada de lo que ha pasado antes de que llegara el médico.

Le acaricié la frente.

—El botón tiene un pero: si no quiero olvidar algo, funciona mal.

Suspiró, pero no respondió, ya estaba dormida. Mientras Parker eliminaba los efectos del *sushi,* yo iba a husmear para ver si había algo que me pareciera fuera de lugar. Si el *sushi* estaba envenenado, quería estar lo más preparado posible. No sabía qué buscaba, pero iba a darme cuenta cuando lo encontrara.

Empecé por la cocina. El piso de Parker, de una sola habitación, tenía el contenido de una casa de tres habitaciones embutido en él. Había muchas cosas por todas partes. Los libros de cocina se alineaban en la parte posterior de las superficies de trabajo. La vajilla sobrante se apilaba delante de los libros de cocina y dejaba poco espacio para preparar comida. Incluso ocupaban parte del suelo. Me fijé en que cada enchufe tenía algo conectado: tres cargadores de teléfono, el hervidor, la tostadora y una batidora de mano abandonada. No me extrañaba que le gustara tanto mi cocina, en la suya no se podía pensar, y mucho menos cocinar. Tal vez, como todo estaba muy junto, Parker había puesto el *sushi* en la encimera y lo había contaminado por accidente. El lugar no estaba sucio, pero todo estaba tan cerca que era posible que hubiera usado el escurridor para abrir la comida y le hubiera caído algo encima.

Seguí inspeccionando la zona, pero no vi nada destacable. Pasé al pequeño pasillo. No había mucho que ver: el perchero, el zócalo. No había marcas ni agujeros nuevos, nada que despertara sospechas. El baño era más tranquilizador que la cocina. Sugería que, si Parker no tuviera tantas cosas, el lugar podría ser muy agradable. Los tres

estantes de cristal que había sobre el lavabo mostraban frascos de perfume, aceites de baño y velas. En el alféizar de la ventana había tres frascos de cristal con sales de baño, algodón y, en el último, algo que olía a Parker y parecía una papilla fría. El pequeño armario de debajo del lavabo contenía lo habitual: restos de champú, cuchillas de afeitar, lejía y más productos de limpieza, y una planta de plástico. No había nada que me pareciera sospechoso o que no pudiera pertenecer a Parker. Pero al husmear había obtenido más información sobre la mujer de la habitación de al lado. Me parecía que había dos Parker. La del cuarto de baño, que disfrutaba de un espacio tranquilo y bien organizado, y a la que también le gustaba cocinar en mi casa, y la Parker de la cocina, que parecía estar perpetua competición consigo misma por encajar tantas cosas como fuera posible en un espacio reducido.

19

TRISTAN

De pie, con un nuevo traje azul de marca francesa, llamé a la puerta de la habitación de Parker.

—¿Cómo lo llevas?

—Puedes pasar. Me vendría bien una mano para abrochar los últimos botones del vestido.

Lo primero que me llamó la atención fueron las brillantes sandalias rojas de tiras que llevaba puestas. Luego alcé la vista hasta el vestido blanco que resaltaba su pequeña cintura.

—Estás… —«Guay» no era una palabra lo bastante descriptiva. Muchas cosas eran guays: las mujeres, la buena ginebra, la sensación que se tiene cuando se echa el primer polvo. Parker era mucho más que todo eso.

Me miró.

—¿Crees que parezco lo bastante nupcial? Mi madre me ha dicho en que todos van a confundirme con una de las invitadas.

—Creo que es el vestido perfecto para ti. Y esas sandalias son… Son el tipo de calzado que hace muy feliz a un marido.

Disfruté mucho al ver que se ruborizaba.

—Bueno, tenía que conseguir algo que hiciera juego con el pintalabios.

—Tu boca también está muy bien.

Puso los ojos en blanco.

—Gracias a Dios que no llegaron a hospitalizarme.

—Llegué a pensarlo, te lo aseguro. En un momento dado, creí que ibas a vomitar un órgano importante.

Se rio.

—Yo también lo pensé.

—El médico merece una mención en los discursos. Sin él, no sé si podríamos casarnos hoy; no estabas en buena forma.

—Estoy de acuerdo. Voy a tardar mucho tiempo en volver a comer *sushi*.

—¿Recuerdas que te dije que había enviado los restos a un laboratorio?

Movió la cabeza como si no pudiera creer que estuviéramos discutiendo el tema de nuevo. Pensaba que había exagerado al creer que lo que había sucedido era algo más que una intoxicación

alimentaria.

—Ya sabes lo que dijo el propio médico: que sería mejor que prohibieran los restaurantes de *sushi* a domicilio.

—Ya te dije que un compañero me debía un favor; tampoco ha sido una molestia. Pero lo que me parece más interesante es que los resultados del laboratorio mostraron rastros de detergente.

—¿Detergente? ¿En polvo o algo así?

Negué con la cabeza.

—No. Impregnaba el pescado. No era una dosis letal, solo lo bastante concentrada como para provocar vómitos y diarrea. Podría haber sido un accidente en la cocina del restaurante, o un descuido de uno de los empleados. Tal vez incluso tú misma dejaste caer jabón en el fregadero cuando lo abriste.

—Es raro que no haya notado nada. Seguramente el sabor quedó enmascarado por la salsa de soja.

—Por supuesto, pero podría haber sido nefasto. Es imposible estar seguro.

—¿Nefasto? —Se rio—. Si alguien quisiera matarme, hay mejores maneras, estoy segura.

No dije lo que pensaba: que tal vez alguien había querido que se pusiera enferma para que no pudiera seguir adelante con la boda. O para tener la oportunidad de cuidar de ella. Era mejor dejarlo. Ya estaba nerviosa; no había necesidad de empeorar las cosas.

—¿Harías algo por mí? Por favor, cambia la cerradura.

—¿La del piso? ¿Por qué?

—Solo para que me quede más tranquilo, Parker. Sé que crees que soy un paranoico, y no pasa nada. Ojalá sea eso. Pero te ruego que cambies la cerradura.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Más vale prevenir que curar. Por favor, ¿me lo prometes? —pedí.

—Vale. Haré que cambien la cerradura. Hoy voy a hacerte muchas promesas. —Me sonrió y luego se puso seria—. ¿Crees que vamos a cometer una locura?

Me adelanté, le di la vuelta y me encargué de abrocharle el vestido.

—Quizá estemos un poco chiflados, sí. —La piel de su espalda era tan suave como la seda de la prenda, y mis dedos se entretuvieron un poco más de lo necesario.

—¿Te estás arrepintiendo?

Abroché el último botón y nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—Si hace seis meses…, joder, hace dos meses, si me hubieras dicho

que iba a casarme en una fecha entre ese momento y del cambio de siglo, te habría dicho que estabas apostando a caballo perdedor. He tenido alguna que otra novia, pero ninguna hizo que quisiera arrodillarme. Ni nada parecido, ¿eh? Pero, si me preguntas si quiero casarme contigo para ayudar a tantas familias como puedas, no se me ocurre nada mejor. Y que seas una novia tan sexy es solo la guinda del pastel.

—¿Soy una novia sexy?

Me encogí de hombros. No había dicho nada que no fuera cierto.

—Una novia sexy a la que le gustan mis labios. Sí, cariño, aprieta los tuyos todo lo que quieras, pero sabes que luego los usaré contigo.

Se giró y me empujó.

—No seas bobo. Estaba alucinando. Te confundí con Val Kilmer en *Batman*. Ese sí es un hombre con buenos labios.

—Ya sabes que a mí me gusta que los caballeros oscuros tengan el tamaño de Christian Bale.

—Sí, pero te gustaría tener los labios de Val Kilmer…

—¿Quieres que te recuerde lo buenos que son mis labios? —Me eché hacia delante y ella levantó la cara para mirarme a los ojos—. Será nuestro último beso de solteros antes de salir ahí…

Negó con la cabeza.

—Solo quieres besarme de nuevo.

Se me dibujó una sonrisa en la comisura de los labios.

—Tal vez sí, Profiterol de Crema.

El sonido de mi teléfono interrumpió el coqueteo.

—Es el coche —expliqué.

—Entonces, será mejor que nos vayamos. —Cogió el bolsito y pasó a toda velocidad por delante de mí, levantándose la falda del vestido para enseñarme sus piernas perfectas. Tuve que luchar contra el impulso de agarrarla de la mano y tirar de ella hacia mí, hundir los dedos en su pelo y comerme todo ese carmín rojo cereza que cubría sus labios. Pero, como siempre, ella iba dos pasos por delante de mí.

Y dentro de menos de una hora, esa mujer iba a ser mi esposa.

20

TRISTAN

Cogí a Parker de la mano cuando llegamos a la parte delantera de la sala decorada con paneles de roble donde nos íbamos a casar.

Mis padres y todos mis amigos —junto con sus parejas— estaban presentes en la boda. No se me escapaba la ironía de que Parker y yo fuéramos a casarnos antes que algunos de mis amigos, cuando todos estaban profundamente enamorados. No era el amor lo que nos impulsaba a Parker y a mí, sino la necesidad. Aunque durante las últimas semanas habíamos pasado de ser casi desconocidos a buenos compañeros de viaje, perfectos compañeros de piso y amigos, en ese momento estábamos a punto de convertirnos en marido y mujer.

Había aceptado el plan de Parker antes de saber demasiado sobre ella, pero estaba a punto de prometer que iba a amarla, honrarla y respetarla. No me parecía tan extraño o incómodo como había esperado cuando lo había sugerido por primera vez. Me gustaba Parker, la respetaba, admiraba su pasión por lo que hacía y el modo en que se esforzaba por conseguir que todo fuera mejor, a pesar de tener un padre tan rico y poderoso como Arthur Frazer. Podía haber pasado el tiempo haciendo donaciones benéficas y revoloteando de fiesta en fiesta, pero no había seguido el camino fácil. Había trabajado mucho para dejar un legado, y se lo había ganado a pulso, igual que su padre. Arthur debía de estar muy orgulloso de ella y, por su mirada, sin duda lo estaba.

El oficiante se aclaró la garganta y el silencio reinó en la sala.

El corazón se me aceleró en la caja torácica e, inesperadamente, me puse un poco nervioso. No porque creyera que no estábamos haciendo lo correcto ni porque pensara que alguien iba a oponerse cuando llegara el momento clave, fue solo que me di cuenta de que, fuera cual fuese la motivación, estaba a punto de casarme.

Estaba a punto de ser el marido de alguien.

Parker iba a ser mi mujer.

El oficiante empezó a hablar y yo miré a Parker, que debió de notarlo porque desvió la vista hacia mí y, al hacerlo, mi ritmo cardíaco se estabilizó. Cuando nos preguntaron si conocíamos alguna razón por la que no debíamos casarnos, los dos respondimos que no.

Habíamos elegido los votos más sencillos y directos; no había que honrar ni obedecer, y nada de *«Hasta que la muerte nos separe»*.

Acepté a Parker como mi esposa.

Me aceptó como su marido.

Firmamos el registro y estuvimos casados en menos tiempo del que habríamos tardado en almorzar.

Me pareció que todo era completamente natural y fluido cuando pasé los pulgares por los pómulos de Parker y la besé.

Me aparté un poco y la miré.

—Tienes unos labios estupendos, esposa —susurré.

Disfruté de su sonrojo al recordar la noche en que me había hecho el cumplido, pero, antes de que pudiera burlarme más de ella, nos rodeó un círculo de apretones de manos, abrazos y felicitaciones. El corazón se me hinchó en el pecho al sentir el amor y los buenos deseos de la gente que nos rodeaba.

No solté la mano de Parker ni un segundo.

Estábamos juntos en eso.

Los siguientes veinte minutos fueron un borrón en el que salimos del registro civil y recorrimos los cinco minutos de trayecto que nos separaban del restaurante donde íbamos a compartir la comida con nuestros allegados.

Tal vez la boda fuera solo una pantomima, pero era maravilloso que tanta gente nos deseara felicidad.

—Tenemos suerte de estar rodeados de tanta gente que nos quiere —le susurré a Parker mientras tomábamos asiento en el comedor privado del restaurante que ella había elegido.

—Sí, es cierto. Y tengo suerte de haberme casado con alguien que lo valora. Gracias.

Le di un beso en la sien.

Arthur tomó asiento al otro lado de Parker en la larga mesa y se agachó hacia los dos.

—Ya eres oficialmente parte de la familia, Tristan. Y no se me ocurre un yerno mejor. —Era el padre de la novia, así que supuse que era apropiado que le dijera algo al hombre que acababa de casarse con su hija. Pero él sabía que nuestro matrimonio era solo de nombre; no tenía por qué ser tan amable conmigo.

—Tengo algo para ti. —Arthur sacó un sobre de color crema del bolsillo interior de la chaqueta—. Tu madre y yo no teníamos ni idea de qué regalarte. Tristan ya tiene casa, y sé que es imposible comprarle algo a mi hija sin que me diga que le habría dado mejor uso a mi haciendo una donación benéfica. Así que decidimos regalaros algo que el dinero no puede comprar: más tiempo juntos.

¿Iba a mandarnos a la cárcel?

Le dio el sobre a Parker.

—Diez días en México. Os vais mañana por la noche.

¿Unas vacaciones? ¿Juntos? ¿Y solos?

La madre de Parker, que estaba sentada al otro lado de su marido, entrelazó las manos con una sonrisa de placer mientras se echaba hacia delante para ver nuestras reacciones.

—Es el hotel más bonito del mundo —aseguró—. Se rumorea que los Obama veranean allí.

—Es muy amable por vuestra parte, de verdad, pero tengo que trabajar —alegó Parker—. Y Tristan también.

—Tonterías —zanjó la madre de Parker—. Los dos necesitáis unas vacaciones. Acabáis de casaros, por el amor de Dios.

—Pero… —Parker empezó a protestar, pero la hice callar apretándole el muslo por debajo de la mesa.

—Ya lo resolveremos —dije.

—¿Quieres irte de luna de miel? ¿Lo dices en serio? He visto lo mucho que trabajas. Y yo tengo mil cosas que hacer en la fundación.

—Lo sé. —Le pasé las manos por la espalda, y tracé unos círculos tranquilizadores sobre la seda de su vestido—. No te preocupes por eso. Puedo hacer mi trabajo en cualquier parte y pueden cubrirte en el trabajo.

Abrió la boca para protestar.

—Parker —dije en tono de advertencia—. No te preocupes por eso ahora. Ya lo solucionaremos más tarde. Vamos a disfrutar del almuerzo con nuestra familia y amigos.

Relajó los hombros, y aparté la mano de su espalda para enlazar los dedos con los suyos.

—Es un día especial para nosotros.

—Eres bobo.

—Y tú preciosa.

—Tú ganas.

21

PARKER

Mi madre había llevado sus ganas de entrometerse en mi vida a un nuevo nivel y me había comprado un guardarropa nuevo para ir a México.

Era lo único que explicaba el tamaño descomunal de la maleta que un botones elegantemente vestido llevó a nuestra habitación. Por supuesto, Tristan insistió en llevar la suya.

—¿Crees que puedes permanecer despierta hasta que lleguemos a la habitación? —preguntó Tristan.

Le di un codazo en las costillas.

—Eres muy gracioso. —Me había pasado las diez horas de avión durmiendo—. Estaba cansada.

Sonrió.

—Creo que estábamos destinados a unirnos al club de la milla de altura, no al de los roncadores. Gran comienzo de la luna de miel, mujer.

—No soy una buena viajera. Creo que la ansiedad me hace dormir más.

—La parte buena es que he adelantado más trabajo del que esperaba —dijo—. Lo que significa que tengo más tiempo libre ahora que estamos aquí.

—¿No estás agotado? —pregunté. Podía haberme dormido en ese mismo momento sobre el suelo si me hubiera tumbado en él.

—Bueno, ya que lo mencionas, es casi medianoche y nos están llevando al que será nuestro dormitorio durante los próximos días. Supongo que allí habrá una cama en alguna parte.

No sé por qué no se me había ocurrido antes, pero de repente me di cuenta de que estábamos a punto de entrar en una habitación —probablemente la *suite* de luna de miel de un hotel—, lo que significaba que íbamos a encontrarnos con una sola cama.

—Tristan —dije—, habrá una cama. Solo una cama.

Nos quedamos quietos y el portero nos hizo pasar a la habitación.

—Bienvenidos a la *suite* de luna de miel. Ahora mismo no pueden contemplar las vistas, pero estamos ante la playa y ante ustedes se extiende el mar.

Sonreí, esperando no parecer preocupada por que uno de los dos no iba a tener una reparadora noche de sueño ese día ni los nueve

siguientes.

—Esta es la sala de estar —nos indicó cuando salimos del pasillo y entramos en una habitación grande y luminosa con una mesa para comer y sillas en un extremo, y una pequeña cocina en el otro. Para mi eterno alivio, también había dos sofás lo bastante grandes como para dormir en ellos—. Al otro lado de las puertas, hay una gran terraza con piscina privada, *spa* y una zona de comedor. También disfrutan de otra terraza en el dormitorio.

—Es un lugar precioso —dije.

—Encantador —añadió Tristan.

—Les hemos dejado una botella de champán —explicó cuando se detuvo ante la barra de la cocina, donde abrió la botella y nos sirvió la segunda copa que bebíamos desde que habíamos cruzado el umbral del hotel.

Brindamos y continuamos el recorrido hacia el dormitorio con las copas en la mano.

—La cama es enorme —confirmó el botones, mirando la altura de Tristan.

—Sí, es una cama grande —afirmé, preguntándome qué esperaba que dijéramos.

—Una cama muy grande —coincidió Tristan, sonriendo.

—En el cuarto de baño cuentan con sauna, bañera de hidromasaje y una ducha de doble cabezal —explicó el hombre—. Van a pasárselo en grande.

Después de que el botones nos enseñara cómo funcionaba el aire acondicionado, nos dijera dónde estaba la caja fuerte y nos diera el número del que iba a ser nuestro mayordomo personal, Tristan le aseguró que no necesitábamos ningún servicio de habitaciones, le dio una propina y cerró la puerta.

—He llegado a pensar que iba a quedarse toda la semana —rio Tristan, mientras se desplomaba en el sofá—. ¿Por qué es cansado viajar cuando no haces nada más que estar sentado?

—¿Porque no has echado una siesta en el avión?

Tristan se rio.

—Nadie puede catalogar casi diez horas de sueño como una siesta. Sea cual sea la razón, estoy agotado.

—Deberías dormir. Quédate el dormitorio. Yo estaré bien en el sofá.

Antes de que pudiera moverme para sacar los artículos de aseo de mi maleta, Tristan me cogió en brazos y traspasó el umbral del dormitorio.

—Esto es lo que la gente hace en la luna de miel, ¿no? El novio lleva a la novia en brazos cuando cruza la puerta.

—Creo que eso ocurrió por última vez en 1947, pero me parece

bien.

Me lanzó a la cama como si tuviera cinco años y jugara a los aviones con mi padre.

—A menos que tengas una buena razón para no hacerlo, podemos compartir la cama. Ni siquiera nos encontraremos si nos quedamos en nuestros respectivos lados.

La idea de pasar diez días en el sofá no era muy atractiva. No hizo falta mucho más para convencerme de la idea.

—Y supongo que ahora estamos casados.

—Más vale que hayas metido en la maleta el pijama de vacas, o no te lo perdonaré —bromeó Tristan mientras abría su maleta.

—¿No te parece una locura? —pregunté, tumbada en la cama, mirando cómo vaciaba la maleta. Me pregunté cuánto tiempo iba a pasar hasta que lo viera cubierto solo por una toalla.

—¿La habitación? Está bien.

Apoyé la cabeza en la mano.

—No, el que estemos de luna de miel. Juntos. Nos conocemos desde hace poco más de un mes.

—No estoy seguro de que «locura» sea el adjetivo adecuado. «Insólito», tal vez. Deberíamos aprovechar estas vacaciones al máximo. Sé que no querías venir, pero aquí estamos. Tenemos una habitación flipante a nuestra disposición. Es un hotel precioso y un país increíble. Vamos a disfrutarlo.

—Supongo que es lo mejor, ya que estamos atrapados aquí durante los diez próximos días. No tenemos escapatoria.

—Sinceramente, Parker, no recuerdo la última vez que me fui de viaje sin ser por negocios. Estoy deseando beber margaritas y tumbarme al sol. Me imagino que me debes una noche cuidando de mí y de mi resaca después de tu experiencia con el *sushi*.

Me tapé los oídos con las manos.

—¡No digas esa palabra!

—¿Qué palabra? —Estaba colocando las perchas y se volvió hacia mí—. *¿Sushi?*

Gemí.

—No, por favor. No puedo ni pensar en ello sin oler a vómito.

—Entonces, no querrás oír hablar del restaurante japonés que hay justo al lado del vestíbulo. Se puede comer *sushi* para desayunar, almorzar y…

Le tiré un cojín y por fin dejó de hablar.

—Te retiraré el pelo de la cara mientras vomitas por tomar un cóctel de más y demasiado sol. Lo haría incluso aunque no lo hubieras hecho por mí, siento que es mi deber de esposa.

Tristan se rio, salió del dormitorio y volvió con mi maleta rodando delante de él.

—¿No vas a abrirla?

—Tal vez lo haga por la mañana —respondí—. No puedo ni moverme. Voy a quedarme dormida ahora mismo.

Negó con la cabeza y puso la maleta sobre la superficie destinada para ello.

—Lo haré yo —dijo.

—No tienes por qué hacerlo —respondí con un bostezo.

—Es mi deber de marido. ¿Te importa?

Eso era lo que pasaba con Tristan. En algunos aspectos, arrasaba con todos los obstáculos y las objeciones, pero, en otros, resultaba muy tranquilizador y respetuoso con mis límites. Si hubiera diseñado un hombre a mi medida, habría sido Tristan.

—En serio, no es necesario.

—Tomaré eso como que no te importa. —Me limité a mirar cómo desenredaba mi desordenado equipaje y acomodaba cada cosa en los cajones y los armarios.

—Eres muy organizado —dije.

—Todo es relativo. Tú eres muy desordenada.

—¿En serio?

—¿Has visto bien tu piso?

—¡Oye! Es pequeño. No hay suficiente espacio para todo.

Cuando terminó, cerró la maleta y la guardó en un armario en el que no había reparado.

—Dime algo… —Se tumbó frente a mí, con aquellas largas piernas estiradas hasta los pies de la cama como si fueran una carretera en el desierto de la que no se podía ver el final. Sus caderas estaban a la altura de las mías, de lado, y se me revolvió el estómago al ver lo cerca que estaba. No tenía sentido. Habíamos pasado diez horas en un avión, sentados cadera con cadera, pero, de alguna manera, los treinta centímetros que nos separaban en ese momento me hacían sentir más cerca de él que nunca.

—¿Qué?

—¿Por qué no buscas un lugar más grande?

Cogí aire.

—No necesito un piso más grande. Vivo sola. —No quería llamar la atención sobre el dinero que poseía mi familia. No era importante. No me representaba.

—Me parece que es por algo más que eso.

Me encogí de hombros y él se movió. Nunca había tenido una excusa para sentarme y mirar a Tristan. Obviamente, lo había visto y había estado cerca de él, pero nunca había tenido la oportunidad de escudriñarlo, de fijarme en lo impecable que era su piel, en los dos lunares que lucía en la mandíbula, en que entrecerraba los ojos cuando se sentía frustrado.

—Ese piso no me define.

—Por supuesto que no. Pero, nos guste o no, las cosas que nos rodean reflejan lo que somos. ¿No te gusta ser la hija de Arthur Frazer?

—Adoro a mi padre —protesté—. Estoy orgullosa de ser su hija.

—¿No tan orgullosa como para aceptar la ayuda de tus padres?

Me tumbé sobre la espalda para dejar de mirar a Tristan. No era bueno para mi ritmo cardíaco.

—No se trata de orgullo. Me mudé a ese lugar porque tiene el tamaño justo para una persona. —Mi piso era pequeño, no había duda. Pero me llegaba—. No necesito un lugar más grande. Un piso grande o un coche de lujo no me parecen importantes. Tienes razón. No me gusta la ostentación.

Tristan no dijo nada, pero había algo en su silencio que me indicaba que no habíamos terminado la conversación.

—El dinero puede ser un imán para el tipo de gente equivocada —alegué, tratando de zanjar el tema.

—¿Qué significa eso?

Me giré para mirarlo. La brecha entre nosotros parecía haberse cerrado un poco. Tenía la mano colocada frente a él, al igual que yo, y las yemas de nuestros dedos estaban a solo unos centímetros de distancia.

—No quiero que haya gente en mi vida que me quiera porque mi padre es rico.

—Seguro que la gente así es fácil de detectar.

Me encogí de hombros. Tal vez para algunas personas. Si echaba la vista atrás, estaba claro que había señales que se me habían pasado por alto.

—No creo que mudarse a un piso un poco más grande suponga una gran diferencia. Un lugar con dos camas significa que tendrías un lugar donde guardar las pasas cubiertas de chocolate.

Sonreí.

—Resulta que mi marido tiene una despensa con mucho espacio de almacenamiento extra.

—Así que aceptar la ayuda de tu marido está bien, pero no lo es aceptar la de tu padre.

Extendió la mano y la punta de su meñique tocó la mía. Un chisporroteo de electricidad pasó de uno a otro.

—Ser la señora de Tristan Dubrow cambia un poco las cosas, sí.

Curvó un lado de la boca en una sonrisa.

—Créeme. Cambia mucho las cosas.

22

TRISTAN

Cuando desperté, fui vagamente consciente del calor de un cuerpo a mi lado. La atraje más hacia mí, y llené mis pulmones con su dulce aroma. ¿Estaba soñando? ¿A quién abrazaba?

¡Oh, sí!, a mi esposa.

Abrí un ojo y me di cuenta de que estábamos acoplados de lado como cucharas en un cajón en medio de la enorme cama. Me reí para mis adentros. Estaba bastante seguro de que aquella era la noche más casta que había visto esa *suite*. Parker se movió entre mis brazos cuando se despertó.

—Buenos días —susurré.

Se quedó paralizada y, cuando intenté acercarla para que se relajara, puso las manos sobre las mías y las abrió para liberarse, se dio la vuelta y se sentó. Se miró de arriba abajo, presumiblemente para ver si seguía vestida.

—¿Es de día?

—El reloj marca las ocho y cuarto y entra luz por las cortinas, así que estoy casi seguro de que sí, es de día.

Me miró como si acabara de decirle que íbamos a emprender la ascensión al Everest.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Estabas pegado a mí —dijo.

—Al parecer, me gusta abrazar a mi mujer mientras duerme. Y dada la forma en que tu culo se pegaba a mi entrepierna, creo que a ti también te gusta. ¿Dónde está el problema?

—Tenemos que conseguir algunas almohadas para poner en el centro de la cama —continuó, poniéndose de pie—. Llamaré al servicio de habitaciones. Esta noche será mejor. —Parecía demasiado nerviosa para mi gusto. Se había despertado entre mis brazos, no desnuda con mi cabeza entre las piernas.

Necesitaba darme una ducha. Preferiblemente fría.

Gemí y me levanté de la cama.

—Voy a ducharme. Hay espacio para dos si te apetece.

Puso los ojos en blanco de una forma que haría sentir orgullosa a cualquier chica de diecisiete años. Me quité la camiseta y me fui al baño.

—Quizá deberías esperar a estar a solas antes de desnudarte —me

dijo.

—¿No puedes soportar mirarme? —pregunté.

Parker había estado estresada antes de la boda; no estaba seguro de lo que le pasaba. A veces me preguntaba si no le gustaba disfrutar de la vida. Pero estaba decidido a pasármelo bien esas vacaciones; íbamos a estar allí diez días y pensaba aprovecharlos al máximo.

Me di una larga ducha caliente, me puse una toalla de alrededor de la cintura y fui a contemplar las vistas. De camino, cogí el folleto de actividades. Parker estaba en la terraza con una cafetera y dos tazas, así que abrí las puertas y salí.

Se giró, cortando el aire espeso y caliente con su lisa melena negra; tenía los ojos cubiertos por unas grandes gafas de sol muy oscuras.

—¿De verdad vas a andar así todas las vacaciones?

Miré la toalla.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. Te he pedido café. —Señaló la cafetera con la cabeza.

—¡Qué buena esposa eres! —Me lanzó una mirada que decía que creía que podía vencerme en una pelea. Me reí para mis adentros, rellené su taza y me serví una para mí.

—¿Qué tenemos en la agenda de hoy? —pregunté—. Parece que estás de un humor volátil. ¿Qué tal un encuentro con tiburones?

—¿Agenda? ¿Vamos a seguir una agenda? —Miró el folleto que había puesto sobre la mesa.

—No es algo formal. Solo me preguntaba qué te apetecía hacer hoy. ¿Tomar cócteles en la playa? ¿Recorrer la costa en barco? ¿O quizá solo quieras contemplarme con una toalla durante el resto del día?

—Ya quisieras que te mirara durante el resto del día. —Habría jurado que capté el destello de una sonrisa en la comisura de su boca —. Tenía pensado quedarme a leer aquí, en la terraza. Disfrutar de las vistas. Tal vez darme un chapuzón en la piscina. Pero si quieres hacer algo un poco más extremo, no te prives.

Tomé un sorbo de café.

—Ni hablar.

—¿No te gusta el café?

—El café está bien. Sin embargo, no lo está que te refugies aquí sola con un libro.

Se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y me miró con intensidad.

—No te pido que te quedes. Ve a luchar contra los tiburones o a cualquier otra actividad aventurera en la que quieras participar. Yo pasaré de los escualos, si no te importa.

—No. No. No. Estamos de luna de miel. Estoy seguro de que

podemos encontrar algo que los dos queramos hacer.

—Si quieres quedarte aquí y leer, ya hemos encontrado una actividad afín. Si no, podemos estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo.

La observé mientras fingía leer. Era obvio que no lo estaba haciendo en realidad, pero le pasaba algo y no sabía qué. La había visto abrumada con anterioridad; la había visto sentirse culpable por mentir a todos sus seres queridos. Pero no la había visto así.

Tomé un sorbo café y contemplé las vistas. No quería dejarla sola durante todo el día. Estaba claro que se sentía infeliz. Quería entenderla. Quería que su vida fuera mejor.

—Cuéntame qué te está pasando.

—Nada —contestó, y se me revolvieron las tripas por la frustración. Por alguna razón, podía mentir a su familia y podía ver cómo ella hacía lo mismo, pero no me gustaba que me mintiera a mí —. Solo quiero leer este libro.

—Pero no estás leyendo. Solo estás mirando la página. Parker, puede que no seamos marido y mujer de verdad, pero ya deberías haberte dado cuenta de que soy un buen amigo. Dime qué te está pasando.

Dejó el libro sobre la mesa y se subió las gafas de sol.

—Si te lo digo, ¿me dejarás en paz?

—No prometo nada —dije con una mueca.

Se rio.

—Al menos eres sincero. —Esbozó una larga y perezosa sonrisa—. Estoy agotada. Pensaba que la boda era el final de todo, ya sabes, del tira y afloja con mi madre y Lauren, de la preocupación por las preguntas que iban a hacerme, de tener que elegir el vestido, las flores, los lugares de celebración. Pensaba que después de casarnos, por fin podría relajarme, pero luego tuve que organizar el trabajo a toda prisa para venir a México y tuvimos que ir corriendo al aeropuerto y…, estoy harta de que todo el mundo me mire. Si bajamos a la piscina o vamos en barca o lo que sea, vamos a ser la pareja de luna de miel de la *suite* de luna de miel y estoy harta de que la gente me mire. Estoy harta de que la gente me hable. Estoy harta de hablar. Solo quiero esconderme y no tener que hablar con otra alma viviente durante el tiempo que esté aquí.

Tenía sentido. Quería hibernar. Sin duda, habría sido más feliz si estuviera en su casa, en su pequeño y desordenado nido, detrás de una puerta cerrada con solo un libro y recibiendo a repartidores de Uber Eats como única compañía. Pero podíamos hacer algo mejor que eso. Después de todo, estábamos en México.

—Bueno, dado que soy tu marido y es tarea mía hacerte feliz, en especial en tu luna de miel, voy a dejar que ocurra. Con una

excepción.

Ella gimió.

—Lo siento —continué—, pero vas a tener que mirarme a la cara. Te prometo que no voy a hablar contigo y que tú no tienes que hablar conmigo. Pero no voy a dejarte sola. No estarás sola nuestra luna de miel. No me parece bien.

—De acuerdo —convino ella—. Vas a quedarte mudo durante todas las vacaciones, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

El silencio había comenzado.

—Tristan, no seas idiota. Puedes hablar. Solo que podría no responder. Al menos durante unos días. Pero no me importa si quieres salir a explorar, hacer deportes acuáticos, emborracharte en el bar, comer *sushi*…, no, tacha eso, no comas *sushi* si quieres compartir la cama conmigo. A estas alturas, cualquier indicio de aliento a *sushi* te garantizaría una vomitona.

Negué con la cabeza y señalé el suelo, indicando que me quedaba allí. No iba a ir a ninguna parte sin ella.

Se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su libro. Entré, me puse unos pantalones cortos y cogí el portátil. Revisé mi correo. Al cabo de una hora, me trasladé a una de las tumbonas situadas justo al lado de la mesa que ocupaba Parker. Unos cuarenta minutos después, Parker se unió a mí en la tumbona contigua. Me pareció una especie de victoria, pero tal vez estaba imaginando demasiadas cosas.

Justo antes de las once, se quitó el vestido blanco que llevaba y dejó al descubierto un bikini rojo que mostraba todas sus curvas. Se puso un sombrero de sol enorme y fue a la piscina. La miré con la boca abierta como el típico cachorro enamorado de los dibujos animados. Lo que mantenía oculto era tan hipnótico como lo que mostraba.

Era preciosa.

Pasamos el resto del día sin intercambiar una palabra. Hacia la una, le pedí al mayordomo asignado que nos preparara un pequeño bufé. Cuando llegó, le serví un plato y lo puse en la mesa junto a la tumbona. El mayordomo preparó algunas bebidas y las dejó en la nevera, así que me aseguré de que los vasos estuvieran llenos.

Justo antes de las tres de la tarde, intentó aplicarse protector solar en la espalda, así que le quité el frasco y le extendí lentamente la loción por la espalda. Me lo agradeció con una sonrisa.

A las siete, mucho después de la puesta de sol, Parker cerró el libro, recogió los vasos y los platos que habíamos usado y los llevó al interior antes de ir al cuarto de baño.

Me di una ducha rápida después de ella y, a las ocho y media, le serví una copa de champán. En mi cabeza, le deseé una feliz luna de

miel. Después de la cena, se puso un pijama de cerditos y se deslizó debajo de las sábanas. Fui al otro lado y me senté frente a ella.

Se acercó y me pasó la palma de la mano por la cara.

—Gracias por lo de hoy. —El corazón me retumbó en el pecho al oír su voz. Era como si no la hubiera oído hablar durante semanas—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Estaba más que contento de que ella fuera feliz, pero no estaba muy seguro de lo que había hecho.

—Significa mucho que me hayas escuchado y me hayas dado la oportunidad de recargar las pilas. Y también me alegra que no me hayas escuchado y no me hayas dejado sola.

Le recorrí el brazo con los dedos.

—No existe nadie a quien prefiera no decir nada. —Era cierto. Había sido el silencio más cómodo de mi vida. Lo más cómodo que había estado con cualquier mujer.

Se sonrojó ante el cumplido.

—¿Tienes sueño? —preguntó.

Deslicé la mano por su espalda y tracé el contorno de su columna vertebral.

—No. ¿Y tú?

Metió una pierna entre las mías y negó con la cabeza.

Bajé los dedos y los pasé por su trasero. Su palma me recorrió el pecho.

Seguimos tocándonos lentamente, acariciando nuestros cuerpos, explorando cada curva y cada plano como si fuéramos dos animales que acabaran de conocerse después de pensar que eran los únicos de su especie. Era una exploración llena de curiosidad, reverencia e intimidad, y ninguno de los dos quería precipitarse.

—¿Qué estamos haciendo? —susurró.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero que me beses —respondió ella.

No iba a tener que pedírmelo dos veces. La puse de espaldas y me coloqué encima de ella, aprisionándola entre mis brazos. Recorrí su mandíbula con los dientes e inspiré hondo para tratar de calmar mi desbocado corazón. ¡Dios, qué bien olía! Sabía a margaritas y a sol, y quería devorarla. Capturé su labio superior entre los míos y saboreé su dulzura; gimió cuando introdujo la lengua en mi boca.

Mi polla cobró vida entre nosotros y moví las caderas, apretándolas contra ella, separados por la ropa. Dios, me encantaba tocarla, era perfecto, como si me hubiera faltado algo y por fin hubiera encajado en su sitio.

Me hundió las uñas en los hombros y gemí ante aquella inesperada sensación. Enganchó las piernas alrededor de mi cintura, colocando mi polla para que quedara encima de su clítoris, y ronroneó contra mi

boca.

¡Joder! No estaba seguro de haber estado esperando ese momento de forma consciente, pero era como si me hubieran soltado la correa y por fin fuera libre.

—Creo que siempre he deseado esto —confesé, echándome hacia atrás para mirarla. Su melena, normalmente lisa, estaba un poco despeinada, y tenía los labios rojos por mi boca y no por un pintalabios.

—¿Querías besarme con lengua y follar con ropa delante de mi familia?

Me reí.

—Si hubiera sabido que sería tan bueno, entonces probablemente sí.

Me levanté un poco, creando espacio entre nuestros cuerpos, y Parker se desabrochó la parte de arriba del pijama. Al ver la piel de su estómago, me bajé para lamerla, chuparla y besarla hasta el cuello.

—Tienes una piel preciosa —comenté.

—Debe de ser por los profiteroles de crema —bromeó, y no pude evitar sonreír como el gato que había tomado esa crema, que había lamido el cuenco y que lo había rellenado de nuevo—. ¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Tú —respondí.

—¿Yo qué?

—Me gustas. Me gusta hablar contigo y me gusta estar callado contigo. Me gusta estar contigo.

Me pasó un dedo por el pecho y fue el toque más seductor de que jamás había sentido.

—Tú también me gustas.

Me moví para quitarle los pantalones del pijama mientras ella se despojaba de la parte de arriba. Contemplé su cuerpo en todo su esplendor.

—Estás muy bien.

—No, tú estás muy bien. —Se sentó y pasó la mano por mi brazo —. Es como si estuvieras hecho de acero recubierto de terciopelo o algo así.

Solté el aire al ver el movimiento de sus pechos mientras sentía sus dedos recorriendo cada montículo y curva de mi cuerpo.

—Me gusta tanto tocarte como pensé cuando te vi por primera vez.

—Y tú sabes tan bien como pensé cuando te vi cubierta de profiteroles de crema.

—Me gusta tu pulgar —explicó; cogió mi mano entre las suyas y se la llevó a la boca para poder lamerme la piel—. Y tus manos. —Giró la palma hacia abajo y me besó los nudillos—. Este vello que te salpica la piel me parece una pista, una promesa de algo más. —Se movió

para sentarse en mi regazo y puso las manos sobre mi pecho—. Es como si protegiera algo precioso que no muchos llegan a ver. O a sentir… O a experimentar…

Los dos bajamos la mirada y vimos mi erección sobresaliendo de los *boxers*, pegada mi estómago. Me recosté en las almohadas y ella tiró de la prenda y me la bajó por las piernas antes de que volviera a colocarse sobre mí, colocando las rodillas a cada lado de mi cintura.

Nos miramos mientras ella se movía más arriba, albergando mi grosor con sus pliegues. Se detuvo y resopló.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó.

Había tantas respuestas adecuadas que no sabía cuál elegir.

¿Hacer lo que nos apetece?

¿Actuar por instinto?

¿Explorar nuestros sentimientos?

En lugar de darle una respuesta de la que no estaba seguro, pasé las manos por su cintura y las cerré sobre sus caderas. No quería que hiciera nada que no quisiera, pero tenía que saber que yo también ansiaba eso.

Empezó a moverse, con cortos movimientos hacia arriba y hacia abajo, y su cuerpo sobre mi polla me hizo sentir unos impulsos eléctricos en los testículos. La sonrisa cómplice que quedaba enmarcada por la elegante melena negra persiguió los latidos de mi corazón por todo mi cuerpo.

Desde que me había tropezado con ella en el vestíbulo del hotel, Parker me había parecido divertida e intrigante, y muy hermosa. Por eso había pujado. Pero ¿cómo no me había fijado más en su cuerpo? Sus pechos eran perfectos y redondos, con unos pezones de color rosa oscuro que sobresalían hacia delante como si estuvieran rogándome que los probara. La curva de su cintura, la de su cuello, su piel suave y cálida. Sus labios, su sonrisa, la forma en que sabía cuándo me miraba. Todo ello elevó mi deseo a la zona roja. Era el tipo de mujer que vivía en la fantasía de cualquier hombre.

¿Cómo había aguantado hasta ese momento? ¿Hasta que estuvo desnuda y encima de mí? Me sentía como un maldito idiota por no haber hecho antes ningún avance.

Se echó hacia delante y arqueó la espalda. La forma en que sus dedos se curvaban contra mi pecho y cómo su culo se ensanchaba me parecieron demasiado. Me senté y capturé su pezón con la boca, luego moví la lengua, se lo chupé y tiré de él.

Clavó las manos en mi pelo y gimió.

—¿Qué estamos haciendo? —volvió a preguntar.

Me retiré, sustituyendo la boca por los dedos mientras alcanzaba su espalda con la otra mano y seguía bajando en busca de su humedad.

—Estamos en celo…, follando…, haciendo el amor… —Nos miramos a los ojos y volví a deslizar la mano hacia sus caderas—. ¿Te parece bien? —pregunté.

—No te detengas. Lo deseo.

La puse de espaldas y la besé, buscando su lengua con la mía, y exploré su boca como si quisiera tragarme sus palabras y guardarlas en un lugar secreto donde quería retenerlas para siempre.

Deslizó una mano entre nuestros cuerpos, rodeó mi polla y subió los dedos hasta la punta para apretarla sobre su clítoris. Levantó la cabeza para mirarme y bajó los párpados.

La adrenalina se apoderó de mí al pensar que podía hacerla sentir tan bien. Me puse de rodillas, cogí la cartera de la mesilla y saqué un condón. Dios, solo tenía tres. No iban a ser suficientes.

Me miró mientras enfundaba mi erección.

—Eres muy guapa —dije.

—Eres muy guapo — susurró.

Me tumbé sobre ella y me hundí en su interior.

—Más… —suspiró— …profundo.

—¿Más? —pregunté. Estaba haciendo todo lo posible para contenerme.

—Te deseo lo más profundamente que pueda…

¡Joder! Todo el autocontrol que me quedaba se disolvió y nos miramos con intensidad mientras la penetraba lentamente hasta el fondo.

—Joder, Parker, creo que me voy a desmayar. Nunca había sentido algo así.

Bajó los dedos por mi espalda, y gemí.

—Siento como si me fuera a explotar cada lugar que me tocas.

Nunca había sentido nada parecido. Sí, estábamos en un lugar precioso, y sí, habíamos tenido un día relajante. Sí, ella tenía el cuerpo perfecto y la sonrisa perfecta, pero no podían ser las únicas razones por las que eso resultaba tan fantástico. No era solo buen sexo, sino también algo más que no podía explicar con palabras.

—Lo sé —dijo ella—. ¿Cómo no lo hemos hecho antes?

Me reí, y me moví dentro de ella.

—No lo sé, pero no voy a perder ni un solo segundo a partir de ahora.

Me pregunté si Amazon Prime haría entregas allí, y si podía pedir una caja de condones de tamaño industrial. Íbamos a necesitarla.

Mientras yo la penetraba con un ritmo constante, Parker siguió explorando mi cuerpo. Sus dedos me recorrieron las clavículas y los pectorales. Subió los pies por mis muslos y mi culo.

Levanté su pierna por encima del hombro y gemí mientras volvía a embestirla desde un ángulo diferente.

—Así… —susurró, y yo apreté los dientes, tratando de reprimir un orgasmo que avanzaba hacia mí como un batallón armado—. Joder, Tristan…

Su expresión era de pánico y deseo a la vez. Me eché hacia delante, posando mi frente sobre la suya, queriendo asegurarle que daba igual lo que sintiera, yo estaba a su lado.

—Tristan —gritó. Comenzó a contraerse alrededor de mi polla, y me clavó las uñas en el pecho—. Estoy…

Seguí hundiéndome dentro de ella, queriendo prolongar su placer, por muy doloroso que fuera para mí. Parker se arqueó conmigo dentro y yo estallé. Empujé, queriendo estar más cerca, más profundamente, queriendo compartir todo con ella.

Todo su cuerpo palpitó debajo del mío. Con la cabeza agachada, le pasé la mano entre las piernas, tratando de calmarla. Al final, se sosegó… Entonces me eché hacia delante y le di un beso en los labios.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Me aparté de ella, me deshice del condón y la atraje hacia mí para entrelazar nuestros cuerpos mientras seguíamos acomodándonos y descubriéndonos mutuamente.

No pude responderle. Lo que acabábamos de compartir no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

—Ha sido sexo de luna de miel —dije.

23

PARKER

Salí del cuarto de baño arrastrando los pies como una anciana de noventa años que hubiera perdido su andador.

—Me has dejado destrozada. —Durante las treinta y seis últimas horas no habíamos hecho otra cosa que practicar sexo, dormir, comer si nos acordábamos, beber vasos de agua y practicar más sexo.

En la cama… En la ducha para dos… En la piscina… En el sofá… De nuevo en la cama…

Tristan se rio.

—Tengo que admitir que estoy agotado. Tenemos nuestro propio circuito.

—Es el mejor circuito del mundo. Aunque mi cuerpo no está de acuerdo ahora mismo.

—¿Quieres salir de la habitación? —preguntó Tristan; levantó la sábana y me envolvió entre sus brazos, uno de mis lugares favoritos.

—Quiero decir que no. Pero, si no lo hacemos, creo que podría sufrir un daño permanente.

—Podríamos salir y sentarnos en la piscina. Así nos veríamos obligados a…

—¿Que tu polla estuviera a cubierto y yo a salvo?

—Al menos por un tiempo.

—Debería ponerme al día con el correo. —Era la primera vez que pensaba en el trabajo desde la boda.

—Creo que eso es lo último que deberías hacer —respondió—. Salgamos de aquí y vayamos a divertirnos. —Lanzó la sábana hacia atrás y lo contemplé mientras se levantaba de la cama y se dirigía al cuarto de baño. Sutton tenía razón, Tristan era como una imagen de un libro de anatomía.

—Me estoy metiendo en la ducha. —Entrecerró los ojos—. Solo. Vas a quedarte ahí hasta que salga. Luego te ducharás. Y luego los dos vamos a salir de esta habitación para ir a buscar algo que hacer que no implique sexo, solo para divertirnos.

Fingí un puchero y miré su perfecto trasero mientras desaparecía en el baño.

Tal vez tuviera razón y fuera el momento de divertirse un poco.

Al cabo de una hora, los dos estábamos vestidos y en el vestíbulo, dispuestos a pasarlo bien de una forma no sexual. Nos mostrábamos

felices y relajados, y me di cuenta de que hacía tiempo que no salía de Londres.

Hacía mucho tiempo que no me iba de vacaciones, que no viajaba para algo que no fuera para conocer a donantes de la fundación.

Tal vez mi padre sabía lo que estaba haciendo cuando nos había regalado el viaje.

—Hoy es demasiado tarde para ir Chichén Itzá —comentó Tristan al volver de la conserjería—. Y no estaba seguro de si el ciclismo de montaña te gustaba tanto como tu postre favorito.

Hice una mueca.

—Ni como mi postre favorito, ni como la mermelada ni siquiera como la crema pastelera.

—¿Crema? —Arqueó las cejas de forma sugerente—. Eso me da una idea. —Le di un codazo en las costillas—. Te pones muy mona cuando estás malhumorada.

—No puedo considerarte mono si me haces ir en bicicleta de montaña.

Negó con la cabeza, me rodeó los hombros con los brazos y me guio bajo el sol de México.

—He planeado algo mucho más divertido. Llevas bañador debajo del vestido, ¿verdad?

Nos acercamos a la orilla del mar y la sedosa arena se deslizó entre los dedos de mis pies. Tristan me llevó hasta el embarcadero que se adentraba en las aguas color turquesa.

—¿Qué te parece? ¿Podrás…? —preguntó cuando llegamos a la orilla del agua.

—¿Si podré qué?

Señaló una barca a pedales que estaba atada a los pilotes de madera.

—Nunca he ido en una. ¿Es divertido?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Vamos a averiguarlo.

Apareció un empleado del hotel y desató la barca de brillante color amarillo.

—Permítame, señorita. —Me ayudó a subir desde el embarcadero —. ¿Sabe a dónde irán? —me preguntó.

—Sí, lo sabemos —respondió Tristan como si fuera un maestro del pedaleo.

—¿A dónde vamos? —quise saber.

—Pensaba explorar la costa y disfrutar del sol. ¿Te parece bien?

Me encogí de hombros.

—Al menos, mi cuerpo tendrá la oportunidad de recuperarse de treinta y seis horas en la cama contigo.

—Ni siquiera tenemos que hablar, si eso te hace sentir mejor.

Me reí.

—Sabes cómo hacer feliz a una chica.

—Cuántos años desperdiciados en investigar un arsenal de técnicas de seducción cuando lo único que necesitaba era cerrar el pico…

Salimos pedaleando del embarcadero. Tristan movió el timón a través de la bahía hasta unas rocas que sobresalían en el agua.

—Este lugar es precioso. —El agua verde, el cielo azul brillante, la arena blanca… me emocionaron—. Estamos programados para que los cachorritos nos parezcan monos, y lo mismo ocurre con este lugar. Es imposible que haya alguien a quien no le parezca maravilloso.

Lo miré, llevaba unas gafas de sol que ocultaban sus ojos azul pálido; su piel bronceada parecía aún más dorada que de costumbre en contraste con el blanco de la camiseta y el resplandor del sol. Parecía pertenecer a ese lugar, a un sitio que nadie podía describir con otros adjetivos que no fueran «hermoso», «relajante» o «irresistible».

—¿Qué estás mirando? —preguntó, con la vista al frente.

—A ti… —respondí—. ¿Crees que se puede practicar sexo en una barca a pedales?

Estábamos a punto de llegar a las rocas y Tristan asintió.

—Se me ha ocurrido un lugar mejor.

Detrás de las rocas había una pequeña cala privada que albergaba una playa de arena blanca.

—¿Sabías que esto estaba aquí? —pregunté mientras se acercaba a la orilla.

—Me lo han dicho en el hotel.

—Espera, ¿esto es…? Dios mío, Tristan, ¿lo has organizado todo? —A un lado de la cala, bajo la sombra de unas palmeras, había una mesa baja cubierta con un mantel rosa y verde.

—Puede que haya mencionado que íbamos a pasar por aquí…

Lo miré y pude ver, por su tímida sonrisa, que le hacía feliz haberme sorprendido.

Cuando nos acercamos a la orilla, Tristan saltó de la barca y la llevó hacia la playa. Un camarero apareció de la nada, corrió a coger la cuerda y la enrolló en una boya que sobresalía del agua. Tristan rodeó la barca, me cogió en brazos y me llevó a tierra firme.

—Es como si fueras mi caballero de brillante armadura. O de bañador. —Apreté los labios contra su mandíbula—. Qué romántico…

Tomamos asiento con vistas al mar; el camarero nos sirvió unas bebidas, destapó las bandejas de comida y llamó a una lancha para que viniera a recogerlo. Nos dejó una radio e instrucciones precisas de cómo usarla si necesitábamos algo.

—Esto es increíble —repetí—. ¿Cómo lo has organizado todo?

—Es muy tranquilo. Y necesito que recuperes fuerzas.

Le rodeé la nuca con los dedos.

—Lo mismo digo —me burlé—. Pero sería una pena no aprovechar un lugar tan apartado. —Metí la mano por debajo de su camiseta y recorrí sus abdominales.

—Eres insaciable —se rio, negando con la cabeza—. Necesito comida y agua antes de estar a tu disposición de nuevo.

—Sabía que no ibas a poder seguirme el ritmo.

Sonrió y sirvió el almuerzo, primero para mí y luego para él.

—Sigo sin poder creerme que hayas organizado todo esto.

—Es nuestra luna de miel. Si no puedo ser romántico aquí, entonces, ¿dónde?

—Sé que la boda fue un medio para un fin y todo eso, pero ¿no te parece raro que cada vez parezca menos…?

—¿Menos como si estuviéramos fingiendo? —preguntó—. Tal vez porque no lo hacemos.

Me agaché y de di un beso en el brazo.

—Si ese es el caso, estoy casi seguro de que podemos ser creativos con el almuerzo.

Me arrodillé, me quité el vestido y la parte superior del bikini.

Tristan me miró de arriba abajo y gimió antes de agarrar el borde de su camiseta y quitársela.

—Oh, no, señor Dubrow… Ha dicho que antes necesitaba comida y agua. Así que tendrá comida y agua. —Me tumbé en la arena y puse una hilera de rodajas de fruta desde mi clavícula, entre mis pechos, sobre mi estómago y hasta el lugar donde empezaba la parte inferior de mi bikini.

—Me siento lo bastante bien como para comer, señora Dubrow. O es Frazer-Dubrow. ¿Se ha decidido ya?

Antes de que pudiera decirle que iba a conservar mi apellido, Tristan se agachó y cogió con la boca un trozo de melón de mi estómago; dejó la lengua en mi piel y me hizo sentir un cosquilleo. Pasó a la siguiente porción y a la siguiente, y luego deslizó la lengua entre mis pechos en busca de un poco de piña.

Apreté las manos al sentir su aliento en mi piel y traté de no arquear la espalda al sentir su lengua. Paseó un trozo de melón frío con los dientes desde el centro de mi pecho hasta rodearme el pezón, jugueteó con él y lo puso enhiesto y erizado.

—Oye, se supone que estás comiendo —lo amonesté.

Tragó el trozo de fruta y empezó a alimentarse en mi pecho; sus dientes sustituyeron el frío y duro melón. Me estremecí, y él jadeó y se sentó de nuevo sobre las rodillas.

—Te dejo toda pegajosa… —dijo—. Así no va a funcionar. —Volvió sobre sus pasos por mi cuerpo, chupando y lamiendo mi piel. No tenía ni idea de si era el zumo de la fruta lo que buscaba o si solo intentaba volverme loca. Se acomodó entre mis piernas y dibujó un

camino hacia abajo, muy abajo, hasta que llegó al borde de la braga del bikini—. Aún no he terminado el festín —dijo, y noté su aliento caliente sobre mi sexo. Bajó la tela y su lengua continuó bajando hasta llegar a mi clítoris. No pude reprimir un gemido. Me había hecho esperar demasiado. Se rio y empezó a lamer y a dar vueltas, y mis caderas se movieron como si trataran de escapar porque el placer era demasiado intenso y no podía soportarlo.

Sus grandes manos fueron a la tela de la braga de mi bikini y me despojaron de ella en un rápido movimiento antes de inmovilizar mis caderas contra la arena.

—No vas a escaparte. —Ladeó la cabeza y me lamió de atrás hacia delante casi con sigilo, como si fuera un reconocimiento para una futura misión.

Casi me corrí en el acto.

Se rio.

—Oh, no, Profiterol de Crema. Tan pronto no.

Intenté inspirar hondo para retrasar mi clímax, pero era como si tuviera piedras en los pulmones e intentara subir una montaña a la carrera.

—Tristan…

—Estoy aquí —me recordó, antes de hundir su lengua en mí.

Grité, y su gruñido de placer resonó entre mis muslos y recorrió mi cuerpo y mis extremidades como una ola. Su lengua subió y bajó con firmeza entre mis pliegues y otra ráfaga de placer desencadenó un tsunami de gozo, seguido de otro y otro, hasta que grité porque no podía aguantar más. Creí que iba a reventar por lo que me hacía sentir. Justo antes de desmayarme, el orgasmo me desgarró como si hubiera reventado una presa y busqué a Tristan; necesitaba que me abrazara.

Cuando volví a flotar desde el clímax, me dio un beso entre las clavículas, otro en el cuello y otro en la frente.

—Eres deliciosa —aseguró; se acomodó en la arena a mi lado y apoyó mi cabeza en su pecho.

No tenía energía para responderle. Notaba las piernas temblorosas y débiles. Mi voz se había perdido en el mar.

Estuvimos así durante lo que me parecieron horas hasta que me di cuenta de que había gaviotas sobre nosotros.

—He recuperado el oído —dije.

—Y estás hablando. Llevaba un rato preocupado.

—Yo también. He pensado que tal vez todo había terminado para mí.

Tristan se rio.

—Deberíamos comer. Hay *tuppers* en la nevera. Y los dos necesitamos beber.

—Supongo —dije, sin ganas de hacer nada—. No estoy segura de poder moverme.

Tristan fue a buscar algo de comida y bebida, y yo me las arreglé para sentarme y mirar la cala en la que estábamos.

—Este lugar es guay. —No estaba segura de si la lujuria había embotado mis sentidos o si el orgasmo los había aguzado, pero la cala parecía más hermosa que antes, el mar más verde, la arena más fina, y las conchas semejaban joyas.

—Lo es —convino Tristan; se sentó delante de mí y puso el almuerzo y las bebidas entre nosotros, encima de un mantel—. Tienes que beber… —Abrió el tapón de rosca de la botella y me la tendió.

—Gracias. Así deberían ser las relaciones: que alguien se centrara en tu bienestar y felicidad tanto como en el suyo…

—Puedo adivinar por tu sonrisa que estás pensando en algo interesante. ¿Qué es?

—¿Mi sonrisa te ha transmitido eso? Siempre estoy pensando en algo interesante.

Me miró como diciéndome *«Ten cuidado o te besaré»,* y le dio un mordisco a su sándwich.

—Estaba pensando en lo contenta que estoy de que pujaras por mí en esa subasta. —Habían sido muchas las coincidencias y los «casi» que nos habían llevado a ese momento exacto. Habría sido más fácil que nunca nos hubiéramos conocido.

Asintió.

—Y pensar que no iba a ir…

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

—Yo qué sé… En la mayoría de los eventos benéficos, me limito a firmar un cheque y enviar mis disculpas. Si Arthur no me lo hubiera pedido en persona, yo… No importa.

—¿Si no hubiera sido porque Arthur te lo pidió, nunca habrías asistido a la gala? Lo entiendo. Eso no me molesta.

—No era eso lo que iba a decir.

Ladeé la cabeza. Quería escuchar lo que tuviera que decir sin censura.

—Pues cuéntame.

Las olas rompieron en la orilla de la cala privada y una nube se ocultó el sol y nos cubrió de sombra por primera vez en el día.

—Si me hubiera molestado en mirar más detenidamente la invitación y hubiera visto que era una gala de apoyo a Sunrise… —Me sostuvo la mirada como si estuviera decidiendo si continuar o no, y luego apartó la vista—. Si hubiera sabido que en esa velada recaudaban fondos para una organización benéfica que ayudaba a

niños con defectos cardíacos congénitos, nunca habría asistido.

Intenté disimular un escalofrío. Sabía que Tristan no era un mal hombre. Sabía que no era tacaño ni insensible, así que ¿por qué el objetivo de Sunrise le habría impedido asistir a la gala?

—Cuando tenía ocho años, mis padres tuvieron otro hijo. Una niña. Se llamaba Isadora. Issy.

No necesitó decir nada más. Su mirada atormentada me dijo todo lo que necesitaba saber. Dejé el sándwich y me acerqué para pasarle un brazo por la cintura. No se movió.

—Murió cuando yo tenía once años, tras años de visitas al hospital, tratamientos, dolor y sufrimiento. —Su hermana había sido el miembro de la familia del que me había hablado en el cuarto de baño en nuestra fiesta de compromiso. Así tenía más sentido que su madre se hubiera emocionado tanto cuando le habíamos pedido a los invitados que contribuyeran donando dinero a Sunrise.

Apoyé la cabeza en su hombro. Quería meterme dentro de él y abrazarlo desde el interior.

—Era preciosa, siempre estaba sonriendo y nunca pronunciaba la R de mi nombre. Siempre era Tis-tan, ¿sabes?

Asentí, conteniendo las lágrimas.

—Tenía unos rizos rubios que siempre estaban enredados, aunque le cepillaras el pelo o acabara de salir de la bañera.

Podía verla como si estuviera delante de mí.

Tomó aire y continuó.

—Su enfermedad nos consumió a todos. Por la noche entraba en su habitación para asegurarme de que seguía respirando, y encontraba a mi madre o a mi padre llorando. Y, entonces, cuando llegó el momento de su muerte, fue como si nuestro mundo se detuviera. Recuerdo que me sentía muy culpable cuando me invadía cualquier emoción que no fuera pena. Mis padres fueron desgraciados durante tanto tiempo que pensaba que así era como debía sentirme. Cualquier alegría que se colara por una grieta de mi corazón roto me parecía deslealtad. Era casi insoportable. Si echo la vista atrás, estaban atravesando la ruptura de su matrimonio. Se separaron al verano siguiente y…

Sus confesiones fueron como cuchillos que se me clavaran en las entrañas. Dolorosas a más no poder, pero solo una fracción de lo que había debido de sentir Tristan. Quería detenerlo, hacer que todo fuera mejor para él, arrancarle esos recuerdos y ahogarlos en el mar azul.

—Lo siento mucho —dije. Había sufrido mucho dolor y estaba enterrado profundamente en su interior. Por fin tenía sentido la emoción contenida de la madre de Tristan en la fiesta de compromiso, el código QR que Tristan había añadido para hacer donaciones y por qué había aceptado casarse conmigo.

—Espero que el dinero de tu fondo fiduciario facilite mucho las cosas —dijo—. Espero que reste presión y mantenga unidas a otras familias.

—Yo también lo espero —respondí—. Perdiste más que una hermana cuando Issy murió.

Asintió, hundió la cabeza en las manos y deslizó los dedos por su pelo.

—Toda mi familia murió con ella. Al menos, la familia que éramos antes de perderla. Nunca hemos vuelto a ser los mismos.

No podía soportar verlo sufrir tanto.

Me subí a su regazo para quedar frente a él, lo rodeé con los brazos y las piernas y lo abracé.

Lo abracé con fuerza.

Él enterró la cara en mi cuello. Su respiración no estaba entrecortada, pero no intentó apartarse. Nos quedamos allí sentados, enredados el uno en el otro, más cerca que nunca.

—No hablo de ello. Nunca. Con nadie. Recordar esa época es demasiado doloroso para mí.

Quería decirle que podía contarme cualquier cosa, que yo era su espacio seguro, pero no era necesario. Él ya lo sabía.

24

TRISTAN

Sonó la alarma del teléfono y estiré la mano hacia el otro lado de la cama, como había hecho todas las mañanas en México. Solo que en esa ocasión mis manos no encontraron a Parker. Abrí los ojos y vi la otra mitad de la cama vacía.

Cuando llegamos a casa la noche anterior y se quedó dormida en el sofá frente al televisor, la llevé en brazos a la cama.

—¿Parker? —la llamé, pero no hubo respuesta.

Me levanté de la cama y salí al pasillo, desde donde vi la puerta de su habitación entreabierta. La empujé y me encontré a Parker profundamente dormida.

¿Qué estaba haciendo ahí?

La levanté en brazos, y abrió los ojos mientras la tumbaba de nuevo en mi cama.

—Estás siempre llevándome de un sitio a otro —dijo, con voz somnolienta.

—Porque, como eres muy pequeña, es lo más fácil y rápido. —Volví a meterme bajo las sábanas y me tumbé junto a ella. Apoyé la cabeza en mi mano—. ¿Por qué has ido a la habitación de invitados?

Se llevó las manos a la cara y gimió.

—No sé. Supongo que no quería que te despertaras deseando que no estuviera junto a ti.

Me tocó gemir a mí.

—¿Por qué piensas eso?

Se apoyó en los codos.

—Si esta fuera mi casa, podría sentirme así si te despertaras en mi cama. Ya sabes que me gusta tener mi espacio.

Me reí.

—Oh, cómo me gustan tus píldoras de realidad, Parker. Pero, para que conste, no quería despertarme en una cama vacía.

—¿Seguro? —preguntó—. Soy muy dormilona. Tanto como las estrellas de mar.

—Me he dado cuenta. Quizá tenga que comprar una cama tan grande como la de México. —El móvil vibró en la mesita de noche—. Es Gabriel —expliqué—. Quiere que nos pongamos al día en la cena. ¿Estás libre esta noche?

—¿Me ha invitado?

—Nos ha invitado.

Parker suspiró.

—Tristan, sabe que no somos pareja de verdad. Te invitará a ti, no a nosotros. —Se sentó bien y me miró a los ojos—. Nos hemos despistado un poco. Tal vez fue el sol o los margaritas. Sea lo que sea, hemos vuelto a la vida real. Y en la vida real, no somos una pareja real.

Estaba empezando a cabrearme. Si intentaba descartar lo que había sucedido entre nosotros como un rollo de verano, iba a cabrearme mucho.

Sabía lo bueno que había sido lo ocurrido en México.

Sabía la intimidad que habíamos compartido.

Sabía que ella también la había sentido.

Le di la vuelta y la puse en mi regazo para que quedara de frente a mí.

—Deja de flipar, Parker.

—No estoy flipando. Estoy siendo práctica.

—No, estás flipando. La situación no va a volver a ser como era antes de ir a México. Aunque quisiéramos, y ninguno de los dos quiere, es imposible. Han pasado demasiadas cosas.

—¿Me estás diciendo lo que quiero y lo que no quiero? —preguntó.

Tenía los dientes apretados, y los latidos de mi corazón retumbaron en mi pecho como cascos de caballos. La deseaba y sabía que ella también me deseaba, pero algo en su interior intentaba sabotear lo nuestro antes de que lo pusiéramos en marcha.

—En realidad sí. Y tengo razón. Pero quiero entender por qué te alejas de mí.

—Todo es muy complicado. ¿Qué quieres hacer? ¿Pedir el divorcio dentro de noventa días y luego empezar a salir? Es demasiado raro.

—Resolveremos lo de los noventa días dentro de noventa días. Hasta entonces, vamos a disfrutar de estar juntos. De despertar juntos. De acostarnos juntos. De comer juntos y de salir con los amigos del otro.

Se colocó el pelo detrás de la oreja.

—No se me dan bien los novios —dijo, y me miró con timidez.

Quería decirle que yo era el presidente del Club de las malas relaciones, pero algo me decía que quería contarme algo más.

—Te comenté que estuve comprometida hace tiempo.

Contuve la respiración. Quería saber más sobre el tema, pero no había querido preguntarle.

—No duró mucho. —Soltó una risa amarga. Era un tono que nunca le había oído—. Justo en el momento en que descubrió que no tenía acceso al dinero, me dejó.

—¿Qué pasó?

No necesitaba saberlo. Podía adivinar el resto y me daban ganas de darle un puñetazo a ese tipo. Menudo gilipollas. No podía ganar su propio dinero, así que quería vivir de los demás.

—Tardó en darse cuenta de que no tenía dinero propio, y yo tardé más en descubrir cómo era. —Suspiró y volvió a acomodarse el pelo detrás de la oreja, aunque ya lo tenía allí—. Entonces vivía en un piso más grande. En Mayfair. Me movía en un círculo diferente. Supongo que él pensaba que yo era rica; después de todo, soy la hija de Arthur Frazer, ¿no? Pero no soy rica. Mi padre me daba dinero si se lo pedía, pero no lo hacía muy a menudo. Vivía al día, de lo que ganaba. Mi cuenta bancaria no estaba en números rojos, pero tampoco era demasiado abultada. Si echo la vista atrás, soy consciente de que se decepcionaba cuando le hacía regalos hechos a mano en Navidad o en su cumpleaños. Me hacía insinuaciones sobre relojes o artículos tecnológicos caros. Como nada de eso significa nada para mí …, no capté las señales, sin más. Y un día me pidió directamente una cámara de fotos y me dijo qué modelo quería. Me reí y le dije que no podía pagarla. Costaba unas cinco mil libras. Habría sido calderilla si tuviera el dinero que él creía que tenía.

Me miró.

—Cinco mil libras es mucho dinero para un regalo de Navidad, independientemente de lo rico que seas. —Quería comprarle a Parker una bañera llena de diamantes y aun así no me parecía suficiente, pero todo era relativo.

—Claro —respondió ella—. Y, además, no lo tenía.

—Tu padre no me parece el tipo de hombre que te dejaría sin nada —dije.

—Por supuesto que no. Es más que generoso, pero nunca esperé que complementara mis ingresos. Me compró una casa. Salí de la universidad sin deudas. Tampoco es que no recibiera ayuda, pero no me daba una asignación porque ya era una adulta. Él me ofrecía dinero de vez en cuando, y me hablaba de crear un fondo fiduciario, pero a mí no me interesaba. Siempre le dije que acudiría a él si necesitaba algo, pero me sentía cómoda con lo que tenía. Y me conoce lo bastante bien como para entender que labrar mi propio camino me parecía… importante, de alguna manera. De todos modos, Mike se enfadó mucho conmigo cuando le dije que no le compraría la cámara. Intenté hablar con él y le propuse algo más barato, pero se enfadó aún más. Me dijo que debía hablar con mi padre y que estaba siendo egoísta.

Tuve que reprimirme para no preguntar el apellido de ese hombre y causarle serios problemas a través de internet. Podía vaciar su cuenta bancaria en diez minutos. Y si me diese un día más, podía

conseguir que le cancelaran el pasaporte. O regalarle unos coloridos antecedentes penales por su cumpleaños; eso sí que era algo que no tenía precio.

—Entonces, ¿lo dejaste?

Bajó la cabeza.

—No. Le compré la cámara.

Me dio un vuelco el corazón.

—La financié con mi tarjeta de crédito. Ahora me doy cuenta de lo idiota que fui, pero en aquel momento solo quería hacerlo feliz. Antes de ese detalle todo me había parecido perfecto. Solo quería volver a disfrutar de eso. Pensé que, si le regalaba la cámara, lo lograría. Unos meses más tarde, me propuso un viaje. Aseguró que nos ayudaría a relajarnos antes de que empezaran los preparativos de la boda. No habíamos elegido todavía un lugar de celebración ni nada, en parte porque queríamos opciones muy diferentes. Él quería una boda en las Maldivas, donde viajarían todos los invitados, que se alojarían en un complejo turístico. Yo quería algo más… íntimo.

—Algo más tú —apostillé.

Se encogió de hombros.

—En fin, para el viaje previo a la boda, él quería ir a Dubái. Había previsto un alojamiento de lujo y un avión privado para llegar allí. Pero yo tenía trabajo y andábamos cortos de personal, y le dije que no podía ir. Así que me soltó que podía hacer un viaje de hombres. No me entusiasmó la idea porque se suponía que era un viaje para los dos antes de la boda, pero lo acepté. Y entonces me pidió la tarjeta de crédito. —Soltó una carcajada—. Menudo idiota…

—¿Se la diste?

Negó con la cabeza.

—No. Estaba pagando la cámara y se lo dije. Entonces me dijo que fuera a pedirle el dinero a mi padre. Me negué. Y luego, durante las siguientes semanas, empezó a preguntarme si tenía o no un fondo fiduciario y si era la beneficiaria del testamento de mi padre. Al final, le dije que mi padre se lo iba a dejar todo a la beneficencia y que no creía en la transmisión de la riqueza de una generación a otra.

—¿Y qué dijo Mike al respecto?

—Ni siquiera disimuló. Solo me miró a los ojos y me dijo que quería que le devolviera el anillo de compromiso.

Le acaricié el rostro con un mano, tratando de borrar la expresión de tristeza.

—Me había mentido y me había manipulado. Había caído presa de su encanto y de sus cumplidos y… —Negó con la cabeza—. Fui tonta.

—No —la corregí—. El tonto fue él.

—Al parecer, ahora está en Mónaco. Sin duda, tratando de conseguir una esposa rica.

—Algo me dice que no te recuperaste con facilidad. —Era evidente, dado que la había encontrado durmiendo en la habitación de invitados por la mañana.

—La primera cita que tuve desde que pasó todo fue contigo.

Fruncí el ceño, pero ella respondió a mi pregunta antes de que la formulara.

—Fue hace seis años.

Las cosas empezaron a encajar. Arthur se sentía feliz de que la llevara a cenar. Nos había regalado la luna de miel. Quería que su hija volviera a confiar en alguien.

Me senté y la coloqué en mi regazo.

—Él es el culpable de todo esto.

—Lo sé. Pero ya no sé si le gusto a alguien por lo que soy o por lo que cree que puedo darle.

Suspiré.

—Todo el mundo quiere algo.

—Exactamente. Es imposible saber en quién confiar.

—No es eso lo que quería decir. Más bien que cualquier persona tendrá sus expectativas… Tal vez sea la lealtad. O un poco de compasión. Tal vez protección. Amistad. Un hombro en el que llorar. Un buen momento. Sexo. Estatus. Dinero. Sea lo que sea, damos y tomamos. Esa es la naturaleza humana. Es más, él pretendía ser diferente de lo que era. Y en el fondo, sus valores, lo que quería de ti, no se alineaban con los tuyos. Y viceversa. No podía ofrecerte lo que necesitabas.

Me rodeó la cintura con un brazo y apoyó la mejilla en mi pecho.

—Nunca lo había considerado así.

Permanecimos en un cómodo silencio durante lo que parecieron horas.

—Me gusta hablar contigo —confesó finalmente—. Se supone que alguien con unos abdominales así —me pinchó con un dedo en el estómago—, no debería ser tan sabio y reflexivo. Está estrictamente prohibido.

—Puedes confiar en mí —dije—. Puedes llorar en mi hombro cuando lo necesites. Te prometo sinceridad. Y amistad. Y…

—¿Buen sexo? —Se rio, y mis músculos se relajaron.

—No soy como Mike —dije.

Inspiró hondo.

—No sé cómo manejar esto.

—¿Qué tal si vamos paso a paso? —sugerí.

—¿Crees que va a ser fácil?

—Creo que todos los días son fáciles contigo. Mucho más fáciles que un día sin ti.

Se encogió de hombros.

—Así que solo… —Hizo una mueca—, ¿nos dejamos llevar por la corriente?

Me reí y le di un beso en los labios.

—Prueba. Puede que lo disfrutes.

Posó las manos en mis hombros.

—¿Significa eso que puedo tocarte así durante los noventa próximos días?

—Es más, te aliento encarecidamente a que lo hagas.

Me cogió la mano y me deslizó los dedos entre sus piernas.

—¿Significa que puedes tocarme así durante los noventa próximos días?

Le pasé el pulgar por el clítoris y hundí dos dedos en ella, a lo que me respondió con un movimiento de caderas.

—¡Oh, sin duda! Habrá mucho de esto. —Le agarré un pezón entre el pulgar y el índice, y empecé a apretar, a girar y tirar—. Y habrá algo de esto. —Me moví y la empujé hacia atrás en la cama, el ángulo que me daba mejor acceso para introducir los dedos más profundamente—. Y más de esto.

Me tendí entre sus muslos y sustituí el pulgar por mi lengua. Lamí, chupé y succioné.

—Y no olvides esto… —Cuando terminé con ella, no abandonó mi cama.

—Oh, Dios, no es suficiente… —gimió. No era exactamente la frase que me gustaba escuchar en esas circunstancias. Me apoyé sobre las manos para verle la cara—. Te necesito dentro de mí. —Eso estaba mejor—. Quiero estar llena de ti. —Eso era mucho mejor.

No pude evitar sonreír. Me gustaba cuando se mostraba necesitada y suplicante. Era diferente de la mujer capaz e independiente que tenía a mi lado cualquier otro momento del día. Ver ambas facetas de Parker, y saber que era el único que lo hacía, me resultaba embriagador.

Me arrodillé, me cubrí la erección con un preservativo y, sin previo aviso, me hundí dentro de ella, tratando de no estallar cuando se arqueó sobre la cama.

—¿Así?

—¡Oh, Dios! No puedo respirar —jadeó—. En serio, es literal, no puedo respirar. Es tan bueno sentirte…

—¿Te gusta que te penetre hasta el fondo, que te llene así? —Aceleré el ritmo, intentando ignorar cómo se agarraba a las sábanas, cómo se llevaba las manos al pelo y se mordía el labio inferior. Como si estuviera poseída… por mí.

—Siempre… —resopló—. Me gusta siempre.

Le subí las rodillas al pecho para poder profundizar más, y gritó. Las vibraciones casi me hicieron estallar los testículos, y me vi

obligado a detenerme un segundo para recuperar el control. Todo lo que hacía esa mujer me excitaba… Cada una de sus sonrisas… Cada mirada que me lanzaba por encima del hombro… Todos los tonos con los que se pintaba los labios… Sus gritos… Todo, absolutamente todo, me hacía desearla más a menudo y durante más tiempo. Me volvía insaciable.

Aumenté el ritmo, penetrándola una y otra vez. Saber que era tan vulnerable conmigo, que me estaba dando permiso para hacer lo que quisiera con ella, cuando yo solo quería hacerla sentir bien, era mi droga.

Y yo era la suya.

Estar juntos era lo que nos colocaba.

Lo que nuestros cuerpos podían hacer juntos.

Bajé la vista al lugar donde estábamos conectados: su coño ardiente y húmedo, y mi visión se nubló. Era hermosa… Su corazón, cada curva de su cuerpo. Nunca había conocido a una mujer pudiera ser tan convincente, que pudiera hacer que me deshiciera de esa manera. Quería poseerla por entero.

Levantó la mano para tocar las gotas de sudor que se acumulaban las puntas de mi pelo. Quería poseerme también. Podía sentirlo. Lo veía en sus ojos.

—Parker… —dije; quería que supiera que me daba cuenta de cómo se sentía, que no iba a dejar de follar con ella ni aunque un huracán arrasara el edificio. Como si no hubiera habido nada parecido a ese sentimiento en toda mi vida y supiera que nunca iba a haberlo. Como si nada pudiera separarnos.

—Tristan —gritó, con la voz llena de preocupación.

Había sido demasiado brusco. Joder, era como si intentara clavarla a la cama. Pero cuando me hundió las uñas en el hombro y se mordió el labio, me di cuenta de que, lejos de haberme excedido, la había llevado justo al borde del orgasmo.

Tembló de la cabeza a los pies, y ya no pude parar. Por instinto, supe que quería que siguiéramos follando, cada vez más profundamente. Abrió la boca para lanzar un grito silencioso, arqueó la espalda y se estremeció de arriba abajo.

Me sosegué, aunque la sangre en mis venas bailaba de impaciencia.

—Necesito más —gimió.

Joder. Lo sabía. Ella quería lo mismo que yo. Lo que yo necesitaba. Estábamos unidos. Alineados. Éramos perfectos el uno para el otro.

Volví a penetrarla, rápida y profundamente, como si estuviera buscando su alma.

Empezó a agitarse de nuevo, su cuerpo se contrajo alrededor de mi erección. *¿Tan pronto?*

—¡Más! ¡No pares! —gritó.

Me aferré a sus hombros y seguí follando con ella hasta que me quedé sin oxígeno. Un destello de luz blanca atravesó la habitación como un rayo, emití un rugido gutural y el dolor me mordió los músculos. Algo que había estado enterrado en lo más profundo de mi ser, que había estado dormido durante toda mi vida, se había despertado. El orgasmo cobró vida, retumbó desde mis entrañas y recorrió todo mi cuerpo. Nunca había sentido nada parecido.

Parker empezó a temblar de nuevo y me desplomé sobre ella; necesitaba estar más cerca, quería protegerla y compartir con ella todo lo que estaba sintiendo.

Suspiró y yo me moví a su lado, preocupado de repente por si la había aplastado.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Creo que sí.

Le pasé la mano por todo el cuerpo. Nos quedamos así hasta que pude reunir fuerzas para moverme. Cogí la botella de agua que había junto a la cama, le quité el tapón y se la tendí.

—No puedo… —susurró.

Dejé el agua, me giré en la cama y la levanté para que se apoyara en mi pecho. Le llevé la botella a los labios. Tomó un sorbo. Y otro.

—Eres increíble —dije. Era la mujer más extraordinaria que había conocido. No solo era deliciosa y sexy, sino también mucho más. Era perspicaz… Era fuerte, dulce y vulnerable. Era amable, inteligente y reflexiva. Me hacía querer ser también todas esas cosas. Quería ser lo bastante bueno para ella. Se merecía un hombre que se esforzara por ser su igual. Un hombre que cuidara de ella.

—Casi puedo oír tus pensamientos —dijo después de unos minutos —. ¿Un céntimo por ellos?

—Tenemos que ducharnos —respondí.

Negó con la cabeza.

—No soy capaz…

La saqué de la cama y la llevé al cuarto de baño, luego la senté en el banco empotrado de la ducha.

Parecía agotada. Como si la hubiera exprimido y no le quedara nada que dar. Cuando el agua salió caliente, me alejé un poco, cogí el champú y me enjaboné el pelo. Me lavé a mí y luego a ella. Iba a envolverla en una toalla, a secarla y a vestirla para que no tuviera que mover un dedo. Me enjuagué el champú y me dispuse a enjabonarme todo el cuerpo, masajeándome los músculos sobrecargados a medida que bajaba. Cuando llegué a la base del estómago, la miré y la encontré contemplándome. Había un indicio de algo en sus ojos que me hizo detenerme.

Conocía esa expresión…

Era tan insaciable como yo.

A pesar del sonido del agua al caer, podía oír su fuerte respiración. Le gustaba mirar. Quería saber qué iba a ocurrir a continuación. No aparté la mirada de ella mientras bajaba la mano por mi vientre y me rodeaba la base de la polla. Se le dilataron las pupilas, y sacó la lengua para lamerse los labios. Joder, era muy sexy… Lentamente, empecé a mover el puño hacia arriba y abajo alrededor de mi longitud, masajeando el jabón a lo largo de mi endurecida erección.

Siguió mirando cómo me acariciaba hacia arriba y hacia abajo, cómo trazaba un movimiento circular al llegar al glande y cómo cambiaba el ángulo a medida que me ponía más duro.

Deslizó una mano por su cuerpo hasta llegar entre sus piernas, gemí y apreté el puño. No tenía suficiente. Introdujo los dedos entre sus pliegues y separó las rodillas.

Me acerqué más a ella. No quería perderme nada.

Mi piel se erizó bajo el agua que seguía cayendo. Supe que podía dejar de tocarme y que iba a correrme igual que un tren de mercancías al ver cómo estallaba, pero no iba a ser tan bueno. Sin duda, no tanto como estar enterrado en ella.

Me solté y su mirada se clavó en la mía.

—Por favor… —gimió al adivinar lo que estaba pensando.

La puse de pie, la hice girar, la ayudé a arrodillarse en el banco y le apoyé las palmas de las manos en el mármol de la pared de la ducha.

Estaba tan excitado que incluso el chorro de la ducha sobre mi pene me hizo apretar la mandíbula y sisear entre dientes. Necesitaba follar. Necesitaba follar con ella. Un instinto visceral se apoderó de mí. Apoyé la frente sobre su espalda y me hundí en ella.

¡Oh, qué alivio!

Habían pasado solo unos minutos desde la última vez que había estado dentro de ella, pero me pareció que toda una vida de deseos se arremolinaba en ese momento. Puse las manos sobre las suyas y enterré la cara en su cuello. Quería acercarme lo máximo posible a ella, que nuestros cuerpos se fundieran como si fuéramos una sola persona. Empecé a moverme despacio, queriendo tomarme mi tiempo para que esos momentos duraran para siempre. Nunca habría imaginado que podía estar tan encandilado con otra persona. Tan condenadamente necesitado de tener más de ella, tan desesperado por darle todo lo que tenía. Era abrumador.

Le rodeé la cintura con los brazos y la acerqué aún más.

Nuestros movimientos eran lentos y pesados, ya que los dos parecíamos igual de contentos con estirar esos minutos hasta convertirlos en horas.

—Siempre es igual de bueno contigo —susurró.

—Me haces sentir muy bien —murmuré.

Movió las caderas cómo si tratara de llevarme más adentro, cómo si tratara de acercarse más. Fue como si la lluvia se hubiera transformado de repente en una tormenta. El orgasmo cobraba vida como un trueno lejano.

—Parker —gemí.

Se apartó de mí y se giró para mirarme. Me encerró la cara entre las manos y me guio hacia abajo para besarme, empujando la lengua entre mis labios para que se unieran de una forma que decía que estaba medio borracha de lujuria.

Conocía esa sensación.

Coloqué una mano detrás de sus muslos y la levanté; le apoyé la espalda contra la pared antes de embestirla con rapidez. Gritó como si fuera la primera vez que me sentía en su interior.

No sabía qué tenía esa mujer, pero siempre sabía exactamente cómo despertar mi lujuria y mi deseo.

Con las manos debajo de ella, busqué sus pliegues con los dedos y ella jadeó. Se aferró a mis hombros y se apoyó en la pared como si intentara distanciarse, como si pensara que no iba a poder soportar la avalancha de sensaciones.

Pero iba a hacerlo.

—¡Tristan! —gritó.

—Es increíble, ¿no?

Se estremeció y se retorció ante de mí, empalada en mi polla. Yo le estaba haciendo sentir eso. Estaba haciendo que esa maravillosa mujer sintiera que el sol salía solo para ella y eso me parecía condenadamente increíble.

Las oleadas de su clímax me llevaron al límite y, a pesar de que así iba a negarme el orgasmo del puto siglo, me retiré justo antes de correrme.

Me abrazó el pecho y yo le rodeé el cuello con los brazos, y nos estrechamos, dejando que el agua nos cubriera mientras nos recuperábamos.

Aunque no estaba seguro de querer recuperarme de Parker Frazer.

25

PARKER

Era como si tuviera mil pequeños moratones por todo el cuerpo. Tampoco se trataba de que Tristan no fuera cuidadoso conmigo, lo era, pero no había disfrutado nunca de tanto sexo en mi vida. No podía acercarme a él sin querer pasar la mano por su piel, y tocarlo llevaba a más caricias, lo que nos llevaba a desnudarnos, lo que me llevaba a sentirme como si me hubieran atropellado.

—Estás preciosa. —Tristan me apretó la mano cuando llegamos ante la puerta de Gabriel y Autumn—. No tienes por qué estar nerviosa.

—Estas personas te conocen desde siempre y te quieren. Sé que me los has presentado antes, pero eso era diferente. No éramos… Antes no me importaba. Ahora quiero caerles bien.

—Les caerás bien porque a mí me gustas mucho.

Me quejé.

—¡Eso es algo terrible! Quiero gustarles porque soy simpática, no solo porque…

—Lo siento. No quería decir eso. —Me giró hacia él y encerró mi cara entre sus manos, y mi ansiedad desapareció. Estaba a salvo, no tenía ninguna preocupación en el mundo—. Les vas a gustar porque eres amable y divertida, y una gran oyente, y por todas las razones por las que me gustas a mí. No solo porque eres mi esposa. Eso es lo que quería decir.

—Bueno, si lo pones así, vale. —Le sonreí como si hubiera dicho exactamente lo que necesitaba oír. Porque lo había dicho—. ¿Saben que somos… lo que sea que seamos?

Lo entendió sin que yo tuviera que explicarle lo que quería decir.

—Me imagino que sí. Saben la mayoría de las cosas antes de que me dé cuenta.

Me reí.

—Es la mejor clase de amigos.

—Vas a tener que dejar de usar pintalabios para que pueda besarte sin que parezca que voy de travesti.

Negué con la cabeza.

—Ni hablar.

Autumn abrió la puerta de golpe, miró a Tristan y luego a mí, después estudió nuestras manos unidas, y lanzó un chillido.

—¡Lo sabía! —Nos abrazó a los dos, nos soltó y entró corriendo en la casa—. ¡Gabriel! ¡Hollie! —llamó por encima del hombro—. Os dije que pasaría en México. Han llegado cogidos de la mano.

—¿Sabe que podemos oírla hablar de nosotros? —pregunté.

—Lo bueno de Autumn es que todo lo que piensa le sale por la boca. Y lo malo de Autumn es que todo lo que piensa le sale por la boca.

Atravesamos el salón, donde Gabriel, Dexter, Hollie y Autumn nos miraban con intensidad.

—Estoy muy emocionada por vosotros —aseguró Autumn—. Hacéis muy buena pareja.

—Autumn —gruñó Gabriel—, deja a Tristan y a Parker en paz. Si quieren hablar de ello, lo harán.

Autumn nos miró esperanzada.

—¿Queréis hablar de ello? Por favor, Dios, decidme que queréis hablar de ello.

—Tengo hambre —dijo Tristan; se sentó y tiró de mí para que ocupara un hueco en el sofá junto a él—. Ah…, y Parker y yo somos ahora una pareja de verdad. Vamos a ir paso a paso.

Fue breve y directo. Tenía la esperanza de que su explicación satisficiera a todos y pudiéramos centrarnos en pasar una velada agradable.

Hollie se incorporó y aspiró una bocanada de aire; era evidente que trataba de decidir si tenía o no algo que decir. Me dio un vuelco el corazón cuando empezó a hablar.

—Pero no hay ninguna razón por la que tengáis que divorciaros en noventa días, ¿verdad? —preguntó—. Si sois pareja y sois felices, ¿por qué ibais a divorciaros?

—Exactamente —intervino Autumn, sentándose junto a su hermana—. Solo tendrías que ir a casaros otra vez.

—Lo cual podría ser divertido. —Hollie y Autumn intercambiaron una mirada maliciosa.

No necesitaban que nadie más participara en su conversación.

—Si no tenéis cuidado, acabarán deportándoos —advirtió Tristan.

Gabriel se levantó.

—Sí, deberíais tener cuidado las dos, porque, si alguien puede hacerlo, es Tristan. Os pondrá en la lista de las delincuentes más buscadas de la Interpol y acabaréis en una cárcel de máxima seguridad cumpliendo cadena perpetua.

—¿Los condenados a cadena perpetua disponen de visitas conyugales? —preguntó Autumn, pellizcando el trasero de Gabriel cuando pasó por delante de ella—. ¿He mencionado ya que he hecho un pudín de caramelo y está diciendo *cómeme*?

Apenas podía seguirles el ritmo. Habíamos hablado de nuestra

relación, de las normas de la cárcel y de cocina en dos minutos.

Gabriel volvió a entrar en el salón, llevando una bandeja con copas de champán.

—He pensado que podemos brindar por la feliz pareja —dijo, dejando la bandeja en la mesa de centro.

¿La feliz pareja? Bueno, éramos dos y éramos felices. Cogí una copa y la hice chocar con las de los demás.

—¿Cómo va esa mesa, Gabriel? —preguntó Tristan.

—Si quieres, te la enseño —dijo.

Tristan deslizó la mano alrededor de mi cintura.

—Voy a echar un vistazo a algo en el taller de Gabriel. ¿Quieres venir?

—Estoy bien aquí —repuse, aunque no estaba muy segura de que eso fuera cierto. Me dio un beso en la sien y se puso de pie.

—Tienes que contárnoslo todo sobre México —empezó Hollie cuando la puerta se cerró detrás de Gabriel y Tristan—. Siempre he querido ir.

—Es un sitio precioso —dije—. Y las playas son increíbles.

—Tristan se muestra muy atento contigo —dijo Autumn. Sus ojos brillaban de excitación, y daba saltitos en el asiento mientras hablaba —. ¿No es adorable? Sabía que iba a caer rendido cuando por fin encontrara a alguien digno de él. Es un hombre bueno, inteligente y perspicaz. Estaba claro que lo de ser un ligón era solo un papel hasta que encontrara a alguien que le importara de verdad.

—¿Un ligón? —pregunté.

—No se refiere a que fuera un gilipollas, ¿verdad? —intervino Hollie.

—Lo siento, no. Tristan siempre ha sido muy mujeriego. Creo que era casi una adicción o una especie de juego para él. Le gusta la atención femenina y se le da muy bien conseguir que las mujeres lo adulen.

¿Adularlo? ¿Era eso lo que pensaban que estaba haciendo? Cogí aire. No estaba segura de por qué estaba manteniendo esa conversación, pero no iba bien. Tristan y yo no nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, pero tenía la sensación de saber quién era. No quería que dos desconocidas casi perfectas me dijeran algo sobre mi marido que no supiera. Tenía que confiar en que el hombre que veía era el hombre que era. Ya había conocido suficientes tíos que fingían ser personas que no eran.

—Autumn, estás haciendo que parezca un imbécil. Y no lo es. Solo le gustaba coquetear y nunca nos había parecido especialmente decidido a ser hombre de una sola mujer…

Me puse en pie de repente, demasiado incómoda para permanecer sentada.

—Creo que me gustaría ir a ver el taller de Gabriel después de todo.

—¡Oh, Dios! —dijo Autumn, y se precipitó hacia la puerta—. ¡Tristan! Vuelve aquí. He molestado a Parker.

Intenté inspirar hondo. Estaba segura de que Autumn y Hollie intentaban ser amables al señalar que mi relación con Tristan era diferente a cualquier otra que hubiera tenido antes, pero caracterizarlo como un ligón compulsivo no era la manera de hacerlo.

Tristan apareció en la puerta.

—He estado fuera solo dos minutos… ¿Qué habéis hecho?

—He dicho que eras un ligón —dijo Autumn—. Intentaba señalar que eres diferente con Parker, pero no he conseguido mi propósito.

—Un momento… —intervine. Solo quería que dejaran de hablar todos.

—Intentaba decir lo guay que es verte reformado —alegó Hollie.

—¡Malditas seáis las dos! ¡Malditas americanas! Quiero hablar con Parker, en privado.

—No —dije—. Estoy bien. —No quería que aquello se convirtiera en un drama.

—Lo siento mucho. —Sonó una alarma en la cocina, y Autumn pasó corriendo junto a nosotros—. Mierda, es el pollo. Gabriel —gritó —, ¡tu cena se está quemando!

—¿Son demasiado para ti? —preguntó—. Stella no es así. Es menos… bulliciosa. Deberíamos haber ido a cenar a casa de Beck.

—Están en Barbados —dijo Gabriel, saliendo del taller—. Estáis atrapados con nosotros. Venid a comer un poco de pollo quemado y podemos analizar lo que sea que haya dicho Autumn. —Me dejé guiar hasta el comedor a pesar de que tenía unas metafóricas zapatillas de correr puestas en los pies.

Tristan se sentó en el brillante banco de roble y yo me deslicé a su lado. Sentía que estábamos a punto de embarcarnos en una terapia de grupo, pero yo solo quería olvidarme de todo. Autumn y Gabriel llevaron los platos a la mesa, los repartieron, y todo el mundo empezó a servirse.

—Vale —soltó Tristan—. Dime, ¿qué dijiste exactamente, Autumn? Vamos a solucionar esto.

Autumn y Hollie se pisaban la una a la otra, intentando transmitir lo que me habían dicho en el salón.

—Quería ser un cumplido —aseguró Autumn.

Tristan negó con la cabeza.

—Soy un tipo bastante relajado. No me importa que os metáis conmigo. Puedo aguantar vuestros chistes y vuestras bromas.

—Sí —dijo Hollie—. Eres encantador.

Tristan la ignoró y continuó.

—Pero hay algunas cosas en las que no soy tan calmado. No lo soy con el trabajo ni con alguien que haga daño a mi familia ni con la gente que se mete con Parker y conmigo.

Mi corazón dio un vuelco ante la idea de que yo fuera una especie de excepción en la vida de Tristan.

—No queríamos hacerle daño, Tristan —se lamentó Hollie.

—De verdad, no era nuestra intención —añadió Autumn.

—Sé que vuestras intenciones son buenas. Las dos tenéis buen corazón, pero, a pesar de que estemos casados, Parker y yo todavía nos estamos conociendo. —El tono de Tristan era tranquilo pero firme. Me apretó la pierna—. Siempre he sido un ligón. Siempre me han gustado las mujeres. Eso no quiere decir que me haya tirado a todo Londres.

Toda la mesa estaba pendiente de mi reacción. Quería dejarme caer del banco y escaparme por debajo de la mesa.

—Coqueteo —continuó Tristan—. O solía hacerlo. Estuve soltero mucho tiempo antes de conocerte.

Asentí. Nunca había tenido una novia seria, así que lo que me estaba contando no era una novedad. Era un hombre atractivo y solvente, sin duda el noventa por ciento de las mujeres heterosexuales solteras de Londres jadeaban por conseguir su atención.

—Vale —dije—. Está bien.

—Al casarnos como lo hemos hecho, hemos mentido a mucha gente. Pero yo no te he mentido a ti. Te lo prometo.

—Lo siento —intervino Autumn—. Tristan es un hombre encantador, tan encantador que acepta más bromas de las que debiera de sus amigos. —Señaló a Gabriel y Dexter—. Todos estamos muy contentos de que haya encontrado a alguien que lo haga feliz.

El calor me descongeló los miembros, que tenía prestos para huir, y me relajó los hombros.

—A mí también me hace muy feliz —dije—, pero lo conozco desde hace poco y, dada la forma en que comenzó todo entre nosotros…

—¡Con los profiteroles de crema! —gritó Autumn—. Nos contó que te despegaste uno del vestido y le diste un mordisco. En ese momento supo que tenía que salir contigo.

Una sonrisa me surcó la cara, y me volví hacia Tristan.

—¿Fue entonces cuando decidiste pujar por mí?

—No sabía que se iba a subastar una cita contigo en ese momento. Pero sabía que quería conocerte. Cualquier mujer más preocupada por disfrutar de un profiterol de crema que por el estado de su vestido es alguien especial.

Me reí. Tristan deslizó la mano sobre mi pierna y me la apretó.

—Creo que eso era lo que mi hermosa prometida estaba tratando de decir —apostilló Gabriel, en tono bajo y firme—. Nos importa

mucho Tristan. Solo queremos que sea feliz.

—Soy feliz —dijo Tristan.

—¿Habéis oído eso, americanas? —soltó Gabriel—. Es feliz. —Les lanzó una mirada que decía que debían tener cuidado con lo que decían. Por la forma en que respondieron, habían intercambiado antes una mirada similar a esa.

No era de extrañar que Tristan hubiera sido un ligón; otra cosa habría sido un desperdicio. Con esa sonrisa y esos ojos azul claro, la mayoría de la gente habría asumido que estaba coqueteando incluso cuando no lo hacía. Y en ese momento solo lo hacía conmigo; yo lo hacía feliz. La idea de que la felicidad de Tristan fuera algo a lo que yo contribuía me llenaba de una calidez que no había experimentado antes. Era como si un cubito de hielo, enterrado en lo más profundo de mi corazón, que me había resignado a que permaneciera congelado para siempre, hubiera empezado a derretirse.

26

PARKER

No había vuelto a mi apartamento desde antes de irnos de luna de miel. Tenía que recoger el correo y algunas prendas de ropa, comprobar que todo estaba bien y abrir los grifos. Metí la llave en la cerradura inferior e intenté girarla en sentido contrario a las agujas del reloj, pero no pude. Moví la llave en sentido contrario y cerré. Eso significaba que no la había cerrado con llave.

Era la segunda vez que dejaba la segunda cerradura del piso abierta. Normalmente era muy meticulosa, así que debía de haberme olvidado ante la impaciencia de Tristan por marcharnos.

Abrí la puerta con timidez y entré. Todo me resultaba familiar, pero no me embargaba la misma sensación de estar llegando a mi hogar que estaba acostumbrada a sentir cuando cruzaba la puerta.

En los últimos meses, la casa de Tristan había sido el lugar donde dormía, me duchaba o cocinaba. A pesar de no tener apenas nada mío a mi alrededor, la casa de Tristan había empezado a resultarme más familiar, aunque todavía no la considerara mi hogar.

Recogí el correo del suelo y fui a la cocina, donde miré a mi alrededor en busca de un cargador para el teléfono. Siempre dejaba al menos uno allí. Estaba ordenando el correo cuando algo me llamó la atención. Había una rosa roja en una taza sobre la mesa de la cocina. Estaba muy marchita. Y yo no la había dejado allí.

El frío me recorrió el pecho y tragué saliva antes de hacerme un millón de preguntas. ¿Había ido Tristan por allí y la había dejado para que me la encontrara al regresar a casa y luego lo había olvidado? ¿La había colocado yo y no me acordaba? Tenía que haber una explicación. ¿Quién más tenía llave de mi piso? Mis padres tenían una, pero estaba casi segura de que no la habían utilizado. Si mi madre no tenía a mano un jarrón de cristal de bohemia, habría tirado la rosa a la basura antes de ponerla en una taza. Saqué el móvil e hice una foto, luego se la envié a Tristan, preguntándole si él la había dejado allí. No le había dicho que iba a pasar por el piso. Los misteriosos cargos en la cuenta de la fundación habían cesado y Tristan no parecía preocupado por mi seguridad últimamente. Había asumido que todo iba bien.

El nombre de Tristan apareció al instante en la pantalla de mi teléfono.

—¿Por qué has vuelto a tu piso?

—He venido para comprobarlo todo y recoger el correo.

No respondió, y esa era siempre la peor respuesta por parte de Tristan. Siempre tenía algo que decir.

Oí el tintineo de sus llaves y un crujido como si se estuviera poniendo la chaqueta.

—¿Dónde estás ahora? No me lo digas —pidió cuando estaba a punto de decirle que estaba sentada a la mesa de la cocina.

El corazón empezó a acelerarse en mi pecho. El timbre de la voz de Tristan me preocupaba.

—No hagas ningún movimiento brusco, pero ve a la puerta principal y sal de ahí. No discutas conmigo. No digas nada. Por favor, Parker, hazlo. Y sigue hablando por el teléfono conmigo. Ve a las escaleras. No uses los ascensores.

Empezaron a sudarme las manos, pero recogí el correo y me puse de pie.

—Vale.

—¿Tienes mucha correspondencia? —preguntó Tristan.

Miré el bulto que tenía en la mano mientras iba a la puerta.

—No mucha. Es menos de la que esperaba. La mayoría es publicidad.

—¿Muchas cartas de agentes inmobiliarios ofreciéndote presupuestos gratuitos?

—Imagino que sí. —¿Por qué se concentraba en el correo?

—Sí, a mí también me pasa mucho.

Salí al pasillo de planta y cerré la puerta del piso.

—Responde sí o no, ¿estás fuera de tu casa?

—Sí —repuse, y mi ritmo cardíaco volvió a aumentar.

—No te apresures, pero dirígete a las escaleras ya y sal lo antes posible.

Hice lo que decía Tristan: recorrí el resto del pasillo a paso ligero y usé la salida de emergencia hacia el hueco de las escaleras.

En menos de un minuto, estaba saliendo por el portal del edificio. Tristan se acercaba por la acera.

Me vio, colgó el teléfono y corrió hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó; me pasó las manos por los brazos y me miró como si me faltara un miembro o algo así.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque tú no dejaste una rosa en la mesa de la cocina. Y yo tampoco. ¿La puerta estaba cerrada con llave cuando entraste?

—No, pero nos fuimos con tanta prisa que…

—¿Has cambiado las cerraduras como me prometiste?

—Estaba pensando hacerlo. Pero con la boda y la inesperada luna de miel, no he tenido tiempo para…

—¿La última vez que estuvimos en el piso fue cuando fuimos a

recoger algunas cosas para la luna de miel? —preguntó.

Intenté pensar, pero me costaba concentrarme.

—Sí. Creo que sí, esa fue la última vez que estuve antes de hoy.

—Echamos los dos cerrojos. Me fijé. Alguien ha entrado en tu piso. No vuelvas allí de nuevo.

Había un coche parado junto a la acera y Tristan me hizo entrar en él antes de seguirme y decirle al conductor que nos llevara de vuelta a Notting Hill.

—No te lo he mencionado, pero los cargos comenzaron a aparecer en tu cuenta personal hace un par de semanas. Supongo que no te has dado cuenta. Han sido astutos y los han hecho pasar por pagos a Amazon.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—No tenía mucho que decir. —Tenía la mandíbula tensa. El relajado Tristan que normalmente se mostraba ante el mundo se había tomado un día de descanso—. Todavía no he llegado al fondo del asunto, no sé quién está haciendo los cargos, pero ahora, dado que se producen en tu cuenta personal en lugar de la cuenta de la fundación, y que alguien ha dejado una rosa… Todo esto resulta espeluznante. Tenemos que pensar en involucrar a la policía.

Me estaba poniendo nerviosa. Una flor marchita en la mesa de la cocina era espeluznante, sin duda, pero llamar a la policía me parecía una reacción exagerada. Los cargos, esa vez en mi cuenta personal, eran aún más preocupantes. Estaba claro que el objetivo era yo, no Sunrise.

—¿Crees que ambas cosas están conectadas?

—No puedo dar nada por sentado, pero vas a tener que volver a trabajar desde casa hasta que sepa que estás a salvo. Llamaremos a la policía en cuanto lleguemos.

—No quiero involucrar a la policía. Si de verdad crees que estoy en peligro, estaré a salvo en tu casa —alegué—. Si alguien quisiera encontrarme, llevo años trabajando en el mismo edificio; ya me habrían abordado. Estoy segura de que no es nada.

Me apretó la mano con fuerza.

—Pero todo esto podría ir a más. Está claro que quien haya dejado la flor quería enviarte un mensaje. Quiere que sepas que tiene acceso a ti.

Era difícil no sentirse abrumada por lo que decía Tristan. Apreciaba que se mostrara protector, aunque, si yo estuviera en peligro, seguramente habrían dejado algo más que una rosa. Una rosa que llevaba allí mucho tiempo.

—Y creo que también tenemos que hablar con tu padre.

Fue como si me diera un puñetazo en el estómago.

—No quiero preocuparle.

Tristan asintió.

—-Lo sé. Pero no me perdonaría nunca que no acudiera a él en un momento como este. Y odio decirte esto, pero la razón más probable para que seas el objetivo de alguien es…

—… quién es mi padre. —Suspiré, resignada—. Lo sé. —Hiciera lo que hiciese, no había forma de escapar de que era la hija de Arthur Frazer ni de lo mucho que eso significaba para el resto del mundo.

El chirrido de unos neumáticos nos llamó la atención. Un coche se había detenido detrás del nuestro, y salió de él un hombre.

—Este tipo se llama Sergei. Es amigo mío. —Tristan me acercó de nuevo al coche—. Confío en él, y tú también debes hacerlo. Quiero que te quedes aquí con él hasta que vuelva.

—¿Volver de dónde? ¿A dónde vas? —El pánico comenzó a atenazarme la garganta.

—Solo quiero comprobar algunas cosas. No tardaré mucho y no estaré lejos. Dame la llave de tu piso y quédate aquí con Sergei.

Sergei mantuvo abierta la puerta de su coche. Tenía las ventanillas tintadas y no podía ver lo que había dentro.

—Estarás segura conmigo —dijo con acento ruso.

¿Por qué todo el mundo me decía que iba a estar a salvo como si mi seguridad estuviera en duda? Encontrar una rosa en la mesa de la cocina era algo extraño, pero tal vez Sutton la había dejado allí, o mi madre. Tenía que haber una explicación sencilla, y estaba decidida a no dejar que Tristan se pusiera paranoico antes de averiguar cuál era.

27

TRISTAN

Subí corriendo las escaleras hasta el piso de Parker. Como sabía que estaba a salvo con Sergei, podía concentrarme en averiguar quién intentaba enviarle un mensaje y qué era exactamente lo que intentaba decirle. Si Parker se negaba a llamar a la policía, no podía obligarla, lo que significaba que tenía que hacerme cargo yo mismo del asunto. En mi interior, sabía que los cobros de Amazon en su cuenta y los cargos de la cuenta de Sunrise estaban conectados, solo que no tenía ninguna prueba. Y, encima, una rosa… Eso suponía un mensaje alto y claro. Quienquiera que fuese, quería llamar la atención, pero no estaba seguro de lo que intentaba decir o de lo peligroso que podía ser.

Mientras recorría el pasillo hacia el piso, miré el techo. No estaba seguro de lo que buscaba, pero sí de que iba a reconocerlo en cuanto lo viera.

No había nada raro en el pasillo, así que miré de cerca la puerta principal. Encendí la linterna del teléfono y miré la cerradura. No parecía haber sido forzada. ¿Cómo habrían entrado?

Usé la llave y cerré la puerta a mi espalda. Me bajé de los hombros la mochila que había cogido al salir. Llevaba en ella un ordenador portátil y algunos equipos que valía la pena tener a mano en una emergencia de seguridad como esa. Lo primero era lo primero: saqué la rosa de la taza y la tiré a la basura. Ya teníamos una foto, me interesaba la taza. ¿Era de Parker o la había llevado alguien? No tenía agua, estaba completamente seca. Pero ¿alguien había llevado una rosa fresca y la había puesto en la mesa para que muriera antes de que Parker tuviera la oportunidad de verla, o había dejado una rosa marchita en una taza? Ambas posibilidades me parecían siniestras. No podía decidir cuál era peor.

Hice algunas fotos más de la taza y luego rebusqué en un par de cajones antes de sacar una bolsa de plástico para sándwiches. Guardé la taza dentro, cerré la bolsa y la metí en la mochila.

Si alguien quisiera poner cámaras en ese piso, ¿dónde lo haría?

Me puse de pie y giré trescientos sesenta grados en la pequeña cocina, mirando el techo para ver si había alguna alteración. Era un lugar demasiado obvio en un espacio tan pequeño. Miré la parte superior de los armarios de la cocina y luego pasé la mano por ellos para ver si se habían dejado algo, pero no encontré nada. Investigué

también debajo de la mesa de la cocina. Tampoco había nada.

Mientras estaba de pie, algo me llamó la atención, pero, cuando miré otra vez, no vi nada. ¿Qué era lo que había reclamado mi atención?

Di un paso hacia la tostadora, que estaba conectada a un enchufe doble. Junto a la tostadora había un cargador de teléfono y, al lado, un montón de calcetines encima de lo que parecía una lata de galletas. Dios, Parker tenía que ordenar ese lugar o conseguir un almacén o algo así.

Abrí la lata. No estaba seguro de lo que esperaba ver, pero, salvo una solitaria galleta Digestive, estaba vacía. Volví a tapar la lata y me quedé quieto mientras echaba un vistazo al cargador del teléfono. ¿Se encontraba allí cuando Parker estaba enferma?

Era solo un cargador de móvil, pero el cable me parecía demasiado corto. Miré más de cerca y encontré un pequeño agujero en la base del enchufe. No era normal. Le di la vuelta, saqué un destornillador de la bolsa y abrí la parte trasera. Había una cámara. Quienquiera que fuera el cabrón que estaba detrás de mi mujer la había estado espiando. O había planeado hacerlo.

Saqué con rapidez algunas herramientas y dejé un rastreador en la encimera, debajo del dispositivo de la cámara. Iba a intentar hackear la señal de la cámara y averiguar a dónde iba. Con suerte, podía encontrarlos antes de que me vieran en la transmisión.

Comprobé todas las demás tomas de corriente, pero no encontré más cámaras.

Pasé la mano por los alféizares de las ventanas y por la parte superior de las estanterías, pero no había nada. En el pasillo que llevaba al dormitorio de Parker y al cuarto de baño, palpé los marcos de las puertas y las molduras. Cuando toqué algo del tamaño de un sacapuntas escondido encima de la puerta del dormitorio de Parker, supe lo que era incluso antes de verlo. Otra cámara. Dejé otro rastreador.

Ya en el dormitorio de Parker, una marca en la alfombra me llamó la atención de inmediato y se me aceleraron los latidos. La alfombra era de color crema, pero justo debajo del cuadro colgado frente a su cama había una marca blanca. Si no hubiera pasado tanto tiempo en esa habitación mientras Parker estaba enferma, quizá no me habría percatado.

Pero había estado allí; me había fijado en cada detalle, preguntándome cómo era posible que cupieran tantas cosas en una sola estancia. En ese momento, todavía no sabía que se había mudado de un lugar más grande después de que fracasara su relación y que había intentado que cupiera todo. ¿El responsable era su exprometido? Un ex era un sospechoso probable, sobre todo, porque

había aparecido una rosa, pero Parker me había comentado que vivía en Mónaco. ¿Quizás había vuelto a Londres por algo? ¿Cómo había dicho que se llamaba? Podía averiguar los detalles sobre su paradero con una sencilla búsqueda en Google.

La marca blanca era polvo de yeso. Descolgué el cuadro de la pared para descubrir que alguien había hecho un agujero para ocultar otra cámara. Pegué otro rastreador en el reverso del cuadro y volví a colocarlo como si no hubiera pasado nada. Alguien que prestaba tan poca atención a los detalles como para dejar un montón de polvo en la alfombra justo debajo de donde había hecho un agujero para colocar una cámara de vigilancia no iba a ver un rastreador del tamaño de una mosca pegado en el reverso del cuadro.

Inspiré y seguí registrando el dormitorio. ¿Qué más buscaba? En última instancia, solo quería averiguar quién estaba tratando de aterrorizar a mi esposa y llevarlo ante la justicia. No necesitaba nada más: ya tenía un hilo del que tirar y solo tenía que volver a estar delante de mi ordenador para resolver todo eso de una puta vez. Sin embargo, en aras de la minuciosidad, iba a poner algunas cámaras propias, por si acaso volvía ese cabrón. Llevaba un par en la mochila. Si instalaba una en la cocina y otra en el dormitorio, y apuntaba las dos hacia el pasillo, nadie podía moverse por el apartamento sin ser grabado.

Trabajé con rapidez, pensando lo que iba a decirle a Parker. Ser sincero era la única vía posible. Luego iba a buscar el nombre de su ex y a ponerme a trabajar. Teníamos que ir a Nueva York al cabo de dos días para la boda de Andrew y Sofia. Podíamos dejar Londres atrás y poner algo de distancia entre nosotros y quienquiera que estuviera tan interesado en vigilar a Parker. Si tenía suerte, cuando volviéramos, habría localizado al culpable.

28

TRISTAN

La boda de Andrew y Sofia no podía cuadrar en un momento más perfecto. Parker se había quedado sorprendida y algo perturbada al enterarse del equipo de vigilancia que había encontrado en su casa, lo que hizo que estuviera de acuerdo cuando le sugerí que nos marcháramos cuanto antes a Nueva York. Nos fuimos esa misma noche, después de hablar con la policía. Me aliviaba que Parker hubiera accedido finalmente a presentar una denuncia, aunque no iba a quedarme de brazos cruzados ni a asumir que ellos podían encargarse de todo. Sin que Parker lo supiera, había dispuesto que algunos miembros del equipo de Sergei pulularan con discreción a nuestro alrededor en todo momento. Todavía no había logrado rastrear la emisión la cámara hasta la fuente y no había podido dar con el paradero del ex de Parker, así que, aunque en un primer momento pensábamos alojarnos en el Mandarin Oriental con todos los demás, cambié la reserva al Ritz. Quienquiera que estuviese vigilando a Parker no era un profesional, pero no iba a correr ningún riesgo. Después de todo, aún no lo había localizado. Y si la misma persona era la responsable de la intoxicación alimentaria de Parker, no estaba seguro de cuál era su objetivo. Así que no pensaba arriesgarme.

—Está preciosa —me susurró Parker cuando Sofia avanzaba hacia el altar bajo la atenta mirada de amigos y familiares cercanos en la Biblioteca Pública de Nueva York, que había sido el lugar elegido por los novios.

Asentí.

—Tú sí que estás preciosa.

Puso los ojos en blanco y no pude saber si era porque no me creía o porque intentaba centrarse en la novia y la boda. Sinceramente, cuando Parker llevaba un pintalabios color rojo fuego, me resultaba sexy hasta el pijama de vacas. Había algo muy sensual en sus labios rojos y carnosos.

Era un día precioso con un telón de fondo perfecto y no pude evitar pensar en la forma en que Sofia había cambiado la vida de Andrew. El año pasado por las mismas fechas no habría apostado ni una libra a que mi amigo iba a estar casado y con un bebé en camino. Tener niños era una gran responsabilidad. Formar una familia suponía un salto de fe. ¿Qué pasaba si te equivocabas? ¿Y si eso estropeaba

todo de alguna manera? ¿Si lo destruía?

Cuando era niño, mis padres no me habían hablado de los altibajos de la enfermedad de mi hermana ni de su matrimonio. Pero siempre había sido consciente de ello. El ambiente en casa me decía lo mal que iban las cosas y lo enferma que estaba. En raras ocasiones, la espesa tensión se disipaba y las sonrisas y la ternura sustituían a las lágrimas, pero nunca duraba mucho.

Después del divorcio, la situación había cambiado y la vida había vuelto a su cauce, pero el residuo de esa época quedó tatuado en mis entrañas. Siempre podía darme cuenta de cuál era el ambiente en un sitio. Siempre se me había dado bien pasar desapercibido. Y siempre estaba preparado para lo peor.

Cargaba la incertidumbre de aquella época a mis espaldas como una piedra en el zapato de la que no podía deshacerme. La mayor parte del tiempo me olvidaba de que estaba ahí. Había aprendido a vivir con ella, sabiendo que el día de mañana podía ser muy distinto al presente. Había tomado medidas para asegurarme de que mi mundo fuera lo más inalterable posible. Y esa era una de las razones por las que el matrimonio nunca me había atraído. ¿Por qué prometer amar a alguien para siempre cuando era una promesa quizá imposible de cumplir? Nadie sabía lo que deparaba el futuro y era una tontería tentar al destino. Tampoco era que no me alegrara por Andrew y Sofia; no podía estar más contento de ver que una pareja tan estupenda, tan desesperadamente enamorada, estaba diciéndole al mundo el compromiso al que accedían. Pero ese día la piedra había hecho un agujero en el calcetín y se me estaba clavando en la piel. Las preguntas se me agolpaban en la mente, y ninguna de ellas tenía una respuesta fácil.

Mientras Andrew y Sofia se prometían amor mutuo durante el resto de sus vidas, la piedra gritaba *«¿Y si la situación cambia?»*.

Mientras Andrew y Sofia se miraban a los ojos como si estuvieran dispuestos a ponerse delante de un tren por el otro, la piedra gritaba *«¿Cuánto durará esto?»*.

Mientras Parker me apretaba la mano, la piedra susurraba *«¿Cuánto falta para que tenga que renunciar a ella?»*.

Después de la ceremonia, nos llevaron a otra sala forrada de libros.

—¡Qué maravilla! —dijo Parker, con la cabeza echada hacia atrás para asimilarlo todo.

Nos detuvimos cuando llegamos junto a un camarero que sostenía una bandeja llena de copas de champán. Le pasé una a Parker y cogí otra para mí antes de dirigirme a donde estaban Dexter, Hollie y Gabriel.

Parker me tiró de la mano, haciendo que me agachara un poco para poder susurrarme al oído.

—¿Estás bien?

Asentí, enderezándome.

—Sí. Solo tengo un poco de *jet lag*.

—Mírame.

Hice lo que me pedía.

—No tienes *jet lag*. —Me pasó el pulgar por encima del mío, fue un movimiento leve, pero, al mismo tiempo, profundamente tranquilizador. Eso era lo que tenía Parker, siempre quería mejorar la vida de la gente. No sabía si eso me hacía sentir mejor o peor. Me había acostumbrado a confiar en mí mismo, a vivir el momento. Pero en ese instante solo podía pensar en ella y en el mañana, en lo que iba a pasar.

No iba a decirle que no sabía lo que nos deparaba el futuro, que no me veía compartiendo mi vida con nadie. Me estaba volviendo medio loco no saber quién había entrado en su piso. ¿Y si la estaban siguiendo? ¿Planificando un ataque? ¿Y si se ponía enferma? ¿Cómo podía explicar que no sabía si íbamos a seguir juntos cuando se acabaran los noventa días? Me gustaba el presente, pero sabía que no podía esperar que durara.

Estábamos mirando cómo los novios se hacían las fotos cuando Parker me tiró de la mano.

—¿Puedo enseñarte algo? —dijo. Nos excusamos con el grupo y volvimos sobre nuestros pasos hasta la sala donde estaban las sillas de la ceremonia.

—¿Qué querías mostrarme? —pregunté.

—Solo quería pasar unos minutos a solas contigo. He pensado que tal vez podría tantearte de forma disimulada y, al mismo tiempo, animarte.

Sonreí ante su plan.

—¿Puedes creer que exista este lugar? —Levantó las manos como si quisiera darle un gran abrazo al horizonte.

—Es muy especial.

Se giró y le rodeé la cintura con los brazos.

—La ceremonia ha sido muy bonita —afirmó.

Asentí, con la barbilla apoyada en la parte superior de su cabeza.

—¿Te he dicho alguna vez lo pequeña que eres?

—Hace hora y media que no lo mencionas.

—Estoy en baja forma. Eres muy bajita.

Se rio y el sonido me llegó a lo más profundo de las entrañas.

Se hizo el silencio entre nosotros y nos quedamos allí de pie, con sus brazos sobre los míos, y sus dedos acariciándome la piel mientras mirábamos el ajetreo y el bullicio que nos rodeaba.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

—No hay nada que hablar.

El silencio duró unos segundos, tal vez un minuto.

—Mentiroso… —se burló—. No hace falta que hables conmigo al respecto, pero estoy aquí si quieres. Y debes saber que quiero conocer tus pensamientos. Quiero entender cuándo estás molesto y por qué. Porque quiero conocerte.

La estreché más y me agaché para juntar la mejilla contra la suya.

—No estoy seguro de poder expresarlo con palabras. Me siento un poco inquieto. Están cambiando muchas cosas.

Se giró en mis brazos.

—¿Porque Andrew se casa?

¿Era eso lo que había provocado mis sentimientos de incertidumbre?

—Tal vez. —Le di un beso en el cuello—. Ahora mismo no sé lo que me depara el futuro.

Me pasó los dedos alrededor del cuello.

—Nadie lo sabe.

Inhalé.

—Las relaciones cambian las cosas. Cuando estaba solo, tenía una especie de control sobre mi futuro: decidía si quería a ir al gimnasio, si hacía un viaje o si trabajaba el fin de semana. ¿Entiendes?

Me sostuvo la mirada.

—¿Y ahora que estamos juntos no puedes decidir nada de eso?

Me encogí de hombros.

—No. Claro que puedo. Pero hay más variables en juego que afectan a mi día a día. Cosas que podrían cambiar mi futuro. Tal vez estés trabajando ese fin de semana. O nos peleemos. Tal vez te pongas enferma.

—No nos pelearemos mientras me cuides con pasas cubiertas de chocolate y orgasmos. —Me sonrió y no pude evitar devolverle la sonrisa. Su alegría era contagiosa, pero no borraba la incertidumbre que se asentaba como lodo en mis entrañas—. Pero, ya en serio, creo que la idea es que hagamos las paces con la falta de certezas. En cualquier caso, pensar que en la vida hay seguridad es solo una ilusión. Creemos que nuestras vidas van a seguir como están, pero no hay garantía de ello.

Asentí.

—Tienes razón. —No era estúpido. Sabía que lo que decía era cierto. Solo que había pasado mucho tiempo asegurándome de controlar mi vida todo lo posible. No se me daba bien lidiar con la inseguridad.

—Sigues inquieto. Dime por qué. ¿Es por las cámaras que encontraste?

—En parte. No me gusta no saber lo que nos espera. Hay demasiado descontrol en nuestras vidas en este momento. Las

cámaras. Lo que está pasando con nosotros. Los noventa días están a punto de acabar, y luego, ¿qué? —Hice una pausa. No quería preocuparla, pero me había pedido que me abriera a ella para conocerme mejor—. Soy así desde que era un niño. A veces presiento que va a ocurrir algo malo. En este momento, solo me siento incómodo.

Enlazó las manos alrededor de mi cintura y me estrechó con fuerza.

—¿Por lo que le pasó a tu hermana?

—Creo que sí. Cuando eres niño no esperas que tu hermana muera ni que tus padres se divorcien. Piensas que la vida será siempre igual. Por supuesto, nunca es el caso, pero normalmente aprendes la lección un poco más tarde.

—Debe de haber sido muy difícil para ti. No quiero ni imaginarlo.

Tener a Parker a mi lado me hacía sentir bien. Muy bien. Como si estuviera destinado a ser así. Pero, al mismo tiempo, la sensación era aterradora. Siempre había evitado que hubiera mujeres en mi vida a largo plazo porque no había querido confiar en que mi presente iba a ser mi futuro. No había garantías, y no podía soportar la idea de despertarme con un destino diferente al que había planeado. Si estaba soltero y sin compromiso, solo tenía que preocuparme por mí, mi mujer no iba a ponerse enferma ni a decidir que quería una vida diferente sin mí. Nunca había tenido que preocuparme por un cambio en mi rutina. Pero Parker había llegado a mi existencia y había cambiado mis posibles futuros, haciendo que anhelara una estabilidad que sabía que no existía. No se me ocurría cómo conciliar ese creciente deseo de eternidad con la verdad que sentía en las entrañas: la eternidad no existía.

29

PARKER

Tenía una cita para comer y para limpiar mi conciencia. Los noventa días estaban a punto de cumplirse, pero tenía que hacer una cosa más antes de echar mano a mi fondo fiduciario.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —dijo mi padre cuando asomé la cabeza por la puerta de su despacho.

—Maureen me ha dicho que no has almorzado. —Levanté una bolsa de Pret con su sándwich favorito de huevo y berros—. Se me ha ocurrido que podríamos comer juntos.

—Genial. Entra y siéntate.

Tomé asiento y saqué los sándwiches.

—Te he traído agua. Nada de café. Mamá dice que no lo tienes permitido.

Suspiró.

—Ahora tengo completamente prohibido el café. Ha decidido que, si todavía quiero tomar una copa de vino los fines de semana, el café tiene que desaparecer de mi dieta por completo. Maureen ni siquiera me sirve una taza.

—Maureen sabe quién está al mando. Y mamá es infinitamente más aterradora que tú.

—Estoy de acuerdo. —Mi padre desenvolvió el sándwich de huevo y berros, pero, antes de darle un mordisco, me miró a los ojos—. Bueno, vayamos directos al grano, ¿por qué estás aquí?

No había llegado a donde estaba por andarse con rodeos.

—Solo quiero hablar contigo de mi fondo fiduciario.

Dio un mordisco a su sándwich, lo que me permitió tener más tiempo para pensar qué decir. Pero no acababa de encontrar las palabras.

—Los abogados están arreglando el papeleo. Todos los fondos deberían estar a tu nombre a finales de semana.

No me estaba diciendo nada que no supiera y tenía que haber estado delirando de felicidad, pero era como si la mentira que le había contado sobre Tristan y yo se hubiera alojado en mi pecho y luchara por salir.

—Quería hablar contigo de eso —respondí. Dio otro mordisco a su sándwich. Parecía dispuesto a escuchar—. Sabes que siempre me ha parecido mal que condicionaras mi acceso al fondo fiduciario a que

estuviera casada.

—Esto no es nuevo para mí, Parker. Entiendo que no te haya gustado. Pero ahora estás casada. Y tendrás acceso al fondo a finales de semana. Dime, ¿dónde está el problema?

El problema era que no me parecía bien acceder a veinticinco millones de libras de forma fraudulenta, por muy buena que fuera la causa a la que iba a donarlos. Mi padre no era un desconocido al que no tuviera que volver a enfrentarme. Lo quería. Y lo respetaba. Tenía que confesarle lo que había hecho, incluso aunque eso significara arriesgar el acceso al fondo.

—Nunca me gustó esa regla —dije, tratando de ganar tiempo.

¿Cómo le dices a un padre que le has mentido para conseguir su dinero?

—Y como ya te he dicho, no me estás contando nada que no supiera. Tenía mis razones, y las mantengo.

Suspiré, dejé mi sándwich en su envoltorio y me hundí en la silla.

—No entiendo por qué tienes que preocuparte por mi vida personal. Tengo veintiocho años.

—No importa la edad que tengas. Soy tu padre y me preocuparé por ti hasta el día de mi muerte. Luego, seguiré queriendo lo mejor para ti desde el más allá.

—Tal vez yo sepa lo que es mejor para mí.

Se rio.

—Tal vez sí. Tal vez no. Tengo la sensación de que seguiremos disfrutando de este baile juntos, que será una pequeña lucha de poder hasta el día en que muera.

—¿Quieres dejar de hablar de tu muerte? Ahora eres vegetariano, por el amor de Dios. —Señalé la esquina de su despacho—. Tienes un escritorio para trabajar de pie. Seguirás gobernando el mundo financiero de Londres durante mucho tiempo.

Sonrió.

—Cuando naciste, saliste con la cabeza bien alta, como si estuvieras decidida a trazar tu propio camino. Me encanta eso de ti. Tienes un feroz sentido del bien y del mal. Trabajas mucho. Eres una buena persona, siempre más preocupada por los demás que por ti misma.

Puse los ojos en blanco. Había escuchado esas palabras un millón de veces.

—Estoy muy orgulloso de ti, Parker.

—Papá —le imploraba con la voz a que dejara de ser tan amable. ¿Acaso intentaba hacerlo aún más difícil de lo que ya era?

—Escupe lo que estás tratando de decir.

No había elección, tenía que soltarlo y esperar lo mejor. En el peor de los casos, no iba a poder acceder al fondo, pero al menos iba a

tener la conciencia limpia.

—Solo me he casado con Tristan para poder tener acceso a mi fondo fiduciario.

Se quedó callado, como si no me hubiera oído.

—¿Papá?

—Continúa.

—No estaba enamorada de Tristan cuando me casé con él. Él aceptó ser mi marido durante noventa días hasta que consiguiera el dinero.

Mi padre asintió como si solo le hubiera dicho que se habían acabado los sándwiches de huevo y berro.

—Papá, estoy diciéndote que te he mentido. Mi matrimonio con Tristan es falso.

Mi padre entrelazó los dedos con fuerza.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Parker. Y te conozco bien. Soy muy consciente de que cuando te casaste con Tristan solo querías tener tu fondo fiduciario.

Fue como si me hubiera dado una patada en el estómago.

—¿Lo sabías?

—Llevabas años intentando que cambiara las reglas del fideicomiso. Y de repente dejaste de pedírmelo. Te conozco bien, demasiado bien, para asumir que te habías rendido, y soy perro viejo. Me di cuenta de que habías cambiado de táctica.

—¿Así que imaginaste lo de Tristan desde el principio?

Se encogió de hombros.

—Apenas os conocíais cuando anunciasteis la boda. Y, de todos modos, si vamos a poner todas las cartas sobre la mesa, cuando vi a Tristan después de la cena que ganó en la subasta, mencionó algo al respecto.

Me quedé boquiabierta y me puse de pie, lo que hizo que la servilleta cayera al suelo.

—¿Tristan te dijo que le había pedido que se casara conmigo?

—No exactamente. Leí entre líneas. Lo confirmó cuando se lo pregunté directamente.

Fue como si me hubiera empujado. No podía estar más sorprendida. Mi padre y Tristan habían estado confabulando todo el tiempo.

—Entonces, básicamente, ¿le diste tu aprobación?

Sentí náuseas. Ni siquiera podía intentar engañar a mi padre sin que él lo hubiera orquestado previamente. No había forma de escapar de su radar.

—Parker… —Su tono era de advertencia—. No exageres. Tristan era casi un desconocido para ti cuando le sugeriste ese plan. Yo lo conozco desde hace mucho tiempo. Sin duda se sintió obligado a

informarme de tus planes y, francamente, así debía ser. Es un amigo leal. No sabía que no me importaría que te casaras con él solo para tener acceso a tu fondo. Pero no me lo dijo ni siquiera entonces, aunque estoy seguro de que quería hacerlo. Intentaba respetar tu intimidad.

Suspiré. Pensaba que Tristan era mío. Creía que me era leal a mí. Entendía que no nos conocíamos mucho al principio, pero en ese momento ya era distinto. Habían surgido sentimientos; al menos por mi parte. Quizá no eran los propios de una pareja casada, pero lo auténtico había sustituido a lo falso en muchos aspectos. ¿Por qué no me había dicho que mi padre lo sabía? Había tenido la oportunidad en muchas ocasiones. En la luna de miel, cuando nos acostamos por primera vez, o directamente después, debió haberme dicho algo.

—¿Así que le diste tu bendición? —Hacía media hora, me preocupaba que mi padre se sintiera traicionado cuando supiera la verdad. No esperaba ser yo la que se sintiera engañada.

—Le dije que, si se casaba contigo, aunque fuera solo para que consiguieras el fondo, cumpliría las condiciones establecidas. Pensé que mejor con él que con alguien en quien no confiara.

—No puedo escapar de tu control, ¿verdad?

—No seas ingenua. Vas a recibir una cantidad de dinero enorme dentro de pocos días. Y ese dinero va a suponer una gran diferencia para las personas que se beneficien de él a través de Sunrise. Solo tienes la capacidad de marcar esa diferencia porque eres mi hija, gracias al dinero que he puesto en el fideicomiso. Siempre estás mirando el lado malo, pero hay un lado bueno tremendo.

—Lo entiendo. Y te agradezco que me hayas otorgado esa confianza… Es que… —Quería a mi padre. Estaba orgullosa de lo que había logrado. Solo que, a veces, habría deseado llevar las riendas de mi vida.

—Sé que puedo interferir —confesó—. Y no puedo decir que no invitara a Tristan a asistir a la gala benéfica porque quisiera que vosotros dos congeniarais.

—¿Estabas haciendo de casamentero?

Se encogió de hombros.

—Resulta que no tuve que intentarlo siquiera. Recuerda que pujó por ti antes de saber que eras mi hija. Y es algo que no puedes decir de ninguno de los demás que hicieron ofertas esa noche.

Suspiré.

—Es cierto.

—Y ya conoces a Tristan lo suficiente como para darte cuenta de que no es un hombre que se ponga serio con las mujeres a la primera de cambio. Con o sin matrimonio falso, puedo decir por su expresión que va en serio contigo.

—No importa lo que él sienta. Si no puede ser sincero conmigo, si no me respeta lo suficiente como para contarme la verdad, nada de lo que hay entre nosotros es auténtico.

Me puse de pie. No podía quedarme sentada y seguir charlando. Quería irme a casa. Pero no estaba segura de dónde estaba mi hogar. Tristan me había hecho prometer que no iba a volver a mi piso. ¿A un hotel? Tenía que pasar por casa de Tristan para recoger algunas cosas. Eso iba a obligarme, al menos, a enfrentarme a él. Quería saber por qué demonios me había ocultado algo así, sobre todo cuando parecía que habíamos compartido mucho de verdad.

Fui al coche. Necesitaba tiempo para procesar lo que mi padre me había dicho. Iba a venirme bien pasar una noche lejos de Tristan antes de tener esa conversación. Me había hecho daño y me sentía traicionada: se suponía que éramos él y yo quienes tenían secretos para el mundo. Se suponía que yo formaba parte de su círculo más íntimo.

Saqué el teléfono para llamar a Sutton y vi que había una notificación de correo. Deslicé el dedo hacia arriba para abrir la bandeja de entrada y se me revolvió el estómago. Era un correo de Mike, mi ex. El hombre que solo había estado conmigo porque pensaba que yo era rica. El tipo que me había hecho considerar a todos los demás hombres de forma diferente. ¿Por qué demonios me enviaba un correo? No me interesaba oír nada de lo que tuviera que decir. ¿O sí? Solo había una forma de averiguarlo: leerlo.

«Querida Parker».

Tuve ganas de vomitar. En el pasado, me encantaba cuando encabezaba así sus mensajes.

«Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi, y siempre he lamentado lo abrupto de nuestra separación».

¿«Lamentado»?

«Pienso a menudo en el tiempo que pasamos juntos. Eras una persona amable y maravillosa, y tuve suerte de que me quisieras».

No sabía si reír o llorar. Había tenido suerte de tenerme, pero yo había sido tonta por amarlo.

Su correo continuaba de la misma manera, repitiendo que se arrepentía de haberse alejado, que nunca había conocido a nadie como yo, que había cambiado en los últimos años. Había madurado y se había dado cuenta de lo egoísta que había sido.

A Mike siempre se le había dado bien decir lo correcto en el momento adecuado. Sin duda, nada había cambiado en ese sentido. Cuando al final de la parrafada decía que estaba en Londres y que le gustaría quedar conmigo para aclarar las cosas entre nosotros, me reí a carcajadas, lancé el móvil en el asiento del copiloto y arranqué el coche. Como si quisiera perder un solo minuto con ese tipo… Salí por la verja de la casa de mis padres y me dirigí a la de Tristan. Mientras

conducía, mis pensamientos saltaban de Tristan a Mike. Eran diferentes en muchos aspectos, pero ¿no iba a ir a casa de Tristan para enfrentarme a él por haberme ocultado algunas cosas? ¿No debía hacer lo mismo con Mike si tuviera la oportunidad? Tal vez aclararlo todo con él podía ayudarme a reconstruir la confianza con alguien que obviamente no había actuado con malicia. Y si cambiaba de opinión, podía, sin más, no aparecer. A Mike le iba a ir bien también que no acudiera a la cita.

Paré a un lado de la carretera y cogí el teléfono; le respondí que podía quedar para tomar un café al día siguiente a las cuatro. Le sugerí el nombre de una cafetería que estaba a la vuelta de la esquina de mi despacho y ni siquiera me molesté en firmar. Tal vez podía acudir y darle un toque de atención o demostrarle lo bien que estaba sin él. Tal vez ni siquiera iba a presentarme. En cualquier caso, era bueno tener el control por una vez.

30

TRISTAN

Mike Wilson no era el único nombre del exprometido de Parker, aunque sí era su nombre legal. También se lo conocía como Giles Wilson y Michael Sanders. Había dado con él rápidamente y había descubierto una serie de actividades muy poco legales en las que había participado cuando acababa de salir de la universidad. Parker parecía ser su primer intento de casarse por dinero y, durante la última década, había perfeccionado su *modus operandi*. Parker había tenido suerte de escapar sin que Arthur tuviera que pagarle nada. Por fin, había logrado rastrear las cámaras del piso de Parker hasta el portátil utilizado por Wilson y había dado con lo que intentaba descubrir.

Esa noche iba a decírselo a Parker. No estaba seguro de cuál podía ser su reacción, pero sí que iba a querer saberlo. Para suavizar el trago, había comprado profiteroles de crema en una pastelería francesa de Knightsbridge cuando había ido a ver a Dexter, y los había guardado en la nevera, junto con unas botellas de vino y champán que había retirado de la bodega por si le apetecía celebrar que habíamos dado con el intruso.

—¡Ya estoy en casa! —gritó Parker al entrar por la puerta. Me quedé de pie, preguntándome por dónde debía empezar.

Salí al pasillo y observé cómo se quitaba el abrigo. No pude saber exactamente qué era, pero pasaba algo. Estaba tensa.

—Hola. ¿Un mal día?

—Hola —repuso, con la voz un poco más seca de lo que estaba acostumbrado. Evitó mirarme a los ojos cuando se cruzó conmigo en el pasillo para ir a la cocina.

—¿Estás bien? —pregunté, siguiéndola.

Abrió la puerta de la nevera y se quedó mirando el vino y la caja de la pastelería.

—He ido a ver a mi padre. Me ha contado que sabía que nuestro matrimonio era falso desde el principio, y que lo sabía por ti.

Me quedé helado. Parker estaba cabreada. No sabía qué esperar esa noche, pero eso, sin duda, no.

—Sí, se dio cuenta. Te conoce bastante bien.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Se le quebró la voz.

Me acerqué a consolarla de forma instintiva. Le deslicé la mano

por la espalda, pero ella se alejó y se giró para mirarme.

—Parker, lo siento. Me pidió que no te lo mencionara.

—¿Qué más no me has mencionado? —espetó.

—Nada. —Me pasé las manos por el pelo. No me gustaba verla tan molesta por algo que yo había hecho—. En serio, Parker. No te estoy ocultando nada.

—Solo necesito saber qué es auténtico después de todo lo que me pasó con Mike. ¿No lo entiendes?

La expresión de sus ojos casi acabó conmigo.

—Conmigo todo es auténtico —dije. Comprendía que llevaba cicatrices por lo cómo había actuado Mike, pero yo no era como él—. Apenas te conocía cuando te declaraste, sin embargo, tu padre era amigo mío desde hacía años y le debía mucho. Además de pensar que él tenía derecho a saber que estabas dispuesta a utilizar a tu favor las reglas del fideicomiso, me preocupaba que otro hombre se aprovechara de ti. En ese momento, no sabía que sería yo quien se casaría contigo. En mi lugar, ¿tú no habrías hecho lo mismo?

—Me ha parecido entender que adivinó lo que yo pensaba hacer.

—Y así fue. —Ella quería sinceridad, así que se la daría—. Pero si no lo hubiera hecho, se lo habría dicho. Arthur Frazer es un buen hombre y tiene mi lealtad. De ninguna manera me habría casado contigo en esas circunstancias sin su bendición. —Me dolían las manos como si le hubiera pegado. Era duro confesarlo, pero era cierto.

El silencio se extendía entre nosotros como un glaciar.

—Ahora ya lo sabes —añadí, casi desafiante.

—Sí, ahora lo sé.

Suspiré.

—Tengo que decirte algunas cosas. Deberías sentarte…

—¿Todavía hay más? —Abrió los ojos de par en par y retrocedió hasta la encimera de la cocina.

—No tiene nada que ver contigo y conmigo, es que he descubierto lo que ha pasado en tu apartamento, quién puso la rosa y quién está detrás de los cargos en las cuentas. Vamos a sentarnos.

Cogí una botella de vino —estaba claro que no era un momento de celebraciones— y dos copas, y la seguí hasta la mesa de la cocina. Nos sentamos frente a frente.

—Me ha llevado tiempo, pero no hay ninguna duda que Mike Wilson ha estado husmeando en tu piso. Es quien hizo los cargos en las cuentas bancarias, y es quien puso cámaras en tu casa.

No quería imaginar cómo se sentía ella, que había aceptado casarse con un hombre que había resultado ser un delincuente. Pero iba a terminar haciendo que se sintiera peor antes de que se sintiera mejor.

—En realidad, no creo que las cámaras lleven demasiado tiempo. Ha intentado muchas cosas diferentes.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—He hackeado su ordenador y su correo. Ha ocultado bien el rastro, pero una vez que entré en su sistema, apenas había cubierto sus huellas. Se ha quedado sin dinero. No ha logrado su objetivo de encontrar una esposa rica en Mónaco, y, por lo que he podido averiguar, cree que os ha dejado a tu familia y a ti demasiado tranquilos.

—¿Demasiado tranquilos? —Negó con la cabeza, incrédula.

—Es un estafador, Parker. No piensa como el resto de la gente. De todos modos, se las ha arreglado para financiar ese estilo de vida que lleva con una serie de pequeñas estafas y los chantajes que le pagan las familias de las mujeres con las que ha salido, una vez que han comprobado la clase de hombre que es.

—¿Chantajes?

—Le pagan para que desaparezca y así evitar dramas innecesarios. Sale con mujeres de familias ricas que no quieren verse expuestas en los medios. Tampoco lo quieren cerca de ellas, así que le pagan. Es la forma en la que gana el dinero que necesita para vivir como si fuera rico.

Frunció el ceño.

—Mi padre lo habrá investigado. ¿Cómo es que no encontró nada?

—Estuvisteis comprometidos hace mucho tiempo, cuando comenzaba su carrera de estafador, timador o como quieras llamarlo. No tenía historial de ningún tipo. Después de salir contigo, se volvió más sofisticado. Supongo que se dio cuenta de lo que quería y de cómo conseguirlo. De todos modos, por lo que he podido averiguar, cree que saliste muy bien parada y que tu padre debería haberle dado algo de dinero para que se marchara, al igual que las familias de todas las demás mujeres con las que se ha involucrado desde entonces.

—Así que decidió agenciárselo él mismo directamente de mi cuenta bancaria. Y de la de Sunrise.

—Sí, parece desorganizado y un poco errático. Ha estado buscando un ángulo con respecto a ti desde hace mucho tiempo.

—¿Un ángulo? ¿Qué significa eso?

No quería hacerle daño, pero tenía que saber que ese tipo era peligroso.

—Que está buscando la forma de extorsionarte a ti o a tu familia.

Frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Puedo enseñarte lo que he encontrado si quieres. Lo único que no sé es cuál será su próximo movimiento. Tan pronto lo haga, serás la primera persona en saberlo.

—Es que… —Parker movió la cabeza—. Ha sido un día muy largo. Estoy agotada. Necesito tiempo para pensar. Un poco de espacio.

—Sé que estás enfadada conmigo, Parker, pero no quería de hacerte daño. Estaba en una posición difícil.

No reaccionó.

—Esta noche dormiré en la habitación de invitados.

Me sentí decepcionado. Quise detenerla, inmovilizarla y hacerle entender que no había querido hacerle daño, pero esperaba que Parker estuviera diciendo la verdad cuando decía que solo necesitaba algo de tiempo. Tenía que respetar su deseo y darle lo que estaba pidiendo.

—Yo iré a la habitación de invitados —me ofrecí.

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Gracias.

Tragué saliva y la vi alejarse. De todas formas, a decir verdad, lo más seguro era que no llegara a la cama esa noche. El rastro de Mike estaba aún caliente y no iba a descansar hasta averiguar su próximo paso.

Volví a mi despacho y me encontré con media docena de notificaciones, las que había configurado para que saltara una alerta si había alguna compra con la tarjeta de crédito de Mike o algún correo enviado desde sus cuentas: tenía tres, y solo una estaba codificada.

Primero comprobé su tarjeta de crédito. Era un cargo de British Airways para un vuelo a Londres al día siguiente por la mañana. Me estremecí y mi ritmo cardíaco se aceleró. Quizá Londres fuera una ciudad con ocho millones de habitantes, pero iba a estar demasiado cerca para mi gusto. ¿Y por qué acababa de reservar el billete? ¿Qué había cambiado en el último momento?

La noche iba a ser larga. No iba a descansar hasta descubrir hasta el último detalle sobre Mike Wilson y los planes que tenía para mi mujer.

Sí, llevaba toda la noche despierto. Sí, estaba cansado. Pero esa no era la razón por la que estaba tan completa y absolutamente cabreado.

Cuando estaban a punto de ser las ocho de la mañana me acerqué a la cocina, donde Parker estaba desayunando sentada a la mesa. No levantó la vista cuando entré.

¿Creía que tenía derecho a enfadarse porque yo le había dicho a su padre que se casaba para tener acceso a su fondo fiduciario?

Pues no sabía cómo estaba yo.

—¿Tienes algo previsto para hoy? —pregunté, sin saber si iba a decirme lo que había planeado.

—Me voy a trabajar —repuso, sin mirarme a los ojos.

—¿Eso es todo? —insistí.

Se encogió de hombros y tomó otra cucharada de muesli.

—¿No piensas contarme que has quedado con tu exnovio para tomar un café esta tarde?

La cuchara repiqueteó contra el cuenco cuando la dejó caer.

—¿Me estás espiando?

—Sí, estoy al tanto de tus correos. Pero si no lo hubiera hecho, habría visto la respuesta que le has enviado en los de él. También estoy controlando sus tarjetas de crédito, sus…

—¿Estás al tanto de mis correos?

Por supuesto que estaba controlando sus correos. ¿Qué esperaba?

—Estoy tratando de mantenerte a salvo. ¿Cómo se supone que iba a averiguar si no lo que estaba pasando con esos cargos en tus cuentas bancarias?

—Una cosa es vigilar mis cuentas bancarias, pero ¿también miras mi correo? ¿Sin mi permiso? Eso es ir demasiado lejos, incluso para ti.

—No tanto como quedar en secreto con un ex que desapareció del mapa cuando decidió que no eras lo bastante rica para él.

—Yo no he quedado en secreto con nadie, y ni siquiera he decidido si voy a ir o no.

—¿Por qué vas a considerarlo siquiera? Deberías haber acudido a mí en cuanto supiste algo de él. Ayer te dije que es él quien está robándote el dinero y entrando en tu piso, y no me comentaste nada. ¿Por qué?

Se levantó y se acercó al lavavajillas.

—Tenía otras cosas en la cabeza. Que le haya dicho que me voy a reunir con él no significa que vaya a hacerlo. Todavía no lo he decidido.

Tenía que estar de coña.

—¿Qué quieres decir con que aún no lo has decidido?

—Bueno, ahora tendría que enfrentarme a él por lo de las cámaras, la rosa y los cobros.

—Por el amor de Dios, Parker. ¿Por qué quieres arriesgarte de esa manera? —Me tragué la frustración. Aunque no quería contarle lo último que había averiguado, ella se merecía saber la verdad. Y si eso evitaba que se encontrara con Mike, tenía que decírselo.

—Será en un lugar público. ¿Qué daño puede hacerme? No voy a dejarme llevar por sus encantos otra vez.

—Pues deberías saber que está planeando secuestrarte. Ha ideado un ambicioso plan para llevarte de tu piso. —Tuve que reprimir las ganas de vomitar ante esa idea.

—¿Llevarme? —Pareció comprenderlo de repente—. ¿Secuestrarme ?

Asentí.

—De ahí las cámaras. Así podía asegurarse de que estuvieras sola y en qué momento eras más vulnerable.

—¿Estás seguro? Mike siempre ha sido superficial y egoísta, pero no puedo creer que sea capaz de…

—Se ha endeudado hasta las cejas. Y ha estado en contacto con algunas personas que…, bueno, algunas personas peligrosas. —Si me hubiera preguntado, le habría contado más, pero no necesitaba saber que, después de conseguir el rescate, había planeado venderla a una tercera persona en lugar de liberarla. Cerré los ojos con fuerza, tratando de bloquear aquel pensamiento.

—Tenemos que ir a la policía con lo que tengo, aunque gran parte lo he obtenido ilegalmente. Y también quiero hablar con tu padre.

—¿No lo has hecho ya? Pensaba que le harías a él la primera llamada. —Todavía estaba enfadada—. Las veinticuatro últimas horas han sido… demasiado. He tenido muchas revelaciones. Me han venido un montón de viejos recuerdos. Necesito tiempo para asimilarlo todo. Creo que voy a ir a un hotel una noche.

Me quedé de piedra. No podía moverme.

—Quédate aquí —le supliqué.

—Necesito algo de tiempo para procesar todo esto. Iré a casa de mis padres. Ellos tienen un buen sistema de seguridad. Allí estaré a salvo.

La agitación que sentía en las entrañas, y que había estado allí presente desde que ella había entrado por la puerta de mi casa la tarde anterior, con aquella expresión de decepción y rabia, se apoderó de todo mi cuerpo.

—Estarás a salvo conmigo.

Negó con la cabeza.

—No sé en quién puedo confiar en este momento. Solo quiero… quiero irme.

Allí estaba a salvo. Conmigo. Podía confiar en mí. Pero eso no importaba. Había estado a punto de ponerse en peligro de una manera que yo no podía comprender y con la que nunca iba a ser capaz de lidiar. Quizá fuera mejor que volviera con sus padres. Si no hubiera visto los correos que había intercambiado con su ex para tomar café, Mike habría podido secuestrarla y quién sabía qué más. Todas las versiones del futuro que podíamos compartir se habrían desintegrado en un instante.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

¿Qué podía decirle? Era mejor que se marchara. Iba a estar a salvo de Mike, y yo iba a estar a salvo de que mi mundo se tambaleara hasta los cimientos si algo le sucedía. Me había pasado toda una vida sin encariñarme con las mujeres por esa razón. Lo que sentía por Parker se había apoderado de mí, pero tal vez el espacio que ella me estaba pidiendo iba a darme tiempo para extinguirlo.

—Nada —respondí—. ¿Te parece bien que hable con la policía y con tu padre?

—Sí —dijo ella, en tono de decepción.

—Le diré a Sergei que te lleve. Su equipo y él están fuera. Estarás a salvo con ellos.

Era lo mejor. Despedirme en ese momento era más fácil, aunque me rompiera el corazón.

31

PARKER

Mis extremidades no se movían con la rapidez habitual, era como si estuviera pisando jarabe o vadeando melaza. Abrí la puerta de mi habitación y me encontré cara a cara con Sutton.

Las dos interrumpimos la llamada que manteníamos. Lo había dejado todo y había venido, había llegado antes de que yo terminara de contarle toda la lamentable historia.

—¿Por qué no me has dicho antes lo del dinero y la rosa? —Sutton se estremeció—. Es demasiado espeluznante… Ya sabes que nunca me gustó ese tipo. —Dejó caer la mochila al suelo y me envolvió en un abrazo.

—Mi padre se asegurará de que vaya a la cárcel. Según él, tienen un plan. Solo falta saber cómo llevarlo a cabo, porque Tristan ha hackeado su ordenador, así que, técnicamente, no deberíamos saber nada. Mi padre dice que va a ser como jugar al ajedrez. Lo tiene vigilado, y la seguridad en su casa es aún más estricta de lo normal. Sé que estoy a salvo y que ha terminado…, pero ha sido demasiado. —Me soltó y se sentó encima de un puf. Yo me tumbé en la cama.

—No quiero ni imaginarlo. ¿Y qué pasa con Tristan? ¿Has venido aquí porque es más seguro? ¿Por qué no está aquí contigo?

¿No era obvio?

—¿No te he dicho que mi padre se enteró de que quería fingir un matrimonio y le pidió a Tristan que no dijera nada?

—Sí, pero entonces tú y Tristan apenas os conocíais. Te proponías estafarle a tu padre veinticinco millones de libras.

Gemí y me tumbé de espaldas.

—No lo digas así. Ese dinero siempre ha estado destinado a ser mío. Y, de todos modos, mi padre lo ha sabido todo el tiempo.

—No puedes usar eso contra Tristan. No lo permitiré. —Miró a su alrededor—. ¿Tienes algo para picar?

—Y no es solo eso. Todo ese asunto con Mike… Tristan estaba espiando mis correos y no me lo había dicho. Mis correos son como mi diario: privados y personales. Es una traición enorme. ¿Y cómo voy a confiar en alguien después de todo lo que ha pasado? Mike iba a secuestrarme para que mi padre pagara un rescate. Y se suponía que iba a casarme con él. Cuando nos separamos hacía dos años que lo conocía. A Tristan lo conozco desde hace cuatro meses y tampoco es

como si estuviéramos casados de verdad.

—Siento llevarte la contraria, pero estáis casados de verdad. Estás casada con él. Y, además, lo has vuelto loco. Necesitamos vino y aperitivos. —Se levantó, cogió la mochila y sacó dos minibotellas de vino tinto, un paquete de almendras y dos Kit Kat—. Si te comes las almendras entre bocados de chocolate, las calorías del Kit Kat no cuentan.

Me senté y me dio una barrita de chocolate.

—Nuestro matrimonio existe solo sobre el papel. No había garantías de que siguiéramos juntos después de que pasaran los noventa días, y Tristan es un soltero consumado.

Me dio una botella de vino y dobló las piernas para apoyar la barbilla en las rodillas.

—No parecía así en la boda. Yo diría que ha pasado página.

—¿Cómo lo sabes? No he estado vigilándolo todo el tiempo. Además, mi historial a la hora de elegir pareja no es precisamente el mejor del mundo.

—No has elegido a nadie desde Mike. Y lo entiendo, es difícil confiar en alguien cuando te han tratado así, pero Tristan parece preocuparse de verdad por ti.

Yo también lo había pensado.

—Me ha mentido desde el principio. Y no le supone ningún problema invadir mi intimidad. No puedo confiar en nadie.

—Vamos… —dijo Sutton—. Sabes que eso no es cierto. Tu padre tenía razón cuando dijo que Tristan se hallaba en una posición imposible.

—Puedo entenderlo. Pero ha pasado mucho tiempo desde entonces, y podía habérmelo dicho en infinidad de ocasiones. ¿No crees que debería haber cambiado su lealtad de mi padre a mí?

—Probablemente estaba esperando… —Hizo una mueca como si no tuviera una buena explicación para que Tristan no me dijera que mi padre lo sabía.

—¿A qué?

—No sé, ¿al mejor momento para decírtelo? Tienes que hablar con él. Pregúntale por qué no lo ha mencionado en ningún momento.

—Si hubiera tenido una buena razón, me lo habría dicho. Y no quiero hablar con él ahora que sé que me ha estado vigilando. Me parece muy raro, es tan escalofriante como si estuviera en un especial acosadores de Netflix.

—Tal vez no lo consideró importante. Intentaba protegerte, creo. ¿Cómo están las cosas con él?

Se me encogió el estómago. Una vez. Dos. Tres.

—Mañana se cumplen los noventa días. Tendré acceso a mi fondo fiduciario al día siguiente.

—Que hayan pasado noventa días no significa nada.

—Tristan aceptó noventa días y nada más. Es un hombre de palabra. En lo que a él respecta, ha cumplido su parte del trato.

—Pero él no ha dicho nada de eso. Tienes que hablar con él. Resolver las cosas. Estoy segura de que podéis solucionarlo.

—No he hablado con él desde que me fui.

—Pues llámalo. O pídele que venga.

Cogí de la mesita el sobre marrón tamaño A4 que me habían entregado hacía un rato y se lo tendí.

Me lo quitó de las manos. Sus ojos no se apartaron de los míos mientras lo abría.

—¿Un acuerdo posnupcial y los papeles del divorcio?

—Todo se redactó antes de casarnos. Nos dieron copias a los dos. Nunca llegamos a firmar el posnupcial. Supongo que él decidió hacer las dos cosas a la vez. —Di un golpecito en el reverso de la página donde Tristan había firmado los papeles del divorcio.

—¿Así que ahora estáis divorciados?

—Tenemos que esperar un año. Pero no tengo que volver a verlo.

—¿Crees que solo intenta hacerte la vida más fácil, o que te está enviando un mensaje de despedida?

Solté una risa amarga.

—¿Y dónde está la diferencia? Hemos acabado.

—Pero tal vez él piensa que has roto tú.

—Y así es. —Le arranqué los papeles y los volví a meter en el sobre. Nos quedamos sentadas en silencio durante unos minutos.

—Lo siento —dijo Sutton.

—No importa. Hace cuatro meses, ni siquiera lo conocía. Se me pasará. —Mientras lo decía, el corazón me golpeaba la caja torácica, gritando *«No estés tan segura de eso»*—. Ojalá… Es que me siento como si hubiera escapado en cuanto tuvo la primera oportunidad de huir. Me ha dolido, y me duele, que supiera que mi padre estaba al tanto de que nuestra boda era una estratagema para conseguir el fondo fiduciario. Pero quería dejarlo atrás; quería que me dijera que lo sentía y que me demostrara que desde entonces ha cambiado todo. Quería saber que su lealtad era para mí. Quería superarlo y de repente, pum, ¿me entero de que está espiando mis correos? Eso da al asunto un cariz diferente… Me gustaba mucho. —Mi voz se quebró. Apreté los ojos para contener las lágrimas—. Pensaba que era diferente a lo que ha resultado ser.

Sutton me cogió la mano y la puso en su regazo.

—Es horrible. Pero no creo que buscara una salida y cogiera la primera que se le ha presentado. No lo conozco mucho, pero me pareció que solo quería hacerte feliz.

—¿Tienes otra explicación para que firmara los papeles del

divorcio?

—¿Y si él pensara que eso es lo que quieres? Tal vez deberías ir a verlo. Puedes usar la excusa de ir a recoger tus cosas.

Suspiré.

—No quiero verlo. No quiero estar con un hombre que pretende ser sincero y digno de confianza, centrado en mí y en lo que me hará feliz, como has dicho, cuando en realidad me está espiando sin decírmelo y leyendo mis mensajes privados. Mike no era el hombre que yo creía que era. Tristan no es el hombre que yo creía que era. Está claro que no sé ver lo que tengo delante de las narices.

Tenía que volver a mi vida antes de Tristan. Había sido feliz e iba a volver a serlo. O, al menos, me quedaba esa esperanza.

32

TRISTAN

Lo último que quería era ir de copas con los amigos. Pero estar en casa solo me recordaba a Parker. No había comido más que pedidos a Uber Eats durante una semana porque no podía soportar estar en la cocina. Me había mudado a una habitación del piso superior porque no podía dormir en mi cama sin ella. Alargaba el tiempo que pasaba en el despacho porque ¿qué otra cosa iba a hacer más que trabajar?

No estar con Parker era peor de lo que esperaba. Me afectaba mucho más de lo que habría imaginado.

—Hola, Tristan —me saludó con cálida familiaridad Brigette, la camarera del bar de Mayfair en el que Beck nos había citado.

Conseguí sonreír. Brigette era alta y rubia, con una sonrisa del tamaño del Atlántico. Además, acostumbraba a coquetear con ella. Solíamos pasarnos la pelota de uno a otro: le decía que quería quedar con ella y ser la mejor cita de su vida. Ella me decía que no había nada que le apeteciera más, pero que no podía salir con clientes. Entonces le respondía que valía la pena dejar su trabajo por mí. Y ella bromeaba, asegurando que primero tenía que ponerle un anillo en el dedo, etcétera…

Pero no fue así esa noche.

No me apetecía.

—Me alegro de volver a verte, ¿cómo te ha ido la vida? —preguntó.

—Bien —repuse—. ¿Ya ha llegado Beck?

Se puso rígida ante mi reacción, pero no me importó.

—Sí, sígueme. —Me mostró la mesa donde Dexter y Beck ya estaban sentados.

—Mierda, ¿qué te ha pasado? —se interesó Dexter—. Parece que se te haya muerto el gato.

—¿Habéis pedido las bebidas? —inquirí.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Beck.

—Cualquier cosa con alcohol —respondí.

—Iré a por ello —dijo Beck—. ¿Alguien se opone a pedir champán? Me parece que deberíamos celebrar el nacimiento del primer bebé del grupo. Va a tener que jugar a ser el árbitro entre sus padres toda su vida.

—¿Sofia ha tenido el bebé? —pregunté.

—Una niña. Han colgado una foto en el chat del grupo —explicó Beck—. ¿No la has visto?

Había apagado el teléfono porque había estado comprobando obsesivamente si Parker me había llamado o me había enviado un mensaje.

Me estaba volviendo loco.

—Debo de habérmela perdido. Una niña… Sí, claro. Qué bien…

—Amigo, no resultas muy convincente —dijo Dexter—. Cualquiera creería que te he dicho que se acaban de comprar un sofá.

—Me alegro de verdad por ellos —aclaré.

—Tu expresión dice otra cosa —añadió Dexter—. ¿Qué te pasa? Nunca te había visto así.

—Estoy bien —mentí—. Es solo que me están pasando muchas cosas en el trabajo y, ya sabéis, no estoy seguro de que el asunto con Parker vaya a funcionar.

—¿He oído bien? —intervino Beck, que volvía con el champán—. Parker es increíble y genial para ti. ¿Dónde está el problema?

—No tiene nada que ver con ella concretamente. —Ella era increíble; Beck tenía razón—. Es solo no creo que esté hecho para mantener una relación con alguien a largo plazo. Siempre lo he dicho.

Beck y Dexter permanecieron en silencio.

Levanté la vista a tiempo para ver cómo intercambiaban una mirada.

—¿Qué pasa? —solté.

—Estaba pensando que necesitamos a Andrew —dijo Dexter.

Beck se aclaró la garganta.

—O al menos a Gabriel.

—Es probable que debamos estar todos —añadió Dexter.

—No necesito una intervención. Soy diferente a vosotros. No he salido nunca con nadie.

—Lo sé —dijo Beck—. ¿Qué ha provocado este estado de ánimo?

Pensé en los papeles del divorcio que le había enviado ayer a Parker. Ella necesitaba tiempo, había tenido que asimilar muchas cosas y yo no la había mantenido a salvo. Lo entendía.

Les expliqué a Beck y a Dexter lo que había pasado cuando Parker había descubierto que Arthur había estado al tanto de nuestra treta desde el principio. Y cómo la había sacado de quicio que hubiera tenido que controlar su correo.

—Pero apenas la conocías entonces. Le debías tu lealtad a Arthur.

—Estoy de acuerdo. Pero, al mismo tiempo, podría habérselo dicho después de que la relación cambiara entre nosotros, aunque Arthur me hubiera pedido que no lo hiciera. Sé que se habría enfadado conmigo de cualquier manera, pero creo que lo correcto habría sido animarla a hablar con su padre antes. —Lamentaba no haberlo hecho. Que ella

fuera a contarle a su padre toda la historia antes de que le diera el fideicomiso era una prueba de su carácter. Al menos, debí haberla animado a hacerlo.

—Quizá deberías haberle dicho que ibas a empezar a vigilar sus correos —intervino Beck—. Eso no está bien.

—Pero ella sabía que yo estaba tratando de llegar al fondo de lo que estaba pasando con los cargos del banco y el allanamiento de su piso. Le dije que había puesto cámaras, y sabía que yo vigilaba sus cuentas bancarias. Por supuesto que controlaba también su correo.

Beck suspiró.

—No creo que haya asumido tan fácilmente que estabas leyendo sus correos. Es normal para ti hackear los mensajes privados de alguien, pero no lo es para el resto de la gente.

Quizá debí habérselo dicho. No había pensado que iba a suponer un problema. Había dado por hecho que ella lo sabía.

—Vale, así que tuvisteis una discusión —concluyó Dexter—. ¿Y no podéis solucionarlo?

Continué hablándoles sobre su ex y su plan para secuestrarla.

—Es totalmente comprensible que necesite tiempo después de enterarse de algo así —afirmé.

—¿En serio? —preguntó Beck—. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Ha estado sometida a una tremenda cantidad de estrés, su vida estaba potencialmente en peligro. Yo soy lo último que necesita.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Dexter—. Ahora te necesita más que nunca.

—Me pidió tiempo. No voy a ir a discutir con ella. Es comprensible que nuestra relación no resista esta tormenta. Su ex era una buena pieza.

—Nunca te he visto con una mujer como con Parker. ¿Lo que sientes no te hace querer luchar por ella? —profundizó Dexter.

Solté una carcajada.

—Lo que siento hacia ella es precisamente la razón por la que no quiero luchar.

—No lo entiendo —dijo Beck.

—Tal vez podríamos superar esto, pero no sé si podría volver a confiar en mí. En fin, digamos que lo hacemos, ¿y luego qué? Construimos una vida juntos… y luego, de repente, llega algo de lo que no podemos recuperarnos. ¿Dónde nos dejaría eso?

—¿Así que dices que te retiras ahora porque no te dolerá tanto? —resumió Dexter.

Me encogí de hombros. No había nada que añadir. Dexter lo había reducido a la esencia.

—Te equivocas —alegó Beck—. Si es el tipo de mujer que no querrías perder nunca, tienes que perseguirla. Es la mujer por la que

tienes que luchar.

—¿Por qué?

No tenía sentido para mí. Prefería evitar ya que acabáramos con el corazón roto y nuestras vidas destrozadas más adelante.

—Bueno, en primer lugar, porque lo que sientes ahora mismo, esa desazón que te agobia todas las noches, no va a desaparecer.

Dexter asintió como si supiera de qué demonios estaba hablando Beck.

—Esa sensación calará tan hondo que al final te darás cuenta de que no luchar por ella ha sido el peor error de tu vida. Y todavía más, no serás nunca el hombre que podrías llegar ser si no la tienes a tu lado. Si es la mujer adecuada, te desafiará de una manera que te hará sentir mejor. Te amará de una manera que te hará más fuerte. Estar con ella te convertirá en la persona que siempre debiste ser.

Me sentía atrapado, paralizado por el miedo mientras un tsunami con la verdad se acercaba a mí a cien kilómetros por hora.

Lo que Beck decía tenía sentido. Parker me hacía ser mejor. Sabía que era más feliz, más fuerte, con ella a mi lado.

—Pero no tengo el control de todo. Si ella no me quiere, no puedo cambiarlo. Si muere, no podría hacer nada. Si quisiera el divorcio cuando tengamos hijos y una vida juntos, me destrozaría.

Tensé la mandíbula, intentando contener el dolor de toda una vida. Estar con Parker era aún más aterrador que estar sin ella. ¿Y si se ponía de nuevo en peligro y alguien le hacía daño? ¿Y si me dejaba? Había reconstruido mi vida después de que mi familia quedara destrozada, pero no estaba seguro de poder hacerlo una segunda vez.

Dexter me pasó el brazo por el hombro.

—Por eso la necesitas. Porque sin ella nunca estarás completo. El riesgo de que, en algún momento, algo cambie y te destroce existirá siempre. El dolor, la muerte… Lo que sea. Pero evitar la alegría, evitar vivir para mantenerte a salvo, no es vida.

Beck asintió con solemnidad.

—No puedes evitar la vida, amigo. No puedes evitar enamorarte de la mujer con la que estás destinado a estar. No estaría bien. Creo que tus padres te dirían lo mismo.

Nunca había hablado de mi hermana con mis padres. Nunca había tratado con ellos el tema de su divorcio ni del modo en que mi infancia se vio ensombrecida por la enfermedad, la muerte y la separación. ¿Qué sentido tenía? Había aprendido la lección: no quería volver a sentirme así. Siempre había pensado que la forma más fácil de conseguirlo era no preocuparse demasiado por nadie. Pero Parker se había marchado y empezaba a plantearme si había dejado que las cosas llegaran demasiado lejos.

33

PARKER

Mientras estábamos sentados a la mesa de la sala de juntas para hablar de la estrategia que iba a seguir Sunrise durante los seis meses siguientes, tuve que volver a centrar mi atención en la habitación. No dejaba de pensar en Tristan, en la forma en que me había dicho que me habría mentido otra vez si retrocediéramos al principio, en cómo me había cogido de la mano cuando me había hablado de Mike, en los papeles del divorcio que tenía encima de la mesilla de noche.

—Creo que organizar otra subasta es una gran idea —afirmó alguien—. En la última recaudamos mucho dinero.

—Eso es porque Parker hizo pujar a su marido —respondió otra persona.

Me obligué a sonreír y me miré el dedo anular de la mano izquierda. Todavía llevaba los anillos que me había regalado. No sabía cuándo debía quitármelos. ¿Cuando me mudara? ¿Cuando firmara los papeles del divorcio? ¿Cuando me olvidara de él?

—No podemos hacer otra subasta antes de la próxima gala, es decir hasta el año que viene —expliqué—. Debe ser un evento especial.

—¿Crees que podemos convencer a Tristan para que se presente el año que viene? —intervino Ana.

Se me erizó la piel ante la pregunta. Seguía siendo mi marido e iba a seguir siéndolo durante algún tiempo. No podíamos presentar los papeles del divorcio hasta dentro de unos meses. Pero no era tan ingenua como para pensar que, aunque no lo subastaran, Tristan no iba a tardar en salir con alguien.

—No estoy segura de que se preste a ello —repuse, tratando de mantener mi tono lo más suave posible.

—Qué pena —dijo Ana—. Yo habría pujado por él.

Comprobé la hora en el móvil.

—Tenéis que perdonarme. Tengo una reunión con un posible donante.

Me puse de pie y salí de la sala de juntas. Necesitaba distraerme, no hablar sobre Tristan. Me dirigí a la zona de recepción y vi a alguien esperando. Tal vez la persona con la que estaba citada se había adelantado.

—Parker, el señor Fisher ya está aquí.

Me giré y el anciano del traje gris de la recepción se levantó.

—¿Parker Frazer?

Sonreí y di un paso adelante para estrecharle la mano.

—Señor Fisher.

—Es un placer conocerla por fin.

—Lo mismo digo. Vámonos a la sala de reuniones. —Lo guie por el pasillo, lo invité a sentarse y le ofrecí un café.

—Debo preguntarle algo —dijo el señor Fisher—. No he podido evitar fijarme en su apellido. ¿Comparte alguna relación con Arthur Frazer?

—Sí, Arthur es mi padre —afirmé.

—Es un buen hombre. Es raro que alguien con tanto éxito no tenga enemigos, pero siempre puedes confiar en que él haga lo correcto. —El señor Fisher se rio por lo bajo—. Sé que no está de moda decirlo, pero creo de verdad que gracias a que se casó joven, y ha seguido casado, ha conseguido mantener el equilibrio en su vida. Ha mantenido sus prioridades. Todos debemos recordar que, ante todo, somos hijos, cónyuges, padres o hermanos de alguien.

—Estoy de acuerdo. Es importante recordar quiénes somos para las personas que más amamos.

¿Pensaba Tristan que yo era su esposa en todo menos en el nombre? ¿Me amaba como yo empezaba a darme cuenta de que lo amaba a él?

—Exactamente —convino, y una profunda tristeza recorrió su rostro—. Mi nieta lo es todo para mí. Está sufriendo, pero tenemos la suerte de poder pagar la mejor atención médica posible. Quiero donar algo de dinero a su fundación benéfica para que otras familias tengan las mismas oportunidades que nosotros. —Parpadeó para evitar las lágrimas.

Puse una mano sobre la suya y se la apreté.

—Lo siento mucho. Está pasando un momento terrible.

Asintió y retiré la mano cuando recuperó la compostura.

—Sigo diciéndole a mi hijo que debe mantenerse junto a su esposa y sus hijos. Y él lo intenta. Pero es demasiada presión para todos ellos como familia.

Asentí, queriendo compartir su dolor, con la esperanza de que disminuyera si tenía alguien con quien hablar.

—También me preocupo por mi otro nieto. No está teniendo la infancia que debería. Todo el mundo está tan centrado en la enfermedad de su hermana y en los hospitales… Es horrible.

Pensé en cómo había debido de sentirse Tristan cuando no era más que un niño indefenso mientras su hermana recibía tratamiento y moría. Debió de sentirse impotente. Y luego, cuando sus padres se separaron, su mundo se había venido abajo.

Las ganas de dejar todo lo que estaba haciendo y correr hacia él me resultaron casi abrumadoras. Quería que se sintiera mejor; sabía que aún cargaba ese dolor a sus espaldas.

—Solo espero que salgan adelante juntos como una familia. Como una unidad. Son más fuertes si siguen unidos.

El señor Fisher seguía hablando, pero yo no podía oír nada de lo que decía. Solo podía pensar en Tristan, y en que su unidad familiar se había desintegrado cuando más la necesitaba. Debía de vivir con el temor de que la gente lo abandonara cuando más lo necesitaba. ¿Habría contribuido yo también a eso? Tristan debió haberme dicho que mi padre estaba al corriente de nuestro acuerdo, y no debió haber leído mis correos sin mi permiso, pero ¿significaba eso que no era el hombre que yo creía que era?

¿Significaba que no podía confiar en él?

34

PARKER

Había pasado la noche anterior hablando por el manos libres del teléfono con Sutton, sentada con mi pijama de vaquitas y con una mascarilla en la cara, disfrutando de unas pasas cubiertas de chocolate como había hecho todos los viernes por la noche durante años. Según Sutton definitivamente tenía que darle a Tristan una segunda oportunidad. Si solo estuviéramos enfrentándonos a que no me hubiera dicho que mi padre sabía lo nuestro, habría podido superarlo. Había estado en una posición difícil y solo estaba siendo leal a mi padre. Lo que me estaba siendo más difícil de digerir era que hubiera leído mis correos sin que yo lo supiera. No sabía cómo conciliar lo que había hecho con la confianza que teníamos uno en el otro. Así que, en ese momento, me enfrentaba a una noche del sábado en casa de mis padres, como tantos otros fines de semana solitarios en el pasado. En muchos sentidos, la vida había vuelto a ser lo que era antes de Tristan. Solo que no era así en realidad. Porque no podía dejar de pensar en él ni de preguntarme si las cosas habrían sido diferentes si nos hubiéramos conocido en circunstancias más favorables.

Bajé las escaleras cuando el reloj marcaba las siete y cuarto.

Mi madre me miró. Me había aplicado rímel antes de bajar con la intención de distraer la atención de mis ojos enrojecidos. Sonrió.

—¿Esperas a alguien? —preguntó. Mi madre apoyaba firmemente al equipo de Tristan. De hecho, había intentado enviarme a su casa desde el día en que había llegado.

—No. Me he puesto el rímel por mí. Ya te lo he dicho, Tristan y yo teníamos un trato durante noventa días. —Tampoco era que no hubiéramos estado juntos. Claro que habíamos tenido algo. En algún momento lo que era fingido se había convertido en auténtico y luego se había desvanecido en la nada.

Mi madre hizo una mueca y me dijo que estaba siendo ridícula.

—Es un chico encantador. Esperaba que durarais.

—Mamá, es un hombre de treinta y cuatro años.

—Los hombres siempre son niños de corazón. Harías bien en recordarlo.

Hice lo posible por no poner los ojos en blanco. Por suerte, mi padre apareció con un delantal e interrumpió nuestra conversación.

—¿Puedes llevar los platos al comedor? —Si los miles de personas

que trabajaban para mi padre pudieran verlo en ese momento, con un delantal, mientras mi madre decía que seguía siendo un niño en su corazón, habrían flipado.

Cogí los platos que mi padre señalaba con la espátula y los llevé al comedor.

—Mamá —la llamé mientras la seguía a la cocina.

Ella se volvió.

—¿Sí, querida?

—Solo necesitaba decirte lo mucho que te quiero.

Me dirigió una mirada que no había visto desde que era adolescente, una mezcla de preocupación y recelo.

Le rodeé la cintura con el brazo.

—No me he drogado, mamá. No te preocupes. Es solo que no te lo digo lo suficiente.

—Yo también te quiero, Parker.

Mi padre reapareció en ese momento llevando una bandeja con media pierna de cordero.

—Eh, vosotras dos, tened cuidado… Venga, sentaos o se enfriará todo.

Ocupamos los asientos que teníamos asignados habitualmente en torno a la mesa del comedor y mi padre trinchó el cordero.

—¿Hay alguna razón por la que disfrutemos de asado el sábado por la noche? —pregunté.

Mi padre me lanzó una mirada de reojo.

—Es tu plato favorito, ¿no?

Había tenido mucha suerte de que me tocara como padre.

—Arthur, voy a tener cordero congelado desde este momento hasta Navidad. ¿La próxima vez podrías calcular para tres en lugar de para treinta y tres?

El corazón se me agitó en el pecho, como si no encajara correctamente en su sitio. Había sentido punzadas similares desde que no veía a Tristan.

—No estaba seguro de cuánta gente habría a la mesa —dijo mi padre—. Pensé que Parker y Tristan se habrían reconciliado ahora que el asunto de Mike se ha solucionado.

—¿Se ha solucionado? —pregunté.

—¿No te lo ha contado Tristan? —comentó mi padre—. Lo han detenido por intento de secuestro. Le han negado la fianza y está en prisión preventiva a la espera del juicio.

Me recorrió una mezcla de alivio y horror.

—¿Ya está detenido?

—Supongo que tenían muchas pruebas —añadió mi padre—. Sin duda, gracias a Tristan.

—Vaya, menudo alivio, ¿verdad? —Miré a mi madre.

—Por supuesto. Podremos dormir todos un poco más tranquilos.

Me dio una palmadita en la mano y me sirvió un vaso de vino.

—¿Crees que Tristan ha ayudado a la policía? —Había dicho que iba a hablar con ellos, pero después de que me enviara los papeles del divorcio, no tenía motivos para suponer que seguía ayudándolos.

Mi padre me lanzó una mirada familiar que decía que yo sabía la respuesta a esa pregunta.

Por supuesto que Tristan había colaborado con la policía. Era esa clase de hombre.

—¿Te he contado alguna vez que cuando empecé a trabajar en el banco me asignaron a un puesto en el que no tenía ni idea de lo que debía hacer? —comentó mi padre—. Acababa de salir de la universidad, estaba recién graduado. De repente, tenía una responsabilidad que, en el fondo, sabía que me superaba. Que estaba completamente fuera de mi alcance.

Mi padre rara vez hablaba de trabajo en casa; parecía completamente satisfecho dejando su vida laboral en la oficina para que mi madre y él planearan viajes, discutieran sobre política e intentaran decidir qué hacer con la parte de huerto del jardín.

—Nadie creería que ahora eres responsable de las nóminas de todos los trabajadores del banco.

—Ya… —dijo, pasándome un bol de brécol y zanahorias—. Me echaron a los leones y no estaba muy seguro de si iban a devorarme o podría escapar, pero acabé recuperando el aliento y me puse a salvo.

Mi madre le dio una palmadita en el brazo.

—Como un ganador de oro olímpico.

—El primer día que llegué a casa del trabajo, recuerdo haber pensado que no iba a volver. Ni siquiera sabía encontrar el camino al baño. No tenía siquiera la esperanza de aprender a rellenar todas las hojas de cálculo que me habían dado, y mucho menos de saber qué decir en las reuniones que me habían puesto en la agenda. Volví a casa, me serví un vaso de whisky y escribí una carta de dimisión.

Mi madre se rio.

—¡Qué idiota!

—Me sentía abrumado —continuó mi padre—. Se suponía que debía tener todas las respuestas, que debería saber lo que estaba haciendo. No veía más alternativa que abandonar. De lo contrario, me arriesgaba a que todo el mundo descubriera que no era la persona adecuada para el puesto.

No podía imaginarme a mi padre sintiendo que no era el rey de lo que hacía. Incluso bordaba los asados.

—Sin embargo, no entregaste la carta, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—No. Me bebí el whisky y decidí que al día siguiente iba a ver

cómo me iba cuando fingiera que sabía lo que estaba haciendo. Entré en la oficina con la confianza de un empleado que llevaba cinco años trabajando allí. Si no sabía algo, lo preguntaba. Si necesitaba ayuda, la pedía, porque si hubiera llevado cinco años allí y no hubiera sabido algo, lo habría preguntado y punto. Básicamente, me dediqué a fingir. Fingí experiencia y confianza… Y funcionó. No pasó mucho tiempo hasta que una noche llegué a casa, me serví el whisky y me di cuenta de que había sido un día genial. Y ya no estaba fingiendo. Sabía de verdad lo que estaba haciendo.

Me dio un vuelco el corazón; había fingido hasta conseguirlo.

—Y ahora, por supuesto, me doy cuenta de que todos los universitarios en prácticas que empiezan un trabajo se sienten abrumados. No saben lo que están haciendo. Ni siquiera saben a dónde ir a hacer pis. Así que, cada año, con cada nuevo ingreso, les cuento la historia de lo que hice mi segundo día de trabajo. —Tomó un sorbo de vino—. Que algo te parezca abrumador no significa que debas renunciar y marcharte. A veces merece la pena quedarse, pedir ayuda. Nunca se sabe, antes de lo que uno piensa, todo se vuelve auténtico.

A mi madre se le cayeron el cuchillo y el tenedor en el plato.

—¡Como a Tristan y a ti! Empezó como un matrimonio falso, pero me parece que se volvió auténtico.

Le sonreí a mi madre de medio lado.

—Tu padre es ahora el director del banco —me recordó mi madre —, porque se quedó y fingió hasta lograrlo. Tienes que seguir con Tristan. Mira dónde podrías terminar.

Mi padre me guiñó un ojo.

—Solo por si no te has dado cuenta de la intención de mi historia…

Tenía la esperanza de que hubiera surgido algo auténtico de lo que había empezado de forma falsa entre Tristan y yo. Pero si hubiera sido así, no nos habríamos rendido ante el primer obstáculo. Lo habríamos superado. Si estábamos hundidos y no había nada después de unos meses de matrimonio, entonces no podíamos tener un futuro.

—Las relaciones no son como el trabajo —argumenté. Ojalá fuera tan fácil como pretendían—. Y cuando has perdido la confianza en alguien, ¿qué queda?

—Quieres decir que las relaciones son un trabajo —me corrigió mi madre—. Lo entiendo, estás molesta con Tristan. Entiendo que ha perdido tu confianza, pero eres una mujer inteligente, Parker. Tristan no es Mike.

—¿Cómo puedo saberlo? Nunca habría imaginado que Mike era un delincuente.

—Lo sabes porque eres diferente a cuando estabas con Mike. Has

conocido a los amigos y a la familia de Tristan. Sabes quién es a través de los ojos de la gente que lo quiere, además de los tuyos. ¿Conociste a la familia de Mike? —Ella sabía que la respuesta era no. Siempre había dicho que sus padres vivían en Hong Kong y, aunque había ido a visitarlos un par de veces mientras estábamos juntos, nunca había podido acompañarlo por mi trabajo—. Pero ni siquiera es eso. Lo sabes porque no eres una jovencita de veintidós años que no sabe nada de la vida. Lo que Mike hizo fue horrible, y es una persona terrible. Pero estar con él te dio experiencia vital, una experiencia vital muy valiosa. Afinó tu instinto. Has conocido lo malo y ya puedes reconocer lo bueno.

Me encogí de hombros. Todo eso no había sido decisión mía.

—Pero tampoco es como si él estuviera intentando tirar la puerta abajo para recuperarme.

—¿Te has puesto en contacto con él? —preguntó.

—No, pero…

—¿Hay un manual de instrucciones que dice que debe ser él quien tienda la mano? —preguntó—. O tal vez haya una ley que desconozco escrita en alguna parte. —Arqueó las cejas en esa forma que decía *«Ya sabes que tengo razón»*—. No dejes que tu orgullo se interponga en tu felicidad. Tu padre y yo decidimos cuando nos casamos que, por mucho éxito que tuviera, por mucha gente que lo reverenciara en el banco, en cuanto entrara por la puerta principal no sería el señor director general, sino mi marido y tu padre. Sabíamos que queríamos seguir casados. Tienes que averiguar si tú también, Parker.

Por eso mi padre siempre había sido *«papá»* para mí. Por eso me resultaba tan difícil que la gente me tratara de forma diferente porque él fuera mi padre. Pero eso había sido una decisión consciente de ellos. Y yo estaba agradecida por ello.

Mi madre tenía razón. Solo el orgullo me había impedido coger el teléfono y llamar a Tristan. Podía invitarlo a venir a casa para hablar como gente racional de cómo me sentía, y él podía explicarme qué había pasado por su cabeza y por qué no había estado en contacto. Podíamos fingir que éramos adultos racionales y maduros y mantener una conversación. Lo que había entre nosotros valía la pena, ¿no?

—Sois la mejor madre y el mejor padre que podría desear —aseguré—. Y, papá, haces un cordero asado fantástico.

—La salsa de menta es cosa mía —añadió mi madre—. Y eso, creo, completa el plato.

—No habría cordero asado sin salsa de menta —convino mi padre y se agachó para darle un beso.

Quizá fuera adulta, pero mis padres aún tenían mucho que enseñarme.

35

PARKER

A pesar de estar decidida a llamar a Tristan, tardé veinticuatro horas en armarme de valor para enviarle un mensaje para preguntarle si quería comer conmigo. Le di a enviar y lancé el teléfono al sofá como si quemara. Empezó a sonar inmediatamente. Cuando lo cogí, el nombre de Tristan parpadeaba en la pantalla.

Mi corazón se infló de emoción, pero no estaba preparada para hablar con él. Quizá me llamaba para decirme que no, para decirme que quería romper nuestros lazos para siempre.

Si no respondía, no iba a saberlo nunca. Deslicé el dedo para aceptar la llamada.

—Hola —respondí.

—Hola —dijo—. He pensado que era mejor llamar.

—Ya veo.

—Gracias por enviarme el mensaje —dijo.

—Gracias por llamar —respondí. Aquello resultaba incómodo y extraño, y quise correr a su casa para sentarme frente a él en el comedor, compartiendo una botella de vino.

Inspiró, y solo podía pensar en que iba a decir que no.

—Mira —solté—. No tienes que aceptar si no quieres. Solo he pensado que…

—No puedo ir a comer —me interrumpió.

Lo sabía. Estaba llamando para decírmelo más suavemente.

—Pero puedo llevar comida a domicilio a tu casa si te viene bien. Tu padre me ha dicho que te has mudado otra vez ahora que han arrestado a Wilson. Incluso puedo ir esta noche.

—¿Esta noche? —Aunque solo eran las seis, ya estaba en pijama.

—Es posible que ya tengas planes para esta noche. Podríamos…

—Esta noche me va bien.

Suspiró con lo que parecía alivio.

—Bien.

—Bien —respondí.

—¿Dentro de una hora?

—Perfecto.

Colgamos y apreté el teléfono contra mi pecho. Una hora no era demasiado tiempo. Cuanto antes, mejor. El único problema era que aún no había encajado la última pieza del rompecabezas. Así que tenía

que aprovechar el tiempo; no pensaba rechazar una cita con mi marido.

36

TRISTAN

Las citas nunca me hacían sudar. Nunca había sentido ni el más mínimo atisbo de nervios cuando había salido con una mujer, pero al subir al edificio de Parker, con la cena en una bolsa y todo lo demás que necesitaba en la otra, notaba las gotas de sudor en el nacimiento del pelo como si fueran adolescentes esperando para entrar en un concierto de Justin Bieber.

Abrí el portal con la llave maestra de Amazon y subí las escaleras de dos en dos hasta el piso de Parker. Tenía el teléfono en la mano cuando había recibido su mensaje. En realidad, había estado sopesando si debía enviarle un mensaje, llamarla o dejarme caer por allí sin más. Cuando me entró su mensaje, lo tomé como una señal y marqué su número. No había mejor momento que el presente. Llevaba demasiado tiempo sin estar con ella, y había llegado la hora de arreglar las cosas. No tenía ni idea de por qué me había invitado a comer ni de lo que pensaba decirme, pero era un rayo de luz en la oscuridad y no estaba dispuesto a desperdiciarlo.

Cuando abrió la puerta, recorrí su cuerpo con la mirada. Necesitaba verla. Estar tan cerca de ella era como regresar a casa, como si los treinta y cuatro últimos años hubieran durado solo un instante y los meses con Parker hubieran ocupado la mayor parte de mi vida. Ella era mi hogar. Ella era el lugar al que pertenecía.

—¿Y tu pijama de vacas?

Sonrió.

—Me he cambiado.

—Estás preciosa. —Llevaba la blusa roja que se había puesto en nuestra primera cita y el pintalabios a juego. Estaba perfecta. Como siempre. No importaba lo que llevara.

—Tú también estás muy guapo —contestó.

Me miré de arriba abajo. Solo llevaba unos vaqueros y una camiseta. Como casi siempre.

—Pasa —dijo, manteniendo la puerta abierta—. ¿Qué tipo de comida has traído?

—Mexicana. ¿Te parece bien?

—Genial. Tengo algo de vino…

—Tú te encargas del vino y yo emplataré la comida. —No quería que me viera preparar lo que había planeado.

Se encogió de hombros, cogió una botella de vino de la nevera, junto con dos copas, y regresó de nuevo al salón. Había una pequeña mesa de comedor apoyada en la pared del fondo.

Puse toda la comida mexicana en una bandeja sobre algunos platos e incluso me acordé de los cubiertos de servir. Luego saqué un bol, abrí el paquete de pasas cubiertas de chocolate y las vertí en él.

Cogí la bandeja y me reuní con Parker en la mesa.

—He elegido tinto. Espero que te apetezca —dijo. Normalmente no preguntaba, porque no hacía falta. No me importaba qué clase de vino bebíamos. Solo me importaba estar allí. Con ella.

—Genial.

Tomamos asiento y nos servimos la comida en dos platos. En realidad, en lo último que pensaba era en comer. Estábamos allí juntos, y eso era lo más importante.

—Gracias por venir —añadió.

—Me alegro de estar aquí. Estaba a punto de llamarte cuando me mandaste el mensaje.

—¿En serio? —Parecía sorprendida, como si no alcanzara a imaginar lo que iba decirle. Esperaba que eso no fuera una mala señal, aunque no me importaba. Estaba allí, decidido a disipar cualquier preocupación o temor que pudiera evitar que me aceptara de nuevo.

—En serio. Te echo de menos. —El corazón me retumbó en el pecho. Dejé los cubiertos y me quedé mirándola—. Te he echado muchísimo de menos.

Asintió y dejó también los cubiertos. La comida solo había sido una excusa para llegar a ese momento. Lo que importaba eran las palabras. Nuestros sentimientos.

—Sé que te hice daño —empecé—. Sé que no te gusta que te haya ocultado cosas. Y sé que estás enfadada porque dije que no habría actuado de forma diferente con respecto a lo de decírselo a tu padre. También sé que debería haberte dicho que iba a revisar tus correos. —Quería que entendiera que sus palabras no habían caído en saco roto, que la había tenido en cuenta, aunque no estuviéramos de acuerdo en lo que había hecho—. Es solo que me puse en modo automático e hice lo necesario para atrapar a ese cabrón, pero lo siento.

Asintió.

—No volverá a ocurrir. No es que te ocultara deliberadamente que estaba controlando tus correos. Solo actué como suelo hacerlo, y como es tan habitual para mí, no se me ocurrió que no sabías lo que estaba haciendo.

—Acepto tus disculpas.

El corazón se me aceleró en el pecho.

Asintió de nuevo

—Y entiendo que estabas haciendo lo correcto por mi padre

cuando guardaste su secreto. No me debías ninguna lealtad, pero sí, ojalá me lo hubieras dicho antes.

—Lo siento —repetí.

—Acepto tus disculpas. Y siento haberme ido y no haberme quedado para mantener una conversación como la que estamos teniendo ahora.

—Quizá los dos necesitábamos un poco de tiempo para entrar en razón.

—Quizá —dijo ella—. Pero debes saber que estoy aquí. No voy a abandonar el barco a las primeras de cambio. Tienes que saber que estoy a tu lado, comprometida contigo. No voy a alejarme. —Tomó aire—. Te quiero.

Fue como si alguien me hubiera sacado una estaca que tuviera clavada en el pecho: un dolor desgarrador seguido del alivio de aspirar una bocanada de oxígeno.

Y pensaba que podía evitar preocuparme por alguien. La pena había puesto mi vida patas arriba y no quería que volviera a ocurrir.

Pero ya era demasiado tarde.

Estaba allí sentado, y el daño estaba hecho. Si perdiera a Parker en ese momento, todo mi mundo iba a desmoronarse.

—Yo también te quiero. —Fue un alivio decir esas palabras que representaban unos sentimientos de los que había estado huyendo durante demasiado tiempo—. Pensaba que podría evitar que en mi vida hubiera otra persona capaz de poner mi mundo patas arriba si la perdía. Pero…, ya no quiero evitarlo. Era inútil intentarlo.

Asintió.

—Lo entiendo. Tiene sentido.

¿Por qué está aceptándolo todo con tanta facilidad?

—Siento haberte hecho daño, Parker. Quiero hacer todo lo posible para arreglarlo.

Suspiró y cogió el tenedor.

—La comida mexicana ayuda. Pero ¿dónde están los profiteroles de crema?

—¿Si te traigo profiteroles de crema, me perdonarás?

—Con o sin profiteroles, ya te he perdonado. Nos amamos. Estamos casados…

Mierda, había olvidado que había firmado esos malditos papeles. Me puse de pie.

—¿Firmaste los papeles? ¿Dónde están?

—Relájate, no los he firmado. Y, de todos modos, no podemos presentarlos hasta nuestro primer aniversario.

—¿No los has firmado? —pregunté—. ¿No te has dado por vencida con nosotros?

—Supongo que no. No me he quitado los anillos. —Levantó la

mano para enseñármelos.

La puse de pie y le pasé los pulgares por los pómulos.

—Nunca renunciaste a lo nuestro.

—Era una promesa.

Sonaba a matrimonio.

La besé y sus manos se hundieron en mi pelo mientras nuestras lenguas se encontraban. Era todo lo que habría podido soñar: muy dulce y sexy, amable pero con una actitud combativa.

Me aparté y tomé aire.

—Necesito decirte otra cosa.

Parecía confundida por mi brusquedad.

—No te muevas —dije, apretándole los hombros antes de ir de nuevo a la cocina. Abrí la puerta de la nevera y saqué la caja de profiteroles de crema. Puse uno en un plato, tomé aire y volví al salón.

Inclinó la cabeza al ver el plato.

—¿Has traído profiteroles de crema?

—¿Cómo podría no traerlos, Profiterol de Crema?

Dejé el plato sobre la mesa

—No es un diamante y no estamos en las Seychelles ni en un restaurante de lujo. No hay fuegos artificiales ni… —Estaba balbuciendo. Necesitaba centrarme en el tema—. El hecho es que te quiero. Y si te prometo que te mantendré provista de profiteroles de crema durante el resto de tu vida, ¿serás mi esposa? Esta vez de verdad.

—¿En serio? —preguntó como si no me hubiera oído bien.

Me arrodillé, para que no tuviera dudas.

—¿Quieres casarte conmigo?

Me echó los brazos al cuello.

—Así, tienes la altura perfecta.

—¿Es eso un sí?

—Sí, eso es un sí. Solo hay una cosa más…

El corazón se me aceleró en el pecho. No quería que tuviera ni una sola duda.

—¿Qué?

—¿Qué tengo que hacer para que sepas que voy a estar contigo para siempre? En lo bueno y en lo malo. Pase lo que pase, nunca olvidaré eso, Tristan. ¿Cómo puedo convencerte de que te ofrezco garantías?

Me puse de pie y la llevé conmigo. Me rodeó la cintura con las piernas mientras nos besábamos.

—Ya lo has hecho —respondí—. Me llamaste por teléfono y me invitaste a comer. Era lo que necesitaba. Gracias.

—Lo que sea por ti —respondió ella.

Allí era exactamente dónde debía estar. Con Parker. No necesitaba

nada más.

—No hacía falta que me lo propusieras otra vez —comentó.

—Tengo la sensación de que va a haber muchas negociaciones durante nuestro matrimonio. Y estoy dispuesto. Pero tienes que entender que hay algo que no es negociable: voy a darte más de lo que necesitas.

Sus mejillas se pusieron tan rojas como sus labios.

—Estando contigo, ya me siento la mujer más afortunada del mundo. No necesito nada más. —Deslizó las manos por mi espalda. No había nada mejor que tenerla entre mis brazos. Esa vez para siempre.

El calor me inundó el pecho. Habían sido muchas las coincidencias que habían conspirado para que llegara ese momento, y estaba agradecido por todas ellas. Había aceptado la invitación de Arthur antes de saber para qué se recaudaban fondos en esa gala benéfica. Había salido para atender una llamada. Parker había chocado conmigo como un tren de mercancías, física y metafóricamente. Y cada vez que el destino había podido separarnos, nos había unido más. Con Parker, yo era más fuerte; juntos, éramos imparables. No importaba lo que nos aguardara en la vida, tenía la sensación de que eso nunca iba a cambiar.

Epílogo

Diez días después
PARKER

Me reí para mis adentros mientras entraba en el dormitorio desde el que Tristan acababa de llamarme. Estaba tumbado y le colgaban los pies por el borde de la cama. Era demasiado alto para su propio bien.

—Tenemos pendiente una conversación —dijo.

—¿Sobre lo exageradamente alto que eres? —contesté.

Se dio la vuelta, apoyó la cabeza en una mano mientras daba una palmadita en la cama con la otra.

—Sobre logística.

Esperaba que dijera esto. Llevábamos diez días apretujados en el piso de Maida Vale y era demasiado pequeño para los dos.

Me acomodé en la cama junto a él.

—Tienes razón. Deberíamos volver a tu casa. —No sabía por qué no había dicho nada antes. Solo que cuando me mudara de ese lugar, no iba a volver a vivir allí. Supuse que, durante esos últimos días, me había estado despidiendo.

—No estoy tan seguro de ello —respondió.

—¿Quieres quedarte aquí?

—No. Pero al mismo tiempo, no quiero que te mudes a mi casa. Creo que deberíamos irnos a un lugar en el que no haya vivido antes ninguno de los dos.

Lo miré, pensativa.

—Es una buena idea. ¿Qué se te ha ocurrido?

—No estaba pensando nada en concreto —respondió—. Ya veremos. Mientras tanto, ¿qué tal si volvemos a Notting Hill para que pueda dormir a gusto?

—Creo que es buena idea.

—Y otra cosa, Profiterol de Crema… —Sonreí, encantada con el apodo que había acuñado para mí. No iba a decírselo jamás, pero me parecía un detalle bonito y cada vez que lo usaba me acordaba de la primera vez que nos habíamos visto.

—¿Otra cosa? ¿Qué más puedes querer de mí? —Dejé caer el brazo sobre la frente como una doncella desmayada en un romance histórico.

Metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un cheque.

—¿Quién utiliza cheques hoy en día? —pregunté.

—Yo. No puedo hacer transferencias electrónicas desde esta

cuenta.

—¿Para qué es?

—Será una decisión conjunta —dijo, y me puso el cheque en la mano—, pero he pensado que deberíamos donar el diez por ciento de nuestros ingresos netos a la fundación benéfica que diriges —añadió antes de que pudiera ver a qué nombre estaba.

Extendí el brazo para acariciarle la mejilla.

—Es un detalle muy bonito.

Miré el cheque y luego lo leí con más atención.

—No puedes hablar en serio. ¿Estás donando a Sunrise… quinientas mil libras?

—No —respondió—. Estamos dando a Sunrise el diez por ciento de mis ingresos netos. Ya me imaginaba que tu salario se perdería un poco en el redondeo.

Me senté de golpe.

—Me estás diciendo que ganas…, espera, eso es una locura de dinero.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Creías que era pobre?

—No, pero es mucho dinero.

—Claro, por eso lo estoy discutiendo contigo. —Se sentó y me subió a su regazo—. No quiero hacer nada que no te parezca bien, así que si prefieres repartirlo entre varias buenas causas o…

Me giré en su regazo y lo besé.

—¿Cómo has llegado a ser un hombre tan amable y generoso?

—Tú me inspiras —dijo sin perder el ritmo—. Me has hecho reevaluar casi todo en mi vida. Incluso lo que hago con mi dinero. Menos en el ámbito del diseño de interiores; tu gusto es… horrible. —Miró la lámpara con forma de conejo de mi mesita de noche.

Le pinché con el dedo en el estómago.

—Es ecléctico.

—No puedo con el eclecticismo. —Se llevó la mano al cabello de la forma en que lo hacía siempre que estaba ansioso por algo.

—Oye —dije, rozándole la ceja con el dedo—. Si te molesta tanto, puedes ocuparte de la decoración del lugar donde acabemos viviendo.

Soltó el aire y dejó caer los hombros.

—Eso me haría sentir mucho mejor.

—No estoy aceptando que yo tenga mal gusto. Solo que tú eres muy peculiar.

—Si necesitas decirte eso a ti misma, pues vale… —Sonreí—. Así que tengo tu promesa solemne de que no te involucrarás en la decoración de nuestra nueva casa y de que no comprarás nada sin mi acuerdo expreso.

—Vaya, vas en serio —respondí.

—Sinceramente, te quiero, Parker, pero estar en tu piso me estresa

muchísimo. Es demasiado…

Me reí y levanté la mano derecha.

—Si es importante para ti, entonces te juro solemnemente que no me meteré en ninguna discusión con respecto a la decoración, y no haré ninguna compra para la casa en la que vayamos a vivir los dos. —Nada era más valioso para mí que hacer feliz a Tristan.

—Puedes tener una habitación en la que te desmelenes. Aparte de eso, es lo que yo digo hasta el final.

Asentí con decisión.

—Sí, señor.

Gruñó y me empujó hacia atrás. Acababa de tumbarse sobre mí cuando sonó el timbre de la puerta.

—Esa es Sutton.

—Estaba a punto de desvestirte —respondió.

—Eso puede esperar. Hoy se enteraba de en qué hospital le va a tocar. —Salí corriendo de la cama y abrí la puerta.

Parecía que Sutton acababa de recibir un golpe en la cara con una sartén. Casi podía ver un halo de estrellas dando vueltas alrededor de su cabeza como en los dibujos animados.

—¿Qué te ha pasado? —La llevé adentro—. Tristan, vamos a necesitar tequila —advertí—. Ven y siéntate.

—He entrado en el Royal Free. —Se desplomó en el sofá.

Estaba confusa. Parecía una buena noticia.

—¿No era esa tu primera opción? —Me senté a su lado y le di una palmadita en la espalda.

—Por supuesto —convino—. Pero no esperaba que me eligieran. Soy una estudiante con bastante edad y todo el mundo quiere cursar su programa. Debe de ser un error.

Tristan entró con una bandeja de vasos de chupito y una botella de tequila que no estaba segura de haber visto antes.

—Me gustaría deciros que os dejo a solas, pero dado que vivimos en una caja de zapatos de dos habitaciones, puedo oír todo lo que decís.

—Por supuesto que no es un error —la contradije, ignorando a Tristan—. Díselo tú también —lo animé mirándolo fijamente.

—¿Qué no es un error?

—Bueno, acabas de refutar tu propia teoría. —Puse los ojos en blanco—. Sutton ha conseguido la plaza que quería en el Royal Free Hospital y cree que deben de haber cometido un error.

—Por supuesto que no —aseguró Tristan, acercando una de las sillas del comedor a donde estábamos nosotras; solo podía elegir entre eso y sentarse en el suelo.

—Pero soy mayor que la mayoría de los candidatos.

—No por mucho —dije, tratando de tranquilizarla.

—De hecho, eso probablemente influiría a tu favor —sugirió Tristan—. Más experiencia vital y madurez.

—Y la nota de tu examen fue magnífica —añadí.

Me agarró la mano.

—No te olvides de mí, ¿quieres? Estos próximos años van a ser intensos. Y ahora tienes marido. —Señaló con la cabeza a Tristan como si fuera una lámpara que acababa de adquirir—. Y tiene mil amigos casados y con pareja. No vas a poder hacerme un hueco.

—Por supuesto que sí. —Le apreté la mano—. Es emocionante. Es el trabajo con el que soñabas. Sí, vas a trabajar mucho, pero estaremos cerca para apoyarte, vamos a mudarnos. Podrás pasar a cenar cada vez que termines un turno.

Me miró.

—¿Te mudas a Hampstead?

Tristan me lanzaba miradas diabólicas mientras servía chupitos de tequila.

—Todavía tenemos que encontrar una casa, pero ¿por qué no? —¿Por qué no iba gustarme Hampstead? Estaba segura de que podíamos encontrar el sitio perfecto—. Y le voy a encargar a Tristan que busque un nuevo amigo con el que pueda emparejarte.

Gimió.

—No necesito novio. Solo ser buena en mi trabajo y que no me despidan el primer día. —Sutton necesitaba la charla de ánimo de mi padre lo antes posible y mucha distracción.

Tristan le pasó a Sutton un chupito de tequila y luego me dio uno a mí.

—No voy a poder volver a beber tequila. En cuanto empiece en el Royal Free tendré que ser… que comportarme como una adulta. Seré médico.

—Entonces, será mejor que bebas todo el que puedas ahora —dijo Tristan, levantando su chupito. Observé cómo le subía y bajaba la nuez mientras se lo tragaba de golpe y me contuve para no tirarlo al suelo y lamerle el cuello desde la clavícula hasta la barbilla.

Hice chocar mi vaso con el de Sutton.

—Es una noticia increíble, Sutton.

—Todos crecemos y seguimos adelante —dijo.

—¿Dónde trabaja Hartford? —le pregunté a Tristan—. ¿No es el Royal Free?

Tristan se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿Quieres que le envíe un mensaje?

Negué con la cabeza.

—Pase lo que pase, siempre seremos las mejores amigas del mundo.

Suspiró.

—Yo no voy a tener un hombre como Tristan al volver a casa. Aceptar este trabajo es básicamente como recibir un certificado de soltería de por vida.

—Eso también lo pensaba yo —intervino Tristan—. Ten cuidado. Esos papeles tienen tendencia a desintegrarse cuando no estás mirando.

Sutton se rio.

—No sucederá nunca. Tengo que concentrarme en el trabajo. No pasa nada, es por elección propia. Me encanta poder ser médico, a pesar de los sacrificios. ¿Sabes…? —Aspiró un poco de aire—. Hasta entonces, un poco de tequila más no me hará daño.

Tristan sirvió otra ronda para todos y yo intenté llamar su atención, intentando transmitirle lo mucho que me gustaba que estuviera sentado ahí, celebrándolo y consolando a mi mejor amiga. Sabía que, independientemente de lo que estuviéramos haciendo, no había ningún lugar en el que él prefiriera estar que conmigo. Y no había nada mejor.

Junio de ese mismo año

TRISTAN

Hacía apenas un par de años, la idea de que iba a llegar el día en que presenciara el «Sí, quiero» de Joshua me habría resultado ridícula. La idea de que mi mujer estuviera a mi lado estaba un paso más allá de la locura. Pero allí nos encontrábamos, y nunca había sido tan feliz.

—Hollie está radiante. Incluso si no nos hubiera dicho que estaba embarazada, sería obvio —aseguró Parker mientras Hollie y Dexter se acercaban a nosotros.

Hollie y Dexter nos habían dado la noticia hacía un par de semanas. Querían estar seguros de que no le robara protagonismo a la ceremonia de Joshua y Hartford. No quería llevarle la contraria a Parker, pero no estaba seguro de que Hollie tuviera un aspecto muy diferente al habitual.

—Sin embargo, no sé por qué les preocupaba eclipsar esto. —Parker pasó el brazo por el verde césped.

—La boda de Joshua siempre llamará la atención —dije. Por supuesto que había elegido Cliveden House para casarse. Nada más que grandeza y opulencia para Joshua. Y si Claridge's no estaba disponible, entonces buscaba otra cosa mejor.

—¿Y si nos casamos de nuevo? —pregunté.

Parker negó con la cabeza.

—Solo pretendo casarme una vez, muchas gracias.

Me reí.

—¿Una renovación de votos? Algún tipo de celebración en la que los dos nos comprometamos para siempre.

—¿No lo hacemos todos los días? —dijo Parker—. No hará que te quiera más de lo que ya te quiero, porque eso es imposible.

Le rodeé la cintura con el brazo, la eché hacia atrás y la besé con intensidad dramática antes de enderezarla.

—Sois adorables —dijo Hollie mientras se acercaba a nosotros, con una mano encima del estómago y Dexter a su lado.

—Joshua y Hartford parecen felices —comenté, sin querer seguir hablando de nuestra «adorabilidad». Aunque sabía que éramos adorables.

—Como todo el mundo —afirmó Gabriel mientras él y Autumn se unían a nuestro grupo.

Saludé a Stella, que estaba al otro lado del césped. Ella tiró de la manga de Beck y se aproximaron a nosotros.

—Dios, apuesto algo a que acaban de hacerlo —soltó Autumn, señalando con la cabeza a Andrew y a Sofia mientras bajaban las escaleras hacia nuestro grupo.

—¿Y nosotros no? —repuso Gabriel, algo ofendido.

—Vaya, ¿lo he dicho en voz alta?

—Claro que sí —dijo Gabriel, abriendo mucho los ojos.

Autumn se puso de puntillas y le besó la mandíbula, luego le pellizcó el trasero.

—Eres el mejor. Haces movimientos que ganarían…

Me aclaré la garganta. No quería tener ese tipo de imágenes de Gabriel y Autumn en mi cabeza; no iba a poder borrarlas de mi mente jamás.

—¿De qué habláis? —preguntó Sofia mientras Andrew y ella se unían al grupo.

—Estábamos diciendo que todo un grupo de solteros recalcitrantes están ahora casados o a punto de estarlo —dijo Parker, para arreglarlo —. Y tienes que hacerme un favor. Mi mejor amiga cree que va a seguir soltera durante el resto de su vida porque acaba de empezar a trabajar como médico. Tenemos que ponernos de acuerdo y encontrarle un novio. Aunque solo sea para que se divierta un poco.

Parker no había bromeado cuando le dijo a Sutton que íbamos a mudarnos a Hampstead. Habíamos empezado a buscar casa exclusivamente en un radio cercano al hospital en el que Sutton iba a trabajar desde septiembre. Si eso hacía feliz a Parker, no me importaba dónde viviéramos, siempre y cuando ella no lo decorara y tuviéramos una cama tan grande como la del hotel de México. Sutton era importante para ella, lo que significaba que era importante para mí también.

—Encontraremos a alguien —aseguré.

—Estoy segura de que Hartford puede ponerla en contacto con un médico soltero —intervino Autumn.

—¿Alguien quiere apostar sobre cuánto tiempo que tardarán Joshua y Hartford en quedarse embarazados?

—¿Quieren tener hijos? —preguntó Parker. Ella y yo estábamos de acuerdo en que no era el momento adecuado. Tenía previsto pasar toda mi vida con Parker, y queríamos tener familia… en algún momento. Pero antes necesitábamos tiempo para nosotros solos. Parker pensaba lo mismo. Cuando llegara la hora, iba a ser la mejor madre que nadie pudiera imaginar. Pero, hasta entonces, quería centrarme en ser un gran marido. Eso era lo que ella se merecía, ya que era la mejor esposa que un hombre podía pedir.

—Joshua es demasiado vanidoso para dejar que sus genes se desperdicien —bromeó Andrew.

Parker se rio. Todavía se estaba acostumbrando a lo que Andrew consideraba una charla social. Aún estaba familiarizándose con todos mis amigos, pero comprendía lo importantes que eran todos para mí, así que también lo eran para ella.

Éramos un grupo de seis amigos que nos conocimos de niños. En ese momento éramos hombres casados o a punto de estarlo, y pronto íbamos a ser seis familias que caminaban juntas por el mundo, a través de los altibajos, y de los buenos y los malos momentos. Cada uno con el amor de su vida a su lado, los seis éramos más fuertes y mejores que nunca. Con Parker acompañándome durante el resto de mi vida, sabía que me aguardaba un futuro brillante.

Agradecimientos

Gracias por leer Mister Notting Hill.

Me encantaría saber qué te ha parecido. Si dispones de unos minutos para dejar una reseña, te quedaré muy agradecida. Envíame el enlace a louise@louisebay.com y te daré las gracias personalmente.

Si te suscribes a mi boletín de noticias en louisebay.com, recibirás las últimas noticias, actualizaciones de libros, sorteos y regalos.

Sígueme en redes sociales para recibir alertas de ventas y nuevos lanzamientos.

Stella y Beck – *Mister Mayfair*

Hollie y Dexter – *Mister Knightsbridge*

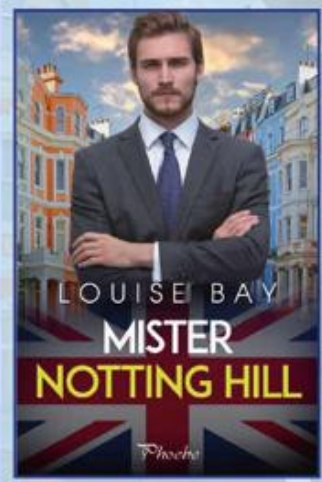
Autumn y Gabriel - *Mister Smithfield*

Hartford y Joshua – *Mister Park Lane*

Andrew y Sofia – *Mister Bloomsbury*

Tristan y Parker – *Mister Notting Hill*

Sinopsis de
Mister Notting Hill



Es la noche más embarazosa de mi vida. No solo me he chocado, literalmente, con el hombre más guapo que he visto nunca en el vestíbulo de un hotel, sino que los bollos de nata montada que llevaba (no se admiten preguntas) han acabado aplastados contra mi cuerpo.

Cuando por fin consigo cambiarme de ropa, ese mismo tipo —el hombre más sexy de la historia— hace una puja por veinticinco mil libras en una subasta benéfica… ¡para obtener una cita conmigo!

Mi vida debe de estar mejorando, ¿verdad? Después de todo, un tío guapísimo acaba de ofrecer una suma increíble de dinero para cenar en mi compañía. Pero acto seguido le veo sentarse al lado de mi padre, y sé que no está interesado en mí, sino en hacer negocios con él. Sin embargo, estoy decidida a conseguir que la situación funcione. Si realmente quiere impresionar a mi padre, ese apuesto desconocido puede casarse conmigo… durante tres meses. Es todo lo que necesito para tener acceso a mi fondo fiduciario y poder dedicar el dinero a la fundación benéfica que presido. Tristan conseguirá lo que quiere de mi padre, y mi padre dejará de agobiarme con el tema del matrimonio. Todos ganamos. Tampoco será demasiado tiempo: hasta entonces, solo tengo que ignorar esos músculos, duros como piedras, que sentí cuando me tropecé con él; esa mirada, que me dice que será tan delicioso como parece, y esa química que chisporrotea entre nosotros siempre que estamos juntos.

Biografía de la autora

Louise Bay adora la lluvia, Londres, los días en los que no tiene que maquillarse, disfrutar de tiempo a solas, estar con sus amigos, los elefantes y el champán. Todas sus novelas son auténticos *best sellers.*

Mister Notting Hill es la última novela de la autora y último título de *The Mister Series* —*Mister Mayfair, Mister Knightsbridge, Mister Smithfield, Mister Park Lane* y *Mister Bloomsbury*—, después del éxito conseguido con *Una semana en Nueva York,* la bilogía *The Gentlemen* —compuesta por *El caballero implacable* y *El caballero equivocado*— y la serie *The Royals,* conformada por *El rey de Wall Street, El príncipe de Park Avenue, El duque de Manhattan, El caballero inglés* y *El aristócrata de Londres.* Todas las novelas de Louise Bay están publicadas en exclusiva por Phoebe en español.

louisebay.com
IG: louisesbay
TW: @louisesbay
FB: @authorlouisebay
GR: Louise Bay

LOUISE BAY

SEXY. SASSY. ROMANTIC FICTION